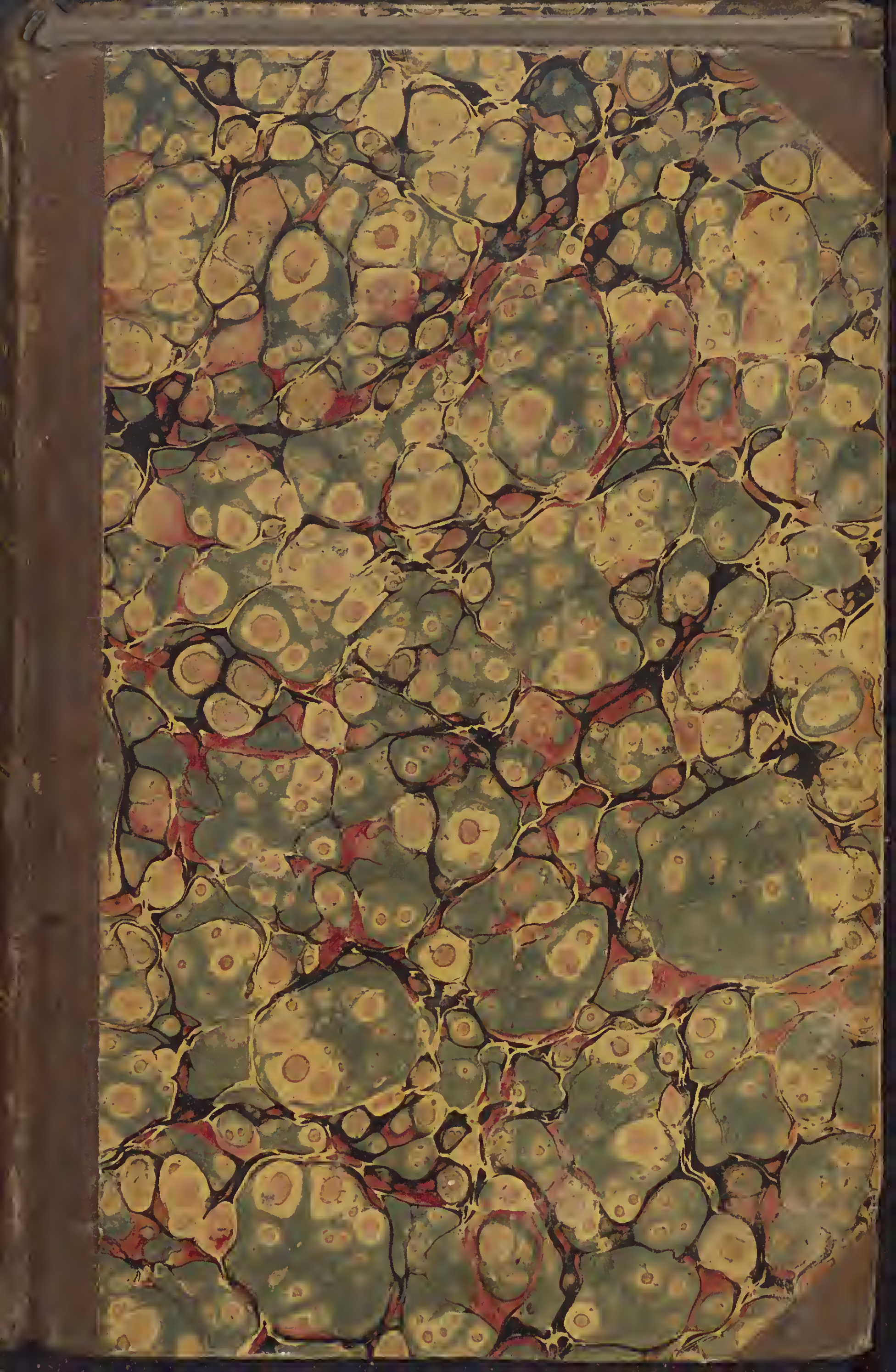
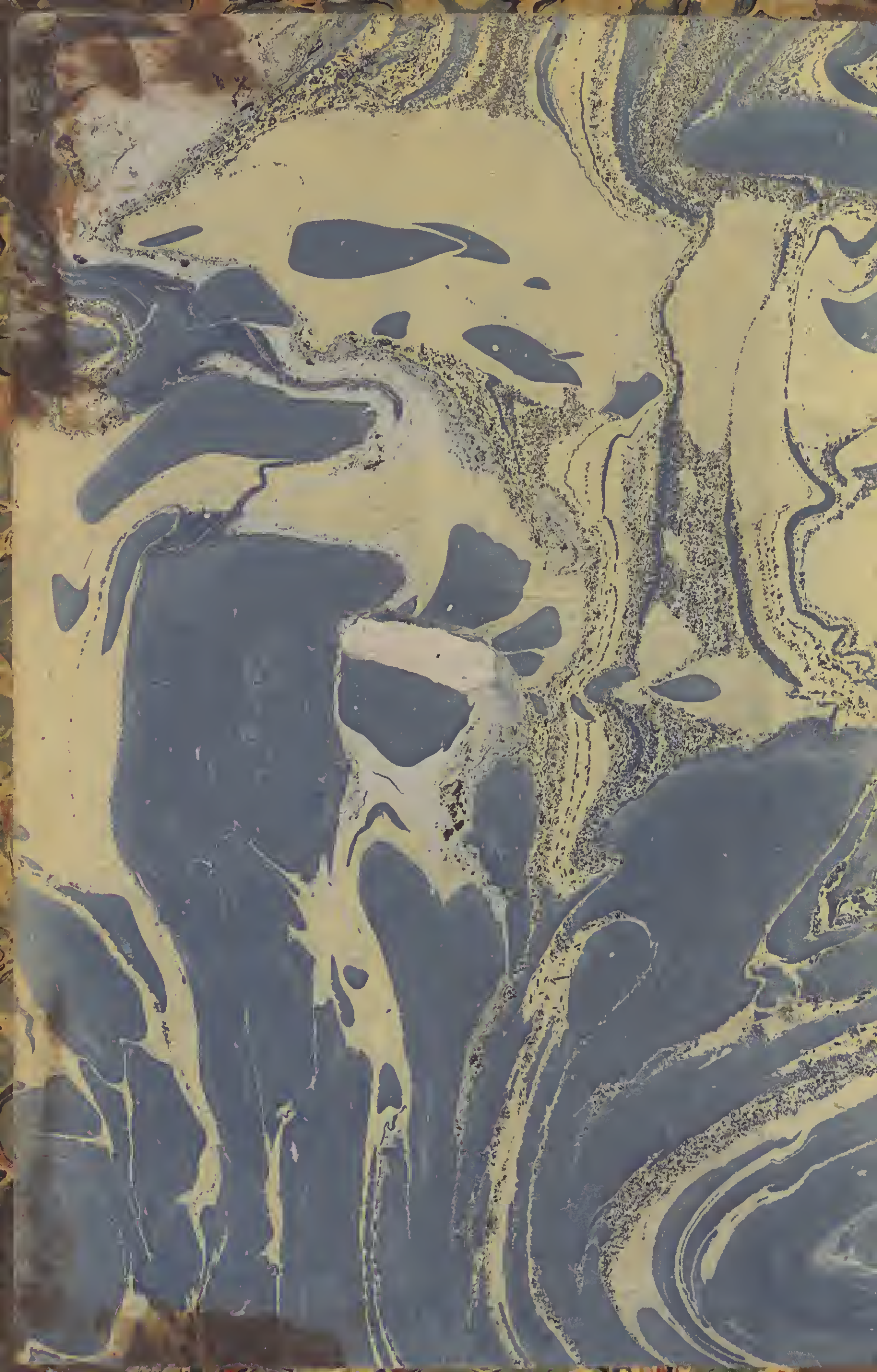
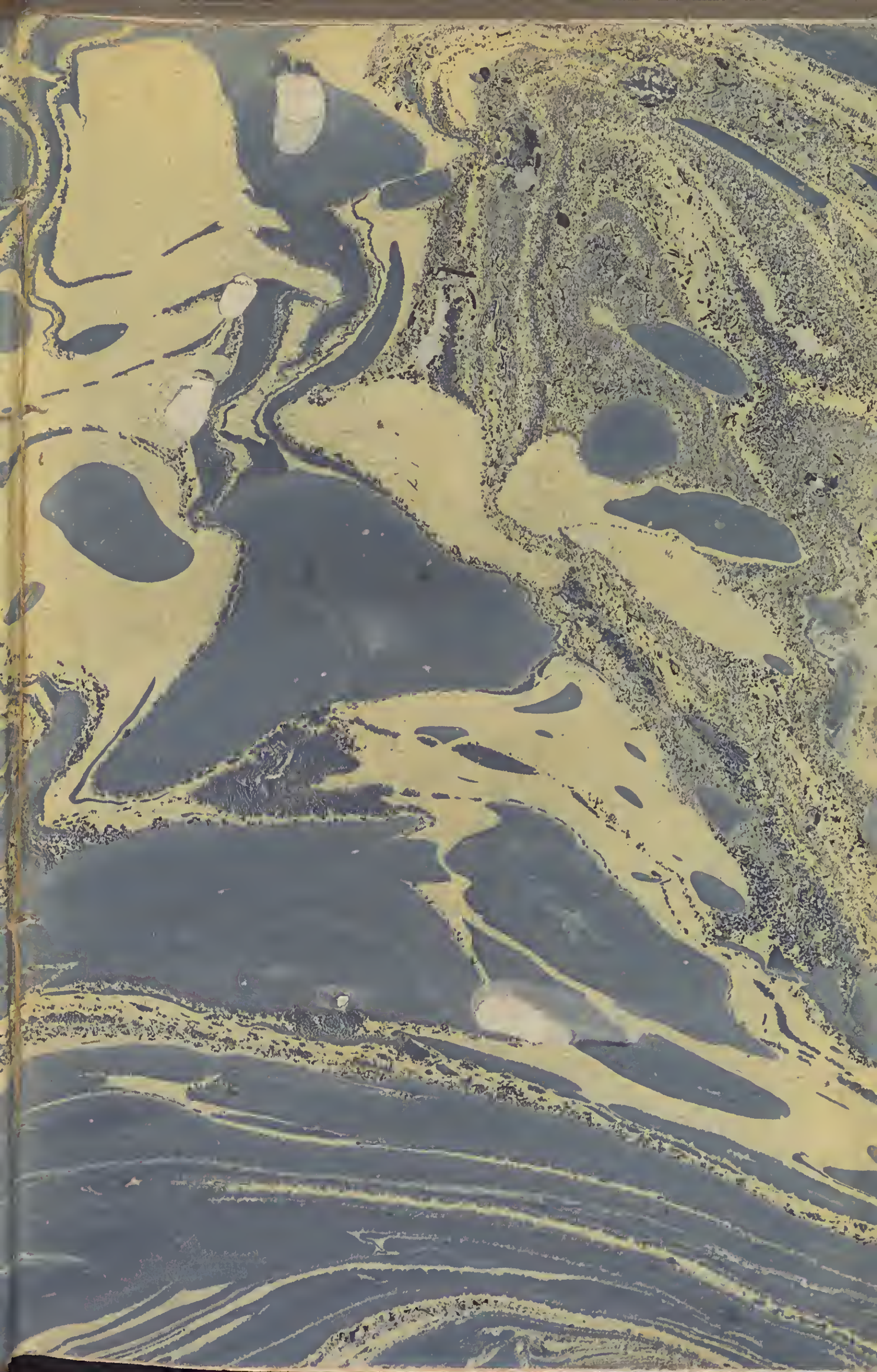






Sef 250

2 — 68

New Price Com

8 den

TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO X.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
1841.

POR EL SÓTANO Y EL TORNO,

COMEDIA.

PERSONAS.

DON FERNANDO.
DOÑA BERNARDA.
DON DUARTE.
DOÑA JUSEPA.
DON LUIS.
PACHECO.
ALVARADO.
SANTAREN.
SANTILLANA, *vejete.*
DOÑA MELCHORA.
MARI-RAMIREZ.
POLONIA.
UN ESTUDIANTE.
UN BARBERO.
RAMOS.. } *carreteros.*
RINCON. }
CAMINANTES.

La escena es en las inmediaciones de la venta de Viveros y en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Camino de Madrid á Alcalá á vista de la venta de Viveros.

ESCENA I.

RINCON, POLONIA, RAMOS, DOÑA BERNARDA, DOÑA JUSEPA, *y* CAMINANTES, *todos dentro.*
(*Suena ruido de carros.*)

RINCON.

¿Atascóse en el barro?
¡Ahí mil diablos con el coche y carro!

¡Voto á Cristobalillo!
Desunce aquesas mulas, picarillo.
Una vez que me apeo,
todo va con el diablo. ¡Hola! Poleo,
prestadme las reatas.

POLONIA.

¡Ay que se vuelca!

RAMOS.

Pónganse de patas;
apéense, señores.
¡Cuerpo de Cristo! ¡el tiempo es para flores!

MUCHAS VOCES.

¡Jesus, Jesus!

UNA VOZ.

¡Ay cielos!

RAMOS.

¡Ah! ¡maldigan los diablos mis abuelos!
Desunce. ¿Qué reculas,
Perico, que se ahorcan esas mulas?
(*Ruido de volcarse un carruage.*)

RINCON.

Corta camellas, puto.
¡Que te se vuelque el coche por lo enjuto!
Date prisa, desata.

UNA MUGER.

¡San Diego, que me ahoga, que me mata!

UN HOMBRE.

Quítenme aqueste peso.

DOÑA BERNARDA.

¡Jesus! ¡Madre de Dios, del Buen Suceso!

RAMOS.

Sosiéguese: ¿qué llora?

DOÑA JUSEPA.

¡Ay Dios!

POLONIA.

¡Ay que se muere mi señora!
Rompan ese encerado.

DOÑA JUSEPA.

Favor, señor hidalgo.

ESCENA II.

—

DON FERNANDO.—DICHOS.

DON FERNANDO, *dentro.*

¡Hola! Alvarado,
tenme aqueste estribo.

DOÑA JUSEPA.

¡Murió mi hermana!

UN HOMBRE.

De milagro vivo.

(*Salen ahora, y saca don Fernando en los brazos á doña Bernarda, desmayada; síguenle doña Jusepa, Polonia, Alvarado, carreteros, un estudiante, y otros caminantes.*)

DOÑA JUSEPA.

¡Hermana de mis ojos!

DON FERNANDO.

No eclipsen tanta luz vuestros enojos;
que no es este accidente,
sino un breve desmayo; facilmente
volverá, á lo que espero.
(*A su criado.*)
Corre, Alvarado, llama á ese ventero,
y pídele una cama
en que restaure pulsos esta dama.

RINCON.

En venta de Viveros,
¿piden camas ó pulgas, pasageros?

DON FERNANDO.

Vamos, señora, vamos;
que no será esto nada.

(*Vanse á la venta don Fernando llevando á doña Bernarda, doña Jusepa, Polonia, Alvarado, y los caminantes.*)

ESTUDIANTE.

Rincon, Ramos,
cosarios complutenses,
la corte gozaremos por seis menses,

hasta que por san Lucas,
(*A uno de ellos.*)
á versar sus escuelas nos reducas.

RAMOS.

Mal lo pasó la viuda.

RINCON.

Acuestas todo un coche, ¿quién lo duda?

ESTUDIANTE.

Ella va desmayada.

RINCON.

Mas que reviente.—Hola, á dar cebada,
y prevenir la olla;
que hemos luego de uncir.

ESTUDIANTE.

¿Habrá una polla?

RINCON.

En los naipes hay hartas.

ESTUDIANTE.

El porte pago siempre de esas cartas;
mas cenemos primero,
y luego jugaremos el dinero,
reliquias que han quedado
del curso y cierto voto sobornado.

RAMOS.

Pintillas juego.

RINCON.

Vamos.

ESTUDIANTE.

Húrgame la viudilla, hermano Ramos.

RAMOS.

¿Le hurga?

ESTUDIANTE.

Me fatiga.

RAMOS.

¿Qué es *cochero* en latin?

ESTUDIANTE.

¿Cochero? *Auriga.* (*Vanse.*)

ESCENA III.

DON FERNANDO. POLONIA.

DON FERNANDO.
Volvió en sí vuestra señora.
No hay peligro que temer;
que repose es menester.
Mientras que descansa, agora
quisiera saber de vos
quién es, y de dónde viene
POLONIA.
A quien tal cuidado tiene
de socorrer á las dos,
no hay secreto reservado;
que sois muy gentil ayuda.
Es la desmayada viuda,
que vistes en tal estado,
el sol de Guadalajara,
y hermana de la doncella,
que llorando, dama y bella,
hechizos vende en la cara.
Hála servido de madre
desde el dia en que nació;
porque de parto murió
la suya, y estan sin padre.
Vála á casar á Madrid
con setenta años, dorados
de mas de cien mil ducados,
de un viejo, hermano del Cid,
que en mas de treinta la dota;
y á la viuda ha prometido,
porque la tercera ha sido,
para la primera flota,
(que es el novio perulero)
diez mil pesos ensayados;
con que olvidando cuidados
del matrimonio primero,
busque nueva compañía.

En fé de la cual promesa,
aunque á la niña le pesa
mezclar con su sangre fria
la de edad tan floreciente,
calla y sigue el parecer
de su hermana, por no ser
á su gusto inobediente.
Partióse el viejo á Sevilla,
á donde la flota aguarda,
y nuestra doña Bernarda
va á Madrid, en cuya villa
el viejo le ha puesto casa,
y mil galas le envió:
soy esclava suya yo,
y entre tanto que se casa,
dicen que doña Jusepa
tan encerrada ha de estar,
que el sol no la ha de mirar
por mas entradas que sepa;
porque es nuestro setenton
quinta esencia de los celos;
que todos novios abuelos
mueren de esta contagion.
Alquiló en Guadalajara
nuestra viuda ayer un coche;
salimos á media noche;
y porque el viejo repara
en que pariente, ó vecino
su casa en Madrid no sepa
(tanto guarda á la Jusepa)
nos pusimos en camino,
sin admitir compañía
de deudos ni de criados;
y estos amigos honrados,
que de la carretería
cosarios llama Alcalá,
como caminan al trote,
al vadear á Torote
nos alcanzaron poco há.
Volcóse al bajar las cuestas
el nuestro, y doña Bernarda
la muerte oprimida aguarda

con toda la carga á cuestas.
Llegastes, y su desmayo
de tal modo socorristes,
que, despues de Dios, volvistes
á su primavera el mayo.
Veis aquí la letra, en suma,
de lo que gustais saber,
y á mi me importa volver
allá dentro; no presuma
que he dado tan mala cuenta
de lo que se me encargó;
¿mas cuándo no peligró
secreto ó dinero en venta?

DON FERNANDO.

No os vais, esperad un poco.

POLONIA.

Temo tempestad de truenos
y rayos, si me echa menos
doña Jusepa.

DON FERNANDO.

Estoy loco
despues que en los brazos tuve
el sol que luz vino á darme,
y si dejó de abrasarme,
fué porque sirvió de nube
aquel desmayo Faeton,
de mis dichas fundamento.
No me ha dejado contento
vuestra breve relacion:
haced que saberla pueda
mi amor en particular.

POLONIA.

No es cómodo este lugar.

DON FERNANDO.

Serálo aquella alameda,
teatro de semejantes
sucesos.

POLONIA.

¿Y si me llama
mi señora?

DON FERNANDO.

Está en la cama.

POLONIA.

¡Estraños sois los amantes!

DON FERNANDO.

Diréisla que en prevenirla
algun regalo que cene,
os ocupasteis.

POLONIA.

No pene
vuestra alma, si por oirla
padeceis; vaya de historia.

DON FERNANDO.

¡Ay viuda hermosa!

POLONIA.

En cuidado
os puso. Al sitio aplazado
me seguid.

DON FERNANDO.

Será notoria,
si acaso con el favor
vuestro, la merezco hablar....

POLONIA.

En aquesto del terciar,
tengo cartujo el humor:
no soy tercera persona.

DON FERNANDO.

Mis dádivas dispondrán
el cómo.

POLONIA.

¡Ay pobre galan!
¡qué blando sois de corona!

Calle de las Carretas en Madrid: á un lado una posada y á otro la casa de doña Bernarda y doña Jusepa.

ESCENA IV.

DON DUARTE *y* SANTAREN, *de camino.* MARI-RAMIREZ.

MARIA.
No dejaré de abrazalle,
si me queman.

SANTAREN.
No haya miedo;
que ni en Madrid, ni en Toledo,
cuando le abrace en la calle,
chamusquen por tal pecado.

MARIA.
¿Cómo viene vuesancé?

DON DUARTE.
Con calor.

MARIA.
Hácelo á fé:
sea mil veces bien llegado.
¡Oh! ¡qué sala que le tengo
fresca, curiosa y regada!

DON DUARTE.
Siempre lo es vuestra posada;
por eso con gusto vengo
á ser vuestro huesped. Hola,
descálzame estas espuelas
y botas; saca chinelas;
desabróchame esta gola.

MARIA.
¿Cómo le ha ido en su tierra?
Señor padre ¿cómo está?

DON DUARTE.
Pena la gota le da,
y la vejez le hace guerra;

pero en lo demas, salud
goza, á Dios gracias.

MARIA.

Le tengo
amor, porque á verle vengo
copiado en la juventud
que en vuestra merced gozamos.
Mil años le guarde Dios,
y salgan ambos á dos
con el pleito que esperamos.

DON DUARTE.

¿Cómo está vuestro marido?

MARIA.

Este negro mal de hijada
le da vida aperreada;
á la muerte le he tenido.

DON DUARTE.

¿Qué hay de damas?

MARIA.

Eso sí;
que es profesion que me toca:
yo le juro que no hay poca
abundancia.

DON DUARTE.

¿Cómo ansí?

MARIA.

Como sobran invenciones,
por ser los dineros alas
de amor, y para sus galas,
no vienen los galeones.

DON DUARTE.

La Mari-Ramirez es
pieza de rey.

MARIA.

Hélo sido:
todo caballo escogido
sirve de rocin despues
que lleva á moler harina.
Moza me ví, y hartas veces
admiraron mis jaeces;
ya el tiempo me hizo rocina.
Por muchas honradas pasa:

pues no estoy para ruar,
quiero harina acarrear,
con que aperroquie mi casa;
siquiera por el salvado.

ESCENA V.

—

DON FERNANDO.—DICHOS.

DON FERNANDO, *dentro.*
Ten de aquí.

DON DUARTE.
Huéspedes vienen.

MARIA.
Tal regalo en casa tienen.
(*Sale don Fernando.*)

DON FERNANDO.
Lleva esa mula, Alvarado,
al meson, y vuelve presto.

DON DUARTE.
¡Don Fernando!

DON FERNANDO.
¡Don Duarte!
No os juzgaba yo en tal parte.
¿Vos en la corte? ¿Qué es esto?

DON DUARTE.
Pleitos que no he concluido,
me vuelven acá.

DON FERNANDO.
Decid
que hermosuras de Madrid.

MARIA.
Sea vuesancé bien venido.

DON FERNANDO.
¡Oh huéspeda! remozando
os vais siempre. ¿Cómo va?

MARIA.
Pasar: nuestro viejo está
mejor, señor don Fernando.

DON FERNANDO.

Es huesped antiguo nuestro.

MARIA.

Dos años ha en buena fé,
y aun tres, que vuesamercé
honra esta posada.

DON FERNANDO.

Y muestro,
Ramirez, lo que la debo,
pues en ella conocí
á don Duarte.

DON DUARTE.

Yo fuí
dichoso, y lo soy de nuevo.

DON FERNANDO.

Hallárame en Madrid ya
mal, sin vuestra compañia.

DON DUARTE.

Yo os prometo que la mia,
á vuestro servicio está.

DON FERNANDO.

Mucho que parlar tenemos;
que desde que fuí á Aragon,
no os causará admiracion.

DON DUARTE.

Juntos los dos posaremos,
digo, en un mismo aposento.
Ramirez, ¿no hay dos alcobas
dentro de mi sala?

MARIA.

¡Y bobas!
como celdas de un convento.

DON DUARTE.

Pues háganle á don Fernando
la cama en una, y sea luego;
que vendrá cansado.

(*Vase Marí-Ramirez.*)

DON FERNANDO.

Llego,
mi palabra os doy, sudando
mas de amor que de calor.

DON DUARTE.

¿Amor? ¡Gentil desatino!
Mas viniendo de camino,
poco durará ese humor.
¿A dónde diablos feriastes
esa pieza?

DON FERNANDO.

En una venta.

DON DUARTE.

¿En venta? no hagais de él cuenta:
gato por liebre comprastes.

DON FERNANDO.

¡Oh qué viuda! ¡Qué buen arte!
¡Qué donaire! ¡qué hermosura!

DON DUARTE.

Viuda, bocado es de dura.
Pero viuda y en tal parte....

DON FERNANDO.

Salió de Guadalajara.

DON DUARTE.

¿De Guadalajara fué?
Mal pronóstico.

DON FERNANDO.

¿Por qué?

DON DUARTE.

Si en el refran se repara,
en ella noble ó villana,
porque su amor no trasnoche,
de lo que dice á la noche,
no se acuerda á la mañana.

DON FERNANDO.

Si ella amor me prometiera,
yo hiciera como sacara
falso el refran.

ESCENA VI.

DOÑA BERNARDA. DOÑA JUSEPA. POLONIA. SANTILLANA. — DON FERNANDO. DON DUARTE.

POLONIA, *dentro.*
Pára, pára.
DON FERNANDO.
Esta voz conozco.
POLONIA, *dentro.*
Espera.
SANTILLANA, *dentro.*
Esta es, señora, la casa
en que os habeis de apear.
DON FERNANDO.
¡Ay cielo! si adivinar
osa el fuego que me abrasa,
vive Dios que debe ser
esta mi adorada viuda.
POLONIA, *dentro.*
Ábranla presto.
DON FERNANDO.
No hay duda;
la voz de aquella muger
es de la esclava.
DON DUARTE.
Esperaos,
que ya acercándose van.
(*Salen doña Bernarda, doña Jusepa y Polonia de camino, rebozados los rostros, y Santillana.*)
SANTILLANA.
Mi señora, el capitan
antes de irse....
DON DUARTE.
(*A don Fernando.*)
Sosegaos.
SANTILLANA.
Compró esta casa flamante,
que estrenen vuesas mercedes:

en lo blanco las paredes
son de turron de Alicante.
Desde el desvan á la cueva
está toda proveida
de ajuar, despensa y comida;
solo hay una cosa nueva,
que han de llevar cuesta arriba.

DOÑA BERNARDA.

¿Y es?

SANTILLANA.

Un torno impertinente,
por donde, sin ver la gente,
lo que les traiga reciba.
Es de aquesta condicion:
¿qué quieren? No ha de mirarlas
el sol, ni aun para alumbrarlas.

DOÑA BERNARDA.

No hay prebenda sin pension.

SANTILLANA.

Aun yo, que soy su escudero,
arriba no he de subir.

DOÑA BERNARDA.

A su gusto ha de vivir
mi casa. Aquese cochero
despedireis, Santillana.
Saquen primero la ropa.

DOÑA JUSEPA.

Santillan, ¡torno!

POLONIA.

A la popa;
y una red á la ventana,
que puede cerner lantejas.

DOÑA JUSEPA.

El alma se me congoja.

POLONIA.

¿Tornico? ¡Miren si afloja!
Casaos con malicias viejas.

DON DUARTE.

(*Hablando aparte con don Fernando.*)
Llegad, don Fernando, á verlas,
y como vecino á hablarlas.

DON FERNANDO.

Eso no; que es avisarlas
con peligro de perderlas.
Si no me han visto en su vida,
esa es necia prevencion;
pues nuestras vecinas son,
y enfrente amor me convida,
dejad asentar las cosas;
que el tiempo nos abrirá
camino.

DOÑA BERNARDA.

¿Sacaron ya
la ropa?

SANTILLANA.

Sí.

DON DUARTE.

Cuidadosas
son del frontispicio: bien
se arrebozan, pues no hay vellas.

DON FERNANDO.

Son las dos....

DON DUARTE.

Direis estrellas.

DON FERNANDO.

Soles dijera mas bien.
Sacad vos qué tan perfetas
serán las dos, por el talle.

DOÑA BERNARDA.

¿Cómo se llama esta calle?

SANTILLANA.

La calle de las Carretas.
Es ombligo de la corte;
la Puerta del Sol aquella;
la Vitoria al cabo de ella;
y á la otra acera es su norte
el Buen Suceso; allí enfrente,
el Carmen; á man derecha,
la Calle Mayor, cosecha
de toda buscona gente:
San Felipe á la mitad;
Puerta de Guadalajara
arriba, de quien contara

lo que puede una beldad;
pues por mas que un bolsillo haga,
es como dar con el toro;
y cobrando en plata ú oro,
paga en cuartos, si es que paga.
Entre ahora vuesarced,
sabrá despues lo demas.

DOÑA BERNARDA.

Jusepa, en Madrid estás,
puesta á sombra de una red;
que entre tanto que no venga
el capitan que te adora,
has de ser monja.

SANTILLANA.

¡Ay que llora!

DOÑA BERNARDA.

Su esperanza te entretenga;
que con ella no es molesta
la mas retirada vida.
Yo vengo de la caida
notablemente indispuesta:
pienso que será forzoso
sangrarme esta noche.—Entrad.

POLONIA.

¡Sabrosa vida en verdad!

DOÑA JUSEPA.

Y despues ¡gentil esposo!
¡Ay! ¡cuál voy!

POLONIA, *aparte.*

En el color
sus pensamientos la veo.

DOÑA JUSEPA.

¿Torno, Santillan?

POLONIA.

Torneo
de un Adan mantenedor.
(*Vanse las damas, Polonia y Santillana.*)

ESCENA VII.

DON DUARTE. DON FERNANDO.

DON DUARTE.

Entráronse, y de camino
la puerta echaron tras sí.

DON FERNANDO.

Amigo, esperadme aquí.
(*Aparte.* ¡Oh! ¡qué intento peregrino!)

DON DUARTE.

¿Dónde vais?

DON FERNANDO.

Que me aguardeis,
don Duarte, en casa, os ruego.

DON DUARTE.

¿Pensais volver presto?

DON FERNANDO.

Luego.

DON DUARTE.

¿Si tardais?

DON FERNANDO.

No os acosteis.

(*Entra don Duarte en la posada, y vase don Fernando.*)

ESCENA IX.

DON LUIS *y* PACHECO, *de noche.*

DON LUIS.

Pacheco, yo sé muy bien
que doña Jusepa lleva
muy mal, para no ser Eva,
que un marido Adan le den.
De Guadalajara vine
para esperallas aquí;
no se olvidará de mí,

aunque el oro desatine
memorias en la muger.
Mi tio es viejo, y ausente,
yo mozo y estoy presente;
no ha de poderme vencer.
Aquí su hermana avarienta
dicen que se aposentó:
esta casa la compró
el capitan, en que intenta
sepultarlas; mas ¿qué importa?
Ya suele suplir el arte,
si está la edad de mi parte,
faltas de una hacienda corta.
Llegue á hablarla una vez yo,
y saldrá este azar encuentro.

ESCENA X.

—

DON FERNANDO, *como barbero.* SANTILLANA.—DICHOS.

SANTILLANA.

Entre vuesarced adentro.

DON FERNANDO.

Vamos.

(*Entran los dos en casa de doña Bernarda.*)

DON LUIS.

¿Cómo? ¿Quién entró?

PACHECO.

Un escudero y otro hombre.

DON LUIS.

Acabadas de llegar,
y ahora; ¿á qué puede entrar
un mozo tan gentil hombre?

PACHECO.

¿Ha de faltar para qué?

DON LUIS.

¿A media noche?

PACHECO.

Trairán
cartas de su capitan.

DON LUIS.

Llega, que yo lo sabré.

PACHECO.

La puerta de la escalera
está con llave.

DON LUIS.

¿Eso mas?

PACHECO.

¡Qué malicioso que estás!
Déjalos que salgan fuera,
y entonces sabrás quien es.

DON LUIS.

Cartas no, sospecha es mia.

PACHECO.

¿Por qué?

DON LUIS.

¿No aguardara al dia?
¿no se las diera despues?

PACHECO.

¿Qué sabes tú si enfermó
don Gomez en el camino,
ó si murió, y este vino
con las nuevas?

DON LUIS.

No soy yo
tan dichoso.

PACHECO.

Pues acecha
por aquí; que todo amor
celoso es acechador:
saldrás de tanta sospecha.

DON LUIS.

(*Mirando por una ventana entreabierta.*)
Oye; con dos porcelanas,
á la luz de una bugía,
salió Polonia; sangría
debe ser.

PACHECO.

¿Ves cuan livianas
son quimeras de un celoso?

DON LUIS.

Una venda y cabezal

lleva mi dama.

PACHECO.

¡Qué mal
tan repentino!

DON LUIS.

Es forzoso
que doña Bernarda sea
la enferma; que las demas
andan en pie.

PACHECO.

¿Qué darás
porque se muera?

DON LUIS.

No emplea
en mi favor la fortuna,
sus aceros de esa suerte;
ni el mal debe ser de muerte,
pues que no llora ninguna.

PACHECO.

La caida, que del coche
dió la viuda, causará
esta prevencion; que está
gruesa.

DON LUIS.

¡Qué dichosa noche
aquella, si en el pantano
las cuatro ruedas pasaran
por ella, y la sepultaran!

PACHECO.

No hay celoso buen cristiano.

ESCENA XI.

UN BARBERO.—DON LUIS. PACHECO.

BARBERO.

No me ha de estar en la tienda
un hora.

DON LUIS.

Espera; ¿qué es esto?

BARBERO.

¿Son de casa?

DON LUIS.

Sí.

BARBERO.

Abran presto.—
¡Que así la opinion me venda
un bellaco!

DON LUIS.

Pues ¿qué pasa?

BARBERO.

Yo, señores, soy barbero,
y en mi tienda un caballero
entró, no estando yo en casa;
y con malicias discretas
y doblones, engañó
mi oficial, y le sacó
un estuche de lancetas,
en prendas de dos diamantes;
y transformado en barbero,
entró tras un escudero
aquí. ¡Ved si semejantes
burlas para sufrir son,
con que mancando á una dama,
pierda el crédito mi fama,
y mi tienda su opinion!

DON LUIS.

¿Qué decís?

BARBERO.

Si son parientes
castiguen el atrevido;
que yo con esto he cumplido
con Dios, mi oficio y las gentes. (*Vase.*)

DON LUIS.

Haz pedazos esas puertas.
¡Bien adivinaba yo
los engaños del que entró!
Mis sospechas fueron ciertas.
Doña Jusepa ha heredado
su deshonra con mis celos.
Romperélas, por los cielos,
si no abren.

ESCENA XII.

DON FERNANDO.—DON LUIS. PACHECO.

DON FERNANDO, *aparte.*

Me he escusado
bravamente, por no hacer
ignorante algun error.

DON LUIS.

¿Quién eres, enredador?

DON FERNANDO.

No suelo yo responder,
sino ansí, á quien no respeta
el valor de aqueste acero.

DON LUIS.

¿Quién eres?

(*Echa mano.*)

DON FERNANDO.

Soy el barbero,
y esta espada la lanceta.

(*Riñe con don Luis, toma una esquina y se retira.*)

PACHECO.

¡Lindamente supo hacerse
lugar!

DON LUIS.

Síguele.

PACHECO.

Algun loco,
que su vida tenga en poco,
osará á tanto atreverse.

ESCENA XIII.

POLONIA.—DON LUIS. PACHECO. *Luego* DOÑA BERNARDA *y* SANTILLANA.

POLONIA.

¿Quién nos viene á alborotar
la casa? Señor don Luis....

DON LUIS.

Enfermedades fingís
de noche, para sangrar
el honor, que ya se vé
al cabo, y se está muriendo;
pero entró en Madrid cayendo;
mal podrá tenerse en pie.

POLONIA.

¿Vuesa merced está en sí?
¿Que tal en sus labios quepa?
Señora doña Jusepa,
lléguese vusted aquí,
y dígale á mi señora,
que el señor don Luis procura
deshonrarnos.

DON LUIS.

Es la hechura
imitacion de la hechora.

(*Salen doña Bernarda, en faldellin carmesí y en cabello, y Santillana.*)

DOÑA BERNARDA.

¿Con quién das voces? ¿por qué
no cierras aquesa puerta?

DON LUIS.

Tenedla al engaño abierta;
que como despues esté
á la vecindad cerrada,
poca opinion hay perdida.
Enferma de la caida,
y ya buena levantada,
debe de ser interior

el mal que osó acometeros;
que tambien tendrá barberos
la medicina de amor.
Alentaréisos ansí,
granada, que por de fuera
cubre cáscara grosera,
y tiene el alma rubí.
¿Quién es el nuevo galan
avisado y prevenido,
tan presto sostituido
en nombre del capitan?
¿Hubo concierto en la venta?
¿Quién lo duda? Porque allí
todo se vende, y aquí
enviará á hacer la cuenta;
que donde hay recibo, hay gasto,
siendo el interes ventero,
para que cene el barbero
con el capitan á pasto.
¡Buen aforro de anascote!
Mas sois viuda cortesana.
¿Qué joyas dió á vuestra hermana?
¿Qué tanto añadís al dote?
¿Cuánto os dió de prometido,
porque al capitan dejeis,
y, aunque su casa habiteis
pague interes el olvido?
Algo me diérades vos
porque no se lo escribiera,
ó á la corte no viniera
á ser fiscal de las dos.
Mas perdonareis; que quiero
avisarle lo que pasa,
y que de noche en su casa
hay, si no duende, barbero.

(*Vanse don Luis y Pacheco.*)

ESCENA XIV.

DOÑA BERNARDA. SANTILLANA. POLONIA.

DOÑA BERNARDA.

¿Qué desatinos son estos?
¿Qué enredos, ó qué traicion
menoscaba mi opinion
por modos tan descompuestos?
¡Fingido el barbéro fué
que salistes á llamar!

SANTILLANA.

Ande usancé; que es hablar.
¿Que está borracho no vé,
el don Luis de enamorado?
A cuatro casas de aquí
por el barbero salí,
y de ventosas cargado
hallé en su tienda al maeso,
que iba á echar á un tabardillo;
y de sangrar de un tobillo
á doña Inés Valdivieso,
acababa de volver.
¡Por Dios, que estamos despacio!
Es sangrador de palacio;
¿Eso habia de hacer?
Ha estudiado cirujía;
no hay hombre mas afamado;
agora imprime un tratado
todo de flosotomía.
Suele andar en un machuelo,
que en vez de caminar vuela;
sin parar saca una muela;
mas almas tiene en el cielo
que un Herodes y un Neron;
conócenle en cada casa:
por donde quiera que pasa
le llaman la Estrema-Uncion.

DOÑA BERNARDA.

Tiene las manos muy blandas
para trabajar con ellas;
que las feriaran doncellas
entre cambrayes y holandas.
Santillana, algun ardid
vuestra lealtad sobornó.

POLONIA, *aparte.*

¡Qué despacio le miró!

SANTILLANA.

Señora, no hay en Madrid
barbero mas conocido;
yo le llamé por la fama;
vuélvase vusté á la cama,
que apenas habrá salido
mañana el sol, cuando aquí
segunda vez me acompañe.

DOÑA BERNARDA.

¡Plega á Dios que yo me engañe!
Santillana, haceldo ansí;
que el turbarse, y no saber
desenvolverse al sangrar,
me ha dado que sospechar.
Pero yo sabré poner
tal vigilancia en mi casa,
que si esta ha sido invencion,
no halle otra vez ocasion
en nada.

SANTILLANA.

Vivir con tasa.

DOÑA BERNARDA.

¡Con pié bueno empiezo á entrar
en este cerco crüel!
Advertid que si no es él,
un punto no habeis de estar
en mi servicio.

SANTILLANA.

Por Dios,
que es vuesancé cabezuda.

DOÑA BERNARDA.

Yo voy con razon en duda
de que os entendeis los dos.

SANTILLANA.

Por el siglo....

DOÑA BERNARDA.

No sigleis.

SANTILLANA.

De Catalina Becerra....

DOÑA BERNARDA.

Andad. Esas puertas cierra.

SANTILLANA.

Un rayo....

DOÑA BERNARDA.

No fulmineis.

SANTILLANA.

Soy montañés, y no quiero....

DOÑA BERNARDA.

En vano me persuadís.
Recogeos.

SANTILLANA.

Voime.

DOÑA BERNARDA.

¿Oís?
Mañana con el barbero. (*Vanse.*)

Sala en la posada.

ESCENA XV.

DON DUARTE. MARI-RAMIREZ. SANTAREN.

MARIA.

Mucho nuestro huesped tarda.

DON DUARTE.

No quiso mi compañía.

SANTAREN.

¡Válgame Dios! ¿Dónde iria?

MARIA.

Quien con la cena le aguarda

á media noche, estará
de buen humor.

DON DUARTE.

Por el gusto
de tal huesped, todo es justo.
Tarde es; presto volverá.

ESCENA XVI.

DON FERNANDO. — DICHOS.

DON FERNANDO.

Oid sucesos de amor;
que no en vano, aunque tan viejo,
en fé de sus novedades,
niño le pintan los tiempos.
De Aragon volví á Madrid,
necesitado de pleitos;
faciles al comenzarlos,
y al concluirlos eternos.
Caminando con el alba,
con su semblante risueño
me acompañó hasta la vista
de la venta de Viveros,
en cuya bajada alcanzo
coches y carros, y entre ellos
uno que volcado imita
faetontes atrevimientos.
La pasada tempestad,
y el descuido de un cochero
lazos armó de un mal paso,
que dió con todo en el suelo.
Al alboroto y la grita
que daba el temor de adentro,
llegué y ví abortar personas
del portatil aposento.
Una niña de los ojos
de amor, basilisco en ellos,
y una esclava, sombra suya,
pidiendo favor salieron;

esta para su señora,
y aquella perlas vertiendo,
para su hermana, oprimida
mas del susto que del peso.
Cortés, de la silla salto,
y juntando carreteros
y estudiantes, socorrido,
el coche á su ser volvemos.
Saqué en brazos desmayado
un sol, si hay soles de yelo;
un alba, si hay albas viudas,
y un serafin, si cayendo,
puede este título darse.
En fin, en hombros la llevo
á la venta, y en la cama
de la huéspeda la acuesto.
Las diligencias del agua,
abriles restituyeron
en rosas á las megillas,
del amor ramilleteros.
Agradecido un lacayo, (1)
dejando á solas sus dueños,
combatido de promesas,
y importunado de ruegos,
en aquel enano bosque,
que de gustos pasageros
tanto sabe y calla tanto,
me refirió por estenso
la patria de las dos damas,
que es Guadalajara; un tiempo
corte de duques Mendozas,
ya de lo que fué recuerdos.
La causa de su camino
es hacer avaro empleo
del caudal de la hermosura
de su hermana, con un viejo
remozado en el Jordan,
de un pedazo de aquel cerro

(1) El lector ha visto que fué Polonia quien informó á don Fernando.

genovés, puesto que indiano,
que la heredó en cien mil pesos.
En las tres partes la dota,
y á la viuda en poco menos,
porque esperanzas anime
de segundos himeneos.
Comprólas costosa casa,
que es la frontera que vemos,
con los adherentes todos
que requieren tales dueños.
Solo en balcones y puertas
quiso mostrarse avariento
con los ojos, limitando
la luz por rallos espesos.
Puso puerta á la subida,
y un torno al patio, que estrecho
niega ocasiones al ocio
y se la da á sus deseos.
Prevenido de esta suerte
este humano monasterio,
donde en años primerizos
vive el amor recoleto,
partió á la ciudad del Betis,
en cuyo dorado puerto
espera en la primer flota
esquilmos del Mundo Nuevo.
Esto que digo, el lacayo
me contó; y encareciendo
prometidas vigilancias,
tornos, retiros y encierros,
me afirmó no saber donde
era la calle y el puesto
de la nueva habitacion;
pero que por mi respeto,
diciéndole yo la mia,
me daria aviso cierto.
Obligaron seis doblones
palabras y juramentos,
y cierto de mi posada,
se volvió á su ministerio;
mas no yo á mi libertad,
que desde ayer la echo menos.

Cumplió su efímero curso
el sol, y ya casi muerto,
en túmulos de escarlata
lutos cortaba el silencio,
cuando la enferma, ya sana,
despues que gastó en remedios
todo el dia, encapotados
en crepúsculos los cielos,
y ella en los de su mongil,
volvió á caminar, siguiendo,
girasol de su hermosura,
mis pasos su movimiento;
adelantándome ya,
ya tal vez retrocediendo,
todo espuelas el amor,
todo riendas el respeto.
Con esta resolucion
piqué, en las promesas cierto
del lacayo, y llegué aquí,
prometiéndome con veros
pronósticos venturosos
á mi historia, cuando vemos
pasar el coche con ellas,
al mas sazonado tiempo
que pudo escoger mi amor;
donde vuestros ojos mesmos
atestiguaron en parte
el buen logro de mi empleo.
Escuché, si lo advertistes,
decir á mi hechizo bello,
que esta noche era forzoso
sangrarse; y yo todo fuego,
todo amor, todo locura,
logré mis atrevimientos,
sin deciros donde iba.
Obligaron los cohechos
del oro, que con dos caras
tantas traiciones ha hecho,
á un oficial conocido
de este vecino barbero,
en cuyas manos mil veces
los dos la vida hemos puesto.

Sustituyó interesable
su oficio en mí, y yo dispuesto
á disparates de amor,
usurpé sus instrumentos.
Vino (mirad ¡qué ventura!)
en busca de su maestro,
para el sacrificio hermoso,
el lacayo muy contento.
A un hombre, ¡válgame Dios!
¡qué de estorbos y rodeos
atajan y facilitan!
Todo lo hallé tan dispuesto,
que juzgué de causas locas
necesarios los efectos.
Favoreció mi locura,
llevóme á su casa luego;
topo al encuentro dos hombres:
y sin reparar en ellos
entonces, arriba subo;
y alúmbranme al aposento,
donde pudiera el troyano
olvidar gustos siqueos.
Estaba sobre almohadas
bordadas de blanco y negro,
y un acerillo de flores,
incorporada en el lecho;
jubilados de las tocas
los licenciosos cabellos,
ni muy oro ni azabache,
medio sí de estos estremos;
con una almilla de aguja,
de seda y oro, y de celos
en la color turquesada:
celos ví, con celos vuelvo.
Sutil cambray pretendia
competir blancura, necio,
ocultar belleza, avaro,
guarnecer cristal, discreto.
Él delgado, mi amor lince,
fácil fué penetrar velos:
quedé imagen de mí mismo
tan absorto, tan suspenso,

que me juzgaran estátua,
si viviera Policreto.
La esclava, por despertarme,
dijo:—«Ó el señor maeso
sabe poco de sangrías,
ó desde que entró acá dentro
tiene calambre en los ojos.»
Tiróme del brazo, y vuelvo
en mí un poco; todo no:
ví á su hermana descogiendo
la venda y el cabezal,
tan hermosa, que os prometo,
que á tener libres los mios,
no sé lo que hiciera en ellos.
Prevenidas con la luz
porcelanas, y cubriendo
la colcha blancas tohallas,
vi sacar un brazo.... ¡Ay cielos!
Si fuera yo de los cultos,
llamárale ramo terso
del tronco de la hermosura,
cristal animado, esceso
y *non plus ultra* de amor.
¡Qué mano, amigo! ¡Qué dedos!
¡Qué venas! Juzgadlas vos
mientras que yo las contemplo.
Animé la lengua entonces,
y dije: «saber espero
qué vena mandó el doctor
sangrar,» y dijo riendo:
«de la del arca tres onzas.»
—«Pues, señora, á un lado el miedo;
dije, y en nombre de Dios.»
Toco el brazo, y lisonjeo
venas con blandas caricias,
convidando á engaños tiernos:
diéronme un liston turquí,
celos todo; ¡triste agüero!
que temblando al brazo añudo,
que compasivo le aprieto.
Doblo el cabezal, que toma
la mano, favoreciendo

mi pretina, y yo dudoso
de añadir yerros á yerros,
la lanceta entre los labios,
y ella á las espaldas vuelto
el rostro, mientras estudian
escusas mis pensamientos,
pregunto: «¿sobre qué achaque
os sangrais, que el pulso quieto
niega espulsion á claveles,
y yo ejecutalla temo?»
—«No he consultado doctores,
responde; pero cayendo
de un coche, esperiencias mandan
usar de tales remedios.»
—«Pues señora, le replico,
pena en Madrid nos han puesto
por sangrar sin permision
de los hijos de Galeno.»
—«No hay aqui quien os acuse,
replica;» y yo resistiendo,
que no he de hacerlo porfio,
y el liston del brazo suelto.—
En respuestas y demandas,
estabamos arguyendo,
cuando á la puerta dan golpes;
y yo al alboroto de ellos,
la espada animoso saco,
que dado que los barberos
no la usen en su ejercicio,
soy sangrador caballero.
Abren la escalera y bajo,
y los dos que ví primero,
«quien soy,» airados preguntan;
respondíles: «el barbero,
y la lanceta esta espada;»
y pasando por enmedio,
con dos puntas los aparto,
ganando á la calle el puesto.
Por desmentir diligencias,
otras dos ó tres rodeo,
y encontrando al oficial,
de mis engaños tercero,

en una, dijo que estaba
despedido; y yo añadiendo
intereses, solicito
segunda vez el secreto.
Nudo prometió á los labios;
y ahora, que todo quieto
está, de mis disparates
á daros noticia vuelvo.
Enamorado y perdido
de recien nacidos celos
estoy; amigo, aliviadlos,
y no apercibais consejos;
porque si la viuda hermosa
de mi esperanza no es premio,
en malogros juveniles
llorareis años funestos.

DON DUARTE.

¿Qué llamais llorar malogros?
Triunfareis, viven los cielos,
de competencias narcisas,
si la hacienda y vida pierdo.

MARIA.

La dicha viuda, ¿no vive
enfrente? Pues pierda el miedo,
que no seré yo quien soy,
si no se le ablanda el pecho.

SANTAREN.

Yo tambien pondré mi parte;
que en materia de embelecos,
soy hijo de quien nacer
hizo en una artesa berros.

DON FERNANDO.

Si todos me dais favor,
ya ni dudo ni recelo.

DON DUARTE.

¿Qué llamais dudar? Venid,
Mari-Ramirez; cenemos.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de doña Bernarda.

ESCENA I.

DOÑA BERNARDA Y DOÑA JUSEPA, *quitándose los mantos y en chapines bajos.* POLONIA.

DOÑA BERNARDA.
Tú has de darme pesadumbre
como quiera que pudieres.
DOÑA JUSEPA.
Pues si tropiezo, ¿qué quieres?
DOÑA BERNARDA.
Ya lo tienes de costumbre.
Esclava, quita estos mantos.
(*Vase Polonia llevándoselos.*)
En llegándote á mirar
un hombre, vendrás á hallar
hasta en el estrado cantos.
DOÑA JUSEPA.
Eso sí; fulmina enojos,
y dí malicias despues.
DOÑA BERNARDA.
Llevas sin tiento los pies
por tropezar con los ojos.
¡De tres corchos de chapin
caes! ¿qué hicieras de doce?
DOÑA JUSEPA.
Quien las calles no conoce
y es andadora rüin,
estando mal empedradas,
cuando madrugamos tanto,
¿qué mucho?

DOÑA BERNARDA.

¿Y tropezó el manto
tambien? No me persüadas
á tan rústica simpleza:
¡bueno es, cuando lo apeteces,
que con los pies estropieces,
y descubras la cabeza!
¡Qué confiada que estás
de tu cara! Ya te vió
el que la mano te dió;
y tambien se la darás
de esposa, si llega á verte;
que poco importa perder,
de un perulero muger,
cien mil pesos, y en su muerte,
que en setenta años envuelta
ya sus vísperas publica,
quedar moza, hermosa y rica,
y de su vejez absuelta.
¿De qué sirve madrugar
el domingo á misa tanto,
si los cohechos del manto
licencia tienen de dar
á ojos locos y traviesos,
y á manos por comedidas,
licenciosas y atrevidas?
¿Tan malos son cien mil pesos,
que los arriesgas no mas
que al descuido de un chapin?

DOÑA JUSEPA.

Tú has de reñir siempre, en fin.
¿Disculpas no admitirás?
Si un corcho descapellado,
á la luz del alba escasa,
en calle por donde pasa
tanta gente y coche al prado,
tiene tan mal aparejo,
que en hoyos arma caidas
con piedras mal avenidas,
á fuer de dientes de viejo,
¿de qué formas ese espanto?

DOÑA BERNARDA.

Ya te he dicho que pudieras,
cuando ignorante cayeras,
tener con la mano el manto;
sin hacer demostracion
de la cara presumida,
que á todo galan convida.

DOÑA JUSEPA.

Buena era la prevencion,
á estar primero avisada
de donde habia de caer.
Tambien tú pudieras ser
adivina en la jornada,
de la caida que diste,
porque no te desmayaras
y en brazos te trasladaras
del caballero, en quien fuiste
causa (si llegó primero
en mi favor socorrido)
de que en tu casa atrevido
se transformase en barbero.
¿Ves cómo en las contingencias
nadie precavido está?

DOÑA BERNARDA.

Pasaste por Alcalá;
no es mucho hacer consecuencias.

DOÑA JUSEPA.

Mi defensa en ellas trazo.
¿Qué quieres? desgracia fué:
yo la cara le enseñé,
y tú la cara y el brazo,
que desnudo y rezagado,
á contactos lisonjeros
hizo favores barberos:
y si yo el guante calzado,
la mano le llegué á dar,
¿es mucho, á tu parecer,
que viéndote á tí caer,
aprenda yo á tropezar?
Él se apartó cortesano
cuando le reprehendiste;
yo tropecé, tú caiste;

diste el brazo y yo la mano.
Cuando alguna ocasion haya,
(que no habrá si nos guardamos)
iguales las dos estamos;
uno por otro se vaya. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA BERNARDA.

¡Qué presto á mi hermana influye
Madrid su sacudimiento!
Es contagioso; hasta el viento
aquí todo lo destruye:
¿mas con qué razon arguye
la pasion que le hace guerra
á mi hermana, si se encierra,
la que en ella culpo, en mí?
porque lo que reprendí
me probó tambien la tierra.
Aquel barbero fingido,
(que por lo bien que me está,
fingido le juzgo ya)
muerte de mi fama ha sido:
dióme vida comedido
en la caida crüel
del coche, si es cierto que él
de aquel trance me libró;
porque desmayada yo
mal puede advertir en él.

ESCENA III.

SANTILLANA.—DOÑA BERNARDA.

SANTILLANA.

Si con ventosas y estuche,
estaba, ¿fué mucho esceso?

DOÑA BERNARDA.

¿A qué propósito es eso?

SANTILLANA.

¿A qué propósito? Escuche,
y verá cuan bien lo saco.
No era barbero el que vino
anoche en vez del vecino.

DOÑA BERNARDA.

¿No? ¿pues quién?

SANTILLANA.

Un gran bellaco,
un chancero cortesano
que á Santillana engañó,
y por fino se vendió,
y era fino segoviano.
Pasó plaza de barbero,
y á sangrar á usancé entró.
El maeso me lo contó,
y dice que es caballero,
á quien afeitar solia,
que por ver á vuesancé,
sangrador de casa fué.

DOÑA BERNARDA.

¡Hay mayor bellaquería!
No hay que fiar en la corte;
antes entiendo, por Dios,
Santillana, que á los dos
os habrá pagado el porte
quien os hizo su estafeta
para esta burla villana.

SANTILLANA.

En toda la Santillana
no ha habido sangre alcahueta.
Usancé me trate bien.

DOÑA BERNARDA.

¡Miren, si lo dije yo!

SANTILLANA.

El oficial me engañó;
despedido está tambien.

DOÑA BERNARDA.

¿Y no sabeis donde vive?

SANTILLANA.

No lo pregunté al maeso;
mas si tiene gusto de eso,
vóilo á saber.

DOÑA BERNARDA.

Quien recibe
caducos, todos malicia,
por esto suele pasar.
Hele de hacer castigar,
si es que en Madrid hay justicia.
Yo le diré lo que pasa
al presidente.

SANTILLANA.

Eso sí;
y no echármelas á mí.

DOÑA BERNARDA.

Andad, sabedme su casa;
que no habeis de entrar en esta,
si ignorais adonde mora.

SANTILLANA.

Trairéle en un cuarto de hora
á vuesancé la respuesta,
y verá que es desatino
el que aquí me levantó.
¡Yo estafeta! ¡Arcaduz yo!
Lo que es una vez de vino
y dos ó tres zancadillas,
eso vaya: la vejez
hace báculo tal vez
del jarro, y da de costillas.
¿Mas Santillana tercero?
¡Jesus, Jesus sea conmigo!

DOÑA BERNARDA.

Andad, sabed lo que os digo,
y no me seais gestero.

SANTILLANA.

Digo que me lo dirá
el maeso que le desbarba.
Si la venganza la escarba,
espere.

DOÑA BERNARDA.

Volved acá.

SANTILLANA.

¿Qué mandais?

DOÑA BERNARDA.

¿Y que el hombre es
caballero?

SANTILLANA.

Ansí lo afirma
la tienda.

DOÑA BERNARDA.

Y él lo confirma
de la cabeza á los pies;
que tiene estremado talle.

SANTILLANA.

¿Eso tenemos ahora?

DOÑA BERNARDA.

Andad, sabed donde mora;
que yo hasta hacer castigalle,
no puedo vivir contenta.

SANTILLANA.

Eso pido y eso quiero.

DOÑA BERNARDA.

¿Oís? Y ese caballero,
¿qué tanto tendrá de renta?

SANTILLANA.

No tuve cuenta con eso.

DOÑA BERNARDA.

Pues sabedlo todo, andad.

SANTILLANA, *aparte.*

Sangróla en la voluntad
el barberito sin seso. (*Vase.*)

ESCENA IV.

—

DOÑA BERNARDA.

Si es caballero, livianos
pensamientos, bien podeis
disculparos, cuando deis
puerta á amores cortesanos:
mas tal cara y tales manos,

dignos son de mas valor;
y no es mucho, si el amor
muda oficio, y sus saetas
sabe trocar en lancetas,
que se hiciese sangrador.

ESCENA V.

POLONIA.—DOÑA BERNARDA.

POLONIA.
La toquera que mandó
vuesa merced que avisase
cuando por aquí pasase,
ahora al torno llegó.
Llaméla de la ventana;
si ha de subir, abriréla.

DOÑA BERNARDA.
Poco el cuidado recela
de una montañesa llana.
Cuando suba, ¿qué hay que importe?
Llámala, que acá la espero.

POLONIA.
Vóila á abrir. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA BERNARDA.
Comprarla quiero
tocas, que al uso de corte
me desocupen la cara,
y alijeren la cabeza;
que me causaban tristeza
telas que en Guadalajara
prolijas el uso enseña;
que enfadosas de sufrir,
nunca saben distinguir
una viuda de una dueña.

Este trage admite el mundo:
será el cambray que no pesa,
manteles para la mesa
del matrimonio segundo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA JUSEPA.

Que sin ser mi hermana madre,
me cele hasta el tropezar,
pretendiéndome casar
con quien no puede ser padre,
es desatino terrible.
Cuanto mas lo considero,
mas me aflijo y desespero.
¡Yo en el abril apacible
de quince años, con setenta!
¿Qué importa toda su plata,
si cuando dármela trata,
con el estaño la afrenta
de la vejez que le obliga?
¿Ni de qué valor serán
todas sus barras, si están
mezcladas con tanta liga?
Si el desposorio celebro,
y estando juntos los dos,
me dice amores con tos,
me arroja un diente requiebro,
y con él me descalabra,
¿qué he de hacer con un marido,
en la ejecucion fallido,
y fecundo de palabra?
No, Jusepa, no es adorno
del mayo el caduco enero.
¡Con un marido escudero
á la atahona de un torno,
los celos siempre á la mano,
sujeta á algun testimonio!
¿Yo monja del matrimonio?

¿Yo el perro del hortelano?
¡Malos años!

ESCENA VIII.

POLONIA.—DOÑA JUSEPA.

POLONIA.

Pues, señora,
¿qué soliloquios son esos?

DOÑA JUSEPA.

Lloro avarientos escesos
de mi hermana.

POLONIA.

Ella está ahora
comprando á una vizcaina
viudeces, si no mortajas;
que la enfadan tocas bajas,
y á lo nuevo determina
ser ya viuda garrafal,
si lo ha sido recoleta;
en gorgorán la bayeta,
porque el peso la hace mal;
media seda el anascote,
que otro tiempo fué contray;
y espumillas con cambray,
por el ruan. Con el dote
que del capitan aguarda,
segundas bodas embida,
y del que pudre se olvida.

DOÑA JUSEPA.

Nó querrá doña Bernarda
que siga yo su consejo,
y dé á mis años mal gozo,
casándose con un mozo,
por recetarme á mí un viejo.
Aun si fuera el que llegó
á tenerme esta mañana...

POLONIA.

¡Buena presencia!

DOÑA JUSEPA.

A mi hermana
rebuena le pareció;
que de todo el sermon que hizo,
han sacado mis desvelos
que fueron el tema celos,
y que de él se satisfizo.

POLONIA.

Es viuda de aquestos dias:
bien sospechas y bien dices;
que aquestas sobrepellices
son tapa-bellaquerías;
y afirma un barbimoreno
que una viuda ensabanada
es cual trucha salmonada,
que está empanada en centeno.

DOÑA JUSEPA.

Polonia, no dudes de ello.
¿No son las viudas mugeres?

ESCENA IX.

SANTAREN.—DOÑA JUSEPA. POLONIA.

SANTAREN, *dentro.*

¿Compran peines, alfileres,
trenzaderas de cabello,
papeles de carmesí,
orejeras, gargantillas,
pebetes finos, pastillas,
estoraque y menjüí,
polvos para encarnar dientes,
caraña, capey, anime,
goma, aceite de canime,
avanillos, mondadientes,
sangre de drago en palillos,
diges de alquimia y acero,
quinta esencia de romero,
jabon de manos, sebillos,
franjas de oro milanés,

listones, adobo en masa?
(*Sale en trage de buhonero, con una caja.*)
Cristo sea en esta casa.
¿Quién llamaba aquí al francés?

DOÑA JUSEPA.

Aquí nadie; andad con Dios.
¿Quién os ha enviado acá?

SANTAREN.

La escalera.

DOÑA JUSEPA.

¿Abierta está?

POLONIA.

Descuidéme.

SANTAREN.

Si las dos
quieren paños, que de red
el uso presente abona,
randas ó alguna valona,
escoja vuesa merced
como en peras.
(*Deja la caja.*)

DOÑA JUSEPA.

Hablad paso.
Polonia, échale de aquí,
no salga mi hermana.

SANTAREN.

En mí
no hay temor de qué hacer caso.

DOÑA JUSEPA.

¡Qué māl la conoceis vos!

SANTAREN.

Pues compren, y dénse priesa.

POLONIA.

Al subir la montañesa,
dejé abierto.

DOÑA JUSEPA.

Andad con Dios.

POLONIA.

Un rosario ha menester.
Tocas despacio concierta:
la ocasion abrió la puerta;
no saldrá, á mi parecer,

tan presto, que es regatona.

DOÑA JUSEPA.

Yo no he de darle ocasion;
ya sabes su condicion.

SANTAREN.

Pues si gruñe la viudona,
quédese la caja aquí,
señora, para que escojas.
Rosarios del padre Rojas,
y camándulas metí.
Hombre soy de confianza;
mientras en el torno espero,
compren, y bajen dinero,
y si no, amor es fianza.
Como él salga por las dos,
no les dé la costa pena:
la caja les dejo llena.
Al torno.

DOÑA JUSEPA.

Hombre, andad con Dios;
llevaos allá vuestra hacienda.

SANTAREN.

Hay bordados zapatillos,
guantes de ambar y bolsillos:
escojan como en la tienda.

DOÑA JUSEPA.

¡Ay que sale!

SANTAREN.

Yo me torno.

DOÑA JUSEPA.

Llevaldo allá.

SANTAREN.

No hay que hablar:
al torno, al torno á pagar.

DOÑA JUSEPA.

¡Hay tal hombre!

SANTAREN.

Al torno, al torno. (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA JUSEPA. POLONIA.

DOÑA JUSEPA.
¿Qué es esto, Polonia?
POLONIA.
Maula.
DOÑA JUSEPA.
¿Abriré?
POLONIA.
¿Qué hemos de hacer?
DOÑA JUSEPA.
¿Si viene hermana?
POLONIA.
Esconder.
¿Somos pájaros en jaula?
Pues provên el bebedero,
recebir para cantar.
DOÑA JUSEPA.
Tiemblo.
POLONIA, *aparte.*
¿A quién no hará temblar,
si es Santaren el mercero?
DOÑA JUSEPA.
(*Abre la caja.*)
¡Ay, Polonia! ¡qué de joyas!
Oro es cuanto aquí se vé.
POLONIA.
No es el arca de Noé;
mas caballo que á cien troyas
le puede hacer la mamona.
DOÑA JUSEPA.
Un billete viene encima.
POLONIA.
El sobrescrito te anima.
DOÑA JUSEPA.
(Lee.) *A la niña tropezona.*

POLONIA.

(*Aparte.* El lobo cayó en la trampa.)
Del galan debe de ser
que te llegó hoy á tener.

DOÑA JUSEPA.

Sin duda.

POLONIA.

¡Miren si escampa!
¿Envite al primer encuentro?
No hay sino querer el vale.

DOÑA JUSEPA.

¿Leo?

POLONIA.

Pues.

DOÑA JUSEPA.

La viuda sale.

POLONIA.

Buen remedio; entrarnos dentro.
(*Vanse llevándose el arca.*)

ESCENA XI.

DOÑA BERNARDA. MARI-RAMIREZ, *de toquera montañesa, con vara y fardo.*

MARIA.

No hay pelo de la cabeza
que se le pueda igualar.
¡Oh qué bien que le han de estar
las espumillas! Belleza
como la que Dios le ha dado,
era indecencia traer
descansos que pueden ser
gruesos para un encerado.

DOÑA BERNARDA.

Téjelos Guadalajara:
mas llaneza se usa allá.

MARIA.

Gozo el mirarla me da.
¡Bendiga el cielo tal cara!

Marido que pudo unirse
á tal muger, y que estuvo
casado con ella, ¿tuvo
ánimo para morirse?
¡Qué necio debió de ser!

DOÑA BERNARDA.

Harto el pobre me queria,
y aunque resistencia hacia,
murióse á mas no poder.
¿Qué tanto os quedo debiendo?

MARIA.

Doce reales y un cuartillo.

DOÑA BERNARDA.

A tener mas el bolsillo,
os diera mas: en volviendo
segunda vez por acá,
quedará todo pagado.

MARIA.

¿Pues eso le da cuidado?

DOÑA BERNARDA.

Siempre el deber me le da.
Traedme algunas beatillas
mas gruesas para esa esclava.

MARIA.

¿Para aquella que aquí estaba?

DOÑA BERNARDA.

La misma.

MARIA.

Un poco amarillas
las tengo; mas con jabon,
al primer ojo blanquean.

DOÑA BERNARDA.

De cualquier suerte que sean,
le sobran.

MARIA.

En conclusion,
¿mañana acá volveré?

DOÑA BERNARDA.

Sí. ¿Cómo os llamais?

MARIA.

Maria
de Orduña, señora mia.

DOÑA BERNARDA.

Hidalga sois.

MARIA.

Heredé
limpieza de la montaña,
y pobreza juntamente;
que compra de nuestra gente
calidad, lo mas de España.
Murió Andres de Mondragon
(*Llora.*)
mi marido; en paraiso
esté: mas pues Dios lo quiso,
vaya; cosas suyas son.
Dejóme tres angelitos
cual los dedos de la mano;
ansí el sustento les gano;
trabajos paso infinitos.
Como se correspondia
con vizcainos lenceros,
y enviándoles dineros
cobraba en mercadería,
dejó muchas travacuentas
prolijas de averiguar;
soy muger, no sé contar,
paso por trampas y afrentas
por no verme en el poder
de Poncio Pilato; digo,
de un escribano enemigo.—
Vuesasté ¿sabe leer?

DOÑA BERNARDA.

¿Pues no?

MARIA.

¿Quiéreme mirar
acá cierta cuentecilla,
que traigo aquí? Una deudilla
es, y me han de ejecutar,
sino la pago mañana,
en ella.

DOÑA BERNARDA.

Yo la haré ver
á un amigo mercader;
si ya no es que Santillana,

mi escudero, la liquida.

MARIA.

¡Bendiga Dios tal agrado!
(*Dala un papel.*)
Tome; y por el mal logrado
goce un conde, cuya vida
prospere el cielo en los dos.

DOÑA BERNARDA.

Mari-Orduña, Dios la guarde.

MARIA.

Mañana vuelvo en la tarde.

DOÑA BERNARDA.

Cierra, esclava.

MARIA.

Angel, adios. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DOÑA BERNARDA.

¡Qué poco lugar halló
la malicia en esta gente!
Poco la corte insolente
sus costumbres le pegó.
Algo de cuentas sé yo,
aunque no las ejercito;
si al viejo se las remito,
no acabará con su suma.
¡Qué aliñada tráe la pluma!
Nada en guarismo hay escrito.
(Lee.) *El que á vista de la venta,*
señora, para su daño....
¡Cómo es esto! ¿hay tal engaño?
¿Ya se hace en verso la cuenta?
El amor todo lo intenta.
¡Oh toquera cortesana,
que en presencia simple y llana,
el embeleco eres mismo!
¿Acometes en guarismo,
y es la cuenta castellana?

Si el mismo á quien soy deudora
de la vida que he rendido,
es el barbero fingido
que amante me escribe ahora,
montañesa enredadora,
mas te debo que pensé;
lo que á varas te compré,
á piezas te he de pagar.
Amor, volved á sumar
cuentas de crédito y fé.

(Lee.) *El que á vista de la venta,*
señora, para su daño,
en brazos sacó su engaño,
y agora obligarle intenta,
cayendo vos en la cuenta
de que le debeis la vida,
os pide que agradecida
deis favor á su cuidado;
porque os jura que ha quedado
muerto de vuestra caida.
Barbero me transformó
la industria para sanar.
¿Quién vió nunca ir á sangrar
el enfermo á quien le hirió?
El ánimo me faltó;
compasion de amor seria;
que aunque su luz fué mi guia,
juzgué crüel desperdicio
sacar en tal sacrificio
sangre, que adoro por mia.
No tiene amor quien no intenta,
ni valor quien no se humana;
mientras casais vuestra hermana,
haced de vuestra edad cuenta.
Seis mil ducados de renta
desean, y con razon,
veros en su posesion;
mi casa teneis enfrente.—
Vuestra vida el cielo aumente.—
Don Fernando de Aragon.

Alto, viudez, esto es hecho;
perdone Dios al difunto.

¡Seis mil ducados! Hoy junto
á mi amor honra y provecho.
Su talle me ha satisfecho;
Aragon es su apellido,
¿quién duda que es bien nacido?
¡Seis mil ducados de renta!
Mejor me sale la cuenta
de lo que yo habia entendido.
No mintió la montañesa;
cuentas á sumar me dió,
que mi dicha averiguó,
por lo que en ello interesa.
El capitan se dé priesa,
ó no logrará su enero;
mientras yo averiguar quiero
la verdad de esta partida;
que temo la recaida,
si se me muda el barbero. (*Vase.*)

Sala en la posada.

ESCENA XIII.

DON DUARTE. DON FERNANDO.

DON DUARTE.

Madrugué á costa del sueño,
tanto á vuestra persuasion,
cuanto á ver por esperiencia
hipérboles del amor.
Tal vez salen verdaderos:
las cuatro daba el reloj;
de correr sudaba el alba,
porque la alcanzaba el sol.
Salieron las dos hermanas;
que á ser tres, como eran dos,
las tres gracias en mentira

fueran verdaderas hoy.
Iban en chapines bajos,
(á la brida los llamó
un crítico recoleto,
en la nueva locucion)
de las manos, y tapadas;
hácia la Puerta del Sol
echaron, y yo tras ellas,
siguiendo sus pasos voy.
Llegaron al Buen-Suceso,
(¡bueno me le dé el amor!)
por las gradas de la fuente
ellas, por la puerta yo,
frontera de la Vitoria; (1)
que ansí me lo aconsejó,
para asegurar sospechas,
la advertencia y discrecion.
Hincáronse de rodillas
despues del altar mayor,
delante de aquel traslado
del alba que humanó á Dios.
Imitélas hasta en esto,
ellas norte, el iman yo,
mas curioso que devoto;
pero amor ya es devocion.
No sé que me daba el alma,
previniendo á la razon
con presagios, cautiverios;
pero afirma el cazador
que la garza entre infinitos,
conoce luego al alcón
que tiene de darle alcance;
y ansí yo á su imitacion,
desde el instante que ví
mi dama en el borrador
del celoso manto, tuve
esperezos de aficion.

---

(1) *Ventana* dice la edicion original, pero es claro que se habla de la puerta del Buen-Suceso frente á la casa del Sr. Mariátegui, que ha sustituido al convento de la Vitoria.

Salió un clérigo al altar,
y á fuer de predicador,
nos dió á probar una misa
en puntos, como sermon.
Creí que se descubrieran;
pero vano me salió;
que no dió el cuidado en ellas
á los ojos permision.
Acabóse el sacrificio;
y apenas la bendicion
recibieron, cuando vuelven
las espaldas, sombra yo
de sus pasos. Quiso el cielo,
cuando el planeta mayor
de púrpura entapizaba
su real peregrinacion,
que tropezase mi dama
en un hoyo, á intercesion
de mis ruegos; que en Madrid
todo sirve á la ocasion.
Llegué diligente á darla
la mano que recibió,
salvo el guante, aunque por él
rayo ó nieve me abrasó;
y derribándola entonces
el viento registrador
el manto de la cabeza,
ví.... No sé comparacion
que no quede vizcaina;
porque estrellas, luna y sol,
cristal, oro, rubíes, perlas,
jazmin, rosa, clavel, flor,
todo está manoseado;
siendo en cualquiera ocasion
epitetos de alquiler,
si niños de entierro no.
Ya vos sabeis su hermosura,
y remitiéndome á vos,
lo que á la lengua no fio,
dejo á la imaginacion.
Vuestra viuda, airada entonces,
velos sutiles corrió

á un retablo de hermosura,
que fulminando rigor,
me dijo: —«La cortesía,
hidalgo madrugador,
agradeciera, á venir
no con tanta prevencion.
No es tan de alto la caida
que necesite favor
quien, para escusarse de ellas,
vendrá en zapatos desde hoy.»—
Echóla el manto, y airada
su camino prosiguió,
pagando instantes de penas
en siglos de privacion.
Sin atreverme á seguirlas,
me trujo á mi habitacion
poco á poco, no el sentido,
pues sin él, amigo, estoy;
el deseo de contaros
mi amorosa relacion
debió de animar mis pies.
Llegué en fin, mas no os halló
mi dicha en casa, y sentílo;
que en la comunicacion
de los amigos descansa
el tormento mas atroz.
Buscándome Santaren,
(ya sabeis su estraño humor)
sacó entre burlas y veras
mi mal, por la turbacion.
Contésele importunado,
y estorbos facilitó
que, si cumple cual promete,
mi dueño es, su esclavo soy.
Transformado en un instante
vino en mercero gascon,
con una caja á la espalda,
imitando oficio y voz.
Pidióme que le entregase
un presente de valor,
que despachaba á Lisboa
á mi hermana, en ocasion

que se casa noblemente;
dísele en fin, y metió
en la caja prevenida,
perlas, diamantes, olor,
guantes, zapatillas, medias;
y á vueltas de esto encerró
bujerías, que curiosas
ocupaban un cajon.
Hízome escribir en verso
dos papeles; y aunque estoy
en la minuta de Apolo,
con la priesa y turbacion,
para una décima breve
me dió el tiempo comision;
que un soneto que la envio,
el Camoens me le prestó.
Fuése con esto, y hallando
favorable la ocasion,
y para feliz agüero
abierta la puerta, entró
donde, si al uso del mundo
joyas poderosas son
para allanar imposibles,
ya me juzgo vencedor.
Este, amigo, es mi suceso;
de dos hermanas los dos
á un tiempo somos amantes,
uno de otro imitacion.
Una caida fué causa
de vuestra enagenacion;
de la mia un estropiezo:
¿qué semejanza mayor?
¡Quiera Dios que á buen parage
llegue esta navegacion,
viento en popa la esperanza,
sin borrasca ni temor!

DON FERNANDO.

No fuérades vos mi amigo
con tanto estremo, si el dios
de amistades y de amores
no enlazara así esta union.
¡Buen ánimo! prosigamos;

que tambien, don Duarte, yo
tengo allá una mensagera
con su traza y invencion.
Toquera Mari-Ramirez,
un billete me llevó
para la cuñada vuestra;
que ya este nombre le doy.
Mi diligencia y su ingenio
saldrán con esta faccion;
que no son peñas de montes;
de carne y de hueso son.

ESCENA XIV.

SANTAREN.—DICHOS.

SANTAREN.

Al torno, al torno, señores;
al torno, cuerpo de Dios,
ó tornaréme á mi oficio;
que se pierde la ocasion.

DON DUARTE.

Pues, amigo, ¿qué hay?

SANTAREN.

Al torno;
mula de retorno soy.
¡Bueno va! torneando se anda
amor de un torno andador.
Alto, al torno, aventureros;
que el amor mantenedor
hoy os llama á ganar joya,
y yo llevo la invencion.
Si os quedais, allá me torno.

DON DUARTE.

Sigámosle.

DON FERNANDO.

¿Hay tal humor?

SANTAREN.

¿Compran peines, alfileres?....

(Cantando.)
Tornerico sois, amor,
y sois torneador. (Vanse.)

Sala en casa de doña Bernarda. Un torno á un lado.

ESCENA XV.

DOÑA JUSEPA. POLONIA.

DOÑA JUSEPA.
¡Gallarda entrada de amante!

POLONIA.
De juego de cañas es.

DOÑA JUSEPA.
¡Dadivoso portugues!

POLONIA.
Ya sabes que van delante
las acémilas cargadas
en toda justa ó torneo:
no tiene amor buen empleo
si no envia adelantadas
postas, que llaman perdidas;
dádivas quiero decir.

DOÑA JUSEPA.
Perlas hay para cubrir
diez gargantas; guarnecidas
tres sartas de ellas me envia,
que te has de admirar de verlas.

PACHECO.
Amor se verá con perlas,
y enfermo de perlesía.
Como á la viuda acechaba,
no lo ví.

DOÑA JUSEPA.
Veráslo todo
despues.

POLONIA.

¿Qué escribe?

DOÑA JUSEPA.

De modo,
que si de franco se alaba,
su pluma es la mas discreta
que honró délfico laurel.
Escucha aqueste papel.

POLONIA.

¿Pues viene en verso?

DOÑA JUSEPA.

Es poeta.

POLONIA.

¡Poeta, y envia presentes!
El primero ha sido entre ellos,
que ofrece oro sin cabellos,
y nos da perlas sin dientes.
¡Este sí que amante es,
con sustancia y sin defeto!

DOÑA JUSEPA.

Oye ahora este soneto.

POLONIA.

¿En su idioma?

DOÑA JUSEPA.

En portugués.
Ya tú sabes lo que gusto
de esta lengua.

POLONIA.

Ya yo sé
cuan amigo de ella fué
tu padre, y que de su gusto
y libros fuiste heredera;
en cuya lectura gastas
tantos ratos, que á ser bastas
portuguesa verdadera.

DOÑA JUSEPA.

¿Y puédele eso estar mal
á mi amante?

POLONIA.

Ya lo ves.

DOÑA JUSEPA.

De soneto portugués

vaya.

POLONIA.

Va de Portugal.

DOÑA JUSEPA, *lee.*

Quem vé, señora, claro, e manifesto
ó lindo ser de vossos olhos belos
se naon cegara a vista sò en velos,
naon pagara, o que deve a vosso gesto.
Este me pareceo o prezo honesto;
mas eu por deventaja merecelos,
dey mais, a vida e alma por querelos,
donde ja me naon fica mais de resto.
Asi que a alma, a vida, e a esperanza,
e tudo quanto tem ja tudo e vossó,
mas o proveito disso, eu sò o levo;
Porque he tamaña a bemaventuranza,
de darvos quanto teño e quanto posso,
que quanto mais vos pago, mais vos devo.

POLONIA.

Aunque apenas le entendí,
no hay mas que pedir en él:
derretido está el papel;
mas yo mas me derretí
con los hechizos del dar.
No hay que consultar consejo:
despidamos nuestro viejo,
que en tu abril quiere nevar.
Ya sabes que recibió
dos cartas ayer mañana
señora, y que esta semana
llega el viejo, pues partió
de Sevilla el mismo dia.
Ama con resolucion,
y escusa la dilacion;
no llores tu cobardía
cuando tengas mal despacho.
Este es el torno, y arriba
la viuda que te cautiva
está: si vuelve el gabacho,
deja melindres de dama,
y haz llamar á su señor.

DOÑA JUSEPA.

Polonia, tengo temor,
si viene.

POLONIA.

Escucha: ¿quién llama?

ESCENA XVI.

SANTAREN *y* DON DUARTE *dentro, al torno.* — DICHAS.

SANTAREN.

¿Compran peines, alfileres?....

POLONIA.

Todo nos sucede bien.—
¡Ah socarron Santaren!

SANTAREN.

¿Es Polonia?

POLONIA.

Sí.

SANTAREN.

¿Y me quieres?

POLONIA.

Tanto cuanto.

SANTAREN.

¿Y nuestra niña?

POLONIA.

Sebosiña un poco está.

SANTAREN.

¿De veras?—Llégate acá,
señor; que todo se aliña.—
¿Aquí no habia un agujero?

POLONIA.

Tapóle la viuda ayer.

SANTAREN.

¿Pues no nos hemos de ver?

POLONIA.

Concertar es lo primero.—
Señora, acércate aquí.

DOÑA JUSEPA.

Polonia, tengo vergüenza.

POLONIA.

Lo mas hace quien comienza;
llega, abrevia con el sí,
mientras yo á la viuda espío.

DOÑA JUSEPA.

En fin, ¿le tengo de hablar?

POLONIA.

No sino el alba. Bobear.—
(*Llegándose al torno.*)
Llegaos acá, señor mio,
que aquí vuestra dama os dejo,
que en amor va tropezando.
Señores, ir abreviando;
que viene mañana el viejo.

DON DUARTE.

A no tener el estorbo
de estas tablas por padrino
de mi amante atrevimiento,
niña de amor, de amor niño,
coloreára al hablaros;
puesto que en todo ejercicio,
ansí de artes como ciencias,
se suponen los principios.
Cegué en la Puerta del Sol,
á los rayos improvisos
de otro sol, que en el ocaso
de un velo, adoré escondido.
Yo caí, vos tropezastes,
y en imitados peligros,
si la mano llegué á daros,
la mano vengo á pediros,
y á ejecutaros con ella.

DOÑA JUSEPA.

Si haceis con todas lo mismo,
que descapellan chapines,
ya estareis de manos rico.
Amante que se enamora
al descubrir repentino
una cara entre dos luces,
sin mas tiempo y requisitos,
¿qué fianzas nos dará
de que por el mismo estilo,

que estopa fragil se enciende,
no le apague leve olvido?

DON DUARTE.

Eso tiene la escelencia
de un objeto: el basilisco
mata en mirando; al instante
ciega el sol, anega el rio.
A ser vos como las otras,
pudiera ser.

POLONIA.

Señor mio,
lo que importa es ir al caso,
y eso dejarlo á los libros.

SANTAREN.

¡Bien haya quien te parió!

POLONIA.

Mi señora está al estribo
de un matrimonio setenta,
que viene ya de camino.
Si es vuesa merced soltero,
y pretende estar cautivo
en un Argel de quince años,
déjenos orden y aviso
para informarnos mañana
de sus virtudes ó vicios,
calidad, patria y hacienda;
y sino, adios.

SANTAREN.

Eso pido.
¡Oh Polonia compendiosa!
Unta, señor, este quicio,
que es sobre quien ha de andar
todo nuestro laberinto.
Esta es Polonia, la esclava.

DON DUARTE.

Siendo vos discreto arrimo
de mi honesta pretension,
pocos medios necesito.
La informacion que pedís,
podrá dárosla un amigo,
que centinela á la puerta
nos asegura este sitio.

El os satisfará á todo;
que tambien gasta suspiros
por prendas de vuestra casa.

SANTAREN.

Es el barbero fingido.

DOÑA JUSEPA.

¿Cómo es eso?

POLONIA.

¡Estraño cuento!

DONDUARTE.

Sóyle en dichas parecido;
á caidas dió socorros,
á sus amores arbitrios,
y adora á doña Bernarda.

DOÑA JUSEPA.

¡Es el caso peregrino!
Llamadle acá; que he hablarle.

DON DUARTE.

En una casa vivimos,
que cara á cara nos hace
de la vuestra fronterizos.
Mayorazgo de Aragon,
á su informacion remito
el abono de mis prendas,
por no alabarme á mí mismo.
Crédito hidalgo merece:
á llamarle voy.

(*Se les oye retirarse.*)

POLONIA.

Cogido
nos há en el hurto, señora.

DOÑA JUSEPA.

¡Ay Polonia! ¿Nos há visto?

POLONIA.

No; pero sale y verános
si los pasos diferimos:
éntrate por esta parte.

DOÑA JUSEPA.

¿Y el portugués derretido?

POLONIA.

Presto daremos la vuelta,
ó yo vendré á despedirlos:

esto baste por ahora.

DOÑA JUSEPA.

¡Mal haya tanto registro! (*Vanse.*)

ESCENA XVII.

DOÑA BERNARDA, *y despues* DON FERNANDO, SANTAREN *y* DON DUARTE, *dentro.*

DOÑA BERNARDA.

¡Ay si la sutil toquera
llamase al torno!

(*Llama Santaren al torno.*)

SANTAREN.

O se han ido,
ó están sordas. ¡Ah señoras!

DOÑA BERNARDA.

¿Quién llama?

SANTAREN.

¡El descuido es lindo!

DON DUARTE.

Aquí viene don Fernando;
tan cuidadoso en serviros,
cuanto amante y deseoso
de ser de un mongil marido.

DOÑA BERNARDA, *aparte.*

¡Cómo es esto!

DON DUARTE.

Dalde fé;
que puesto que es mi padrino,
no engañan los caballeros,
ni mienten los bien nacidos.

DON FERNANDO.

Don Duarte de Noroña,
(que añadiendo al ser mi amigo
el amor, en esta casa
en un instante ha perdido
libertad de muchos años,
sin que amorosos hechizos
de Madrid, jurisdiccion

aleguen en sus sentidos)
á la puerta os vió del sol;
(á la puerta vuestra, digo)
despejando el viento estorbos
á instancia de aquel propicio
accidente; y volvió tal,
que á no sustentar alivios
de esperanzas sus deseos,
corriera riesgo el jüicio.
Su çalidad es notoria,
sus años son veinticinco,
su mayorazgo es de renta
cuatro mil cruzados, dignos
de que su señora os llamen;
afable, noble, entendido,
poeta, músico diestro;
sin deudas, sin enemigos,
galan, dadivoso, alegre,
cortés, valiente, cumplido,
y portugués, sobre todo
para amaros: harto he dicho.

DOÑA BERNARDA, *aparte.*

¿Hay perdicion semejante?
¡Miren de lo que han servido
tornos, desvelos y puertas!
Contra el amor no hay presidios;
mas donde sobran toqueras,
y hay tornos que abren resquicios,
y sobornan agujeros,
sin razon me maravillo.
Mi amante barbero es este,
que á interceder ha venido
por no sé quien con Jusepa;
y segun lo precedido,
hablando con ella estaba.
Basta que yo solo sirvo
de espanta-gustos en casa.
Hacen bien, pues siempre riño.

DON FERNANDO.

¿Qué silencio, angel hermoso,
quiere con mudos castigos
darme penas, cuando tanto

vuestro favor necesito?

DOÑA BERNARDA.

(*Aparte.* ¡Favor de mi hermana! ¡Ay cielos!
si sospechas no averiguo,
mas mal hay del que pensaba.)
La cortedad, señor mio,
tan propia en las de mi edad,
y mas con no conocidos,
ha puesto freno en la lengua,
si bien palabras animo.
Buen pintor sois de pasiones
amorosas en amigos;
mas pintores y poetas
pecais de ponderativos.

DON FERNANDO.

¿De qué servirá afirmaros
lo que os deben de haber dicho
los ojos, puertas de amor?

DOÑA BERNARDA.

Amor; ¿pues héle yo visto?

DON FERNANDO.

¡Bueno es eso!

DOÑA BERNARDA.

¡Yo! ¿Pues dónde?

DON FERNANDO.

En la iglesia á lo divino,
y en la plazuela á lo humano.

DOÑA BERNARDA.

Yo estropiezo, mas no miro.

DON FERNANDO.

Ahora bien, Jusepa hermosa,
vamos al caso; prolijos
años amenazan hielos,
si no prevenís abrigos.
Procurad saber quien es
don Duarte; busque testigos
de abono nuestra Polonia;
enterareisos; que afirmo
aun menos de lo que todos
alaban, en quien os digo.

DOÑA BERNARDA.

(*Aparte.* ¿Qué tambien entra en la danza

la perrita? No me admiro
que allanen dificultades
embelecos berberiscos.)
Eso averígüelo el tiempo,
que es gran desentierra vivos;
y decidme ¿en qué punto andan
desvelos y amores viudos? (1)

DON FERNANDO.

¿En mí, señora? En creciente;
y espero, con vuestro arrimo,
tener un feliz suceso.

DOÑA BERNARDA.

Yo os hiciera ese servicio
por pagar en lo que cobro,
y alentar melindres tibios,
á ser menos rigurosa
mi hermana; viuda de vidrio
tan delgado, que se quiebra
á un tris, y nos hunde á gritos.
Pero poca falta os hacen
á vos esos requisitos,
si sangrador cauteloso
terciais tambien por vos mismo.
(*Aparte.* ¡Hay bellaquería igual!)

DON FERNANDO.

Amor, primero mendigo,
ya enmendando ociosidades,
sabe todos los oficios.
Mas dejemos esto agora;
que está medio derretido
vuestro amante, y forma quejas
de que le ocupe este sitio.

DOÑA BERNARDA.

¿Pues impórtaos á vos menos?
¿ó no es vuestro amor tan fino,
que hablando de vuestra dama,
cortais á tal tiempo el hilo?

---

(1) Para que sea asonante de este romance, hay que hacer un esdrújulo leyendo *viúdos*.

DON FERNANDO.

Mi dama ahora no corre
tanto riesgo; ni hay marido,
que apresurando jornadas,
traiga el amor de camino.

DOÑA BERNARDA.

¿Pues quién os ha asegurado
á vos de aquesos peligros?
¿No tiene su alma en su cuerpo
la viuda? ¿Tan desvalido
anda un mongil por la corte,
que falte en años floridos
quien se oponga á su baluarte?

DON FERNANDO.

Antes es todo apetitos
para los gustos su estado;
mas há tan poco que vino,
y vive tan recoleta,
que es una santa.

DOÑA BERNARDA.

Reíos
de viudas recolecciones
en mongiles primerizos;
y porque no os descuideis,
advertid que de un sobrino
pienso que ha de ser esposa,
que aquí el capitan previno.

DON FERNANDO.

¿Qué decís?

DOÑA BERNARDA.

Lo que sospecho.

DON FERNANDO.

¿Es ese aquel atrevido
que anoche en el patio hallé,
y dueño de casa se hizo?

DOÑA BERNARDA.

Seria.

DON FERNANDO.

Jusepa hermosa,
en tal caso, desatinos
de amor sabrán acortar
pasos del sobrino y tio.

DOÑA BERNARDA, *aparte.*

Mi hermana me está mirando:
impórtame dar indicios
de que el trato he descubierto
de su amor.

SANTAREN.

¿No habrá un resquicio
por donde Santaren vea
esa cara de membrillo?
Señora Polonia, asome
toda la tez, que embutido
el cuello, como en tablado,
veré correr los novillos.

DOÑA BERNARDA.

¡Buena anda en verdad mi casa!
(*Aparte.* Ahora, que llego finjo.)
¿Qué atrevimientos son estos
villanos descomedidos?

(*Tuerce el torno, y cógele la cabeza á Santaren.*)

SANTAREN.

¡Ay! ¡ay! ¡que me desgaznatan!
¡Ay! ¡el pescuezo torcido,
estoy como en ratonera!
¡Despacio cuerpo de Cristo!

DOÑA BERNARDA.

Abrid esas puertas. ¡Hola!

(*Salen por una parte doña Jusepa y Polonia y abren: salen entonces Santaren quejándose, don Fernando, don Duarte y Santillana.*)

¿En aquestos ejercicios
se ocupan los de mi casa?

ESCENA XVIII.

DOÑA BERNARDA. DOÑA JUSEPA. POLONIA. DON FERNANDO. DON DUARTE. SANTAREN.

DOÑA JUSEPA.

¿Qué es esto, hermana?

SANTAREN.

¡Bendito
sea Dios, que la puerta abrieron!

POLONIA, *aparte.*

¡Mas que me pringan!

DOÑA BERNARDA.

Fingidos
embaidores, ¿qué quereis?

SANTAREN.

Yo ando vendiendo avanillos,
y podré andar desde agora
la nariz al colodrillo.

DON FERNANDO.

Yo soy, señora, el barbero
de anoche, que compasivo
de dejaros indispuesta,
vuelvo á ver cómo os ha ido.

SANTILLANA.

¡Buena chanza! Esta es maldad.

DON DUARTE.

Yo vengo á saber si vino
el capitan de San Lucar.

DOÑA BERNARDA.

Y yo tambien he venido
á advertiros que si está
sin hombre esta casa, vivo
en ella yo; y que en la corte
hay justicia y hay castigos.
Vayan, hidalgos, con Dios;
que si voy á dar aviso
á quien escesos remedia,
saldrán mal de sus ministros.
Mi hermana está ya casada,
yo y todo tengo marido;
y aun cuando fuera otra cosa,
son inútiles conmigo
engaños de sangradores
y toqueros artificios.

POLONIA.

Señora....

DOÑA BERNARDA.

Cierra esas puertas,

perra. ¡En buenos laberintos
nos has enredado á todas!

POLONIA.

Pues yo, ¿qué culpa he tenido?

DOÑA BERNARDA.

Yo te lo diré despues.

SANTILLANA.

¡Los galanes de tornillo,
que al torno se nos pegaban!

DOÑA BERNARDA.

Haced vos del no entendido.

SANTILLANA.

¿Pues yo....?

DOÑA BERNARDA.

Andad, salid tambien.

SANTILLANA.

Vendré á ser Nuño Salido.

DON FERNANDO.

Celos llevo.

DON DUARTE.

Yo temores.

SANTILLANA.

Yo vejez.

SANTAREN.

Yo retortijos.



ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Bernarda.

ESCENA I.

DOÑA BERNARDA. DOÑA JUSEPA.

DOÑA BERNARDA.
Don Lüis le salió á dar
cuenta al camino de todo:
mira tú, si por andar
nuestra casa de este modo,
determina averiguar
don Gomez lo que ha pasado,
¡qué bien habré yo cumplido
con tu guarda y mi cuidado!

DOÑA JUSEPA.
Pues de que tú hayas caido
y el otro te haya ayudado;
y disfrazándose aquí
procure, solo por tí,
ser sangrador cauteloso,
¿de qué está don Luis celoso?
¿qué culpas hallas en mí?

DOÑA BERNARDA.
En tí ní por pensamiento;
que eres un alma de Dios,
y esta casa es un convento
que los trae de dos en dos,
si no son de ciento en ciento.

DOÑA JUSEPA.
¿Qué es lo que trae?

DOÑA BERNARDA.
Los devotos

de quien es el andadera
la esclava, que manirotos,
haciéndola su tercera
causan estos alborotos.
Los que yo en el torno hallé,
cuando de allí los eché,
dí que no hablaban contigo.

DOÑA JUSEPA.

¿Conmigo? ¡Jesus! ¿Conmigo?
Yo ¿cuándo al torno llegué?

DOÑA BERNARDA.

¡Bonita eres tú! Jamás.
Estás ya beatificada.

DOÑA JUSEPA.

Y tú maliciosa estás.

DOÑA BERNARDA.

La plática comenzada,
que yo proseguí, ¿dirás
que sin cabeza ni pies
tuvo principio en el aire?
¿Y el abono que despues
pediste, viendo el donaire
del fidalgo portugués,
al astuto sangrador,
gitano ponderador
que tú estabas aplaudiendo?

DOÑA JUSEPA.

Hermana, yo no te entiendo;
dejarte será mejor.
Lo que yo te sé afirmar
es, que deseo la venida
de quien me ha de rescatar
de este Argel, como la vida.
Acabe ya de llegar,
aunque viejo me atormente,
pues con él he de vivir;
que en el engaño presente,
mas quiero á un viejo sufrir
que á una viuda impertinente. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA BERNARDA.

La codicia y la aficion
pelean dentro en mi pecho,
y cada cual el derecho
alega de su opinion:
tiene Jusepa razon
en no cautivar cuidados
con setenta años nevados;
y así combate me dan
las barras del capitan,
que pesan diez mil ducados.
Convénceme el interes
á guardalla y reprendella,
y la edad la inclina á ella
al gallardo portugués:
amigo de mi amante es;
bastaba para obligarme
á hacer sus partes, si el darme
los diez mil no hiciera escesos;
pues perdiendo diez mil pesos,
no tengo con qué casarme.
El viejo la está mejor;
que es una boba mi hermana,
pues cien mil ducados gana
al primer lance de amor:
la senectud sin calor,
es nieve que se dilata
al fuego que la maltrata;
necia será si no admite
años que el amor derrite;
pues se queda con la plata.

ESCENA III.

SANTILLANA.—DOÑA BERNARDA.

SANTILLANA.

Lo que en esta corte pasa,
no se puede imaginar.
¿Quien habia de pensar
que aquí, frontero de casa,
se atreviera un caballero
á tales desenvolturas?

DOÑA BERNARDA.

¿Estais ya haciendo figuras?
¡Qué viejo tan hazañero!
¿Qué tenemos de invencion?

SANTILLANA.

No piense que es como quiera;
en la posada frontera
hay dos huéspedes, que son
los que halló vuesancé ayer,
haciendo al amor tornero:
el que se fingió barbero,
dicen que debe tener
seis mil ducados de renta,
sin los que está pleiteando,
y se llama don Fernando
de Aragon; y por la cuenta,
aquí se viene á casar:
y el que trae siempre consigo,
es un portugués, su amigo,
que se tiene de llamar
don Duarte de Noroña.
Mire por sí vuesanced;
que andan tendiendo la red
á toda dama bisoña;
y ha de dar en el garlito,
si los deja entrar aquí.

DOÑA BERNARDA.

¿Pues qué habeis vos visto en mí,
ó yo cuándo los admito,

para que me deis consejos?

SANTILLANA.

Ocasiones cortesanas
en quien por no peinar canas
está de malicias lejos,
suelen echar á perder
cualquier honra descuidada.
Agora entré en su posada;
que á un montañés iba á ver
que trae cartas de mi gente;
y hallé al sangrador fingido
harto bien entretenido.

DOÑA BERNARDA.

¿Jugaba?

SANTILLANA.

Amorosamente.

DOÑA BERNARDA.

¿Qué dices?

SANTILLANA.

Con una dama,
que al parecer le pedia
celos, y él la divertia.

DOÑA BERNARDA, *aparte.*

¡Ay cielos!

SANTILLANA.

Segun la fama
que tiene nuestro barbero,
de cuantas mira es galan;
que es de aquestos del refran,
«cuantas veo, tantas quiero.»

DOÑA BERNARDA.

¿Pues á vos quién os ha dado
cuenta tan particular?

SANTILLANA.

Como me mandó informar
de todo, puse el cuidado
que es justo, y lo pregunté
á los mozos y criadas;
que en las casas de posadas
no hay secreto que lo esté.
Y mientras hablando estaba
con el de mi tierra, via

la dama que le reñia,
el portugués que terciaba,
y el amante barberil
adorando sus pucheros.
No hay fiar de forasteros;
guarde Dios nuestro mongil.

DOÑA BERNARDA.

¿Estais loco?

SANTILLANA.

¿Qué sé yo?
Esto lo que pasa es;
porque no diga despues:
«vieja fué, y no se ció.»

DOÑA BERNARDA.

Pues, bárbaro, ¿qué me importa
á mí que ese forastero
sea villano ó caballero,
con hacienda larga ó corta,
con dama que quiera ó no?

SANTILLANA.

Yo dígolo por si acaso.
Como le hallé al torno....

DOÑA BERNARDA.

Paso;
¿soy de esas mugeres yo?
Andad; no entreis mas aquí.

SANTILLANA.

Porque digo....

DOÑA BERNARDA.

Ganapan,
idos luego.

SANTILLANA.

Ya se van.

DOÑA BERNARDA.

¡Atrevido! ¿Vos á mí?

SANTILLANA.

¡Miren! ¡porque la doy luz
de amantes embustidores!
Plazuela habrá de Herradores,
y puerta de Santa Cruz.
No me han de faltar dos reales,
y señoras de alquiler.

DOÑA BERNARDA.

¿Llorais?

SANTILLANA.

¿Qué tengo de hacer,
si ansí se pagan leales?

DOÑA BERNARDA.

Volved acá: compasion
os tengo; no os despidais;
que al fin, aunque caducais,
servís con buena intencion.
Que ese hombre esté entretenido
me está bien; que sospechaba,
como aquí se nos entraba,
ya sangrador atrevido,
y ya á este torno asistente,
algun travieso desman.
Presto vendrá el capitan;
no hay que temer al presente.
Al fin, con una muger
le vistes, y la mostraba
voluntad?

SANTILLANA.

Bien la miraba.

DOÑA BERNARDA.

¿Tenia buen parecer?

SANTILLANA.

Como le hablaba, cubierta
hasta los pechos el manto,
no pude advertir en tanto;
mas no me pareció tuerta.

DOÑA BERNARDA.

¿Y era persona de suerte?

SANTILLANA.

No lo son las que tapadas
en las casas de posadas
se entran, si en ello se advierte.
Mas en verdad, que segun
formaba quejas la tal,
cuando no muy principal,
no me pareció comun.

DOÑA BERNARDA.

¿Muchas galas?

SANTILLANA.

Las que el uso
de la vanidad hereda:
su chamelote de seda
leonado y negro se puso;
escapulario y basquiña
correspondiente al jubon,
que abrochándose á traicion,
el cristal delante aliña;
cordon de pita hecho lazos,
cada mano de manteca,
con su red á la muñeca,
por remate de los brazos.
Ropa que cruje al andar,
banda que el pecho atraviesa
con una madre Teresa,
que, sin saberla imitar,
de tortuga guarneció
con sus menudencias de oro:
todo esto traigo de coro,
sin lo que se me quedó.
El manto, aunque despuntado,
con palmo y medio de red.
¡Qué! ¿pensaba vuesarced
que las puntas que han quitado
las hacen falta? ¡Bonitas
son! si en carnes anduvieran,
de la misma carne hicieran
guarnicion las mugercitas.

DOÑA BERNARDA.

Despacio estábades vos,
que tanto pudistes ver.

SANTILLANA.

Soy amigo de saber,
y acechélos á los dos
por entre una redendija.

DOÑA BERNARDA.

¿Luego cerrados estaban?

SANTILLANA.

A puerta cerrada hablaban;
y si quiere que colija
en lo que esto ha de parar,

la dama por esta noche
no ha menester silla ó coche,
que allá se queda á cenar.

DOÑA BERNARDA.

Mas que se quede este mes.

SANTILLANA.

Por mí que se quede treinta.

DOÑA BERNARDA.

Segun vos haceis la cuenta,
¿rogóla el aragonés?

SANTILLANA.

Si es hombre, ¿qué maravilla?

DOÑA BERNARDA.

¿Y ella?

SANTILLANA.

Rehusaba primero;
pero al fin; «no lo quiero,
y échamelo en la capilla.»

DOÑA BERNARDA.

Sois un malicioso vos.

SANTILLANA.

El curso malicias cria.

DOÑA BERNARDA.

Id, y ved si todavia
se están hablando los dos.

SANTILLANA.

Que me place.

DOÑA BERNARDA.

Mas no vais.—
¿A mí qué me importa eso?

SANTILLANA.

¿No está claro?

DOÑA BERNARDA.

(*Aparte.* Pierdo el seso.
¡Ay, celos, que me abrasais!)
¿Sabeis vos como se nombre
esa muger?

SANTILLANA.

No advertí
en ello.

DOÑA BERNARDA.

¿Buen talle?

SANTILLANA.

Sí.

DOÑA BERNARDA.

¡En verdad que es gentil-hombre!—
Idos con Dios.... Esperad,
volved; decidle.... ¿Qué es esto?
En fin, ¿no se irá tan presto?

SANTILLANA.

Yo pienso que no.

DOÑA BERNARDA.

Aguardad
á que salgan, entretanto
que yo otra cosa no os digo.

SANTILLANA.

Voy.

DOÑA BERNARDA.

Pero veníos conmigo.
¡Hola, esclava! dame un manto.
(*Aparte.* ¿Dónde me llevais, pasiones?
¿Qué tormento es este, cielos?)

SANTILLANA, *aparte.*

O la viuda tiene celos,
ó la pican sabañones. (*Vanse.*)

Sala en la posada.

ESCENA IV.

DOÑA MELCHORA, *con manto.* DON FERNANDO. DON DUARTE.

DOÑA MELCHORA.

No hay disculpas contra avisos
de desengaños y enojos:
don Fernando, en vuestros ojos
descuidados y remisos
deletreo la tibieza
que encubrís en lo interior;

no vive en la lengua amor;
los ojos le dan firmeza.
Quedaos con Dios, y gozad
mil años mi sucesora.

DON FERNANDO.

Hermosa doña Melchora,
no echeis á mi voluntad
culpa de mis pretensiones.
Ya os he dicho que llegué
antenoche.

DOÑA MELCHORA.

Ya lo sé.

DON FERNANDO.

Mis pleitos y ocupaciones
dilataron el buscaros:
como de barrio mudastes,
y ignoro donde os pasastes,
fué imposible el visitaros.

DOÑA MELCHORA.

Yo, don Fernando, mudé
la casa, y el gusto vos;
mudables somos los dos,
yo de barrio, y vos de fé.
Quién lo será mas, juzgad.
¿Mi casa no os escribí
á Zaragoza?

DON FERNANDO.

Es ansí.

DOÑA MELCHORA.

Pues otra escusa buscad.

DON FERNANDO.

Por Dios, que se me perdió
la carta.

DOÑA MELCHORA.

Con la memoria,
no fué mucho. ¡Linda historia!
No quiero apuraros yo:
Dios os guarde.

DON DUARTE.

Si yo puedo
hacer estas paces....

DOÑA MELCHORA.

¡Bien!
¡Sois vos muy firme tambien!
A la dama de Toledo
se lo preguntad, que está
de vuestras visitas harta.
¿Perdistes tambien la carta?
¿No habeis acertado allá?

DON DUARTE.

Basta, que vuestra pendencia
viene de participantes.

DOÑA MELCHORA.

Sois los dos firmes amantes;
no os olvidais en ausencia:
adios.

DON FERNANDO.

No habeis de dejarnos,
por lo menos sin decir
vuestra casa.

DOÑA MELCHORA.

¿Para huir
de ella?

DON FERNANDO.

Para disculparnos.

DOÑA MELCHORA.

Harto buena es la desecha.
Porque escuseis la ocasion,
en la calle del Leon
vivo, á la mano derecha,
en una casa que está
recien hecha entre dos viejas;
dos balcones y tres rejas.
Con esto no ireis allá. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA BERNARDA, *con manto.* SANTILLANA.—DON FERNANDO. DON DUARTE.

DOÑA BERNARDA.

«En una casa que está
recien hecha entre dos viejas.»
¡Apacible fin de enojos!
¡No errará mortales señas!
Por cierto, señor hidalgo,
que en tan lícitas y honestas
ocupaciones, tendreis
segura la primavera
de vuestra florida edad,
si mocedades no peinan
las canas, que anticipadas
tiene despues la vergüenza.
Posadas que en esta corte
desenvolturas hospedan,
lograrán justas ganancias
sin cargo de sus conciencias.
Devotamente obligais
con tan santas diligencias
á Dios, para los despachos
de vuestros pleitos y haciendas.
¡Cristianas ocupaciones!

DON FERNANDO.

Cuando otra bondad no tengan
sino haberos persuadido
á reprehensiones como estas,
discreta predicadora,
ya mis dichas las aprueban;
que tal vez de los pecados
se siguen las obras buenas.
¿Quién sois vos, señora mia,
que tan cuidadosa y tierna,
por la salud de las almas
entrais en casas agenas?

DOÑA BERNARDA.

¡Bueno será que finjais
ignorancias que os condenan,
cuando oficios adoptivos
contra el honor abren puertas!
¿Tendreis vos atrevimientos
para negar desenvueltas
osadías, que antenoche
mancharon vuestra nobleza?

DON FERNANDO.

Yo, mi señora, no sé
que descréditos se atrevan
á deslucir mis costumbres
corteses, aunque traviesas.
Por otro me habreis tenido.

DOÑA BERNARDA.

¡Buenas disculpas son esas,
para quien ayer os vió
ejercitar las cautelas!
que si los tornos hablaran,
y como tienen orejas
por donde entraron lisonjas,
les diera la ocasion lenguas,
vuestras locuras contaran.

SANTILLANA.

Hombre que tal cosa niega,
negará que ahora es de dia:
¡Hay tan grande desvergüenza!

DOÑA BERNARDA.

¿Quién os mete á vos aquí?

DON DUARTE.

Ahora, señora, no quiera
el cielo que desazone
favor y merced como esta
el negaros la verdad.
A la vista de una venta
salteastes desmayada
una voluntad, pechera
desde entonces á esos ojos,
que con industrias intenta,
hurtando agenos oficios,
que la conozcais por vuestra.

Si lícitas esperanzas
hallan en vuestra belleza
lugar para pretensiones
que califica la iglesia,
don Fernando de Aragon
en discrecion, en nobleza,
en cantidad y en edad,
es digno de que os merezca.

DON FERNANDO.

Divertimientos de mozos,
que años verdes desenfrenan,
y á vos os ofenden tanto,
ya virtud, ya aficion sea,
remediareis, viuda hermosa,
con darme esa mano bella;
pues resucito por vos,
cargad al cielo esta deuda.

DOÑA BERNARDA.

No me traen esos cuidados
á vuestra casa, ni quiera
el cielo, que mi viudez
sus méritos altos pierda.
Solo vine á persuadiros
que no cohecheis montañesas,
y asistente en vano á tornos,
desautoriceis lancetas;
que tiene dueño mi casa,
y esposo doña Jusepa,
cuyo dote está librado
en la opinion que sustenta.
El que aquella noche hallastes,
cuidadosa centinela
de nuestra reputacion,
fundando su agravio en ella,
es un sobrino de quien
mi hermana obedece cuerda,
y en quien, á acetarlo yo,
aliviara algunas penas.
Pero no estoy por ahora
á nuevos yugos dispuesta;
si bien los tiempos se mudan,
y alcanzan mucho asistencias.

Lastimada de que en vos
tan gallarda edad se pierda
en contagiosos peligros,
donde el cuerpo y alma enferman,
olvidé mi propia causa
por la de Dios, cuya ofensa
siento tanto, que á los ojos
salen compasivas muestras.

DON FERNANDO.

No lloreis mas, alba hermosa,
que desperdiciando perlas,
convertís á lo divino,
y á lo humano causais penas;
y estoy ya por vos, no santo,
aunque oyéndoos bien pudiera,
mas penitente de amor
con un corazon de cera.

SANTILLANA, *aparte.*

¡Oh, hipócrita socarrona!
Cómprete quien no te entienda.
¡Vendes vino y das vinagre!
Lágrimas son taberneras.

DOÑA BERNARDA.

No estrañeis estos estremos,
que soy de corazon tierna,
y en fé de quereros bien,
sentir que os perdais es fuerza.

DON FERNANDO.

Aseguradme eso vos;
queredme bien, y estad cierta
que labrais obligaciones
en bronces correspondencias.

DOÑA BERNARDA.

Quiéroos bien como á cristiano
y prójimo, y os quisiera
ver tan reformado en todo,
que no asegurando quejas,
me escusásedes de hacer
provocadas diligencias;
que en lo demas no se trate.

DON FERNANDO.

No porque amenazas tema;

mas por no daros disgusto,
es razon que os obedezca.
Yo os prometo limitar
ocasiones, de manera,
que ninguno en esta calle
desde mañana me vea.
En Madrid hay otros barrios;
si estais con esto contenta,
mañana me mudaré
tan lejos, que desvanezca
vuestro recelo y mi amor.

DOÑA BERNARDA.

Lo primero, enhorabuena,
digo, el no entrar en mi casa;
mas lo segundo, no quiera
Dios que yo os desacomode.
Mas vale que vivais cerca,
porque yo pueda estorbar
solicitudes traviesas;
que si ignoro vuestra casa,
podeis sin que yo lo sepa,
hacer contra mi opinion
máquinas que el ócio inventa.
Tened, señor don Fernando,
en mas vuestra gentileza;
dejad gustos alquilados;
dadlos á quien os merezca;
y el cielo os guarde; que voy
consolada y satisfecha,
que estimareis los avisos
de quien serviros desea.—
No habeis de pasar de aquí
los dos.

DON FERNANDO.

Daréisnos licencia.
para acompañaros.

DOÑA BERNARDA.

No,
que es mi casa la frontera,
y podrán de las ventanas
veros, causando sospechas
cumplimientos familiares.

Adios.

SANTILLANA, *aparte.*

La chanza va buena.

(*Vanse doña Bernarda y Santillana.*)

ESCENA VI.

DON FERNANDO. DON DUARTE.

DON FERNANDO.

¿Qué sentís, amigo, de esto?

DON DUARTE.

¿Qué os parece á vos que sienta
de lágrimas á dos haces,
que apetecen lo que niegan?
Vive Dios, que va perdida,
y que el grano de pimienta
de los celos que la distes,
han sazonado la mesa.

DON FERNANDO.

¡Ay, amigo! ¿si se casa
con el sobrino?

DON DUARTE.

Simpleza
indigna de vuestro ingenio,
don Fernando amigo, es esa.
Viuda que llora y predica,
y sin ser llamada se entra
por las casas de posadas,
entre gente forastera;
no dudeis, si sois discreto,
que tiene algo que la aprieta
mas adentro del carton,
aunque mas virtudes venda.
¡Pobre de quien idolatra
en una niña que espera
cien mil pesos de dia en dia;
que es terrible competencia!

DON FERNANDO.

Profetizad vos verdades,

y la viuda amor me tenga;
que siendo ansí, el ayudaros
es forzosa consecuencia.

ESCENA VII.

SANTAREN.—DICHOS.

SANTAREN.

¡Albricias, que ha parecido
una mina toda llena
de garatusas de amor!

DON DUARTE.

¿Qué hay, Santaren?

SANTAREN.

Hay que vengan
albricias, y lo sabrás.

DON DUARTE.

Darételas.

SANTAREN.

¿Qué tan buenas?

DON DUARTE.

El vestido de camino.

SANTAREN.

¿Con botas?

DON DUARTE.

Y con espuelas.

SANTAREN.

Pues sabrán vuestras mercedes,
sabrán que bajé á la cueva
á sacar un jarro de agua,
cuando en Dios y en hora buena
oigo tras una pared
que el dicho sótano media,
que cantaba mi Polonia,
colgando un mazo de velas
en el tabique, de un clavo.
Imaginad mi sorpresa: (1)

(1) Verso suplido por el editor de la *Coleccion general de comedias escogidas.*

conocíla en el metal
de la voz, y el alma llena
de cosquillas amorosas
la dije: «hermana perrenga,
duélete de Santaren,
que en tí desde ayer desea
dar dos nietos á Mahoma,
que vayan despues á Meca.»
«¿Quién te echó por estas partes,
si no eres ánima en pena?—»
«Un jarro de agua,» respondo.—
«¿Luego aquesta misma cueva
sirve á tu casa,» replica?
«El diablo se lo dijera,»
respondí, y ella prosigue:
«¿Qué mayor dicha tuviera,
á ser tu señor judío?
¿ni para qué se desvela
nuestra niña en buscar trazas
con que escusar bodas viejas?
Un tabique nos aparta:
si el ánimo le agujera,
y un tinajon arrimando,
nuestra industria lo remedia,
habrá comunicacion
nocturna, sotana duenda
cada noche, y mamaránla
la viuda, el torno, y las rejas.
Avisa luego á tus amos,
mientras que á doña Jusepa
traigo, que está rematada;
porque el ver darse tal priesa
á venir su viejo amante
asegura diligencias,
y la tienen mis caricias
mas blanda que una manteca.»
Partióse, y yo de dos saltos
subo brincando escaleras;
pero al tiempo de avisarte
te hallé con no sé que hembra.
Dí parte á Mari-Ramirez,
y como obispar desea

si vaca Corozáin,
y está tu amor á su cuenta,
bajó al sótano conmigo,
un martillo me encomienda,
y ayudándome con otro,
cascote echamos en tierra
hasta abrir un boqueron,
por donde seguro puedas
ser Píramo soterraño
de una Tisbe comadreja.

DON DUARTE.

¿Hay suceso semejante?
Dame por tan ricas nuevas
los brazos.

SANTAREN.

Truecamelós.

DON DUARTE.

¿Por qué?

SANTAREN.

Por esa cadena.

DON DUARTE.

Que me place. Don Fernando,
¿qué os parece?

DON FERNANDO.

La comedia
que del *Milite glorioso*
Plauto en Roma representa.
¿Qué esperais? ¿Qué os suspendeis?

DON DUARTE.

Vamos, amigo. ¡Que tenga
mi amor tan buena salida!

SANTAREN.

Esclamacioncitas fuera,
y alto á acompañar tinajas;
porque celebreis entre ellas
desposorios ratoniles,
si no son bodas culebras. (*Vanse.*)

Sala en casa de doña Bernarda. Anochece.

ESCENA VIII.

DOÑA BERNARDA.

Si de este barrio se muda
á donde despues no sé
cómo ¡cielos! le veré,
poco amor tiene sin duda
quien tan desapasionado
mudanza promete hacer.
¡Ay cielos! por la muger
que le habló, está rematado.
¡Qué necia fuí en no decille
claramente mi pasion!
Ciertas mis desdichas son,
si no vuelvo á divertille
de la prenda que le abrasa;
pero ¿qué ha de sospechar
quien me vea un dia entrar
tantas veces en su casa?
Y mas de noche: ¡ay de mí!
que estoy un abismo hecha
de amor, congoja y sospecha.

ESCENA IX.

DOÑA JUSEPA. POLONIA.—DOÑA BERNARDA.

DOÑA JUSEPA.
(*Hablando con Polonia aparte al salir.*)
Calla, que está hermana aquí.

POLONIA.

Dejarémosla acostada,
y á la cueva acudiremos.

DOÑA JUSEPA.

No sé en eso lo que haremos;
que estoy temblando, y turbada.

DOÑA BERNARDA.

Pues, Jusepa, ¿qué hay de nuevo?

DOÑA JUSEPA.

¿Qué hay de viejo? digo yo.

DOÑA BERNARDA.

Al viejo que te adoró
su plata le hará mancebo.
Ya poco puede tardar;
hoy le espero con la cena:
yo prometí una novena,
y la quiero comenzar
desde hoy en el Buen-Suceso.
Entretente en tu labor,
y haz prevenciones de amor
para el capitan.

DOÑA JUSEPA.

En eso
hay tanta dificultad,
que no sé si he de poder.

DOÑA BERNARDA.

Pues, hermana, esto ha de ser
de fuerza ó de voluntad.
Polonia, vente conmigo.

DOÑA JUSEPA.

¿Me dejas sola?

DOÑA BERNARDA.

Esto poco,
que no te comerá el coco.

POLONIA.

(*Aparte á doña Jusepa.*)
Señora, haz lo que te digo.

DOÑA BERNARDA.

No hayas miedo que me tarde.

DOÑA JUSEPA.

¿Sola y cerrada?

DOÑA BERNARDA.

Por tí
la novena prometí:
no eres medrosa ó cobarde.
Quiérole pedir á Dios
que te disponga á querer
á quien tu esposo ha de ser:
luego volvemos las dos.
Dame chapinillos bajos,
un manto corto, y las llaves
de las puertas. Ya tú sabes
entretener los trabajos
de una soledad, que allá
cerrada, tal vez solias
desmentir melancolías
muchas tardes. Bueno está.

DOÑA JUSEPA.

Sí; mas esta casa es nueva.

DOÑA BERNARDA.

¡Guarda el duende, no te espante!

POLONIA.

(*A doña Jusepa aparte.*)
A la cueva á ver tu amante.

DOÑA BERNARDA.

Ven.

POLONIA.

(*A doña Jusepa aparte.*)
A la cueva, á la cueva.
(*Vanse doña Bernarda y Polonia.*)

ESCENA X.

DOÑA JUSEPA.

Estas novenas de ogaño
suelen volver intereses
novenas de nueve meses
cuando las hace el engaño.
Vislumbres muestra de amor
esto que la inquieta el seso.

¡Plega á Dios que al Buen-Suceso
no vaya del sangrador!
Que en Madrid alivia penas,
si fé á fábulas dar quiero,
en las damas el acero,
y en las viudas las novenas.
(*Acaba de oscurecerse el teatro.*)

ESCENA XI.

SANTAREN.—DOA JUSEPA.

SANTAREN.
(*Asomándose por una puerta.*)
Jusepita.

DOÑA JUSEPA.
¡Ay Dios! ¿Quién es?

SANTAREN.
Jusepa.

DOÑA JUSEPA.
¡Jesus! Desmayo....

SANTAREN.
¿Entro?

DOÑA JUSEPA.
¿Quién es?

SANTAREN.
(*Saliendo.*)
Un lacayo
buhonero y portugués.
Yo apostaré que creyó
que era trasgo.

DOÑA JUSEPA.
¡Ay Dios! ¡qué susto
me diste!

SANTAREN.
Parando en gusto,
no la matará. Salió
la viuda con su mastina;
(á Polonia llamo ansí)
desde mis puertas la ví

que los pasos encamina
hácia la calle Mayor:
atrevime por la cueva
á hacer esta chanza nueva.
En ella está mi señor,
mas tierno y mas derretido
que una vela en el verano;
si le da pena el anciano,
déle ya por despedido.
Baje, pues tiene ocasion,
y concluya esta partida;
que yo estaré á la subida
para darles aviso
cuando dé vuelta el mongil,
y no lo echará de ver.

DOÑA JUSEPA.

¡Jesus! ¿Eso habia de hacer?

SANTAREN.

¡El melindrico damil!
Si temiere un romadizo
por la humedad del conduto,
nuestro aposento está enjuto;
sírvase del pasadizo,
y acójanse allá los dos.

DOÑA JUSEPA.

¿Yo á posada que está abierta
para todos?

SANTAREN.

Buena puerta
tiene la sala; por Dios,
que si vuesarcé se tarda
y da en reparar en eso,
ha de sufrir á un don Bueso;
de su matrimonio albarda.
Porque diz que viene ya:
la ocasion, si es cuerda, goce.

DOÑA JUSEPA.

¿Y si alguno me conoce?

SANTAREN.

Eso prevenido está.
A Lisboa ha de enviar
mi amo un bravo vestido

á su hermana, que ha tenido
nuevas que se ha de casar;
y las joyas que la dió
á vuesa merced ayer,
para ella habian de ser:
conforme esto, digo yo
que á lo portugués vestida,
cuando alguno allá subiere,
(que no hará) como la viere
en sebosa convertida,
no ha de poder conocerla.

DOÑA JUSEPA.

Sí; ¿pero mi honor y fama?....

SANTAREN.

Es mi señor una dama.
¿Pues él habia de ofenderla?

DOÑA JUSEPA.

Temo la desenvoltura
de una ocasion licenciosa.

SANTAREN.

No pretende mi amo cosa
si no es por mano de cura.
Tiempo perdemos; ¿qué espera?

DOÑA JUSEPA.

Hermana, quien desazona
las edades, ocasiona
á lo que no se atreviera
mi honor para libertalle.

SANTAREN.

Sotanitos de Madrid,
jerigonzas encubrid
con las trampas de una calle. (*Vanse.*)

Sala en la posada.

ESCENA XII.

DON FERNANDO. MARI-RAMIREZ.

DON FERNANDO.
De esta vez, huéspeda mia,
nos saca vuestra posada
maridos.

MARIA.
Y yo fiada
en ella, desde este dia
pongo en la tabla de afuera;
"Quien se quisiere casar,
aquí se puede apear;
que hay cueva casamentera."
¡Mucho me debeis los dos!

DON FERNANDO.
No os quejareis de la paga,
como esta noche se haga
nuestra boda.

MARIA.
¡Plega á Dios!

DON FERNANDO.
¿Subió ya doña Jusepa?

MARIA.
Por ella fue Santaren.

DON FERNANDO.
Y tras mi viuda tambien
Alvarado; porque sepa
á qué puede á tales horas
salir muger, que de dia
tan retirada se cria.

MARIA.
Nocturnas madrugadoras

son en Madrid las mas de ellas;
discurso en sus tocas hago,
que es camino de Santiago
nevado y lleno de estrellas:
de noche todo arrebol,
todo clausura de dia;
que estrellas é hipocresía
buscan sombras y huyen sol.

ESCENA XIII.

ALVARADO.—DICHOS.

ALVARADO.
No tienes que dudar ya;
la viuda es una bendita:
rezando humilde y contrita
en el Buen-Suceso está.

DON FERNANDO.
Eso sí, necia sospecha.

ESCENA XIV.

SANTAREN.—DICHOS.

SANTAREN.
Esto va bueno.

DON FERNANDO.
¿Y la niña?

SANTAREN.
La mas bella sebosiña
que vió el amor, viene hecha.
El vestido que á su hermana
tuvo mi amo dedicado,
le viene pintiparado;
no hay mas linda lusitana.
Vistióse en un santiamen,
y hecho un almibar de amor,

sube con ella señor.
Fiesta y colacion preven,
porque yo entre tanto atisbe
tu viuda.

(*Vanse Santaren y Alvarado.*)

MARIA.

No malograran
su amor, si esta cueva hallaran
los bobos Píramo y Tisbe.

ESCENA XV.

—

DOÑA JUSEPA, *de portuguesa.* DON DUARTE.—DON FERNANDO. MARI-RAMIREZ.

DON DUARTE.

No teneis que recelar;
que en sujetos cortesanos
favores atan las manos,
y os tengo de respetar
mas estando en mi poder,
que en el de doña Bernarda.

DOÑA JUSEPA.

De vuestra nacion gallarda
mas me puedo prometer;
que hasta la envidia confiesa
en términos de hidalguía,
que á tener la cortesía
patria, fuera portuguesa.

DON FERNANDO.

Y vos lo pareceis tanto,
fuera del trage que honrais,
Jusepa hermosa, que dais
juntamente amor y espanto.

MARIA.

Estále que es maravilla:
no ví jamás gracia igual;
si amor nació en Portugal,
ya es portuguesa Castilla.
¡Qué bien le dice el tocado!

ESCENA XVI.

DOÑA BERNARDA, *con manto.*—DICHOS.

DOÑA BERNARDA.

Polonia, á esa puerta aguarda.

DOÑA JUSEPA.

(*Aparte con el portugués.*)
¡Ay cielos! ¡Doña Bernarda!

DON DUARTE.

¿Pues de qué teneis cuidado,
si á ser mi esposa venís?

DOÑA JUSEPA.

¡La esclava sin duda ha sido,
cielos, quien nos ha vendido!

DOÑA BERNARDA.

(*A don Fernando.*)
Hidalgamente cumplís
la palabra, caballero,
hoy prometida y quebrada:
amor cobra á la posada
la dama que ví primero.
¡Qué importa que no se sepa
la suya, si en tal empleo....!
¡Jesus mil veces! ¡Qué veo!
¿Qué es esto, doña Jusepa?
¡Tú aquí! ¿Qué desenvoltura
tu recato profanó?
¿Quién las llaves falseó
de nuestra rota clausura?
¿Por dónde salir pudiste?
¿Si me dejé acaso abierta,
inadvertida, la puerta?
¿Cómo á esta casa viniste?
Habla, liviana, traidora,
afrenta de tu linage.
¿Quién te ha puesto en este trage?

DOÑA JUSEPA.

¿Que è isto, vindes señora

douda? Naon vindes en vos.
¿Don Duarte, qué muller
é ista? Debe de ser
vosa obrigaçaon.

DON FERNANDO.

¡Por Dios,
que parece portuguesa!

DON DUARTE.

¡Hay mas gracia! ¡Hay mayor sal!

DOÑA JUSEPA.

¿Eu veo de Portugal
para ouvir parvuiças?

DOÑA BERNARDA.

Cesa,
envaidora. ¿Pues tú á mí
embelecos y lenguages
que no entiendo? ¿Tú esos trages?
¿Quién te enseñó á hablar ansí?
Nacida en Guadalajara,
y ya en Madrid portuguesa,
lo que tu lengua confiesa,
desmintiendo está tu cara.
En vano negar presumes
lo que el alma y ojos ven.

DOÑA JUSEPA.

Os borrofos de amor tem.
¿Contra quem saon os quejumes?
Don Duarte botalda fora,
é si naon irme é de aquí.

DOÑA BERNARDA.

Burla está haciendo de mí.

DON DUARTE.

Reparad en vos, señora.
Dos veces habeis venido
á esta posada, y las dos
contra el crédito que en vos
vuestra cordura ha tenido,
ya escrupulosa, ya humana,
nuestra casa alborotais.

DOÑA BERNARDA.

¡Traidores! ¿pues me usurpais
con embelecos mi hermana?

DON DUARTE.

¿Qué hermana? Esta es la condesa
de Ficallo.

DOÑA BERNARDA.

¿De Fi.... quién?

DON DUARTE.

Que en fé de quererme bien,
aunque tal valor profesa,
viene de Lisboa viendo
que allá tan presto no iria,
á ser mi esposa.

DOÑA BERNARDA.

¿En un dia
tanto engaño? ¿Estoy durmiendo?
¡Burladores! ¿soy yo loca
para creer desatinos?

DON FERNANDO.

No altereis, ojos divinos,
pues es la causa tan poca,
la casa.

DOÑA BERNARDA.

¡Tal oigo y callo!
¿Vos tambien? ¡Qué accion villana!
¿Haceis condesa á mi hermana?

DON FERNANDO.

La condesa es de Ficallo;
tratadla, señora, bien.

DOÑA BERNARDA.

¿Qué condesa, ó qué locura?
Polonia, esclava, asegura
tú lo que mis ojos ven:
entra acá.

ESCENA XVII.

POLONIA.—DICHOS.

POLONIA, *aparte.*

Temblando voy.

DOÑA BERNARDA.

¿No es esta doña Jusepa?

POLONIA.

¡Jesus! En nada discrepa
de ella.

DOÑA BERNARDA.

¡Y diránme que estoy
sin jüicio!

POLONIA.

¡Hay cosa igual!
Su imagen tengo delante;
no ví cosa semejante
en mi vida. Una señal
tiene que la diferencia.

DOÑA BERNARDA.

¿Cómo, perra?

POLONIA.

Bien que es poca:
un sí ó no es mayor la boca.

DOÑA BERNARDA.

Mientes.

POLONIA.

La circunferencia
de cara el engaño enseña,
aunque algo le corresponda:
señora es cariredonda;
pero esta es cariaguileña.

DOÑA BERNARDA.

Yo, traidores, desharé
lo que entre vosotros pasa.
¡Embaidora! dentro en casa,
con llave no te dejé?
Pues si en ella no te hallo,
¿dirás que esto es frenesí?

DON DUARTE.

Id, y vereis que está aquí
la condesa de Ficallo.

POLONIA.

Vuesa merced quedará
desengañada y corrida.

DOÑA BERNARDA.

¡Loca estoy, estoy perdida!

Ven perra, vamos allá.
Quédate tú aquí embaidora.

DON FERNANDO.

¿Quereis que os acompañemos?

DOÑA BERNARDA.

Déjenme.

DON DUARTE.

Con vos iremos.

DOÑA BERNARDA.

No ha de ir nadie.

DON FERNANDO.

Pues, señora,
andad con Dios, y de mí
pensad que nunca os engaño.

DOÑA BERNARDA.

Perdida voy....
(Vanse doña Bernarda y Polonia.)

DON DUARTE.

¡Cuento estraño!

DOÑA JUSEPA.

Atájola por aquí,
y múdome este vestido:
proseguid vos vuestro amor.

DON DUARTE.

Vamos, mi bien.
(Vanse doña Jusepa y don Duarte.)

DON FERNANDO.

¿Hay mejor
suceso?

MARIA.

¡Jamás he oido
cuento ni cosa mas nueva!
Mas ya en casos semejantes
para Teseos amantes
hay laberinto en mi cueva,
que ha de dar con mil sobornos
lo que en él buscando van.

DON FERNANDO.

¡Miren la ocasion que dan
los sótanos y los tornos!

ESCENA XVIII.

SANTAREN.—DON FERNANDO. MARI-RAMIREZ.

SANTAREN.

No se dió mejor mamola
en el mundo; la muchacha
todo su temor despacha,
y en un momento ella sola
quitó el portugués pellejo,
y del suyo se vistió,
estando de posta yo
en aquel postigo viejo.
Subió arriba, y ya la viuda
abriendo estaba la puerta.
Dice que estemos alerta
para acudir á su ayuda,
si es que fuere menester;
que es temeraria su hermana.

DON FERNANDO.

Amor, esta causa allana,
si es que algun bien me has de hacer.

SANTAREN.

Vamos; á espiarla torno:
gocemos de la ocasion;
pues amor da la invencion
Por el sótano y el torno.

Habitacion de doña Bernarda.

ESCENA XIX.

DOÑA JUSEPA, *en su primer trage, y luego* DOÑA BERNARDA *y* POLONIA.

Aun no acabo de admirarme
de la noble cortesía
del ilustre portugues.
¡Con qué amor! ¡con qué hidalguía
ha procedido! En estremo
á quererle bien me obliga
su talle y su proceder.

DOÑA BERNARDA, *dentro.*

Abre esas puertas.

DOÑA JUSEPA.

¡Qué linda
burla se traga mi hermana!
(*Siéntase á labrar.*)

DOÑA BERNARDA, *dentro.*

¡Sin seso vengo y perdida!

POLONIA, *dentro.*

Agora verá su engaño
vuesa mercé.

DOÑA JUSEPA.

La almohadilla
tomo; y para que mejor
con mi engaño se prosiga,
labrando y cantando agora,
procuraré divertirla.
(Canta.) *Hoy el rey no me ha fablado;*
miróme de mala guisa;
dejáronme venir solo
los grandes que me seguian.
(*Salen doña Bernarda y Polonia.*)

POLONIA.

(*Hablando con su ama á la puerta.*)
¿Está vuesarced contenta?

DOÑA BERNARDA.

¡Jesus! ¡Santa Catalina!
Ahora digo que estoy
loca, si no estoy dormida.

POLONIA.

Repare vuesa merced
en esta fisonomía,
y verá la diferencia
de la dama parecida.
Mire esta aguileña cara,
las rosas de estas megillas,
los rasgos de aquellos ojos,
la nariz no tan prolija,
y conocerá su engaño.

DOÑA BERNARDA.

Bastará que tú lo digas;
mas yo cuanto mas la veo,
mas me parece la misma.

DOÑA JUSEPA.

¿Qué es esto, doña Bernarda?

DOÑA BERNARDA.

No es nada; cierta porfia,
que averiguaré despues.
Acostémonos.

ESCENA XX.

SANTILLANA.—DICHAS.

SANTILLANA.

Albricias.

DOÑA BERNARDA.

¿Qué tenemos?

SANTILLANA.

Al señor
en Madrid.

DOÑA BERNARDA.

¿Cómo?

DOÑA JUSEPA.

¡Hay tal prisa!

SANTILLANA.

Ahora acaba de apearse
en un meson; y hasta el dia
no quiere venir á casa,
ni hacer de noche visitas.
Acostóse, porque el mal
de la hijada y de la orina
le trae enfermo; y don Luis,
señora, con él venia.

DOÑA BERNARDA.

¡Bendito sea Dios, amen!
(que estas cosas me tenian
con mil cuidados) Jusepa,
que de guardarte me libran.
Ya tu marido está cerca.

DOÑA JUSEPA.

¿Y muy cerca, hermana mia?

SANTILLANA.

Sí, que en la calle de Atocha,
en el meson de la Oliva
se apeó.

DOÑA JUSEPA.

Mas cerca está.

DOÑA BERNARDA.

¿Cómo?

DOÑA JUSEPA.

Aquellas celosías
fronteras, habita quien
mi libertad tiraniza.

DOÑA BERNARDA.

Jusepa, ¿quieres que vuelva
á perder el seso?

DOÑA JUSEPA.

Envidias
de mi ventura quizá
á envejecerme te animan.

DOÑA BERNARDA.

Harás lo que yo quisiere,
ó quitaréte la vida.

DOÑA JUSEPA.

¿Eres tú mi madre acaso?

DOÑA BERNARDA.

¿Tú me hablas ansí, atrevida?

DOÑA JUSEPA.

Bien puedo, que estoy casada.

ESCENA XXI.

DON DUARTE. DON FERNANDO. SANTAREN. MARI-RAMIREZ.—DICHOS.

DON DUARTE.

Es verdad, esposa.

DOÑA BERNARDA.

¡Quita!

DON FERNANDO.

Don Duarte es ya su esposo.

SANTAREN.

Soy testigo.

MARIA.

Y yo testiga.

DOÑA BERNARDA.

¡Qué es esto, cielos! ¿Por donde
entrastes?

SANTAREN.

Por una mina,
que en el sótano baraja
mil amorosas pandillas.

DOÑA BERNARDA.

¡Hay perdicion semejante!
¿Luego no mintió mi vista?
Tú fuiste la portuguesa.

DOÑA JUSEPA.

Yo fuí la condesa misma
de Ficallo, hermana.

DOÑA BERNARDA.

¿Hay tal?
¡Y la perra berberisca
que en chilindrinas me hablaba!

POLONIA.

Todo amor es chilindrina.

DOÑA JUSEPA.

Señora, pues que veis ya
que amor estas cosas guia,
de don Fernando premiad
las finezas escesivas.
Su renta es seis mil ducados,
y su sangre la mas limpia
de Aragon: su amor es grande,
su edad, ya la veis vos misma;
en otros diez mil ducados
os dotará.

DON FERNANDO.

Si os obliga
la voluntad y el amor,
que os tengo desde aquel dia
que ví en mis brazos el sol,
dando á sus rayos envidia,
de mi alma y de mi hacienda,
que ya á esos pies se dedica,
sereis absoluto dueño;
como esos claveles digan
que admitireis por esclavo
al que por dueño os estima.

DON DUARTE.

Vuestro cuñado os lo pide.

MARIA.

La toquera os lo suplica.

SANTAREN.

El buhonero os lo ruega.

POLONIA.

Y la esclava de rodillas.

SANTILLANA.

Santillana lo desea,
el niño amor os lo aliña,
vos quereis, Dios os lo da,
y San Pedro os lo bendiga.

DOÑA BERNARDA.

Decir á tantos que no
ya fuera descortesía,
mucho pueden humildades.
Vuestra esclava soy indigna.

DON FERNANDO.

El alma os doy con la mano.

SANTAREN.

¡Vitor, vitor la viudilla!

DOÑA BERNARDA.

Quédese aquí Santillana
porque á don Gomez le diga
cuando venga que el amor
estas cosas encamina;
porque el aguardalle aquí
me parece que seria
necedad ó atrevimiento.

SANTILLANA.

Vuesa merced imagina
bien, que yo le contaré
todas estas maravillas.

DOÑA JUSEPA.

Tu esclava soy.

DOÑA BERNARDA.

Yo tu hermana.

DON DUARTE.

Yo vuestro esposo.

POLONIA.

¿Y podria
decir yo que horra?

DOÑA BERNARDA.

Sí.

SANTAREN.

Y yo, pues tu amor me pringa,
soy tuyo.

DON FERNANDO.

Vuestro remedio
corre ya por cuenta mia.

DON DUARTE.

Yo á Mari-Ramirez doy
esta cadena.

DON FERNANDO.

Esto sirva
de entretener solamente:
no hay porque haya estas malicias,
que por *el sótano y torno*
TIRSO escribe; mas no afirma.



EXAMEN

DE

POR EL SÓTANO Y EL TORNO.

La lucha entre el amor y la codicia, terminada por el triunfo del primero, segun costumbre inmemorial del teatro, es un asunto que á primera vista parece demasiado comun y mezquino; y de consiguiente poco apropósito para producir grandes bellezas. Pero como el mismo pensamiento puede representarse de infinitos modos; y en esto principalmente es en lo que lucen sus fuerzas los genios privilegiados, resta examinar si Tirso se ha hecho acreedor á la gloria de ser contado entre ellos, por la destreza y novedad con que ha dispuesto su fábula. En efecto, una viuda todavía joven y hermosa, que intenta casar á una hermanita de quince años con un viejo rico; porque las dota á entrambas, y que ve desbaratado su plan por los artificios de dos amantes virtuosos, que se desposan con ellas; este cuadro, decimos, que es nuevo, interesante, bien concebido y susceptible de toda la perfeccion que reclama Talía, y que, á nuestro parecer, le ha dado su alumno.

La leccion moral encerrada en él se descubre facilmente. Cuando se quieren violentar los afectos naturales, cuando se oponen contra ellos los frios cálculos y maquinaciones del interes, pocas veces se consigue victoria. La naturaleza esfuerza su voz, y los obstáculos facticios se desvanecen al escucharla. Esto es mas cierto aun, si entramos en el designio del poeta, y le concedemos todas sus hipótesis; es decir, si nos figuramos como él, que las personas empeñadas en el lance, son dignas de estimacion por sus prendas y sentimientos. En este caso, el triunfo de las inclinaciones generosas y naturales sobre los vicios, es infalible. Así lo supone Tirso en su obra. Doña Bernarda no es un corazon dominado esclusivamente por la avaricia: es una muger todavía moza, y de consiguiente sujeta al imperio de la mas vehemente de todas las pa-

siones. No quiere el mal de su hermana; antes bien cree hacer su felicidad: pero como tiene mas años que ella ve las cosas de distinto modo, y da menos importancia al amor, y mas á la riqueza. Sin embargo es demasiado joven para hacer una resistencia obstinada: y así cuando el amor y la necesidad se reunen contra ella, despues de un corto combate, se rinde á partido. Este caracter, pues, es cómico sin dejar de ser amable; al paso que el de doña Jusepa tiene toda la gracia de su edad. Los dos amantes interesan por su pasion y buenos sentimientos. La huéspeda, Santarén, Polonia y Santillana, acreditan el verdadero genio del poeta: pues siendo los cuatro de un oficio y de la misma índole, tienen tan diversa fisonomía, que no se pueden confundir. Todos los demas personages son enteramente inútiles y necios.

La comedia empieza mal. El prurito de ponerlo todo en accion, vicio opuesto al que reina hoy dia (1), hace á Tirso representarnos hasta las menores particularidades del vuelco de un coche, las groserías de los carruageros, la llegada á la venta, y los incidentes y coloquios mas comunes, imitados con una fidelidad inaguantable. Luego que llegan los heroes á Madrid todo va perfectamente. El enredo es gracioso y natural, y está muy bien seguido. En la tercera jornada vuelve el autor á su manía favorita, que es disfrazar á la dama y hacer que nadie la conozca. Generalmente abusó en estremo de esta situacion; pero en el caso presente es menos inverosimil; porque doña Bernarda no sospecha nada acerca del sótano, y á pesar de eso no se deja alucinar facilmente. Solo cuando vuelve á casa y encuentra á doña Jusepa haciendo labor, empieza á titubear un poco, y aun entonces se toma tiempo para examinar el asunto.

El desenlace es previsto, como debe serlo casi siempre para ser bueno; y como al mismo tiempo es rápido y el espectador está entretenido hasta el fin, agrada y satisface. Toda la fábula está llena de interes y vida, y hay muchos pasages pintados de mano maestra.

Tirso en esta comedia es menos verde que de cos-

---

(1) 1826.

tumbre. Las damas se retiran íntegras de la escena, fenómeno bastante raro en sus obras. No tiene tantos chistes picarescos, y los que hay son menos atrevidos. Su estilo es como siempre, correcto, urbano, elegante, puro, armonioso y cuajado de gracias y de bellezas. Por cualquiera parte que se abra resplandece su rica y vigorosa imaginacion, y está rebosando sales. ¡Qué retrato el del barbero en cuatro pinceladas!

Suele andar en un machuelo,
que en vez de caminar, vuela;
sin parar saca una muela,
mas almas tiene en el cielo,
que un Herodes, ó un Neron;
conócenle en cada casa:
por donde quiera que pasa
le llaman la estrema uncion.=

Esto es pintar á lo Goya.

¡Qué gracia! ¡Qué naturalidad en aquella repeticion de doña Jusepa!

DOÑA JUSEPA.

¿Santillan, torno?

SANTILLANA.

A la popa;
y una red á la ventana,
que puede cerner lentejas.

¿Quién no ve el efecto que produce esta sola palabra torno en la cabeza de una muchacha de quince años? Al punto que la oye su imaginacion se cubre de tinieblas: se apaga la luz que animaba aquella brillante óptica y desaparecen á un tiempo galas, funciones, aplausos, amoríos y todas las risueñas ilusiones que hacian el embeleso de su vida, y se amontonaban y sucedian sin parar delante de sus ojos.

No son menos admirables las escenas entre doña Bernarda y Santillana, y entre la misma y don Fernando. Es imposible conocer mejor el corazon del hombre y retratarle con mas verdad.

DOÑA BERNARDA.

Andad, sabed lo que os digo,

y no me seais gestero &c.

IDEM.

Andad, sabed donde mora,
que yo hasta hacer castigalle
no puedo vivir contenta.

SANTILLANA.

Eso pido; y eso quiero.

DOÑA BERNARDA.

¿Oís? ¿y ese caballero
qué tanto tendrá de renta?

Y en la tercera del tercer acto.

DOÑA BERNARDA.

¿Luego cerrados estaban?

SANTILLANA.

A puerta cerrada hablaban,
y si quiere que colija
en lo que esto ha de parar,
la dama por esta noche,
no ha menester silla ó coche;
que allá se queda á cenar.

DOÑA BERNARDA.

Mas que se quede este mes.

SANTILLANA.

Por mí, que se quede treinta.

DOÑA BERNARDA.

Segun vos haceis la cuenta,
¿rogóla el aragones?

SANTILLANA.

¿Si es hombre, qué maravilla?

DOÑA BERTARDA.

¿Y ella?

SANTILLANA.

Rehusaba primero;
pero al fin, al fin, no quiero
y échamelo en la capilla.

A cada paso respira poesía y genio.

MARIA.

Por muchas honradas pasa;

pues ya no puedo ruar &c.

POLONIA.

Despidamos nuestro viejo
que en tu abril quiere nevar.

DOÑA BERNARDA.

La senectud sin calor,
es nieve que se dilata.... &c.

Estas y otras bellezas que el lector encontrará facilmente, á pesar de algunos tropiezos é incorrecciones, manifiestan el gran talento poético del maestro Tirso de Molina, y que así él como Calderon, Moreto y Lope son cuatro colosos, que solo estudiándolos mucho se pueden llegar á apreciar bastante bien.



EL VERGONZOSO EN PALACIO,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL DUQUE DE AVERO.
DOÑA MAGDALENA.
DOÑA SERAFINA.
DON DUARTE, *conde de Estremoz.*
DOÑA JUANA.
DON ANTONIO.
RUY LORENZO.
VASCO, *lacayo.*
FIGUEREDO, *criadó.*
LAURO, *viejo.*
MELISA, *pastora.*
MIRENO. } *pastores.*
TARSO.
LARISO.
DENIO.
BATO.....
DORISTO, *alcalde.*
DOS CAZADORES.
UN PINTOR.
UN TAMBOR.
GENTE.

La escena es en Avero, villa de Portugal, y en las cercanias de ella.

ACTO PRIMERO.

Bosque.

ESCENA I.

EL DUQUE DE AVERO. EL CONDE DE ESTREMOZ, *de caza.*

DUQUE.
De industria á esta espesura retirado
vengo de mis monteros, que siguiendo

un javalí ligero, nos han dado
el lugar que pedís; aunque no entiendo
con qué intencion, confuso y alterado,
cuando en mis bosques festejar pretendo
vuestra venida, conde don Duarte,
dejais la caza por hablarme aparte.

CONDE.

Basta el disimular; sacá el acero,
que, ya olvidado, os comparaba á Numa;
que el que desnudo veis, duque de Avero,
os dará la respuesta en breve suma.
De lengua al agraviado caballero
ha de servir la espada, no la pluma,
que muda dice á voces vuestra mengua.

(*Echan mano.*)

DUQUE.

Lengua es la espada, pues parece lengua;
y pues con ella estais, y asi os provoca
á dar quejas de mí, puesto que en vano,
refrenando las lenguas de la boca,
hablen solas las lenguas de la mano;
si la ocasion que os doy (que será poca)
para ese enojo poco cortesano,
á que primero la digais no os mueve;
pues mi valor ningun agravio os debe.

CONDE.

¡Bueno es que así disimuleis los daños,
que contra vos el cielo manifiesta!

DUQUE.

¿Qué daños, conde?

CONDE.

Si en los largos años
de vuestra edad prolija agora apresta,
duque de Avero, escusas, no hay engaños
que puedan convencerme: la respuesta
que me pedís, ese papel la afirma
con vuestro sello, vuestra letra y firma.

Arrójale.

Tomadle, pues es vuestro; que el criado
que sobornastes para darme muerte,
es en lealtad de bronce, y no ha bastado
vuestro interes contra su muro fuerte.

Por escrito mandastes que en mi estado
me quitase la vida y de esta suerte,
no os espanteis que diga, y lo presuma,
que en vez de espada ejercitais la pluma.

DUQUE.

¿Yo mandaros matar?

CONDE.

Aqueste sello
¿no es vuestro?

DUQUE.

Sí.

CONDE.

¿Podeis negar tampoco
aquesa firma? Ved si me querello
con justa causa.

DUQUE.

¿Estoy despierto, ó loco?

CONDE.

Leed ese papel; que con leello,
vereis cuán justamente me provoco
á tomar la venganza por mis manos.

DUQUE.

¿Qué enredo es este, cielos soberanos?

(Lee.) *Para satisfaccion de algunos agravios, que con la muerte del conde de Estremoz se pueden remediar, no hallo otro medio mejor que la confianza que en vos tengo puesta; y para que salga verdadera, me importa, pues sois su camarero, seais tambien el ejecutor de mi venganza; cumplilda, y veníos á mi estado; que en él estareis seguro, y con el premio que merece el peligro á que os poneis por mi causa. Sírvaos esta carta de creencia, y dádsela á quien os la lleva, advirtiendo lo que importa la brevedad y el secreto. De mi villa de Avero á 12 de marzo de* 1400 *años.*=El Duque.

CONDE.

No sé que injuria os haya jamás hecho
la casa de Estremoz, de quien soy conde,
para degenerar del noble pecho,
que á vuestra antigua sangre corresponde.

DUQUE.

Si no es que algun traidor ha contrahecho

mi firma y sello, falso, en quien se esconde
algun secreto enojo, con que intenta
con vuestra muerte mi perpétua afrenta,
vive el cielo, que sabe mi inocencia,
y conoce el autor de este delito,
que jamás en ausencia ó en presencia,
por obra, por palabra, ó por escrito
procuré vuestro daño: á la esperiencia,
si quereis aguardalla, me remito;
que con su ayuda, en esta misma tarde
tengo de descubrir su autor cobarde.
Confieso la razon que habeis tenido;
y hasta dejaros, conde, satisfecho,
que suspendais el justo enojo os pido,
y sosegueis el alterado pecho.

CONDE.

Yo soy contento, duque; persuadido
me dejais algun tanto.

DUQUE, *aparte.*

Yo sospecho
quien el autor ha sido de este insulto,
que con mi firma y sello viene oculto;
pero antes que dé fin hoy á la caza,
descubriré quien fueron los traidores.

ESCENA II.

DOS CAZADORES.—DICHOS.

CAZADOR 1.°

¡Famoso javalí!

CAZADOR 2.°

Dímosle caza,
y á pesar de los perros corredores,
hicieron sus colmillos ancha plaza,
y escapóse.

DUQUE.

Estos son mis cazadores.
Amigos....

CAZADOR 1.°

¡Oh señor!

DUQUE.

No habreis dejado
á vida javalí, corzo ó venado,
¿Hay mucha presa?

CAZADOR 2.°

Habrá la suficiente
para que tus acémilas no tornen
vacías.

DUQUE.

¿Qué se ha muerto?

CAZADOR 2.°

Mas de veinte
coronados venados, porque adornen
las puertas de palacio con su frente,
y porque en ellos, cuando á Avero tornen,
originales vean sus traslados,
que en figuras de hombres son venados;
tres javalíes y un oso temerario,
sin la caza menor, porque esa espanta.

DUQUE.

Mátase en este bosque de ordinario
gran suma de ella.

CAZADOR 1.°

No hay mata ni planta
que no la crie.

ESCENA III.

—

FIGUEREDO.—DICHOS.

FIGUEREDO.

(*Aparte al salir.*)

¡Oh falso secretario!

DUQUE.

¿Qué es esto? ¿Dónde vas con prisa tanta?

FIGUEREDO.

¡Gracias á Dios, señor, que hallarte puedo!

DUQUE.

¿Qué alboroto es aqueste, Figueredo?

FIGUEREDO.

Una traicion habemos descubierto,
que por tu secretario aleve urdida,
al conde de Estremoz hubiera muerto,
si llegára la noche.

CONDE.

¿A mí?

FIGUEREDO.

La vida
me debeis, conde.

CONDE, *aparte.*

Ya la causa advierto
de su enojo y venganza mal cumplida;
engañé la hermosura de Leonela
su hermana, y alcanzada, despreciéla.

DUQUE.

¡Gracias al cielo, que por la justicia
del inocente vuelve! ¿Y de qué suerte
se supo la traicion de su malicia?

FIGUEREDO.

Llamó en secreto á un mozo pobre y fuerte,
y como puede tanto la codicia,
prometiole, si al conde daba muerte,
enriquecerle; y para asegurarle,
dijo que tú, señor, hacias matarle;
pudo el vil interes manchar su fama.
Aquesta noche prometió en efeto
cumplirlo; mas amaba; que es quien ama
pródigo de su hacienda y su secreto.
Dicen que suele ser potro la cama
donde hace confesar al mas discreto
una muger que dá á la lengua y boca,
tormento, no de cuerda, mas de toca.
Declaróla el concierto que habia hecho,
y encargóla el secreto; mas como era
el huesped grande, el aposento estrecho,
tuvo dolores hasta echalle fuera:
concibió por la oreja, parió el pecho
por la boca, y fue el parto de manera,
que cuando el sol doraba el medio dia,

ya toda Avero la traicion sabia.
Prendió al parlero mozo la justicia,
y Ruy Lorenzo huyó con un criado,
cómplice en las traiciones y malicia,
que el delincuente preso ha confesado.
De esto te vengo á dar, señor, noticia.

DUQUE.

¿Veis, conde, como el cielo ha averiguado
todo el caso, y mi honra satisfizo?
Ruy Lorenzo mi firma contrahizo.
Averiguar primero las verdades,
conde, que despeñarse, fue prudencia
de sábias y discretas calidades.

CONDE.

No sé que le responda á vuecelencia;
solo que de un ministro, en falsedades
diestro, pudo causar á mi impaciencia
el engaño, que ahora siento en suma;
mas ¿qué no engañará una falsa pluma?

DUQUE.

Yo miraré desde hoy á quien recibo
por secretario.

CONDE.

Si el fiar secretos
importa tanto, ya yo me apercibo
á elegir mas leales que discretos.

DUQUE.

Milagro, conde, fué dejaros vivo.

CONDE.

La traicion ocasiona estos efetos;
huyó la deslealtad, y la luz pura
de la verdad, señor, quedó segura.
¡Válgame el cielo! ¡qué dichoso he sido!

DUQUE.

Para un traidor que en esto se desvela,
todo es poco.

CONDE.

Perdon humilde os pido.

DUQUE.

A cualquiera engañára su cautela:
disculpado estais, conde.

CONDE, *aparte.*

Aquesto ha urdido
la mugeril venganza de Leonela;
pero importa que el duque esté ignorante
de la ocasion que tuvo, aunque bastante.

DUQUE.

Pésame que el autor de aqueste esceso
huyese; pero vamos; que buscalle
haré de suerte, que al que muerto, ó preso
le trujere, prometo de entregalle
la hacienda que dejó.

CAZADOR 2.º

Si ofreces eso,
no habrá quien no le siga.

DUQUE.

Verá dalle
todo este reino un ejemplar castigo.

CONDE.

La vida os debo; pagaréla, amigo. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

TARSO. MELISA.

MELISA.

¿Así me dejas, traidor?

TARSO.

Melisa, doma otros potros;
que ya no me hace quillotros
con el alma vueso amor.
Con la ausencia de medio año
que há que ni os busco ni veo,
curó el tiempo á mi deseo
la enfermedad de un engaño.
Dando á mis celos dïeta,
estoy bueno poco á poco;
ya, Melisa, no so loco,
porque ya no so poeta.
¡Las copras que á cada paso
os hice! ¡Huego de Dios

en ellas, en mí y en vos,
si de subir al parnaso
por sus musas de alquiler,
me he quedado despeado!
¡Qué de nombres que os he dado!
Luna, estrella, locifer....
¿Qué teneis bueno, Melisa,
que no alabase mi canto?
Copras os compuse al llanto,
copras os hice á la risa,
copras al dulce mirar,
al suspirar, al toser,
al callar, al responder,
al asentarse, al andar,
al branco color, al prieto,
á vuesos desdenes locos,
al escopir, y á los mocos
pienso que os hice un soneto.
Ya me salí del garlito
do me cogistes, par Dios;
que no se me da por vos
ni por vueso amor, un pito.

MELISA.

¡Ay Tarso, Tarso! En efeto
hombre; que es decir, olvido.
¿Que una ausencia haya podido
hacer perderme el respeto?
¿A mí, Tarso?

TARSO.

A vos, y á Judas.
Sois mudables ¿qué quereis,
si en señal de eso os poneis
en la cara tantas mudas?

MELISA.

Así, mis prendas me torna,
mis cintas y mis cabellos.

TARSO.

¿Luego pensais que con ellos
mi pecho ó zurron se adorna?
¡Qué bobada! A estar yo ciego,
trujera conmigo el daño.
Ya, Melisa, habrá medio año,

que con todo dí en el huego.
Cabellos que fueron lazos
de mi esperanza crueles,
listones, rosas, papeles,
baratijas y embarazos,
todo el huego lo deshizo,
porque hechizó mi sosiego;
pues suele echarse en el huego,
porque no empezca, el hechizo.
Hasta el zurron di á la brasa
do guardé mis desatinos;
que por quemar los vecinos,
se pega huego á la casa.

MELISA.

¿Esto he de sufrir? ¡Ay cielo!
(*Llora.*)

TARSO.

Aunque lloreis un diluvio,
teneis el cabello rubio,
no hay que fiar de ese pelo.
Ya os conozco que sois fina.
Pues no me habeis de engañar,
par Dios, aunque os vea llorar
los tuétanos y la orina.

MELISA.

¡Traidor!

TARSO.

¡Verá la ambicion!
Enjugad los arcaduces;
que haceis el llanto á dos luces,
como candil de meson.

MELISA.

Yo me vengaré, crüel.

TARSO.

¿Cómo?

MELISA.

Casándome, ingrato.

TARSO.

Eso es tomar el zapato,
y daros luego con él.

MELISA.

Vete de aquí.

TARSO.

Que me place.

MELISA.

¿Qué te vas de esa manera?

TARSO.

¿No lo veis? Andando.

MELISA.

Espera.

¿Mas qué sé de donde nace
tu desamor?

TARSO.

¿Mas que no?

MELISA.

Celillos son de Mireno.

TARSO.

¿Yo celillos? ¡Oh qué bueno!
ya ese tiempo se acabó.
Mireno el hijo de Lauro,
á quien sirvo, y cuyo pan
cómo, es discreto y galan,
y como tal le restauro
vuestro amor; mas yo le miro
tan libre, que en la ribera
no hallareis quien se prefiera
á hacelle dar un suspiro.
Trújole su padre aquí
pequeño, y bien sabeis vos
que murmuran mas de dos,
aunque vive y anda así,
que debajo del sayal
que le sirve de corteza,
se encubre alguna nobleza
con que se honra Portugal.
No hay pastor en todo el Miño
que no le quiera y respete,
ni libertad que no inquiete
como á vos; mas ¡ved qué aliño
si la suerte hacerle quiso
tan desdeñoso y crüel,
que hay dos mil ecos por él,
de quien es sordo Narciso!
Como os veis de él despreciada,

agora os venís acá:
mas no entrareis; porque está
el alma á puerta cerrada.

MELISA.

En fin, ¿no me quieres?

TARSO.

No.

MELISA.

Pues, vive Dios, hombre ingrato,
que yo castigue tu trato.

TARSO.

¿Castigarme á mí vos?

MELISA.

Yo:
presto verás, fementido,
si te doy mas de un cuidado;
que nunca el hombre rogado
ama, como aborrecido.

TARSO.

Bueno.

MELISA.

Verás lo que pasa:
celos te dará un pastor;
que cuando se pierde amor,
ellos le vuelven á casa. (*Vase.*)

TARSO.

¿Si? Andad. Hecho me há temer
alguna burla, aunque hablo;
que no tendrá miedo al diablo,
quien no teme á una muger.

ESCENA V.

—

MIRENO.—TARSO.

MIRENO.

¿Es Tarso?

TARSO.

¡O Mireno! Soy
tu amigo fiel; si ese nombre

merece tener un hombre
que te sirve.

MIRENO.

Todo hoy
te ando á buscar.

TARSO.

Melisa
me ha detenido aquí un hora;
y cuanto mas por mí llora,
mas me muero yo de risa.
¿Pero qué hay de nuevo?

MIRENO.

Amigo,
la mucha satisfaccion
que tengo de tu aficion,
me obliga á tratar contigo
lo que, á no quererte tanto,
ejecutara sin tí.

TARSO.

De ver que me hables así,
por ser tan nuevo, me espanto.
Contigo, desde pequeño,
me crió Lauro, y aunqué
segun mi edad, ya podré
gobernar casa y ser dueño,
quiero mas por el amor
que ha tiempo que te he cobrado,
ser en tu casa criado,
que en la mia ser señor.

MIRENO.

En fé de haber descubierto
mi esperiencia que es así,
y hallar, Tarso, ingenio en tí,
puesto que humilde, despierto,
pretendo en tu compañía
probar, si hasta donde alcanza
la barra de mi esperanza,
llega la ventura mia.
Mucho há que me tiene triste
mi altiva imaginacion,
cuya soberbia ambicion
no sé en qué estriba ó consiste.

Considero algunos ratos,
que los cielos, que pudieron
hacerme noble, y me hicieron
un pastor, fueron ingratos;
y que pues con tal bajeza
me acobardo y avergüenzo,
puedo poco, pues no venzo
mi misma naturaleza.
Tanto el pensamiento caba
en esto, que ha habido vez,
que afrentando la vejez
de Lauro, mi padre, estaba
por dudar si soy su hijo,
ó si me hurtó á algun señor;
aunque de su mucho amor
mi necio engaño colijo.
Mil veces, estando á solas,
le he preguntado, si acaso
el mundo, que á cada paso
honras anega en sus olas,
le sublimó á su alto asiento,
y derribó del lugar
que intenta otra vez cobrar
mi atrevido pensamiento;
porque el ser advenedizo
aquí, anima mi opinion,
y su mucha discrecion
dice claro que es postizo
su grosero oficio y trage,
por mas que en él se reporte;
pues mas es para la corte,
que los montes, su lenguage.
Siempre, Tarso, ha malogrado
estas imaginaciones,
y con largas digresiones,
mil sucesos me ha contado,
que todos paran en ser,
contra mis intentos vanos,
progenitores villanos
los que me dieron el ser.
Esto, que habia de humillarme,
con tal violencia me altera,

que de esta vida grosera,
me ha forzado á desterrarme;
y que á buscar me desmande
lo que mi estrella destina,
que á cosas grandes me inclina,
y algun bien me guarda grande;
que si tan pobre nací,
como el hado me crió,
cuanto mas me hiciere yo,
mas vendré á deberme á mí.
Si quieres participar
de mis males ó mis bienes,
buena ocasion, Tarso, tienes;
déjame de aconsejar,
y determínate luego.

TARSO.

Para mí, bástame el verte,
Mireno, de aquesa suerte:
ni te aconsejo ni ruego;
discreto eres; estodiado
has con el cura; yo quiero
seguirte, aunque considero
de Lauro el nuevo cuidado.

MIRENO.

Tarso, si dichoso soy,
yo espero en Dios el trocar
en contento su pesar.

TARSO.

¿Cuándo has de irte?

MIRENO.

Luego.

TARSO.

¿Hoy?

MIRENO.

Al punto.

TARSO.

¿Y con qué dinero?

MIRENO.

De dos bueyes que vendí,
lo que basta llevo aquí.
Vamos derechos á Avero,
y compraréte una espada

y un sombrero.

TARSO.

¡Plegue á Dios,
que no volvamos los dos
como perro con pedrada. (*Vanse.*)

Otro punto del bosque al lado del camino.

ESCENA VI.

RUY LORENZO. VASCO.

VASCO.

Señor, vuélvete al bosque, pues conoces
que apenas estaremos aquí un hora,
cuando las postas nos darán alcance;
y los villanos de estas caserías,
que nos buscan, cual galgos á las liebres,
si nos cogen, harán la remembranza
de Cristo, y su prision hoy con nosotros;
y quedaremos por nuestros pecados
en vez de remembrados, desmembrados.

RUY.

Ya, Vasco, es imposible que la vida
podamos cônservar; pues cuando el cielo
nos librase de tantos que nos buscan,
el hambre vil, que con infames armas
debilita las fuerzas mas robustas,
nos tiene de entregar al duque fiero.

VASCO.

Para el hambre y sus armas no hay acero.

RUY.

Por vengar la deshonra de mi hermana
que el conde de Estremoz tiene usurpada,
su firma en una carta contrahice;
y saliéndome inútil esta traza,
busqué quien con su muerte me vengase:

mas nada se le cumple al desdichado;
y pues lo soy, acabe con la vida,
que no es bien muera de hambre, habiendo espada.

VASCO.

¿Es posible, que un hombre que se tiene
por hombre, como tú, hecho y derecho,
quisiese averiguar por tales medios
si fué forzada ó no tu hermana? Dime
¿piensas de veras que en el mundo ha habido
muger forzada?

RUY.

¿Agora dudas de eso?
¿No estan llenos los libros, las historias,
y las pinturas de violentos raptos,
y forzosos estupros que no cuento?

VASCO.

Riyérame, á no ver que aquesta noche
los dos habemos de cenar con Cristo,
aunque hacer colacion me contentara
en el mundo, y á oscuras me acostara.
Ven acá: si Leonela no quisiera
dejar coger las uvas de su viña,
¿no se pudiera hacer toda un ovillo,
como hace el herizo, y á puñadas,
aruños, coces, gritos, y á bocados,
dejar burlado á quien su honor maltrata,
en pie su fama, y el melon sin cata?
Defiéndese una yegua en medio un campo
de toda una caterva de rocines,
sin poderse quejar «aquí del cielo,
que me quitan mi honra,» como puede
una muger honrada en aquel trance;
escápase una gata como el puño
de un gato zurdo, y otro cariromo
por los caramanchones y tejados,
con solo decir *miao* y echar un fufo;
¿y quieren estas dayfas persuadirnos,
que no pueden guardar sus pertenencias
de peligros noturnos? Yo aseguro,
si como echa á galeras la justicia
los forzados, echara las forzadas,
que hubiera menos, y esas mas honradas.

ESCENA VII.

—

MIRENO *y* TARSO *en el fondo*: RUY LORENZO *y* VASCO *á un lado*; *unos y otros sin verse al principio.*

TARSO.

Jurómela Melisa: ¡lindo cuento
será el ver, que la he dado cantonada!

MIRENO.

Mal pagaste su amor.

TARSO.

Dala á Pilatos,
que es mas mudable que hato de gitanos:
mas arrequibes tienen sus amores,
que todo un canto de órgano; no quiero
sino seguirte á tí por mar y tierra,
y trocar los amores por la guerra.

RUY.

Gente suena.

VASCO.

Es verdad; y aun en mis calzas
se han sonado de miedo las narices
del rostro circular, romadizadas.

RUY.

Perdidos somos.

VASCO.

¡Santos estrellados!
doleos de quien de miedo está en tortilla;
y si hay algun devoto de lacayos,
sáqueme de este aprieto, y yo le juro
de colgalle mis calzas á la puerta
de su templo, en lavándolas diez veces,
y limpiando la cera de sus barrios;
que aunque las enceró mi pena fiera,
no es buena para ofrendas esta cera.

RUY.

Sosiégate; que solo dos villanos
sin armas defensivas ni ofensivas,
poco mal han de hacernos.

VASCO.

¡Plegue al cielo!

RUY.

Cuanto, y mas, que el venir tan descuidados,
nos asegura de lo que tememos.

VASCO.

Ciégalos, San Anton.

RUY.

Calla; lleguemos.
A dónde bueno, amigos?

MIRENO.

¡Oh señores!
á la villa á comprar algunas cosas
que el hombre há menester ¿Está allá el duque?

RUY.

Allá quedaba.

MIRENO.

Déle vida el cielo.
Y vosotros ¿dó bueno? Que esta senda
se aparta del camino real y guia
á unas caserías que se muestran
al pie de aquella sierra.

RUY.

Tus palabras
declaran tu bondad, pastor amigo.
Por vengar la deshonra de una hermana,
intenté dar la muerte á un poderoso;
y sabiendo mi honrado atrevimiento,
el duque manda, que me siga y prenda
su gente por aquestos despoblados;
y ya desesperado de librarme,
salgo al camino. Quíteme la vida,
de tantos, por honrada, perseguida.

MIRENO.

Lástima me habeis hecho; y ¡vive el cielo!
que si como la suerte avara me hizo
un pastor pobre, mas valor me diera,
por mi cuenta tomara vuestro agravio.
Lo que se puede hacer, de mi consejo,
es que los dos troqueis esos vestidos
por aquestos groseros; y encubiertos
os librareis mejor, hasta que el cielo

á daros su favor, señor, comience;
porque la industria los trabajos vence.

RUY.

¡O noble pecho, que entre paños bastos,
descubres el valor mayor que he visto!
páguete el cielo, pues que yo no puedo,
ese favor.

MIRENO.

La diligencia importa:
entremos en lo espeso, y trocaremos
el trage.

RUY.

Vamos. ¡Venturoso he sido!
(*Vanse los dos.*)

TARSO.

¿Y habeis tambien de darme por mi sayo
esas abigarradas, con mas cosas,
que un menudo de vaca?

VASCO.

Aunque me pese.

TARSO.

Pues dos lecciones me dareis primero,
porque con ellas pueda hallar el tino,
entradas y salidas de esa Troya;
que par diez, que aunque el cura sabe tanto,
que canta un *parce mihi* por dó quiere,
no me supo vestir el dia del Corpus
para hacer á David.

VASCO.

Vamos; que presto
os las sabreis poner.

TARSO.

Como hay maestros
que enseñan á leer á los muchachos,
¿no pudieran poner en cada villa
maestros con salarios, y con pagas,
que nos dieran leccion de calzar bragas? (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

DORISTO. LARISO. DENIO. PASTORES.

DORISTO.

Ya los vestidos y señas
del amo y criado sé;
callad; que yo os los pondré,
Lariso, cual digan dueñas.

LARISO.

¿Que quiso matar al conde?
¡Verá el bellaco!

DORISTO

Par Dios,
que si los cojo á los dos,
y el diabro no los esconde,
que he de llevarlos á Avero
con cepo y grillos.

DENIO.

¡Verá!
¿Qué bestia los llevará
en el cepo?

DORISTO.

Regidero,
no os metais en eso vos;
que no empuño yo de balde
el palillo. ¿No so alcalde?
pues yo os juro á non de Dios,
que ha de ver lo que publico;
y que los ha de llevar
con el cepo hasta el lugar
de Avero, vueso borrico.

LARISO.

Busquémolos; que despues
quillotraremos el modo
con que han de ir.

DORISTO.

El monte todo
está cercado; por pies

no se irán.

DENIO.

Amo y lacayo
han de estar aquí escondidos.

LARISO.

Las señas de los vestidos,
sómbreros, capas y sayo
del mozo, en la cholla llevo.

DORISTO.

Si los prendemos, por paga
diré al duque que mos haga
par del olmo un rollo nuevo.

LARISO.

Hombre sois de gran meollo,
si rollo en el puebro haceis.

DORISTO.

El será tal que os honreis,
que os digan: «váyase al rollo.» (*Vanse.*)

ESCENA IX.

—

RUY LORENZO, *de pastor*, MIRENO, *de galan.*

RUY.

De tal manera te asienta
el cortesano vestido,
que me hubiera persuadido
á que eres hombre de cuenta,
á no haber visto primero
que ocultaba la belleza
de los miembros, la bajeza
de aqueste trage grosero.
Cuando se viste el villano
las galas del trage noble,
parece imagen de roble
que ni mueve pie ni mano;
no hay quien persuadirse pueda
sino que es, como sospecho,
pared, que de adobes hecho,
le cubre un tapiz de seda.

Pero cuando en tí contemplo
el desenfado con que andas,
y el donaire con que mandas
ese vestido, otro ejemplo
hallo en tí mas natural,
que vuelve por tu decoro,
llamándote imagen de oro,
con la funda de sayal.
Alguna nobleza infiero
que hay en tí; pues te prometo,
que te he cobrado el respeto
que al mismo duque de Avero.
¡Hágate el cielo como él!

MIRENO.

Y á tí con sosiego y paz
te vuelva, sin el disfraz,
á tu estado; y fuera de él,
con paciencia vencerás
de la fortuna el ultrage.
Si te vé en aqueste trage
mi padre, en él hallarás
nuevo amparo; en él te fia,
y dile que me destierra
mi inclinacion á la guerra;
que espero en Dios que algun dia
buena vejez le he de dar.

RUY.

Adios gallardo mancebo;
la espada sola me llevo,
para poder evitar,
si me conocen, mi ofensa.

MIRENO.

Haces bien; anda con Dios,
que hasta la villa los dos,
aunque vamos sin defensa,
no tenemos que temer;
y allá espadas compraremos.

ESCENA X.

VASCO, *de pastor*.—DICHOS.

VASCO.

Vámonos de aquí. ¿Qué hacemos?
que ya me quisiera ver
cien leguas de este lugar.

MIRENO.

¿Y Tarso?

VASCO.

Allá desenreda
las calzas, que agora queda
comenzándose á atacar,
muy enojado conmigo
porque me llevo la espada,
sin la cual no valgo nada.

MIRENO.

La tardanza os daña.

RUY.

Amigo,
adios.

VASCO.

No está malo el sayo.

RUY.

Jamás borrará el olvido
este favor.

VASCO.

Embutido
va en un pastor un lacayo.
(*Vanse Ruy Lorenzo y Vasco.*)

ESCENA XI.

MIRENO.

Del castizo caballo descuidado
el hambre y apetito satisface

la verde yerba que en el campo nace,
el freno duro del arzon colgado;
Mas luego que el jaez de oro esmaltado
le pone el dueño, cuando fiestas hace,
argenta espuma, céspedes deshace,
con el pretal sonoro alborozado.
Del mismo modo entre la encina y roble,
criado con el rústico lenguage,
y vistiendo sayal tosco he vivido;
Mas despertó mi pensamiento noble,
como al caballo, el cortesano trage;
que aumenta la soberbia el buen vestido.

ESCENA XII.

TARSO, *de lacayo.*—MIRENO.

TARSO.

¿No ves las devanaderas
que me han forzado á traer?
Yo no acabo de entender
tan intrincadas quimeras.
¿No notas la confusion
de calles y encrucijadas?
¿Has visto mas rebanadas,
sin ser mis calzas melon?
¿Qué astrólogo tuvo esfera,
dí, menos inteligible
que há un hora que no es posible
topar con la faltriquera?
¡Válgame Dios! ¡El jüicio
que tendria el inventor
de tan confusa labor,
y enmarañado edificio!
¡Qué ingenio! ¡Qué entendimiento!

MIRENO.

Basta, Tarso.

TARSO.

No te asombre;
que esta no ha sido obra de hombre.

MIRENO.

¿Pues de qué?

TARSO.

De encantamiento;
obra es digna de un Merlin,
porque en estos astrolabios
aun no hallarán los mas sabios
ningun principio, ni fin:
pero ya que enlacayado
estoy, y tú caballero,
¿qué hemos de hacer?

MIRENO.

Ir á Avero;
que este trage ha levantado
mi pensamiento de modo,
que á nuevos intentos vuelo.

TARSO.

Tú querrás subir al cielo,
y daremos en el lodo.
Mas pues eres ya otro hombre,
por si acaso, adonde fueres,
caballero hacerte quieres,
¿no ès bien que mudes el nombre?
que el de Mireno no es bueno
para nombre de señor.

MIRENO.

Dices bien: no soy pastor,
ni he de llamarme Mireno.
Don Dionís en Portugal
es nombre ilustre y de fama;
don Dionís desde hoy me llama.

TARSO.

No le has escogido mal;
que los reyes que ha tenido
de ese nombre esta nacion,
eterna veneracion
ganaron á su apellido.
Estremado es el ensayo;
pero ya que así te ensalzas,
dame un nombre que á estas calzas
les venga bien, de lacayo;
que ya el de Tarso me quito.

MIRENO.

Escógele tú.

TARSO.

Yo escojo,
si no lo tienes á enojo....
¿No será bueno...?

MIRENO.

¿Cuál?

TARSO.

Brito.
¿Qué te parece?

MIRENO.

Estremado.

TARSO.

¡Gentiles cascos por Dios!
Sin ser obispos, los dos
nos habemos confirmado.

ESCENA XIII.

DORISTO, LARISO, DENIO *y* PASTORES, *con armas y sogas.*—DICHOS.

DORISTO.

¡Válgaos el dimunio, amen!
¿Qué no los hemos de hallar?

LARISO.

Si no es que saben volar,
imposible es que no esten
entre estas matas y peñas.

DENIO.

Busquémoslos por lo raso.

LARISO.

¿No son estos?

DORISTO.

Habrad paso.

LARISO.

Par Dios, conforme las señas,
que son los propios.

DORISTO.

Atalde
los brazos; pues veis que estan
sin armas.

(*Cogen por atras los pastores y atan á Mireno y Tarso.*)

DENIO.

Rendíos, galan.

LARISTO.

Tené al rey.

DENIO.

Tené al alcalde.

MIRENO.

¿Qué es esto?

TARSO.

¿Estais en vosotros?
¿Por qué nos prendeis?

DORISTO.

Por gatos.
¡Aho! ¿no veis que mogigatos
hablan? Sabeis her quillotros
para dar la muerte al conde,
¿y pescudaisnos por qué
os prendemos?

DENIO.

¡Bueno, á fé!

TARSO.

¿Qué conde, ó qué muerte? ¿Adónde
mos habeis visto otra vez?

DORISTO.

Allá os lo dirá el verdugo
cuando os cuelgue cual besugo
de las agallas y nuez.

MIRENO.

A no llevarme la espada,
ya os fuerais arrepentidos.

TARSO.

El trueco de los vestidos
mos ha dado esta gatada.
¡Ah, mi señor don Dionís!
¿es aquesta la ganancia
de la guerra? ¿Qué ignorancia
te engañó?

DORISTO.

¿Qué barbullís?

TARSO.

Tarso quiero ser, no Brito;
ganadero, no lacayo;
por bragas quiero mi sayo;
las ollas lloro de Egito.

LARISO.

¿Quieres callar, bellacon?
Darle de puñadas quiero.

DORISTO.

Alto, á Avero.

MIRENO.

Pues á Avero
nos llevan, ten corazon;
que cuando el duque nos vea,
caerán estos en su engaño
sin que nos mande hacer daño.

DORISTO.

Rollo tendrá muesa aldea.

DENIO.

Cuando bajo el olmo le hagas,
en él haremos concejo.

TARSO.

Yo de ninguno me quejo,
sí de estas malditas bragas.
¿Quién ha visto tal ensayo?

MIRENO.

¿Qué temes, necio? ¿Qué dudas?

TARSO.

Si me cuelgan y hago un Judas,
sin haber Judas lacayo,
¿no he de llorar y temer?
Hoy me cuelgan del cogollo.

DORISTO.

En la picota del rollo
un relox he de poner.
Vamos.

LARISO.

Bien el puebro ensalzas.

TARSO.

Si te quieres escapar,

do no te puedan hallar,
métete dentro en mis calzas. (*Vanse.*)

Salon del palacio del duque en Avero.

ESCENA XIV.

DOÑA JUANA. DON ANTONIO, *de camino.*

DOÑA JUANA.
¡Primo don Antonio!

DON ANTONIO.
Paso:
no me nombreis; que no quiero
hagais de mí tanto caso,
que me conozca en Avero
el duque. A Galicia paso,
donde el rey don Juan me llama
de Castilla, que me ama,
y hace merced; y deseo
á costa de algun rodeo,
saber si miente la fama,
que ofrece el lugar primero
de la hermosura de España
á las hijas del de Avero,
ó si la fama se engaña,
y miente el vulgo ligero.

DOÑA JUANA.
Bien hay que estimar y ver;
pero no habeis de querer
que así tan de paso os goce.

DON ANTONIO.
Si el de Avero me conoce,
y me obliga á detener,
caer en falta recelo
con el rey.

DOÑA JUANA.

Pues si eso pasa,
de mi gusto al vuestro apelo;
mas si sabe que en su casa
don Antonio de Barcelo,
conde de Penela, ha estado,
y que encubierto ha pasado,
cuando le pudo servir
en ella, lo ha de sentir
con esceso; que en su estado
jamás llegó caballero,
que por inviolables leyes
no se hospede.

DON ANTONIO.

Así lo infiero;
que es nieto, en fin, de los reyes
de Portugal, el de Avero.
Pero dejando esto, prima,
¿tan notable es la beldad
que en sus dos hijas sublima
el mundo?

DOÑA JUANA.

¿Es curiosidad,
ó el alma acaso os lastima
el ciego?

DON ANTONIO.

Mal sus centellas
me pueden causar querellas
si de su vista no gozo;
curiosidades de mozo,
á Avero me traen á vellas.
¿Cómo tengo de querer
lo que no he llegado á ver?

DOÑA JUANA.

De que eso digais me pesa:
nuestra nacion portuguesa
esta ventaja ha de hacer
á todas; que porque asista
aquí amor que es su interes,
ha de amar en su conquista
de oidas el portugués,
y el castellano de vista.

Las hijas del duque son
dignas de que su alabanza
celebre nuestra nacion.
La mayor, á quien Berganza
y su duque, con razon,
pienso que intenta entregar
al conde de Vasconcelos
su heredero, puede dar
otra vez á Clicie celos,
si el sol la sale á mirar.
Pues de doña Serafina,
hermana suya, es divina
la hermosura.

DON ANTONIO.

Y de las dos,
¿á cuál juzgais, prima, vos,
por mas bella?

DOÑA JUANA.

Mas se inclina
mi aficion á la mayor,
aunque mi opinion refuta
en parte el vulgo hablador;
mas en gustos no hay disputa,
y mas en cosas de amor.
En dos bandos se reparte
Avero, y por cualquier parte
hay bien que alegar.

DON ANTONIO.

¿Aquí
hay algun título?

DOÑA JUANA.

Sí,
don Francisco y don Duarte.

DON ANTONIO.

¿Y qué hacen?

DOÑA JUANA.

Mas de un curioso
dice, que pretende ser
cada cual de la una esposo.

DON ANTONIO.

Prima, yo las he de ver
esta tarde; que es forzoso

irme luego.

DOÑA JUANA.

Yo os pondré
donde su hermosura os dé,
podrá ser, mas de una pena.

DON ANTONIO.

¿Serafina, ó Magdalena?

DOÑA JUANA.

Bellas son las dos, no sé.
Pero el duque sale aquí
con ellas: ponte á esta parte.
(*Colócanse á un lado.*)

ESCENA XV.

EL DUQUE. EL CONDE. DOÑA SERAFINA. DOÑA MAGDALENA.— DICHOS.

DUQUE.

Digo, conde don Duarte,
que todo se cumpla así.

CONDE.

Pues el rey, nuestro señor,
favorece la privanza
del hijo del de Berganza,
y á vuestra hija mayor
os pide para su esposa,
escriba vuestra escelencia,
que con su gusto y licencia,
doña Serafina hermosa
lo será mia.

DUQUE.

Está bien.

CONDE.

Pienso que su magestad
me mira con voluntad,
y que lo tendrá por bien:
yo y todo le escribiré.

DUQUE.

No lo sepa Serafina

hasta ver si determina
el rey que la mano os dé;
que es muchacha, y descuidada,
aunque portuguesa, vive
de que tan presto cautive
su libertad la lazada
ó nudo del matrimonio.

DOÑA JUANA.

(*Hablando aparte con don Antonio.*)
Presto os habeis divertido.
Decid ¿qué os han parecido
las hermanas, don Antonio?

DON ANTONIO.

No sé el alma á cual se inclina,
ni sé lo que hacer ordena:
bella es doña Magdalena,
pero doña Serafina
es el sol de Portugal.
Por la vista el alma bebe
llamas de amor entre nieve
por el vaso de cristal
de su divina blancura;
la fama ha quedado corta
en su alabanza.

DUQUE.

Esto importa.

DON ANTONIO.

Fenix es de la hermosura.

DUQUE.

Llegaos, Magdalena, aquí.

CONDE.

Pues me da el duque lugar,
mi serafin quiero hablar,
si hay atrevimiento en mí
para que vuele tan alto
que á Serafines me iguale.

DON ANTONIO.

Prima, á ver el alma sale
por los ojos el asalto,
que amor le da poco á poco:
ganaréme si me pierdo.

DOÑA JUANA.
Vos entrasteis, primo, cuerdo,
y pienso que saldreis loco.

DUQUE.
(*A doña Magdalena.*)
El rey te honra y estima;
cuan bien te está considera.

DOÑA MAGDALENA.
Mi voluntad es de cera;
vuecelencia en ella imprima
el sello que mas le cuadre;
porque en mí solo ha de haber
callar con obedecer.

DUQUE.
¡Mil veces dichoso padre
que oye tal!

CONDE.
(*A doña Serafina.*)
Las dichas mias,
como han subido al estremo
de su bien, que caigan temo.

DOÑA SERAFINA.
Conde, esas filosofias
ni las entiendo, ni son
de mi gusto.

CONDE.
Un serafin
bien puede alcanzar el fin,
y el alma de una razon.
No digais, que no entendeis
serafin, lo que alcanzais.

DOÑA SERAFINA.
¡Jesus! ¡qué de ello que hablais!

CONDE.
Si soy hombre, ¿qué quereis?
Por palabras los intentos
quiere que espliquemos, Dios;
que á ser serafin cual vos,
con solos los pensamientos
nos habláramos.

DOÑA SERAFINA.
¿Qué amor

habla tanto?

CONDE.

¿No ha de hablar?

DOÑA SERAFINA.

No, que hay poco que fiar
de un niño, y mas hablador.

CONDE.

En todo os hizo perfeta
el cielo con mano franca.

DON ANTONIO.

Prima, para ser tan blanca,
notablemente es discreta.
¡Qué agudamente responde!
Ya han esmaltado los cielos
el oro de amor con celos:
mucho me enfada este conde.

DOÑA JUANA.

¡Pobre de vuestra esperanza
si tal cosario la asalta!

DUQUE.

Un secretario me falta
de quien hacer confianza;
y aunque esta plaza pretenden
muchos, por diversos modos,
de favores, entre todos,
pocos este oficio entienden.
Trabajo me ha de costar
en tal tiempo estar sin él.

DOÑA MAGDALENA.

A ser el pasado fiel,
era ingenio singular.

DUQUE.

Sí; mas puso en contingencia
mi vida y reputacion.

ESCENA XVI.

LOS PASTORES, *trayendo presos á* MIRENO *y* TARSO.—DICHOS.

DORISTO.
Ande aprisa el bellacon.

LARISO.
Aquí está el duque.

TARSO.
Paciencia
me dé Herodes.

DENIO.
¡Aho! llegá,
pues sois alcalde, y habralde.

DORISTO.
Buen viejo, yo so el alcalde,
y vos el duque.

LARISO.
¡Verá!
Llegaos mas cerca.

DORISTO.
Y sopimos
yo, el herrero y su muger,
que mandábades prender
estos bellacos, y fuimos
Bras Llorente y Gil Bragado....

TARSO.
Aquese yo lo seré;
pues por mi mal me embragué.

DORISTO.
Y despues de haber llamado
á Concejo el regidero
Pero Minguez.... Llegá acá,
que no sois bestia, y habrá,
decid lo demas.

LARISO.
No quiero:
decildo vos.

DORISTO.

No estodié
sino hasta aquí: en concrusion,
estos los ladrones son,
que por solo heros mercé,
prendimos yo y Gil Mingollo:
haga lo que el puebro pide
su duquencia, y no se olvide
lo que le dije del rollo.

DUQUE.

¡Hay mayor simplicidad!
Ni he entendido á lo que vienen,
ni por qué delito tienen
así estos hombres. Soltad
los presos; y decid vos,
qué insulto habeis cometido,
para que os hayan traido
de aquesa suerte á los dos.

MIRENO.

(*De rodillas.*)
Si lo es el favorecer,
gran señor, á un desdichado,
perseguido y acosado
de tus gentes y poder,
y juzgas por temerario
haber trocado el vestido
por darle vida, yo he sido.

DUQUE.

¿Tú libraste al secretario?
Pero sí, que aquese trage
era suyo. Dí, traidor,
¿por qué le diste favor?

MIRENO.

Vuecelencia no me ultraje,
ni ese título me dé;
que no estoy acostumbrado
á verme así despreciado.

DUQUE.

¿Quién eres?

MIRENO.

No soy, seré;
que solo por pretender

ser mas de lo que hay en mí,
menosprecié lo que fuí
por lo que tengo de ser.

DUQUE.

No te entiendo.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

¡Estraña audacia
de hombre! El poco temor
que muestra, dice el valor
que encubre. De su desgracia
me pesa.

DUQUE.

Dí; ¿conocias
al traidor que ayuda diste?
Mas pues por él te pusiste
en tal riesgo, bien sabias
quien era.

MIRENO.

Supe que quiso
dar muerte á quien deshonró
su hermana, y despues te dió
de su honrado intento aviso;
y enviándole á prender,
le libré de tí espantado,
por ver que el que está agraviado
persigas, debiendo ser
favorecido de tí,
por ayudar al que ha puesto
en riesgo su honor.

CONDE, *aparte.*

¿Qué es esto?
¿Ya anda derramada así
la injuria que hice á Leonela?

DUQUE.

¿Sabeis vos quién la afrentó?

MIRENO.

Supiéralo, señor, yo;
que á sabello....

DUQUE.

Fué cautela
del traidor para engañarte:
tú sabes á donde está,

y así forzoso será,
si es que pretendes librarte,
decillo.

MIRENO.

¡Bueno seria,
cuando adonde está supiera,
que un hombre como yo hiciera
por temor tal villanía!

DUQUE.

¿Villanía es descubrir
un traidor? Llevalde preso;
que si no ha perdido el seso
y menosprecia el vivir,
él dirá donde se esconde.

MAGDALENA, *aparte.*

Ya deseo de libralle;
que no merece su talle
tal agravio.

DUQUE.

Intento, conde,
vengaros.

CONDE.

Él lo dirá.

TARSO, *aparte.*

¡Muy gentil ganancia espero!

DUQUE.

Vamos, que responder quiero
al rey.

TARSO.

(*Aparte con Mireno.*)
¡Medrando se va
con la mudanza de estado,
y nombre de don Dionís!

DUQUE.

Vivireis, si lo decís.

MIRENO.

La fortuna ha comenzado
á ayudarme: ánimo ten,
porque en ella es natural,
cuando comienza por mal,
venir á acabar en bien.

TARSO.

Bragas, si una vez os dejo,
nunca mas transformacion.
(*Llévanlos.*)

DUQUE.

Meted una peticion
vosotros en mi consejo,
de lo que quereis; que allí
se os pagará este servicio.

DORISTO.

Vos, que teneis buen jüicio,
la peticionad.

LARISO.

Sea así.

DORISTO.

Señor, por este cuidado,
haga un rollo en mi lugar,
tal, que se pueda ahorcar
en él cualquier hombre honrado.
(*Vanse los pastores, el duque y el conde.*)

DOÑA MAGDALENA.

Mucho, doña Serafina,
me pesa ver llevar preso
aquel hombre.

DOÑA SERAFINA.

Yo confieso,
que á rogar por él me inclina
su buen talle.

DOÑA MAGDALENA.

¿Eso desea
tu aficion? ¿Ya es bueno el talle?
Pues no tienes de libralle,
aunque lo intentes.

DOÑA SERAFINA.

No sea. (*Vanse.*)

DOÑA JUANA.

¿Os habeis de ir esta tarde?

DON ANTONIO.

¡Ay prima! ¿cómo podré,
si me perdí, si cegué?
¿Si amor, valiente, cobarde,
todo el tesoro me gana

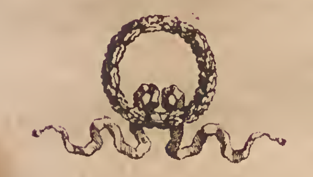
del alma y la voluntad?
Solo por ver su beldad,
no he de irme hasta mañana.

DOÑA JUANA.

¡Bueno estais! ¿que amais, en fin?

DON ANTONIO.

Sospecho, prima querida,
que de mi contento y vida
Serafina será fin.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué novedades son estas,
altanero pensamiento?
¿Qué torres sin fundamento
teneis en el aire puestas?
¿Cómo andais tan descompuestas,
imaginaciones locas?
Siendo las causas tan pocas,
¿quereis esponer mis menguas
al jüicio de las lenguas,
y á la opinion de las bocas?
Ayer guardaban los cielos
el mar de vuestra esperanza,
con la tranquila bonanza
que agora inquietan desvelos.
Al conde de Vasconcelos
ó á mi padre dí en su nombre
el sí; mas porque me asombre,
sin que mi honor lo resista,
se entró el alma, á escala vista,
por la misma vista un hombre.
Vióle en ella; y fuera esceso,
digno de culpar mi error,
á no saber que el amor
es niño, ciego, y sin seso.
¿A un hombre estrangero y preso,
á mi pesar, corazon,
habeis de dar posesion?
¿Amar al conde no es justo?
mas ¡ay! que atropella el gusto

las leyes de la razon.
Mas, pues á mi instancia está
por mi padre libre y suelto,
mi pensamiento resuelto
bien remediarse podrá.
Forastero es; si se va,
con pequeña resistencia
podrá sanar la paciencia
el mal de mis desconciertos;
pues son médicos espertos
de amor, el tiempo y la ausencia.
Pero, ¿con qué rigor trazo
el remedio de mi vida?
Si puede sanar la herida,
crueldad es cortar el brazo.
Démosle á amor algun plazo,
pues su vista me provoca,
que aunque es la efímera loca,
ninguno al enfermo quita
el agua, que no permita
siquiera enjuagar la boca.
Hacerle quiero llamar.—
¡Ah doña Juana!—Teneos,
desenfrenados deseos,
si no os quereis despeñar:
¿así vais á publicar
vuestra afrenta? La vergüenza
mi loco apetito venza;
que si es locura admitirlo
dentro del alma, el decirlo
es locura ó desvergüenza.—

ESCENA II.

—

DOÑA JUANA.—DOÑA MAGDALENA.

DOÑA JUANA.

Aquel mancebo dispuesto,
que ha estado preso hasta agora,
y tu intercesion, señora,

ya en libertad le ha puesto,
pretende hablarte.

DOÑA MAGDALENA.

(*Aparte.* ¡Qué presto
valerse el amor procura
de la ocasion y ventura
que ha de ponerse en efeto!
Mas hace como discreto;
que amor todo es coyuntura.)
¿Sabes qué quiere?

DOÑA JUANA.

Pretende
del favor que ha recibido
por tí, ser agradecido.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

Aspides en rosas vende.

DOÑA JUANA.

¿Entrará?

DOÑA MAGDALENA.

(*Aparte.* Si preso prende,
si maltratado, maltrata,
si atado las manos, ata
las de mi gusto resuelto,
¿qué ha de hacer presente y suelto,
quien ausente y preso mata?)
Dile que vuelva á la tarde;
que agora ocupada estoy.
Mas, oye; no vuelva.

DOÑA JUANA.

Voy.

DOÑA MAGDALENA.

Escucha: dí que se aguarde.
Mas váyase; que ya es tarde.

DOÑA JUANA.

¿Hase de volver?

DOÑA MAGDALENA.

¿No digo
que sí? Vé.

DOÑA JUANA.

Tu gusto sigo.

DOÑA MAGDALENA.

Pero torna; no se queje.

DOÑA JUANA.

¿Pues qué diré?

DOÑA MAGDALENA.

Que me deje,
(*Aparte.* y que me lleve consigo.)
Anda, dí que entre....

DOÑA JUANA.

Voy pues. (*Vase.*)

ESCENA III.

—

DOÑA MAGDALENA.

Que aunque venga á mi presencia,
vencerá la resistencia
hoy del valor portugués.
El desear y ver, es
en la honrada y la no tal,
apetito natural;
y si diferencia se halla,
es en que la honrada calla,
y la otra dice su mal.
Callaré, pues que presumo
cubrir mi desasosiego;
si puede encubrirse el fuego,
sin manifestalle el humo.
Mas bien podré, si consumo
el tiempo á palabras vanas;
pero las llamas tiranas
del amor, es cosa cierta,
que en cerrándolas la puerta,
se salen por las ventanas.
Cuando les cierren la boca,
por los ojos se saldrán;
mas no las conocerán
callando la lengua loca;
que si ella á amor no provoca,
nunca amorosos despojos
dan atrevimiento á enojos,
si no es en cosas pequeñas;

porque al fin hablan por señas,
cuando hablan solos los ojos.

ESCENA IV.

MIRENO.—DOÑA MAGDALENA.

MIRENO.

Aunque ha sido atrevimiento
el venir á la presencia,
señora, de Vuecelencia,
mi poco merecimiento;
ser agradecido trato,
al recebido favor;
porque el pecado mayor
es, el que hace á un hombre ingrato.
Por haber favorecido
de un desdichado la vida,
(que al noble es deuda debida)
me ví preso y perseguido;
pero en la misma moneda
me pagó el cielo sin duda;
pues libre con vuestra ayuda
mi vida, señora, queda.
¿Libre dije? mal he hablado;
que el noble, cuando recibe,
cautivo y esclavo vive,
que es lo mismo que obligado;
y ¡ojalá mi vida fuera
tal, que si esclava quedara
alguna parte, pagara
de esta merced, que ella hiciera
escesos! pero entre tantas
que mi humildad envilecen,
y como esclavas ofrecen
sus cuellos á vuestras plantas;
á pagar con ella vengo
la mucha deuda en que estoy;
pues no debo mas si os doy

gran señora, cuanto tengo.
(*Arrodíllase.*)

DOÑA MAGDALENA.

Levantaos del suelo.

MIRENO.

Así
estoy, gran señora, bien.

DOÑA MAGDALENA.

Haced lo que os digo. (*Aparte.* ¿Quién
me ciega el alma? ¡Ay de mí!)
¿Sois portugués?

MIRENO.

Imagino
que sí.

DOÑA MAGDALENA.

¿Que lo imaginais?
De esa suerte, incierto estais
de quien sois.

MIRENO.

Mi padre vino
al lugar en donde habita,
y es de alguna hacienda dueño,
trayéndome muy pequeño;
mas su trato lo acredita.
Yo creo que en Portugal
nacimos.

DOÑA MAGDALENA.

¿Sois noble?

MIRENO.

Creo
que sí, segun lo que veo
en mi honrado natural,
que muestra mas que hay en mí.

DOÑA MAGDALENA.

¿Y darán las obras vuestras,
si fuere menester, muestras
que sois noble?

MIRENO.

Creo que sí:
nunca de hacellas dejé.

DOÑA MAGDALENA.

Creo, decís á cualquier punto:

¿crêis acaso que os pregunto
artículos de la fé?

MIRENO.

Por la que debe guardar
á la merced recebida
de vuecelencia mi vida,
bien los puede preguntar;
que mi fé su gusto es.

DOÑA MAGDALENA.

¡Qué agradecido venís!
¿Cómo os llamais!

MIRENO.

Don Dionís.

DOÑA MAGDALENA.

Ya os tengo por portugués,
y por hombre principal;
que en este reino no hay hombre
humilde de vuestro nombre,
porque es apellido real:
y solo el imaginaros
por noble y honrado, ha sido
causa que haya intercedido
con mi padre á libertaros.

MIRENO.

Deudor os soy de la vida.

DOÑA MAGDALENA.

Pues bien; ya que libre estais,
¿qué es lo que determinais
hacer de vuestra partida?
¿Dónde pensais ir?

MIRENO.

Intento
ir, señora, donde pueda
alcanzar fama que esceda
á mi altivo pensamiento:
solo aquesto me destierra
de mi patria.

DOÑA MAGDALENA.

¿En qué lugar
pensais, que podeis hallar
esa ventura?

MIRENO.

En la guerra;
que el esfuerzo hace capaz
para el valor que procuro.

DOÑA MAGDALENA.

¿Y no será mas seguro,
que le adquirais en la paz?

MIRENO.

¿De qué modo?

DOÑA MAGDALENA.

Bien podeis
grangealle, si dais traza
que mi padre os dé la plaza
de secretario, que veis
que está vaca agora, á falta
de quien la pueda suplir.

MIRENO.

No nació para servir
mi inclinacion, que es mas alta.

DOÑA MAGDALENA.

Pues cuando volar presuma,
las plumas le han de ayudar.

MIRENO.

¿Cómo he de poder volar
con solamente una pluma?

DOÑA MAGDALENA.

Con las alas del favor;
que el vuelo de una privanza,
mil imposibles alcanza.

MIRENO.

Del privar nace el temor,
como muestra la esperiencia;
y tener temor no es justo.

DOÑA MAGDALENA.

Don Dionís, este es mi gusto.

MIRENO.

¿Gusto es de vuestra escelencia
que sirva al duque? Pues alto:
cúmplase, señora, ansí;
que ya de un vuelo subí
al primer móvil mas alto.
Pues si en esto gusto os doy,

ya no hay subir mas arriba:
como el duque me reciba,
secretario suyo soy.
Vos, señora, lo ordenad.

DOÑA MAGDALENA.

deseo vuestro provecho,
y ansí, lo que veis he hecho;
que ya que os dí libertad,
pesárame que en la guerra
la malográrais: yo haré
como esta plaza se os dé,
porque esteis en nuestra tierra.

MIRENO.

Mil años el cielo guarde
tal grandeza.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

Honor, huir;
que rebienta por salir
por la boca amor cobarde. (*Vase.*)

ESCENA V.

—

MIRENO.

Pensamiento, ¿en qué entendeis?
Vos que á las nubes subís,
decidme: ¿qué colegís
de lo que aquí visto habeis?
Declaraos, que bien podeis:
decidme; tanto favor
¿nace de solo el valor,
que á quien os honra ennoblece?
¿O erraré, si me parece,
que ha entrado á la parte amor?
¡Jesus! ¡qué gran disparate!
Temerario atrevimiento
es el vuestro, pensamiento;
ni se imagine ni trate:
mi humildad el vuelo abate
con que sube el deseo vario;

mas, ¿por qué soy temerario,
si imaginar me prometo,
que me ama en lo secreto
quien me hace su secretario?
¿No estoy puesto en libertad
por ella? y ya sin enojos,
¿por el balcon de sus ojos
no he visto su voluntad?
Amor me tiene.—Callad,
lengua loca; que es error
imaginar que el favor,
que de su nobleza nace,
y generosa me hace,
está fundado en amor.
Mas el desear saber
mi nombre, patria y nobleza,
¿no es amor? Esa es bajeza.
Pues, alma, ¿qué puede ser?
Curiosidad de muger.
Sí: ¿mas dijera (alma, advierte
á ser eso de esa suerte
sin reinar amor injusto):
«Don Dionís, este es mi gusto?»
Este argumento ¿no es fuerte?
Mucho, pero mi bajeza
no se puede persuadir
que vuele y llegue á subir
al cielo de tal belleza;
¿pero cuándo hubo flaqueza
en mi pecho? Esperar quiero;
que siempre el tiempo ligero
hace lo dudoso cierto;
pues mal vivirá encubierto
el tiempo, amor y el dinero.

ESCENA VI.

TARSO.—MIRENO.

TARSO.

Ya que como Danïel
del lago nos ha sacado
de la carcel, donde he estado
con menos paciencia que él,
siendo la ira del duque
nuestro profeta Abacú,
¿qué aguardas mas aquí tú
á que el tiempo nos bazuque?
Tanto bien nos hizo Avero
que en él con tal sorna estás?
Vámonos; pero dirás
que quieres ser caballero.
Y poco faltó, par Dios,
para ser en Portugal
caballeros á lo asnal;
pues que supimos los dos
que el duque mandado habia,
que por las acostumbradas
nos diesen las pespuntadas
orden de caballería.

MIRENO.

¡Brito amigo!

TARSO.

No soy Brito,
sino Tarso.

MIRENO.

Escucha, necio.

TARSO.

Estas calzas menosprecio;
que me estorban infinito.
Ya que en Brito me transformas,
sácame de aquestos grillos;
que no fuí yo por novillos
para que me pongas cormas.

Quítamelas, y no quieras
que alguna vez huela mal.

MIRENO.

¡Peregrino natural!
¿Que nunca has de hablar de veras?
Digo que estás temerario.

TARSO.

Braguiroto dí que estoy.
Pero ¿qué hay de nuevo?

MIRENO.

Soy
por lo menos, secretario
del duque de Avero.

TARSO.

¿Cómo?

MIRENO.

La que nos dió libertad,
de esta liberalidad
es la autora.

TARSO.

Mejor tomo
tus cosas; ya estás en zancos.

MIRENO.

Pues aun no lo sabes bien.

TARSO.

Darte quiero el parabien;
y pues son los amos francos,
si algun favor me has de hacer,
y mi descanso permites,
lo primero es, que me quites
estas calzas; que sin ser
presidente, en apretones,
despues que las he calzado,
en ellas he despachado
mil húmedas provisiones. (*Vanse.*)

ESCENA VII.

DON ANTONIO. DOÑA JUANA.

DON ANTONIO.

Prima, á quedarme aquí mi amor me obliga,
aguarde el rey ó no; que mi rey llamo
solo mi gusto que el pesar mitiga
que me ha de consumir, si ausente amo.
Pájaro soy; sin ver de amor la liga,
curiosamente me asenté en el ramo
de la hermosura, donde preso quedo:
volar pretendo; pero mas me enredo.
El conde de Estremoz sirve y merece
á doña Serafina, yo he sabido
que el duque sus intentos favorece,
y hacerla esposa suya ha prometido:
quien no parece, dicen que perece;
si no parezco, pues, y ya ni olvido
ni ausencia han de poder darme reposo,
¿qué he de esperar ausente, y receloso?
Si mi adorado serafin supiera
quien soy, y con decírselo aguardara
recíprocos amores con que hiciera
mi dicha cierta y mi esperanza clara,
mas alegre y seguro me partiera,
y de mi fé mi vida confiara;
si se puede fiar el que es prudente,
del sol de enero, y de muger ausente.
No me conoce, y mi tormento ignora,
y así en quedarme mi remedio fundo;
que me parta despues, ó vaya agora
á la presencia de don Juan segundo,
importa poco. Prima mia, señora,
si no quieres que llore, y sepa el mundo
el lastimoso fin que ausente espero,
no me aconsejes el salir de Avero.

DOÑA JUANA.

Don Antonio, bien sabes lo que estimo

tu gusto, y que el amor que aquí te enseño,
al deudo corresponde que de primo
nuestra sangre te debe, como á dueño:
si en que te quedes ves que te reprimo,
es por ser este pueblo tan pequeño,
que has de dar nota en él.

DON ANTONIO.

Ya yo procuro,
como sin que la dé, viva seguro.
Nunca me ha visto el duque, aunque me ha escrito;
yo sé que busca un secretario esperto,
porque al pasado desterró un delito.

DOÑA JUANA.

Con risa el medio que has buscado advierto.

DON ANTONIO.

¿No te parece, si en palacio habito
con este cargo, que podré encubierto
entablar mi esperanza, como acuda
el tiempo, la ocasion, y mas tu ayuda?

DOÑA JUANA.

La traza es estremada, aunque indecente,
primo, á tu calidad.

DON ANTONIO.

Cualquiera estado
es noble con amor: no esté yo ausente;
que con cualquiera oficio estaré honrado.

DOÑA JUANA.

Búsquese el modo, pues.

DON ANTONIO.

El mas urgente
está ya concluido.

DOÑA JUANA.

¿Cómo?

DON ANTONIO.

He dado
un memorial al duque, en que le pido
me dé esta plaza.

DOÑA JUANA.

Diligente has sido,
mas sin saberlo yo, culparte quiero.

DON ANTONIO.

Del cuidadoso el venturoso nace;

hase encargado de él el camarero,
de quien dicen que el duque caudal hace.

DOÑA JUANA.

Mucho priva con él.

DON ANTONIO.

Mi dicha espero,
si el cielo á mis deseos satisface,
y el camarero en la memoria tiene
esta promesa.

DOÑA JUANA.

Primo, el duque viene.

ESCENA VII.

EL DUQUE. FIGUEREDO.—DICHOS.

DUQUE.

Ya sabes que requiere aquese oficio
persona en quien concurran juntamente
calidad, discrecion, presencia y pluma.

FIGUEREDO.

La calidad no sé; de esotras partes
le puedo asegurar á vuecelencia,
que no hay en Portugal quien conforme á ellas
mejor pueda ocupar aquesa plaza;
la letra, el memorial que vuecelencia
tiene suyo, podrá satisfacelle.

DUQUE.

Alto, pues tú le abonas, quiero velle.

FIGUEREDO.

Quiero irle á llamar.—Pero delante
está de vuecelencia. Llegá, hidalgo;
que el duque, mi señor, pretende veros.

DON ANTONIO.

Déme los pies vuestra escelencia.

DUQUE.

Alzaos:
¿de dónde sois?

DON ANTONIO.

Señor, nací en Lisboa.

DUQUE.

¿A quién habeis servido?

DON ANTONIO.

Héme criado
con don Antonio de Barcelos, conde
de Penela, y os traigo cartas suyas,
en que mis pretensiones favorece.

DUQUE.

Quiero yo mucho al conde don Antonio,
aunque nunca le he visto. ¿Por qué causa
no me las habeis dado?

DON ANTONIO.

No acostumbro
pretender por favores, lo que puedo
por mi persona; y quise que me viese
primero vuecelencia.

DUQUE.

Camarero,
su talle y buen estilo me ha agradado.
Mi secretario sois; cumplan las obras
lo mucho que promete esa presencia.

DON ANTONIO.

Remítome, señor, á la esperiencia.

DUQUE.

Doña Juana, ¿qué hace Serafina
y Magdalena?

DOÑA JUANA.

En el jardin agora
estaban las dos juntas, aunque entiendo
que mi señora doña Magdalena
quedaba algo indispuesta.

DUQUE.

¿Pues qué tiene?

DOÑA JUANA.

Habrá dos dias que anda melancólica,
sin saberse la causa de este daño.

DUQUE.

Ya la adivino yo: vamos á vella;
que como darla nuevo estado intento,
la mudanza de vida siempre causa
tristeza en la muger honrada y noble;
y no me maravillo esté afligida,

quien teme un cautiverio de por vida.
Doña Juana, quedaos; que como viene
el mensagero de Lisboa, y conoce
al conde de Penela, vuestro primo,
tendreis que preguntarle muchas cosas.

DOÑA JUANA.

Es, gran señor, así.

DUQUE.

Yo gusto de eso.
Secretario, quedaos.

DON ANTONIO.

Tus plantas beso.

(Vanse el duque y Figueredo.)

ESCENA IX.

DOÑA JUANA. DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

Venturosos han sido los principios.

DOÑA JUANA.

Si tienes por ventura ser criado
de quien eres igual, ventura tienes.

DON ANTONIO.

Ya por lo menos estaré presente,
y estorbaré los celos de algun modo,
que el conde de Estremoz me causa, prima.

DOÑA JUANA.

Dásele de él tan poco á quien adoras,
y de eso, primo, está tan olvidada,
que en lo que pone agora su cuidado,
es solo en estudiar con sus doncellas
una comedia, que por ser mañana
carnestolendas, á su hermana intenta
representar, sin que lo sepa el duque.

DON ANTONIO.

¿Es inclinada á versos?

DOÑA JUANA.

Pierde el seso
por cosas de poesía, y esta tarde

conmigo sola en el jardin pretende
ensayar el papel, vestida de hombre.

DON ANTONIO.

¿Así me dices eso, doña Juana?

DOÑA JUANA.

¿Pues cómo quieres que lo diga?

DON ANTONIO.

¿Cómo?
Pidiéndome la vida, el alma, el seso
en pago de que me hagas tan dichoso,
que yo la pueda ver de aquesa suerte;
así vivas mas años que hay estrellas;
así jamás el tiempo riguroso
consuma la hermosura de que gozas;
así tus pensamientos te se logren,
y el rey de Portugal enamorado
de tí, te dé la mano, el cetro, y vida.

DOÑA JUANA.

Paso; que tienes talle de casarme
con el papa, segun estás sin seso.
Yo te quiero cumplir aquese antojo.
Vamos, y esconderéte en los jazmines
y murtas, que de cercas á los cuadros
sirven, donde podrás, si no das voces,
dar un hartazgo al alma.

DON ANTONIO.

¿Hay en Avero
algun pintor?

DOÑA JUANA.

Algunos tiene el duque
famosos; mas, ¿por qué me lo preguntas?

DON ANTONIO.

Quiero llevar conmigo quien retrate
mi hermoso serafin; pues facilmente,
mientras se viste, sacará el bosquejo.

DOÑA JUANA.

¿Y si lo siente doña Serafina,
ó él pintor lo publica?

DON ANTONIO.

Los dineros
ponen freno á las lenguas y los quitan:
ó matarme, ó no impidas mis deseos.

DOÑA JUANA.

¡Nunca yo hablara, ó nunca tú lo oyeras,
que tal prisa me das! Ahora bien, primo,
en esto puedes ver lo que te quiero;
busca un pintor sin lengua, y no malparas;
que segun los antojos diferentes,
que teneis los que andais enamorados,
sospecho para mí que andais preñados. (*Vanse.*)

Jardin del palacio.

ESCENA X.

EL DUQUE. DOÑA MAGDALENA.

DUQUE.

Si darme contento es justo,
no estés, hija, de esa suerte;
que no consiste mi muerte
mas de en verte á tí sin gusto.
Esposo te dan los cielos
para poderte alegrar,
sin merecer tu pesar
el conde de Vasconcelos.
A su padre el de Berganza,
pues que te escribió, responde;
escribe tambien al conde,
y no vea yo mudanza
en tu rostro ni pesar,
si de mi vejez los dias
con esas melancolías
no pretendes acortar.

DOÑA MAGDALENA.

Yo, señor, procuraré
no tenerlas, por no darte
pena, si es un triste parte
en sí de que no lo esté.

DUQUE.

Si te diviertes, bien puedes.

DOÑA MAGDALENA.

Yo procuraré servirte;
y agora quiero pedirte,
entre las muchas mercedes
que me has hecho, una pequeña.

DUQUE.

Con condicion que se olvide
aquesa tristeza, pide.

DOÑA MAGDALENA.

(*Aparte.* Honra, el amor os despeña.)
El preso que te pedí
librases, y ya lo ha sido,
de todo punto ha querido
favorecerse de mí:
con solo esto, gran señor,
parece que me ha obligado;
y así, á mi cargo he tomado,
con su aumento, tu favor;
es hombre de buena traza,
y tiene estremada pluma.

DUQUE.

Dime lo que quiere en suma.

DOÑA MAGDALENA.

Quisiera entrar en la plaza
de secretario.

DUQUE.

Bien poco
há que dársela pudiera;
aun no há un cuarto de hora entera
que está ocupada.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

Amor loco,
¡muy bien despachado estais!
Vos perdereis por cobarde,
pues acudistes tan tarde,
que con alas no volais.

DUQUE.

Por orden del camarero
á un mancebo he recibido,
que de Lisboa ha venido

con aqueste intento á Avero;
y segun lo que en él ví,
muestra ingenio y suficiencia.

DOÑA MAGDALENA.

Si gusta vuestra escelencia,
ya que mi palabra dí;
y él está con esperanza
que le he de favorecer;
pues me manda responder
al conde y al de Berganza,
sabiendo escribir tan mal,
quisiera que se quedara
en palacio, y me enseñara;
porque en muger principal,
falta es grande no saber
escribir cuando recibe
alguna carta, ó si escribe,
que no se pueda leer.
Dándome algunas liciones,
mas clara la letra haré.

DUQUE.

Alto, pues; licion te dé,
con que enmiendes tus borrones;
que en fin con ese ejercicio
la pena divertirás,
pues la tienes porque estás
ociosa; que el ocio es vicio.
Entre por tu secretario.

DOÑA MAGDALENA.

Las manos quiero besarte.

ESCENA XI.

—

DON DUARTE.—DICHOS.

DON DUARTE.

Señor....

DUQUE.

Conde don Duarte....

CONDE.

Con contento estraordinario
vengo.

DUQUE.

¿Cómo?

CONDE.

El rey recibe
con gusto mi pretension,
y sobre aquesta razon,
á vuestra escelencia escribe.
Dice que se servirá
su magestad de que elija,
para honrar mi casa, hija
de vueselencia, y tendrá
cuidado de aquí adelante
de hacerme merced.

DUQUE.

Yo estoy
contento de eso, y os doy
nombre de hijo; aunque importante
será que disimuleis,
mientras doña Serafina
al nuevo estado se inclina;
porque ya, conde, sabeis,
cuan pesadamente lleva
esto de casarse agora.

CONDE.

Hará el alma que la adora,
de su sufrimiento prueba.

DUQUE.

Yo haré las partes por vos
con ella; perded recelos:
el conde de Vasconcelos
vendrá presto, y de las dos
las bodas celebraré
luego.

CONDE.

El esperar da pena.

DUQUE.

No esteis triste, Magdalena.

DOÑA MAGDALENA.

Yo, señor, me alegraré

por dar gusto á vuecelencia.

DUQUE.

Vamos á ver lo que escribe
el rey.

CONDE.

Quien espera, y vive,
bien ha menester paciencia.
(*Vanse el duque y el conde.*)

ESCENA XII.

DOÑA MAGDALENA.

Con razon se llama amor
enfermedad y locura;
pues siempre el que ama procura,
como enfermo, lo peor.
Ya teneis en casa, honor,
quien la batalla os ofrece,
y poco hará, me parece,
cuando del alma os despoje;
que quien el peligro escoge,
no es mucho que en él tropiece.
Los encendidos carbones
tragó Porcia, y murió luego;
¿qué haré yo, tragando el fuego,
por callar, de mis pasiones?
Diréle, no por razones,
sino por señas visibles,
los tormentos invisibles,
que padezco por no hablar;
porque muger y callar
son cosas incompatibles. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA. DON ANTONIO. UN PINTOR.

DOÑA JUANA.

Desde este verde arrayan,
donde el sitio al amor hurta,
estos jazmines y murta
ser tus celosías podrán;
pero que calles te aviso,
y tendrá tu amor buen fin.

DON ANTONIO.

Ya sé que es mi serafin
angel de este paraiso;
y yo, si acaso no siente,
seré Adan echado de él.

DOÑA JUANA.

Yo haré que ensaye el papel
aquí, para que esté enfrente
del pintor y retratalla
con mas facilidad pueda:
vistiéndose de hombre queda,
pues da en aquesto; á avisalla
voy de que solo y cerrado
está el jardin: primo, adios. (*Vase.*)

DON ANTONIO.

Pintores somos los dos;
ya yo el retrato he copiado,
que me enamora y abrasa.

PINTOR.

No entiendo ese pensamiento.

DON ANTONIO.

Naipe es el entendimiento,
pues le llama tabla rasa
á mil pinturas sujeto
Aristóteles.

PINTOR.

Bien dices.

DON ANTONIO.

Los colores y matices

son especies del objeto
que los ojos que le miran
al sentido comun dan;
que es obrador donde están
cosas que el ingenio admiran,
tan solamente en bosquejo,
hasta que con luz distinta
las ilumina y las pinta
el entendimiento, espejo
que á todas da claridad.
Pintadas las pone en venta;
y para esto las presenta
á la reina voluntad,
muger de buen gusto y voto,
que ama el bien perpetuamente,
verdadero ó aparente,
como no sea bien ignoto;
que lo que no es conocido,
nunca por ella es amado.

PINTOR.

De esa suerte lo ha enseñado
el filósofo.

DON ANTONIO.

Traido
de la pintura el caudal,
todos los lienzos descoge,
y entre ellos compra y escoge,
una vez bien y otras mal:
pónele el marco de amor,
y como en verle se huelga,
en la memoria le cuelga
que es su camarin mayor.
Del mismo modo miré
de mi doña Serafina
la hermosura peregrina;
tomé el pincel, bosquejé,
acabó el entendimiento
de retratar su beldad,
compróle la voluntad,
guarnecióle el pensamiento,
que á la memoria le trajo,
y viendo cuán bien salió,

luego el pintor escribió:
amor me fecit abajo.
¿Ves cómo pinta quien ama?

PINTOR.

Pues si ya el retrato tienes,
¿por qué á retratalla vienes
conmigo?

DON ANTONIO.

Aqueste se llama
retrato espiritual;
que la voluntad, ya ves
que es solo espíritu.

PINTOR.

¿Pues?

DON ANTONIO.

La vista, que es corporal,
para contemplar el rato
que estoy solo, su hermosura,
pide agora á tu pintura
este corporal retrato.

PINTOR.

No hay filosofia que iguale
á la de un enamorado.

DON ANTONIO.

Soy en amor graduado:
mas oye, que mi bien sale.
(Ocúltanse.)

ESCENA XIV.

DOÑA SERAFINA, *con vestido negro de hombre.*
DOÑA JUANA.—DICHOS.

DOÑA JUANA.

¿Que aquesto de veras haces?
¿Que en verte así no te ofendas?

DOÑA SERAFINA.

Fiestas de carnestolendas
todas paran en disfraces.
Deséome entretener

de este modo; no te asombre
que apetezca el trage de hombre,
ya que no lo puedo ser.

DOÑA JUANA.

Paréceslo de manera,
que me enamoro de tí.
En fin, ¿esta noche es?

DOÑA SERAFINA.

Sí.

DOÑA JUANA.

A mí mas gusto me diera
que te holgaras de otros modos,
y no con representar.

DOÑA SERAFINA.

No me podrás tú juntar,
para los sentidos todos
los deleites que hay diversos,
como en la comedia.

DOÑA JUANA.

Calla.

DOÑA SERAFINA.

¿Qué fiesta ó juego se halla,
que no le ofrezcan los versos?
En la comedia los ojos,
¿no se deleitan y ven
mil cosas que hacen que esten
olvidados sus enojos?
La música ¿no recrea
el oido, y el discreto,
no gusta allí del conceto
y la traza que desea?
Para el alegre, ¿no hay risa?
Para el triste, ¿no hay tristeza?
Para el agudo agudeza?
Allí el necio, ¿no se avisa?
El ignorante, ¿no sabe?
¿No hay guerra para el valiente,
consejos para el prudente,
y autoridad para el grave?
Moros hay si quieres moros;
si apetecen tus deseos
torneos, te hacen torneos;

si toros, correrán toros.
¿Quieres ver los epitetos
que de la comedia he hallado?
De la vida es un traslado,
sustento de los discretos,
dama del entendimiento,
de los sentidos banquete,
de los gustos ramillete,
esfera del pensamiento,
olvido de los agravios,
manjar de diversos precios,
que mata de hambre á los necios,
y satisface á los sabios.
Mira lo que quieres ser
de aquestos dos bandos.

DOÑA JUANA.

Digo
que el de los discretos sigo;
y que me holgara de ver
la farsa infinito.

DOÑA SERAFINA.

En ella
¿cuál es lo malo que sientes?

DOÑA JUANA.

Solo que tú representes.

DOÑA SERAFINA.

¿Por qué si solo han de vella
mi hermana y sus damas? Calla;
de tu mal gusto me admiro.

DON ANTONIO.

(Hablando aparte con el pintor desde el sitio donde se ocultaron.)

Suspenso, las gracias miro
con que habla: retratalla
comienza, si humana mano
al vivo puede copiar
la belleza singular
de un serafin.

PINTOR.

Es humano;
bien podré.

DON ANTONIO.

¿Pues no te admiras
de su vista soberana?

DOÑA SERAFINA.

El espejo, doña Juana;
tocaréme.

DOÑA JUANA.

(Trayendo un espejo.)

Si te miras
en él, ten, señora, aviso,
no te enamores de tí.

DOÑA SERAFINA.

¿Tan hermosa estoy ansí?

DOÑA JUANA.

Temo que has de ser Narciso.

DOÑA SERAFINA.

Bueno; de esta suerte quiero
los cabellos recoger,
por no parecer muger
cuando me quite el sombrero:
pon el espejo. ¿A qué fin
le apartas?

DOÑA JUANA.

Porque así impido
á un pintor, que está escondido
por copiarte en el jardin.

DOÑA SERAFINA.

¿Cómo es eso?

PINTOR.

¡Vive Dios,
que aquella muger nos vende!
Si el duque acaso esto entiende,
medrado habemos los dos.

DOÑA SERAFINA.

¿En el jardin, hay pintor?

DOÑA JUANA.

Sí: deja que te retrate.

DON ANTONIO.

¡Cielos! ¿hay tal disparate?

DOÑA SERAFINA.

¿Quién se atrevió á eso?

DOÑA JUANA.

Amor,
que, como en Chipre, se esconde
enamorado de tí
por retratarte.

DON ANTONIO.

Eso sí.

DOÑA JUANA, *aparte.*

¡Cuál estará agora el conde!

DOÑA SERAFINA.

Humor tienes singular
aquesta tarde.

PINTOR.

¿Ha de ser
el vestido de muger
con que la he de retratar,
ó como agora está?

DON ANTONIO.

Sí,
como está; porque se asombre
el mundo, que en trage de hombre
un serafin ande así.

PINTOR.

Sacado tengo el bosquejo;
en casa le acabaré.

DOÑA SERAFINA.

Ya de tocarme acabé;
quitar puedes el espejo.
¿No está bien este cabello?
¿qué te parezco?

DOÑA JUANA.

Un Medoro.

DOÑA SERAFINA.

Nó estoy vestida de moro.

DOÑA JUANA.

No; mas pareces mas bello.

DOÑA SERAFINA.

Ensayemos el papel;
pues ya estoy vestida de hombre.

DOÑA JUANA.

¿Cuál es de la farsa el nombre?

DOÑA SERAFINA.

La Portuguesa crüel.

DOÑA JUANA.

En tí el poeta pensaba,
cuando así la intituló.

DOÑA SERAFINA.

Portuguesa soy; cruel no.

DOÑA JUANA.

Pues á amor ¿qué le faltaba
á no serlo?

DOÑA SERAFINA.

¿Qué crueldad
has visto en mí?

DOÑA JUANA.

No tener
á nadie amor.

DOÑA SERAFINA.

¿Puede ser
el no tener voluntad
á ninguno, crueldad? dí.

DOÑA JUANA.

¿Pues no?

DOÑA SERAFINA.

¿Y será justa cosa,
por ser para otros piadosa,
ser yo crüel para mí?

PINTOR.

Par diez, que ella dice bien.

DON ANTONIO.

¡Pobre del que tal sentencia
está escuchando!

PINTOR.

Paciencia.

DON ANTONIO.

Mis tormentos me la den.

DOÑA SERAFINA.

Déjame ensayar, acaba;
verás cual hago un celoso.

DOÑA JUANA.

¿Qué papel haces?

DOÑA SERAFINA.

Famoso.

Un príncipe que sacaba
al campo á reñir, por celos
de su dama, á un conde.

DOÑA JUANA.

Pues
comienza.

DOÑA SERAFINA.

No sé lo que es;
pero escucha, y fingirélos.

(*Representa.*)

Conde, vuestro atrevimiento
á tal término ha venido,
que ya la ley ha rompido
de mi honrado sufrimiento.
Espantado estoy, por Dios,
de vos, y de Celia bella;
de vos, porque hablais con ella,
de ella, porque os oye á vos;
que supuesto que sabeis
las conocidas ventajas,
que hace á vuestras prendas bajas
el valor que conoceis
en mí, desacato ha sido;
en vos por haberla amado,
y en ella, por haber dado
á vuestro amor loco, oido.—
Oye.—No hay satisfacciones,
que serán intentos vanos;
pues como no teneis manos,
querreis vencerme á razones.
Haga vuestro esfuerzo alarde,
acábense mis recelos;
que no es bien que me dé celos
un hombre que es tan cobarde.

(*Echa mano.*)

Muestra tu valor agora,
medroso, infame enemigo;
muere.

DOÑA JUANA.

¡Ay! ten; que no es conmigo
la pesadumbre, señora.

DOÑA SERAFINA.

¿Qué te parece?

DOÑA JUANA.

Temí.

DOÑA SERAFINA.

Enojéme.

DOÑA JUANA.

¿Pues qué hicieras,
á ser los celos de veras,
si te enojas siendo así?

DON ANTONIO.

¡Hay celos con mayor gracia!

PINTOR.

Estoy mirándola loco.
¡Donaire estraño!

DOÑA JUANA.

Por poco
sucediera una desgracia:
de verte tuve temor;
un valenton bravo has hecho.

DOÑA SERAFINA.

Oye ahora. Satisfecho
de mi dama, y de su amor,
del enojo que la dí,
muy á lo tierno la pido
me perdone arrepentido.

DOÑA JUANA.

Eso será bueno: dí,

DOÑA SERAFINA.

(*Representa.*)
Los cielos me son testigos,
si el enojo que te he dado,
al alma no me ha llegado.
Mi bien, seamos amigos:
basta; no haya mas enojos,
pues yo propio me castigo;
vuelvan á jugar conmigo
las dos niñas de esos ojos:
quitad el ceño, no os note
mi amor, niñas soberanas,
que dirá que sois villanas,
viéndoos andar con capote.

¿De qué sirve ese desden,
mi gloria, mi luz, mi cielo,
mi regalo, mi consuelo,
mi paz, mi gloria, mi bien?
¿Que no me quieres mirar?
¡Que esto no te satisfaga!
Mátame; toma esa daga;
mas no me querrás matar;
que aunque te enojes, yo sé,
que en mí tu gusto se emplea.
No haya mas, mi Celia, ea;
mira que me enojaré.
(*Va á abrazar á doña Juana.*)
Como te adoro, me atrevo;
no te apartes, no te quites.

DOÑA JUANA.

Pasito, que te derrites;
de nieve te has vuelto sebo:
nunca has sido, sino agora,
portuguesa.

DON ANTONIO.

¡Ay cielo santo!
¡quién la dijera otro tanto
como ha dicho!

DOÑA JUANA.

Dí, señora;
¿es posible que quien siente,
y hace así un enamorado,
no tenga amor?

DOÑA SERAFINA.

No me ha dado
hasta ahora ese accidente;
porque su provecho es poco,
y la pena que da, es mucha.
Aqueste romance escucha;
¡verás cuan bien finjo un loco!
(*Representa.*)
¿Qué se casa con el conde,
y me olvida Celia? ¡Cielos!
pero muger y mudanza
tienen un principio mesmo.
¿Qué se hicieron los favores,

que cual flores prometieron
el fruto de mi esperanza?
Mas fueron flores de almendro;
un cierzo las ha secado.
Loco estoy, matarme quiero;
piérdase tambien la vida
pues ya se ha perdido el seso.
Mas no; vamos á las bodas;
que razon es, pensamiento,
pues que la costa pagamos,
que á mi costa nos holguemos.
En la aldea se desposan
los dos á lo villanesco;
que pues se casa en aldea,
villano su amor ha vuelto:
celos, volemos allá,
pues teneis alas de fuego.
A lindo tiempo llegamos,
desde aquí verla podemos.
Ya salen los convidados,
el tamboril toca el tiempo;
porque á su son bailan todos;
pues ellos bailan, bailemos;
va: *Peranton, peranton....*
(*Baila.*)
Haced mudanzas, deseos,
pues vuestra Celia las hace:
tocá, Pero Sastre, el viejo,
pues que la villa lo paga.
Ya se entraron allá dentro,
ya quieren dar colacion:
la capa del sufrimiento
me rebozaré; que así
(*Rebózase.*)
podré llegar encubierto,
y arrimarme á ese rincon,
como mis merecimientos.
Avellanas y tostones
dan á todos: ¡Hola! ¡Ah necios!
llegad, tomaré un puñado.—
¿Yo necio? Mentís.—¿Yo miento?
Tomad.—¿A mí bofeton?

muera.—Ténganse ¿Qué es esto?—
No fué nada.—Sean amigos.—
Yo lo soy.—Yo serlo quiero.—
Ya ha llegado el señor cura.
Por muchos años, y buenos
se regocije esta casa
con bodas y casamientos.—
Por vertú de su mercé,
señor cura: aquí hay asiento.—
Eso no.—Tome esta silla
de costillas.—No haré cierto.—
Digo que la ha de tomar.—
Este escaño estaba bueno;
mas por no ser porfiado.—
Ya se ha arrellanado el viejo.
Echá vino, Hernan Alonso,
beba el cura, y vaya arreo.—
¡Oh cómo sabe á la pega!—
Tambien, Celia, sabe á celos.
Ya es hora del desposorio;
todos estan en pie puestos,
los novios y los padrinos
enfrente, y el cura en medio.—
Fabio, ¿quereis por esposa
á Celia hermosa?—Sí quiero.—
Vos, Celia, ¿quereis á Fabio?—
Por mi esposo y por mi dueño.—
¡Oh perros! ¡en mi presencia!
El príncipe Pinabelo
soy, mueran los desposados,
el cura, la gente, el pueblo.
¡Ay que nos mata! Pegadles,
cielos mios, vuestro incendio:
pues Sanson me he vuelto, muera
Sanson con los Filisteos;
que no hay quien pueda resistir el fuego,
cuando le enciende amor y soplan celos.

DOÑA JUANA.

¡Pecadora de mí! tente!
que no soy Celia, ni Celio,
para airarte contra mí.

DOÑA SERAFINA.

Encendíme, te prometo,
como Alejandro la hacia,
llevado del instrumento
que aquel músico famoso
le tocaba.

DON ANTONIO.

¿Pudo el cielo
juntar mas donaire y gracia.
solamente en un sugeto?
¡Dichoso quien, aunque muera,
le ofrece sus pensamientos!

DOÑA JUANA.

Diestra estás; muy bien lo dices.

DOÑA SERAFINA.

Ven, doña Juana; que quiero
vestirme sobre este trage
el mio, hasta que sea tiempo
de representar.

DOÑA JUANA.

A fé,
que se ha de holgar en estremo
tu melancólica hermana.

DOÑA SERAFINA.

Entretenerla deseo.

(*Vanse las dos.*)

ESCENA XV.

—

DON ANTONIO. EL PINTOR.

PINTOR.

Ya se fueron.

DON ANTONIO.

Ya quedé
con su ausencia triste y ciego.

PINTOR.

En fin, ¿quieres que de hombre
la pinte?

DON ANTONIO.

Sí; que deseo
contemplar en este trage
lo que agora visto habemos:
pero truécala el vestido.

PINTOR.

¿Pues no quieres que sea negro?

DON ANTONIO.

Dará luto á mi esperanza;
mejor es color de cielos
con oro, y pondrán en él
oro amor y azul mis celos.

PINTOR.

Norabuena.

DON ANTONIO.

¿Para cuándo
me le tienes de dar hecho?

PINTOR.

Para mañana sin falta.

DON ANTONIO.

No repares en el precio;
que no tragera amor desnudo el cuerpo,
á ser interesable y avariento. (*Vanse.*)

Habitacion de doña Magdalena.

ESCENA XVI.

—

DOÑA MAGDALENA. MIRENO.

DOÑA MAGDALENA.

Mi maestro habeis de ser
desde hoy.

MIRENO.

¿Qué ha visto en mí,
vuestra escelencia, que así

me procura engrandecer?
Dará licion al maestro
el discípulo desde hoy.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

¡Qué claras señales doy
del ciego amor que le muestro!

MIRENO, *aparte.*

¿Qué hay que dudar, esperanza?
esto ¿no es tener amor?
Dígalo tanto favor,
muéstrelo tanta privanza.
Vergüenza, ¿por qué impedís
la ocasion que el cielo os da?
Daos por entendido ya.

DOÑA MAGDALENA.

Como tengo, don Dionís,
tanto amor....

MIRENO, *aparte.*

Ya se declara;
¡ya dice que me ama, cielos!

DOÑA MAGDALENA.

Al conde de Vasconcelos;
antes que venga, gustara,
no solo hacer buena letra,
pero saberle escribir,
y por palabras decir
lo que el corazon penetra;
que el poco uso que en amar
tengo, pide que me adiestre
esta esperiencia, y me muestre
cómo podré declarar
lo que tanto al alma importa,
y el amor mismo me encarga,
que soy en quererle larga,
y en significarlo corta.
En todo os tengo por diestro;
y así, me habeis de enseñar
á escribir, y á declarar
al conde mi amor, maestro.

MIRENO, *aparte.*

¿Luego no fué en mi favor,
pensamiento lisongero,

sino porque sea tercero
del conde? ¿Veis, loco amor,
cuán sin fundamento y fruto
torres habeis levantado
de quimeras, que ya han dado
en el suelo? Como el bruto
en esta ocasion he sido,
en que la estátua iba puesta,
haciéndola el pueblo fiesta,
que loco y desvanecido
creyó que la reverencia,
no á la imágen que traia,
sino á él solo se hacia;
y con brutal impaciencia
arrojarla de sí quiso,
hasta que se apaciguó
con el castigo, y cayó
confuso en su necio aviso.
¿Así el favor corresponde,
con que me ha desvanecido?
Basta; que yo el bruto he sido,
y la estátua es solo el conde:
bien puedo desentonarme;
que no es la fiesta por mí.

DOÑA MAGDALENA.

(*Aparte.* Quise deslumbrarle así;
que fué mucho declararme.)
Mañana comenzareis
maestro, á darme licion.

MIRENO.

Servirte es mi inclinacion.

DOÑA MAGDALENA.

Triste estais.

MIRENO.

¿Yo?

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué teneis?

MIRENO.

Ninguna cosa.

DOÑA MAGDALENA.

(*Aparte.* Un favor

me manda amor que le dé.)
(Tropieza y da la mano á Mireno.)
¡Válgame Dios! Tropecé....
(*Aparte.* Que siempre tropieza amor.)
El chapin se me torció.

MIRENO.

(*Aparte.* ¡Cielos! ¿hay ventura igual?)
¿Hízose acaso algun mal
vueselencia?

DOÑA MAGDALENA.

Creo que no.

MIRENO, *aparte.*

¡Que la mano la tomé!

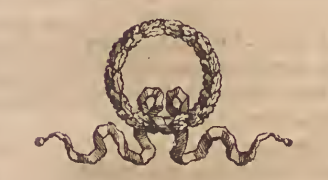
DOÑA MAGDALENA.

Sabed que al que es cortesano,
le dan al darle la mano,
para muchas cosas pie. (*Vase.*)

MIRENO.

«¡Le dan, al darle la mano,
para muchas cosas pie!»
De aquí ¿qué colegiré?
Decid, pensamiento vano;
en aquesto ¿pierdo ó gano?
¿Qué confusion, qué recelos
son aquestos? Decid, cielos,
¿Esto no es amor? Mas no,
que llevo la estátua yo
del conde de Vasconcelos.
¿Pues qué enigma es darme pie,
la que su mano me ha dado?
Si solo el conde es amado,
¿qué es lo que espero? ¿qué sé?
Pie ó mano, decid, ¿por qué
dais materia á mis desvelos?
Confusion, amor, recelos,
¿soy amado? Pero no,
que llevo la estátua yo
del conde de Vasconcelos.
El pie que me dió, será
pie para dar la licion,
en que escriba la pasion
que el conde y su amor la da.

Vergüenza, sufrí y callá;
bajad ya, atrevidos vuelos
vuestra ambicion, si á los cielos
mi desatino os subió;
que llevo la estátua yo
del conde de Vasconcelos.



ACTO TERCERO.

Sala de una casa de labrador.

ESCENA I.

LAURO, RUY LORENZO, *de pastor.*

RUY.

Si la edad y la prudencia
ofrece en la adversidad,
Lauro discreto, paciencia,
vuestra prudencia y edad
pueden hacer la esperiencia.
Dejad el llanto prolijo;
que si vuestro ausente hijo
es causa que lloreis tanto,
él convertirá ese llanto
brevemente en regocijo.
Su virtud misma procura
honrar vuestra senectud,
y hacer su dicha segura;
que siempre fué la virtud
principio de la ventura;
y pues la tiene por madre,
no es bien que ese llanto os cuadre.

LAURO.

Eso mis males lo vedan,
porque los hijos heredan
las desdichas de su padre.
No le he dejado otra herencia
sino es la desdicha mia,
que era el muro que tenia
mi vejez.

RUY.

Esa es prudencia?
Si por trabajos un hombre
es bien que llore y se asombre,
¿quién los tiene mas que yo,
á quien el cielo quitó
honra, patria, hacienda y nombre?
Un hijo solo perdeis,
aunque no en las esperanzas
que de gozalle teneis;
pero yo con las mudanzas,
que de mi vida sabeis,
¿cuándo veré que el furor
del tiempo y de su rigor
dejará de hacerme ultrage,
despreciado en este trage,
y con nombre de traidor?
Consoladme vos á mí,
pues es mas lo que perdí.

LAURO.

¿Mas que un hijo habeis perdido?

RUY.

El honor ¿no es preferido
á la vida y hijos?

LAURO.

Sí.

RUY.

Pues si no tengo esperanza
de dar á mi honor remedio,
mas pierdo.

LAURO.

En una venganza
no es bien que se tome el medio:
deshonrado el que la alcanza
con medios que injustos son,
cuando mas vengarse intenta,
queda con mayor afrenta,
dando color de traicion.
El contrahacer firma y sello
del duque para matar
al conde, pudiendo hacello
de otro modo, ¿no es manchar

vuestro honor por socorrello?
Y pues parece castigo
el que os da el tiempo enemigo,
justo es que esteis consolado,
pues padeceis por culpado;
pero lo que usa conmigo
mi desdicha, es diferente;
pues aunque no lo merezco
me castiga.

RUY.

Un hijo ausente
no es gran daño.

LAURO.

El que padezco
tantos años inocente,
os diré, si los agenos
daños hacen que sean menos
los propios males.

RUY.

No son
de aquesa falsa opinion
los generosos y buenos;
porque el prudente y discreto
siente el daño ageno tanto
como el propio.

LAURO.

Si secreto
me guardais, diráos mi llanto
su historia.

RUY.

Yo lo prometo;
mas llorar un hijo ausente
un hombre, es mucha flaqueza.

LAURO.

Pierdo con perdelle, mucho.

RUY.

¿Qué mas estremos hicieras,
á tener tú mis desdichas?

LAURO.

¡Ay Dios! Si quien soy supieras,
¡cómo todas tus desgracias
las juzgáras por pequeñas!

RUY.

Ese enigma me declara.

LAURO.

Pues con ese trage quedas
en el lugar de mi hijo,
escucha mi suerte adversa.
Yo, Ruy Lorenzo, no soy
hijo de estas asperezas,
ni el trage, que tosco ves,
es mi natural herencia:
no es de Lauro mi apellido,
ni mi patria aquesta sierra,
ni jamás mi sangre noble
supo cultivar la tierra.
Don Pedro de Portugal
me llaman, y de la cepa
de los reyes lusitanos
desciendo por línea recta:
el rey don Duarte fué
mi hermano, y el que ahora reina
es mi sobrino.

RUY.

¿Qué escucho?
Duque de Coimbra, deja
que sellen tus pies mis labios,
y que mis desdichas tengan
fin, pues con las tuyas son,
ó ningunas ó pequeñas.

LAURO.

Alza del suelo y escucha,
si acaso tienes paciencia
para saber los vaivenes
de la fortuna y su rueda.
Murió el rey de Portugal,
mi hermano, en la primavera
de su juventud lozana,
mas la muerte, ¿qué no seca?
De seis años dejó un hijo,
que agora, ya hombre, intenta
acabar mi vida y honra;
y dejando la tutela
y el gobierno de estos reinos

solos á mí y á la reina,
murió el rey: sobre el gobierno
hubò algunas diferencias
entre mí y la reina viuda;
porque jamás la soberbia
supo admitir compañìa
en el reinar, y las lenguas
de envidiosos lisongeros
siempre disensiones siembran.
Metióse el rey de Castilla
de por medio; porque era
la reina su hermana: en fin,
nuestros enojos concierta
con que rija en Portugal
la mitad del reino; y tenga
en su poder al infante.
Vine en esta conveniencia;
mas no por eso cesaròn
las envidias y sospechas,
hasta alborotar el reino
asomos de armas y guerras;
pero cesó el alboroto
porque aunque era moza y bella
la reina, un mal repentino
dió con su ambicion en tierra.
Murió en fin; gocé el gobierno
portugués sin competencia,
hasta que fué Alfonso quinto
de bastante edad y fuerzas.
Caséle con una hija
que me dió el cielo, Isabela
por nombre, aunque desdichada;
pues ni la estima ni precia.
Juntáronsele al rey mozo
mil lisonjeros, que cierran
á la verdad en palacio,
como es costumbre, las puertas.
Entre ellos un mi enemigo,
de humilde naturaleza,
Vasco Fernandez por nombre,
gozó la privanza escelsa:
y queriendo derribarme

para asegurarse en ella,
á mi propio hermano induce,
y para engañarle, ordena
hacerle entender que quiero
levantarme con sus tierras,
y combatirle á Berganza,
siendo duque por mí de ella.
Creyólo, y ambos á dos
al nuevo rey aconsejan,
si quiere gozar seguro
sus estados, que me prenda;
para lo cual alegaban,
que dí la muerte con yerbas
á doña Leonor su madre,
y que con traiciones nuevas
quitarle intentaba el reino,
pidiendo al de Ingalaterra
socorro, con cartas falsas,
en que mi firma le enseñan.
Creyólo, desposeyóme
de mi estado y las riquezas,
que en el gobierno adquirí.
Llevóme á una fortaleza,
donde sin bastar los ruegos,
ni lágrimas de Isabela
mi hija y su esposa, manda
que me corten la cabeza.
Supe una noche propicia
el rigor de la sentencia,
y ayudándome el temor,
las sábanas hechas vendas,
me descolgué de los muros,
y en aquella noche mesma
dí aviso, que me siguiese
á mi esposa la duquesa.
Supo el rey mi fuga, y manda
que al son de roncas trompetas
me publiquen por traidor
dando licencia á cualquiera
para quitarme la vida,
poniendo mortales penas
á quien, sabiendo de mí,

no me lleve á su présencia.
Temí el rigor del mandato;
y como en la suerte adversa
huye el amistad, no quise
ver en ellos la esperiencia.
Llegamos hasta estos montes,
donde de parto y tristeza
murió mi esposa querida,
y un hijo hermoso me deja,
que en este trage criado,
comprando ganado y tierras,
y hecho de duque pastor,
há ya veinte primaveras
que han dado flores á mayo,
yerba al prado y á mí penas,
que el estado en que me ves
conservo; mas todo fuera
poco, á no perder la vista
del hijo en cuya presencia
olvidaba mis trabajos.
Mira si es razon que sienta
la falta que á mi vejez
hace su vista, y que pierda
la vida, que ya se acaba,
entre lágrimas molestas.

RUY.

Notables son los sucesos
que en el mundo representa
el tiempo caduco y loco,
autor de tantas tragedias.
La tuya, famoso duque,
hace que olvide mis penas:
mas yo espero en Dios que presto
dará fortuna la vuelta.
Bien claras señales daba
de tu hijo la presencia;
que cual ceniza el sayal
las llamas de su nobleza
encubria: quiera el cielo,
que rico y próspero vuelva
á consolarte.

ESCENA II.

VASCO. BATO.—DICHOS.

BATO.

Nueso amo,
con cinco carros de leña
vamos á Avero. ¿Manda algo
para allá?

LAURO.

Bato, que vengas
presto.

BATO.

¿No quieres mas?

LAURO.

No.

BATO.

Pues yo sí, porque quisiera,
que á cuenta de mi soldada,
ocho veintenes me dieras
para una cofia de pinos,
que me ha pedido Firela.

LAURO.

Ven por ellos.

BATO.

En mi tarja
nueve rayas tengo hechas,
porque otros cinco tostones
debo no mas.

LAURO.

¡Qué simpleza!
(*Vanse Lauro y Bato.*)

ESCENA III.

RUY LORENZO. VASCO.

VASCO.

¿No podria yo ir allá?

RUY.

No, Vasco amigo, si intentas
no perderte; que ya sabes
nuestro peligro y afrenta.

VASCO.

¿Hasta cuándo quieres que ande
en esta vida grosera,
de mis calzas desterrado?
Vuélveme, señor, á ellas,
y líbrame de un mastin,
que anoche desde la puerta
de Melisa me llevó
dos cuarterones de pierna.

RUY.

¿Pues qué hacias tú de noche
á su puerta?

VASCO.

Hay cosas nuevas.
Si aquí es el amor quillotro,
quillotrado estoy por ella:
hízome ayer un favor
en el valle.

RUY.

¿Y fué?

VASCO.

Que tiesa
me dió un pellizco en un brazo,
terrible, y me hizo señas
con el ojo zurdo.

RUY.

¿Y ese
es buen favor?

VASCO.

¡Linda flema!
Ansí se imprime el caracter
del amor en las aldeas. (*Vanse.*)

Salon en el palacio.

ESCENA IV.

MIRENO.—TARSO.

TARSO.

¿Mas muestras quieres que dé,
que decirte: «al cortesano
le dan, al darle la mano,
para muchas cosas pie?»
¿Puede decirlo mas claro
una muger principal?
¿Qué aguardabas, pese á tal,
amante corto y avaro;
que ya te daré este nombre,
pues no te osas atrever?
¿Esperas que la muger
haga el oficio del hombre?
¿En qué especie de animales
no es la hembra festejada,
perseguida, y paseada
con amorosas señales?
A solicitarla empieza;
que lo demas, es querer
el orden sabio romper,
que puso naturaleza.
Habla; no pierdas por mudo
tal muger y tal estado.

MIRENO.

Un laberinto intrincado
es, Tarso, el que temo y dudo:

no puedo determinarme,
que me prefieran los cielos
al conde de Vasconcelos:
pues llegando á compararme
con él, sé que es gran señor,
mozo, discreto, heredero
de Berganza; y desespero,
viéndome humilde pastor,
rama vil de un tronco pobre;
y que tan noble muger
no es posible quiera hacer
mas favor que al oro, al cobre.
Mas despues el aficion
con que me honra y favorece,
las mercedes que me ofrece
su afable conversacion,
el suspenderse, el mirar,
los enigmas y rodeos
con que esplica sus deseos;
el fingir un tropezar
(si es que fué fingido) el darme
la mano, con la razon
que me tiene en confusion,
se juntan para animarme;
y entre esperanza y temor,
como ya, Brito, me abraso,
llego á hablarla, tengo el paso;
tira el miedo, impele amor;
y cuando mas me provoca
y á hablarla el alma comienza,
enojada la vergüenza
llega y tápame la boca.

TARSO.

¿Vergüenza? ¿Tal dice un hombre?
¡Vive Dios, que estoy corrido
con razon, de haberte oido
tal necedad! No te asombre,
que así llame á tu temor,
por no llamarle locura.
¡Miren aquí qué criatura,
ó qué doncella Teodor,
para que con este espacio

diga que vergüenza tiene!
No sé yo para qué viene
el vergonzoso á palacio.
Amor vergonzoso y mudo
medrará poco, señor,
que á tener vergüenza amor,
no le pintaran desnudo.
No hayas miedo que se ofenda
cuando digas tus antojos;
vendados tiene los ojos;
pero la boca sin venda.
Habla, ó yo se lo diré;
porque si callas, es llano
que quien te dió pie en la mano,
tiene de dejarte á pie.

MIRENO.

Ya, Brito, conozco y veo
que amor que es mudo, no es cuerdo;
pero si por hablar, pierdo
lo que callando poseo,
y agora con mi privanza
y imaginar que me tiene
amor, vive y se entretiene
mi incierta y loca esperanza,
y declarando mi amor,
tengo de ver en mi daño
el castigo y desengaño,
¿qué espero de su rigor?
¿No es mucho mas acertado,
aunque la lengua sea muda,
gozar un amor en duda,
que un desden averiguado?
Mi vergüenza esto señala,
esto intenta mi secreto.

TARSO.

Dijo una vez un discreto
que en tres cosas era mala
la vergüenza y el temor.

MIRENO.

¿Y eran?

TARSO.

Escucha despacio:

en el púlpito, en palacio,
y en decir uno su amor.
En palacio estás, los cielos
te abren camino anchuroso;
no pierdas por vergonzoso.

MIRENO.

Si al conde de Vasconcelos
ama, ¿cómo puede ser?

TARSO.

No lo creas.

MIRENO.

Si lo veo,
y ella lo dice.

TARSO.

Es rodeo
y traza para saber
si amas; á hablarla comienza,
que, par Dios, si la perdemos,
que al monte volver podemos
á segar.

MIRENO.

Si la vergüenza
me da lugar, yo lo haré;
aunque pierda vida y fama.

ESCENA V.

—

DOÑA JUANA.—DICHOS.

DOÑA JUANA.

Mirad, don Dionís, que os llama
mi señora....

MIRENO.

Luego iré.

TARSO.

Animo.

MIRENO, *aparte.*

¿Qué confusion
me entorpece y acobarda?

DOÑA JUANA.

Venid presto, que os aguarda. (*Vase.*)

TARSO.

Desenvuelve el corazon;
háblala, señor, despacio.

MIRENO.

Tiemblo, Brito.

TARSO.

Esto es forzoso:
bien dicen, que al vergonzoso
le trajo el diablo á palacio.

Habitacion de doña Magdalena.

ESCENA VI.

DOÑA MAGDALENA.

Ciego Dios, ¿que os avergüenza
la cortedad de un temor?
¿De cuando acá, niño amor,
sois hombre y teneis vergüenza?
¿Es posible que vivís
en don Dionis, y que os llama
su Dios? Sí: pues si me ama,
¿cómo calla don Dionís?
Decláreme sus enojos,
pues callar un hombre es mengua;
dígame una vez su lengua
lo que me dicen sus ojos.
Si teme mi calidad
su bajo y humilde estado,
bastante ocasion le ha dado
mi atrevida libertad.
Ya le han dicho que le adoro
mis ojos, aunque fué en vano;
la lengua al darle la mano,

á costa de mi decoro,
ya abrió el camino que pudo
mi vergüenza: ciego infante,
ya que me habeis dado amante,
¿por qué me le entregais mudo?
Mas no me espanto lo sea,
pues tanto amor me humilló;
que aun diciéndoselo yo,
podrá ser que no lo crea.

ESCENA VII.

DOÑA JUANA.—DOÑA MAGDALENA.

DOÑA JUANA.

Don Dionís, señora, viene
á darte licion. (*Vase.*)

DOÑA MAGDALENA.

A dar
licion vendrá de callar,
pues aun palabras no tiene.
De suerte me trata amor,
que mi pena no consiente
mas silencio; abiertamente
le declararé mi amor
contra el comun orden y uso:
mas tiene de ser de modo,
que diciéndoselo todo,
le he de dejar mas confuso.
(*Siéntase en una silla, y finge que duerme.*)

ESCENA VIII.

MIRENO.—DOÑA MAGDALENA.

MIRENO.

¿Qué me manda vuecelencia?
¿Es hora de dar licion?

(*Aparte.* Ya comienza el corazon
á temblar en su presencia.
Pues que calla, no me ha visto:
sentada sobre la silla,
con la mano en la mejilla
está.)

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

En vano me resisto:
yo quiero dar á entenderme,
como que dormida estoy.

MIRENO.

Don Dionís, señora, soy.—
No me responde. ¿Si duerme?
Durmiendo está. Atrevimiento,
agora es tiempo; llegad
á contemplar la beldad
que ofusca mi entendimiento.
Cerrados tiene los ojos;
llegar puedo sin temor;
que si son flechas de amor,
no me podrán dar enojos.
¿Hizo el autor soberano
de nuestra naturaleza
mas acabada belleza?
Besarla quiero una mano.
¿Llegaré? Sí; pero no,
que es la reliquia divina,
y mi humilde boca indîna
de tocarla. Pero yo
soy hombre ¡y tiemblo!-¿Qué es esto?
Animo: ¿No duerme? Sí.

(*Llega y se retira.*)

Voy. ¿Si despierta? ¡Ay de mí!
que el peligro es manifiesto,
y moriré si recuerda,
hallándome de este modo;
para no perderlo todo,
bien es que esto poco pierda.
El temor al amor venza;
afuera quiero esperar.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

¡Que no se atrevió á llegar!

¡Mal haya tanta vergüenza!

MIRENO.

No parezco bien aquí
solo, pues durmiendo está.
Yo me voy.

DOÑA MAGDALENA.

(*Aparte.* ¿Que al fin se va?)
(*Fingiendo que habla dormida.*)
Don Dionís....

MIRENO.

¿Llamóme? Sí.
¡Qué presto que despertó!
Miren, ¡qué bueno quedara
si mi intento ejecutara!
¿Está despierta? Mas no,
que en sueños pienso que acierta
mi esperanza entretenida;
y quien me llama dormida,
no me quiere mal despierta.
¿Si acaso soñando está
en mí? ¡Ay cielos! ¿quién supiera
lo que dice?

DOÑA MAGDALENA.

No os vais fuera;
llegaos, don Dionís, acá.

MIRENO.

Llegar me manda su sueño.
¡Qué venturosa ocasion!
Obedecerla es razon;
pues aunque duerme, es mi dueño.
Amor, acabad de hablar;
no seais corto.

DOÑA MAGDALENA.

Don Dionís,
ya que á enseñarme venís
á un tiempo á escribir y amar
al conde de Vasconcelos....

MIRENO.

¡Ay celos! ¿qué es lo que veis?

DOÑA MAGDALENA.

Quisiera ver si sabeis
qué es amor y qué son celos;

porque será cosa grave,
que ignorante por vos quede,
pues que ninguno otro puede
enseñar lo que no sabe.
Decidme: ¿teneis amor?
¿De qué os poneis colorado?
¿Qué vergüenza os ha turbado?
Responded, dejá el temor;
que el amor es un tributo,
y una deuda natural,
en cuantos viven, igual
desde el angel hasta el bruto.
Si esto es verdad, ¿para qué
os avergonzais así?
¿Quereis bien?—Señora, sí.—
¡Gracias á Dios, que os saqué
una palabra siquiera!

MIRENO.

¿Hay sueño mas amoroso?
¡Oh mil veces venturoso,
quien le escucha y considera!
Aunque tengo por mas cierto,
que yo solamente soy
el que soñándolo estoy;
que no debo estar despierto.

DOÑA MAGDALENA.

¿Y habeis dicho á vuestra dama
vuestro amor?—No me he atrevido.—
¿Luego nunca lo ha sabido?—
Como el amor todo es llama,
bien lo habrá echado de ver
por los ojos lisonjeros,
que son mudos pregoneros.—
La lengua tiene de hacer
este oficio; que no entiende
distintamente quien ama,
esa lengua que se llama
algaravía de allende.
¿No os ha dado ella ocasion
para declararos?—Tanta,
que mi cortedad me espanta.—
Hablad, que esa suspension

hace á vuestro amor agravio.—
Temo perder por hablar,
lo que gozo por callar.—
Eso es necedad; que un sabio
al que calla y tiene amor,
compara á un lienzo pintado
de Flandes, que está arrollado.
Poco medrará el pintor
si los lienzos no descoge,
que al vulgo quiere vender,
para que los pueda ver.
El palacio nunca acoge
la vergüenza: esa pintura
desdoblad, pues que se vende;
que el mal que nunca se entiende,
dificilmente se cura.—
Sí; mas la desigualdad
que hay, señora, entre los dos,
me acobarda.—Amor, ¿no es dios?—
Sí señora.—Pues hablad;
que sus absolutas leyes
saben abatir monarcas,
é igualar con las abarcas
las coronas de los reyes.
Yo os quiero ser medianera;
decidme á mí á quien amais.—
No me atrevo.—¿Qué dudais?
¿Soy mala para tercera?—
No; pero temo, ¡ay de mí!—
Y si yo su nombre os doy,
¿direis si es ella, si soy
yo acaso?—Señora, sí.—
¡Acabara yo de hablar!
¿Mas que sé que os causa celos
el conde de Vasconcelos?—
Háceme desesperar;
que es, señora, vuestro igual
y heredero de Berganza.—
La igualdad y semejanza
no está en que sea principal,
ó humilde y pobre el amante;
sino en la conformidad

del alma y la voluntad.
Declaraos de aquí adelante,
don Dionís: á esto os exhorto;
que en juegos de amor no es cargo
tan grande un cinco de largo,
como es un cinco de corto.
Dias há que os proferí
al conde de Vasconcelos.

MIRENO.

¡Qué escucho, piadosos cielos!

(*Da un grito Mireno, y hace que despierta doña Magdalena.*)

DOÑA MAGDALENA.

¡Ay Jesus! ¿Quién está aquí?
¿Quién os trajo á mi presencia,
don Dionís?

MIRENO.

Señora mia....

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué haceis aquí?

MIRENO.

Yo venia
á dar á vuestra escelencia
licion; halléla durmiendo,
y mientras que despertaba,
aquí, señora, aguardaba.

DOÑA MAGDALENA.

Dormíme, en fin, y no entiendo
de qué pudo sucederme;
que es gran novedad en mí
quedarme dormida así.

(*Levántase.*)

MIRENO.

Si sueña siempre que duerme
vuestra escelencia, del modo
que agora, dichoso yo.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

¡Gracias al cielo que habló
este mudo!

MIRENO, *aparte.*

Tiemblo todo.

DOÑA MAGDALENA.

¿Sabeis vos lo que he soñado?

MIRENO.

Poco es menester saber
para eso.

DOÑA MAGDALENA.

Debeis de ser
otro José.

MIRENO.

Su traslado
en la cortedad he sido;
pero no en adivinar.

DOÑA MAGDALENA.

Acabad de declarar
como el sueño habeis sabido.

MIRENO.

Durmiendo vuestra escelencia,
por palabras le ha esplicado.

DOÑA MAGDALENA.

¡Válgame Dios!

MIRENO.

Y he sacado
en mi favor la sentencia,
que falta ser confirmada,
para hacer mi dicha cierta,
por vueselencia despierta.

DOÑA MAGDALENA.

Yo no me acuerdo de nada.
decidmelo; podrá ser
que me acuerde de algo agora.

MIRENO.

No me atrevo, gran señora.

DOÑA MAGDALENA.

Muy malo debe de ser,
pues no me lo osais decir.

MIRENO.

No tiene cosa peor
que haber sido en mi favor.

DOÑA MAGDALENA.

Mucho lo deseo oir:
acabad ya, por mi vida.

MIRENO.

Es tan grande el juramento,
que anima mi atrevimiento.
Vuestra escelencia dormida....
Tengo vergüenza.

DOÑA MAGDALENA.

Acabad;
que estais, don Dionís pesado.

MIRENO.

Abiertamente ha mostrado
que me tiene voluntad.

DOÑA MAGDALENA.

¿Yo? ¿cómo?

MIRENO.

Alumbró mis celos,
y en sueños me ha prometido....

DOÑA MAGDALENA.

¿Sí?

MIRENO.

Que he de ser preferido
al conde de Vasconcelos.
Mire si en esta ocasion
son los favores pequeños.

DOÑA MAGDALENA.

Don Dionís, no creais en sueños,
que los sueños, sueños son. (*Vase.*)

ESCENA IX.

—

MIRENO.

¿Ahora sales con eso?
Cuando sube mi esperanza,
¡carga el desden la balanza,
y se deja en fiel el peso!
Con palabras tan resueltas
dejas mi dicha mudada:
¡qué mala era para espada
voluntad con tantas vueltas!
¡ Por qué varios arcaduces

guia el cielo aqueste amor!
Con el desden, y favor
me he quedado entre dos luces.
No he de hablar mas en mi vida;
pues mi desdicha concierta,
que me desprecie despierta,
quien me quiere bien dormida.
Calle el alma su pasion,
y sirva á mejores dueños,
sin dar crédito á mas sueños,
que los sueños, sueños son.

ESCENA X.

TARSO.—MIRENO.

TARSO.
Pues, señor, ¿cómo te ha ido?
MIRENO.
¡Qué sé yo! Ni bien, ni mal;
con un compas quedo igual,
amado y aborrecido.
A mi vergüenza y recato
me vuelvo, que es lo mejor.
TARSO.
Dí, pues, que le fué á tu amor
como á tres con un zapato.
MIRENO.
Despues me hablarás despacio.
TARSO.
Bato, el pastor y vaquero
de tu padre, está en Avero,
y entrando acaso en palacio
me ha conocido, y desea
hablarte y verte; que está
loco de placer.
MIRENO.
Si hará.
¡O llaneza de mi aldea!
¡cuánto mejor es tu trato,

que el de palacio confuso,
donde el engaño anda al uso!
Vamos, Brito, á hablar á Bato,
y á mi padre escribiré
de mi fortuna el estado;
en un lugar apartado
quiero verle.

TARSO.

¿Pues por qué?

MIRENO.

Porque tengo, Brito, miedo
que de mi humilde linage
la noticia aquí me ultrage,
antes de ver este enredo
en qué para.

TARSO.

Y es razon.

MIRENO.

Ven, porque te satisfagas.

TARSO.

A tí amor, y á mí estas bragas
nos han puesto en confusion. (*Vanse.*)

Habitacion de doña Serafina.

ESCENA XI.

DOÑA SERAFINA. DON ANTONIO.

DOÑA SERAFINA.

No sé, conde, si dé á mi padre aviso
de vuestro atrevimiento y de su agravio;
que agravio suyo ha sido el atreveros
á entrar en su servicio de ese modo,
para engañarme á mí, y á él afrentalle.
Otros medios halláredes mejores,
pues noble sois, con que obligar al duque;

sin fingiros así su secretario;
pues no sé yo, si no es tenerme en poco,
qué liviandad hallastes en mi pecho
para atreveros á lo que habeis hecho.

DON ANTONIO.

Yo vine de camino á ver mi prima,
y quiso amor que os viese.

DOÑA SERAFINA.

Conde, basta.
Yo estoy muy agraviada justamente
de vuestro atrevimiento. ¿Vos creistes,
que en tan poco mi fama y honra tengo,
que descubriéndoos, como lo habeis hecho,
habia de rendirme á vuestro gusto?
Imaginarme á mi muger tan facil,
ha sido injuria, que á mi honor se ha hecho.
Mi padre ha dado al de Estremoz palabra
que he de ser su muger, y aunque mi padre
no la diera, ni yo le obedeciera,
por castigar aquese desatino
me casara con él. Salid de Avero
al punto, don Antonio, ó daré aviso
de aquesto á don Duarte; y si lo entiende
peligrareis, pues corren por su cuenta
mis agravios.

DON ANTONIO.

¿Qué ansí me desconoces?

DOÑA SERAFINA.

Idos, conde, de aquí, que daré voces.

DON ANTONIO.

Déjame disculpar de los agravios
que me imputas; que el juez mas riguroso,
antes de sentenciar, escucha al reo.

DOÑA SERAFINA.

Conde, ¡viven los cielos! que si un hora
estais mas en la villa, que esta noche
me case con el conde por vengarme.
Yo os aborrezco, conde; yo no os quiero.
¿Qué me quereis? Aquí la mayor pena,
que me puede affigir, es vuestra vista.
Si á vuestro amor, mi amor no corresponde,
¿conde, qué me quereis? Dejadme, conde.

DON ANTONIO.

Aspid, que entre las rosas
de esa belleza escondes tu veneno,
¿mis quejas amorosas
desprecias de este modo? ¡Ay Dios, que peno
sin remediar mis males,
en tormentos de penas infernales!
Pues que del paraiso
de tu vista destierras mi ventura,
hágate amor Narciso,
y de tu misma imagen y hermosura
de suerte te enamores,
que como lloro, sin remedio llores.
Yo me voy, pues lo quieres,
huyendo del rigor cruel que encierras,
agravio de mugeres;
pues de tu vista hermosa me destierras
por quedar satisfecho,
desterraré tu imagen de mi pecho.

(*Saca el retrato del pecho.*)

En el mar de tu olvido
echará tus memorias la venganza
que á amor, y al cielo pido;
pues de esta suerte alcanzará bonanza
el mar en que me anego,
si es mar donde las ondas son de fuego.
Borrad, alma, el retrato
que en vos pinta el amor; pues que yo arrojo
aqueste por ingrato,

(*Arrójale.*)

castigo justo de mi justo enojo:
por quien mi amor desmedra.
Adios, cruel, retrato de una piedra;
que pues al tiempo apelo,
médico sabio, que locuras cura,
razon es que en el suelo
os deje, pues que sois de piedra dura,
si el suelo piedras cria:
quédate, fuego, ardiendo en nieve fria. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DOÑA SERAFINA.

¡Hay locuras semejantes!
¿Es posible que sujetos
á tan rabiosos efectos
esten los pobres amantes?
¡Dichosa mil veces yo,
que jamás admití el yugo
de tan tirano verdugo!
¿Qué es lo que en el suelo echó,
y con renombre de ingrato
tantas injurias le dijo?
Quiero verlo, que colijo
mil quimeras. Un retrato
(*Alzale.*)
es de un hombre, y me parece,
que me parece de modo,
que es mi semejanza en todo
cuanto el espejo me ofrece.
Miro aquí, como en cristal
bruñido, mi imagen propia,
aquí la pintura es copia
y un hombre el original.
¡Válgame el cielo! ¿Quién es?
Pues no es retrato del conde;
que en nada le corresponde.
¿Pues por qué le echó á mis pies?
Decid, amor, ¿es encanto
este, para que me asombre?
¿Es posible que haya hombre
que se me parezca tanto?
No; porque cuando le hubiera,
¿qué ocasion le ha dado el pobre
para que tal odio cobre
con él el conde? Si fuera
mio, pareciera justo,
que en él de mí se vengara,

y que al suelo le arrojara,
por solo darme disgusto.
Algun enredo ó maraña
encierra en aqueste enîma;
doña Juana, que es su prima,
ha de sabello. ¡Qué estraña
confusion! Llamarla quiero,
aunque con ella he reñido,
viendo que la causa ha sido,
que esté su primo en Avero.
Mas ella sale.

ESCENA XIII.

DOÑA JUANA. DOÑA SERAFINA.

DOÑA JUANA.

Ya está,
señora, abierto el jardin:
entre el clavel y el jazmin
vuestra escelencia podrá,
entreteniéndose un rato,
perder la cólera y ira,
que tiene conmigo.

DOÑA SERAFINA.

Mira,
doña Juana, este retrato.

DOÑA JUANA, *aparte.*

Este es el suyo. ¿A qué fin
mi primo se le dejó?
¡Cielos, si sabe que yo
le metí dentro el jardin!

DOÑA SERAFINA.

¿Viste semejanza tanta
en tu vida?

DOÑA JUANA.

No por cierto.
(*Aparte.* ¿Si aqueste es el que en el huerto
copió el pintor?)

DOÑA SERAFINA.

¿No te espanta?

DOÑA JUANA.

Mucho.

DOÑA SERAFINA.

Tu primo enojado,
porque su amor tuve en poco,
con disparates de loco,
le echó al suelo, y se fué airado.
Quise registrar lo que era,
y hame causado inquietud,
pues por la similitud
que tiene, saber quisiera
á qué fin aquesto ha sido.
Pues de su pecho las llaves
tienes, dilo, si lo sabes.

DOÑA JUANA.

(*Aparte.* Basta, que no ha conocido
que es suyo: la diferencia
del trage de hombre y color,
que mudó en él el pintor,
es la causa.) Vueselencia
me manda diga una cosa
de que estoy tan ignorante
como espantada.

DOÑA SERAFINA.

Bastante
es ser yo poco dichosa
para que lo ignores. Diera
cualquier precio de interés
por solo saber quien es.

DOÑA JUANA.

Pues saberlo.

DOÑA SERAFINA.

¿Cómo?

DOÑA JUANA.

Espera:
llamando al conde mi primo,
y fingiendo algun favor,
con que entretener su amor.

DOÑA SERAFINA.

Bien dices, la traza estimo:

mas habráse ya partido.

DOÑA JUANA.

No habrá; yo le iré á llamar.

DOÑA SERAFINA.

Vé presto.

DOÑA JUANA, *aparte.*

¡Hay mas singular
suceso! Castigo ha sido
del cielo, que á su retrato
ame, quien á nadie amó.

ESCENA XIV.

—

DOÑA SERAFINA.

No en balde en tierra os echó
quien con vos ha sido ingrato;
que si es vuestro original
tan bello como está aquí
su traslado, crêd de mí,
que no le quisiera mal:
y á fé que hubiera alcanzado
lo que muchos no han podido;
pues vivos no me han vencido;
y él me venciera pintado.
Mas aunque os haga favor,
no os espante mi mudanza,
que siempre la semejanza
ha sido causa de amor.

ESCENA XV.

—

DON ANTONIO. DOÑA JUANA.—DOÑA SERAFINA.

DOÑA JUANA.

(*Hablando aparte con don Antonio al salir.*)
Esto es cierto.

DON ANTONIO.

¡Hay tal enredo.

DOÑA JUANA.

Lo que has de responder, mira.

DON ANTONIO.

Prima, con una mentira
tengo de gozar, si puedo,
la ocasion.

DOÑA SERAFINA.

Conde....

DON ANTONIO.

Señora....

DOÑA SERAFINA.

Muy colérico sois.

DON ANTONIO.

Es
condicion de portugués,
y no es mucho, si en media hora
me mandais dejar á Avero,
que hiciese estremos de loco.

DOÑA SERAFINA.

Callad, que sabeis muy poco
de nuestra condicion. Quiero
haceros, conde, saber,
porque os será de importancia,
que son caballos de Francia
las iras de una muger.
El primer ímpetu estraño:
pero al segundo se cansa;
que el tiempo todo lo amansa.

DON ANTONIO.

(*A ella aparte.*)
Prima, todo esto es engaño.

DOÑA SERAFINA.

No quiero ya que os partais.

DON ANTONIO.

De aquesa suerte, el desden
pasado, doy ya por bien.

DOÑA SERAFINA.

Pues ya sosegado estais;
¿no me direis la razon
por qué cuando os apartasteis,

este retrato arrojasteis
en el suelo? ¿Qué ocasion
os movió á caso tan nuevo?
¿Cúyo es aqueste retrato?

DON ANTONIO.

Deciros, señora, trato
la verdad; mas no me atrevó.

DOÑA SERAFINA.

¿Pues por qué?

DON ANTONIO.

Temo un terrible
castigo.

DOÑA SERAFINA.

No hay que temer;
yo os aseguro.

DON ANTONIO.

Perder
la vida por un amigo,
no es mucho. Aquesa presencia
á declararme me anima.—
(*A ella aparte.*)
Ya va de mentira, prima.

DOÑA SERAFINA.

Decid.

DON ANTONIO.

Oiga vueselencia.
Dias há que habrá tenido
entera y larga noticia
de la historia lastimosa
del gran duque de Coimbra,
gobernador de este reino,
en guerra y paz maravilla;
que por ser con vuestro padre
de una cepa y sangre misma,
y tan cercanos en deudo
como esta corona afirma,
habreis llorado los dos
la causa de sus desdichas.

DOÑA SERAFINA.

Ya sé toda aquesta historia:
mi padre la contó un dia
á mi hermana en mi presencia;

su memoria me lastima.
Veinte años dice que habrá,
que le desterró la envidia
de Portugal con su esposa
y un tierno infante. Holgaria
de saber si aun vive el duque,
y en qué reino ó parte habita.

DON ANTONIO.

Sola la duquesa es muerta,
porque su memoria viva;
que al hijo infeliz y al duque,
con quien mi padre tenia
deudo y amistad, al tiempo
que de la prision esquiva
huyó, le ofreció su amparo,
y arriesgando hacienda y vida,
hasta ahora los ha tenido
ocultos en una quinta,
donde entre toscos sayales,
los dos la tierra cultivan,
que con sus lágrimas riegan,
dándoles por fruto espinas.
El hijo, á quien hizo el cielo
con tantas partes, que admiran
al mundo su discrecion,
su presencia y gallardía,
se crió conmigo, y es
la mitad del alma mia;
que el ñudo de la amistad
hace de dos una vida.
Quiso el cielo que viniese,
habrá medio año, á esta villa,
disfrazado de pastor,
y que tu presencia y vista
le robase por los ojos
el alma, cuya homicida,
respondiendo el valle en ecos,
pregonan que es Serafina.
Mil veces determinado
de decirte sus desdichas,
le ha detenido el temor
de ver que el rey le publica

por traidor á él y á su padre,
y á quien no diere noticia
de ellos; que á todos alcanza
el rigor de la justicia.
Yo, que como propias siento
las lágrimas infinitas,
que por tí sin cesar llora,
le dí la palabra un dia
de declararte su amor,
y de su presencia y vista
gallarda, darte el retrato
que tienes. Llegué, y sabida
tu condicion desdeñosa,
ni inclinada ni rendida
á las coyundas de amor,
de quien tan pocos se libran,
no me atreví abiertamente
á declararte el enigma
de sus amorosas penas,
hasta que la ocasion misma
me la ofreciese de hablarte,
y así alcancé de mi prima
que el duque me recibiese.
Supe despues, que queria
con el de Estremoz casarte,
y por probar si podia
estorbarlo de este modo,
mostré las llamas fingidas
de mi mentiroso amor;
respondísteme con ira,
y yo, para que mirases
el retrato que te inclina
á menos rigor, echéle
á tus pies, que bien sabia,
que su belleza pintada
de tu pretension altiva
presto habia de triunfar.
En fin, bella Serafina,
el dueño de este retrato
es don Dionís de Coimbra.

DOÑA SERAFINA.

Conde, eso ¿es cierto?

DON ANTONIO.

Y tan cierto
que á estarlo él y saber
que le amabas, sin temer
el hallarse descubierto,
pienso que viniera á darte
el alma.

DOÑA SERAFINA.

Si eso es verdad
no sé si en mi voluntad
podrá caber don Duarte.
¡Válgame Dios! ¡Que este es hijo
de don Pedro!

DON ANTONIO.

Su belleza
dice que sí.

DOÑA SERAFINA.

(*Aparte.* ¿Qué flaqueza
es la vuestra, alma? Colijo
que no sois la que solia:
mas justamente merece,
quien tanto se me parece,
ser amado.) ¿No podria
verle?

DON ANTONIO.

De noche bien puedes,
si das á sus penas fin,
y le hablas por el jardin;
que él saltará sus paredes:
mas de dia no osará,
porque hay ya quien le ha mirado
en Avero con cuidado;
y si mas nota en él da,
ya ves el peligro.

DOÑA SERAFINA.

Conde,
un hombre tan principal,
á mi calidad igual,
y que á mi amor corresponde,
es ingratitud no amalle.
En todo has sido discreto:
sólo en guardar mas secreto,

y haz como yo pueda hablalle;
que el alma á darle comienza
la libertad que contrasta.
Y á Dios.

DON ANTONIO.

¿Váste?

DOÑA SERAFINA.

Aquesto basta;
que habla poco la vergüenza. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

DON ANTONIO. DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

Primo, ¿es verdad que don Pedro,
el duque, vive, y su hijo?

DON ANTONIO.

Calla, que el alma lo dijo,
viendo lo que en mentir medro:
ni sé del duque, ni donde
su hijo y muger llevó.
Don Dionís he de ser yo
de noche, y de dia el conde
de Penela; y de esta suerte,
si amor su ayuda me da,
mi industria me entregará
lo que espero.

DOÑA JUANA.

Primo, advierte
lo que haces.

DON ANTONIO.

Engañada
queda; amor mi dicha ordena
con nombre y ayuda agena,
pues por mí no valgo nada.

Habitacion de doña Magdalena.

ESCENA XVII.

EL DUQUE. DOÑA MAGDALENA. *Despues* MIRENO.

DUQUE.

Quiero veros dar licion;
que la carta que ayer ví
para el conde, en que leí
del sobrescrito el renglon,
me contentó. Ya escribís
muy claro.

DOÑA MAGDALENA.

Y aun no lo entiende,
con ser tan claro, y se ofende
mi maestro don Dionís.

(*Sale Mireno.*)

MIRENO.

¿Llámame vuestra escelencia?

DOÑA MAGDALENA.

Sí, que el duque mi señor
quiere ver si algo mejor
escribo. Vos esperiencia
teneis de cuan escribana
soy; ¿no es verdad?

MIRENO.

Sí señora.

DOÑA MAGDALENA.

Escribí, no há un cuarto de hora,
medio dormida, una plana
tan clara, que la entendiera
aun quien no sabe leer.
¿No me doy bien á entender,
don Dionís?

MIRENO.

Muy bien.

DOÑA MAGDALENA.

Pudiera
serviros, segun fué buena,
de materia para hablar
en su loor.

MIRENO.

Con callar
la alabo: solo condena
mi gusto el postrer renglon,
por mas que la pluma escuso;
porque estaba muy confuso.

DOÑA MAGDALENA.

Direislo por el borron
que eché á la postre.

MIRENO.

¿Pues no?

DOÑA MAGDALENA.

Pues adrede le eché allí.

MIRENO.

Solo el borron corregí,
porque lo demas borró.

DOÑA MAGDALENA.

Bien le pudiste quitar;
que un borron no es mucha mengua.

MIRENO.

¿Cómo?

DOÑA MAGDALENA.

(*Aparte á Mireno.*)
El borron con la lengua
se quita, y no con callar.—
Ahora bien, cortá una pluma.

MIRENO.

Ya, gran señora, la corto.

DOÑA MAGDALENA.

(*Enojada.*)
Acabad, que sois muy corto.
Vuestra escelencia presuma
que de vergüenza no sabe
hacèr cosa de provecho.

DUQUE.

Con todo, estoy satisfecho
de su letra.

DOÑA MAGDALENA.

Es cosa grave
el darle avisos por puntos,
sin que aproveche. Acabad.

DUQUE.

Magdalena, reportad.

MIRENO.

¿Han de ser cortos los puntos?

DOÑA MAGDALENA.

¡Qué amigo sois de lo corto!
Largos los pido; cortaldos
de aqueste modo, ó dejaldos.

MIRENO.

Ya, gran señora, los corto.

DUQUE.

¡Qué mal acondicionada
sois!

DOÑA MAGDALENA.

Un hombre vergonzoso,
y corto, es siempre enfadoso.

MIRENO.

Ya está la pluma cortada.

DOÑA MAGDALENA.

Mostrad. ¡Y qué mala! ¡Ay Dios!
(Pruébala, y arrójala.)

DUQUE.

¿Por qué la echais en el suelo?

DOÑA MAGDALENA.

¡Siempre me la dais con pelo!
Líbreme el cielo de vos;
quitalde con el cuchillo.
No sé de vos que presuma,
siempre con pelo la pluma,
(*Aparte.* y la lengua con frenillo.)

MIRENO, *aparte.*

Propicios me son los cielos;
todo esto es en mi favor.

ESCENA XVIII.

EL CONDE.—DICHOS.

CONDE.

Dadme albricias, gran señor:
el conde de Vasconcelos
está solo una jornada
de vuestra villa.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

¡Ay de mí!

CONDE.

Mañana llegará aquí,
porque trae tan limitada,
dicen, del Rey la licencia,
que no hará mas de casarse
mañana, y luego tornarse.
Apreste vuestra escelencia
lo necesario, que yo
voy á recebirle luego.

DUQUE.

¿No me escribe?

CONDE.

Aqueste pliego.

DUQUE.

Hija, la ocasion llegó
que deseo.

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

Saldrá vana.

MIRENO, *aparte.*

¡Ay cielo!

DOÑA MAGDALENA, *aparte.*

Mi bien suspira.

DUQUE.

Vamos; deja aqueso y mira
que te has de casar mañana.

(*Vanse el duque y el conde.*)

DOÑA MAGDALENA.
(*Escribe.*)
Don Dionís, en acabando
de escribir aquí, leed
este billete, y haced
luego lo que en él os mando.

MIRENO.
¿Si ya la ocasion perdí,
qué he de hacer? ¡Ay suerte dura!

DOÑA MAGDALENA.
Amor todo es coyuntura. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

MIRENO.

Fuése. El papel dice así:
(Lee.) *No da el tiempo mas espacio*;
esta noche en el jardin
tendrán los temores fin
del Vergonzoso en palacio.
¡Cielos! ¿qué escucho? ¿Qué veo?
¿Esta noche? ¡Hay mas ventura!
¿Si lo sueño? ¿Si es locura?
No es posible; no lo creo.
Esta noche en el jardin....
¡Vive Dios, que está aquí escrito
mi bien! A buscar á Brito
voy. ¿Hay mas dichoso fin?
Presto en tu florido espacio,
dará envidia entre mis celos,
al conde de Vasconcelos,
el Vergonzoso en palacio. (*Vase.*)

Sala en casa de Lauro.

ESCENA XX.

—

LAURO. RUY LORENZO. BATO. MELISA.

LAURO.

Buenas nuevas te dé Dios:
escoge en albricias, Bato,
la oveja mejor del hato,
poco es una, escoge dos.
¿Que mi hijo está en Avero?
¿Que del duque es secretario
mi primo? ¡Ay tiempo voltario!
¿Mas qué me quejo? ¿Qué espero?
Vamos á verle los dos;
mis ojos su vista gocen.
Venid.

RUY.

¿Y si me conocen?

LAURO.

No lo permitirá Dios:
tiznaos como carbonero
la cara, que de esta vez,
daré á mi triste vejez
un buen dia hoy en Avero.
Mi gozo crece por puntos;
ahora á vivir comienzo.
Alto: vamos, Ruy Lorenzo.

BATO.

Todos podemos ir juntos.

LAURO.

Guardad vosotros la casa.

(*Vanse Lauro y Ruy Lorenzo.*)

ESCENA XXI.

MELISA. BATO.

MELISA.
Sí, Bercebú que la guarde.
BATO.
¿Qué teneis aquesta tarde?
MELISA.
¡Ay Bato! ¿Que aqueso pasa?
¿Que no preguntó por mí
Tarso?
BATO.
No se le da un pito
por vos, ni es Tarso.
MELISA.
¿Pues?
BATO.
Brito,
ó cabrito.
MELISA.
¡Ay! ¿Tarso ansí?
A verte he de ir esta tarde,
cruel, tirano, enemigo.
BATO.
¿Sola?
MELISA.
Vasco irá conmigo.
BATO.
Buen mastin llevais que os guarde.
¿Queréisle mucho?
MELISA.
Enfinito.
BATO.
Pues en Brito se ha mudado,
la mitad para casado
tien....
MELISA.
¿Qué?

BATO.

De cabrito en Brito.

Palacio del duque con jardin. Es de noche.

ESCENA XXII.

DOÑA JUANA *y* DOÑA SERAFINA, *á una ventana.*

DOÑA SERAFINA.

¡Ay querida doña Juana!
Nota de mi fama doy;
mas si lo declaro hoy,
me casa el duque mañana.

DOÑA JUANA.

Don Dionís, señora, es tal,
que no llega don Duarte,
con la mas mínima parte
á su valor. Portugal
por su padre llora hoy dia;
para en uno sois los dos;
gozaos mil años.

DOÑA SERAFINA.

¡Ay Dios!

DOÑA JUANA.

No temas, señora mia,
que mi primo fué por él;
presto le traerá consigo.

DOÑA SERAFINA.

Él tiene un notable amigo.

DOÑA JUANA.

Pocos se hallarán como él.

ESCENA XXIII.

—

DON ANTONIO, *y despues* TARSO, *como de noche.*—DICHAS.

DON ANTONIO.

Hoy, amor, vuestras quimeras
de noche me han convertido
en un don Dionís fingido,
y un don Antonio de veras.
Por uno y otro he de hablar.
Gente siento á la ventana.

DOÑA JUANA.

Ruido suena; no fué vana
mi esperanza.

TARSO.

Este lugar,
mi dichoso don Dionís,
me manda que mire y ronde,
por si hay gente.

DOÑA JUANA.

Ce: ¿Es el conde?

DON ANTONIO.

Sí, mi señora.

DOÑA JUANA.

¿Venís
con don Dionís?

TARSO, *aparte.*

¿Cómo es esto,
don Dionís? La burla es buena.
¿Mas si es doña Magdalena?
Reconocer este puesto
me manda, porque le avise
si anda gente; y me parece,
que otro en su lugar se ofrece;
y que le ronde, ande y pise,
vaya; mas que es don Dionís.
Eso no.

DON ANTONIO.

Conmigo viene

un don Dionís, que os previene
el alma, que ya adquirís,
para ofrecerse á esas plantas.
¿Hablad don Dionís; ¿qué haceís?
(*Finge la voz.*)
¿Que estoy suspenso, no veis,
contemplando glorias tantas?
Pagar lo mucho que os debo
con palabras, será mengua,
y así refreno la lengua,
porque en ella no me atrevo.
Mas, señora, amor es Dios,
y por mí podrá pagar.

DOÑA JUANA, *aparte.*

¡Bien sabe disimular
el habla!

DOÑA SERAFINA.

¿No teneis vos
crédito para pagarme
esta deuda?

DON ANTONIO.

No lo sé,
mas buen fiador os daré;
el conde puede fiarme.—
Yo os fio.

TARSO, *aparte.*

¡Válgate el diablo!
solo un hombre es, vive Dios;
y parece que son dos.

DON ANTONIO.

Con mucho peligro os hablo
aquí; haced mi dicha cierta,
y tengan mis penas fin.

DOÑA SERAFINA.

¿Pues qué quereis?

DON ANTONIO.

Del jardin
tengo ya franca la puerta.

DOÑA JUANA.

Mira que suele rondarte
don Duarte, señora mia,
y que si aguardas al dia,

has de ser de don Duarte:
cualquier dilacion es mala.

DOÑA SERAFINA.

¡Ay Dios!

DOÑA JUANA.

¡Qué tímida eres!
¿Entrará?

DOÑA SERAFINA.

Haz lo que quisieres.

DON ANTONIO.

Don Dionís, amor te iguala
á la ventura mayor
que pudo dar: corresponde
á tu dicha.—Amigo conde,
por vuestra industria y favor
he adquirido tanto bien:
dadme esos brazos; yo soy
tu amigo, conde, desde hoy.—
Yo vuestro esclavo.—Está bien:
dará el tiempo testimonio
de esta deuda.—Aquí te aguardo,
que así mis amigos guardo:
entrad.—Adios, don Antonio.

(*Éntrase.*)

DOÑA SERAFINA.

¿Entró?

DOÑA JUANA.

Sí.

DOÑA SERAFINA.

¡Que de este modo
fuerce amor á una muger!
Mas por solo no lo ser
del de Estremoz, poco es todo:
mi padre y honor perdone.

DOÑA JUANA.

Vamos y deja ese miedo.

(*Vanse de la ventana.*)

TARSO.

¿Hase visto tal enredo?
En gran confusion me pone
este encanto. Un don Antonio,
que consigo mismo hablaba,

dijo que aquí se quedaba,
y se entró, ó es el demonio.

ESCENA XXIV.

MIRENO, *de noche.* TARSO.

MIRENO.
Él se debió de quedar,
como acostumbra, dormido.
TARSO.
Ya queda substituido
por otro, aquí tu lugar.
MIRENO.
¿Qué dices, necio? Responde:
¿vienes aquí á ver si hay gente,
y estáste aquí, impertinente?
TARSO.
Gente ha habido.
MIRENO.
¿Quién?
TARSO.
Un conde,
y un don Dionís de tu nombre,
que es uno, y parecen dos.
MIRENO.
¿Estás sin seso?
TARSO.
Por Dios,
que acaba de entrar un hombre
con tu doña Magdalena,
que, ó es colegial trilingue,
ó á sí propio se distingue,
ó es tu alma que anda en pena.
Mas sabe que veinte Ulises.
Algun traidor te ha burlado,
ó yo este enredo he soñado,
ó aquí hay dos don Dionises.

ESCENA XXV.

DOÑA MAGDALENA, *á la ventana.*—MIRENO. TARSO.

DOÑA MAGDALENA.
¿Si habrá don Dionís venido?

TARSO.
A la ventana ha salido
un bulto.

DOÑA MAGDALENA.
¡Ay Dios! Gente suena.
¿Es don Dionís?

MIRENO.
Mi señora,
yo soy ese venturoso.

DOÑA MAGDALENA.
Entrad, pues, mi vergonzoso.
(*Vase de la ventana.*)

MIRENO.
¿Crês, que lo soñaste ahora?

TARSO.
No sé.

MIRENO.
Si mi cortedad
fué vergüenza, adios, vergüenza;
que sereis, como no os venza,
desde ahora necedad. (*Vase.*)

TARSO.
Confuso me voy de aquí,
que debo estar encantado;
dos Dionises han entrado,
ó yo estoy fuera de mí.
De estas calzas por momentos
salen quimeras como estas:
¡pobre de quien trae acuestas
dos cestas de encantamientos! (*Vase.*)

Atrio del palacio.

ESCENA XXVI.

LAURO *y* RUY LORENZO, *de pastores; despues* VASCO *y* MELISA.

LAURO.

Este es, Ruy-Lorenzo, Avero.

RUY.

Aquí me ví un tiempo, Lauro,
rico y próspero, y ya pobre
y ganadero.

LAURO.

Altibajos
son del tiempo y la fortuna,
inconstantes siempre, y varios.
¡Buen palacio tiene el duque!

RUY.

Ahora acaba de labrallo:
propiedad de la vejez,
hacerlos y no gozarlos.

LAURO.

Busquemos á mi Mireno.

RUY.

En palacio aun es temprano;
que aquí amanece muy tarde,
y hemos mucho madrugado.

LAURO.

¿Cuándo durmió el deseoso?
¿cuándo amor buscó descanso?
No os espante que madrugue,
que soy padre, deseo y amo.

VASCO.

Mucho has podido conmigo,
Melisa.

MELISA.

Débote, Vasco,
gran voluntad.

VASCO.

¿A qué efeto
me traes, Melisa, á palacio
desde los montes incultos?

MELISA.

En ellos sabrás despacio
mis intentos.

VASCO.

Miedo tengo.

MELISA, *aparte.*

¡Ay Tarso, cruel, ingrato!
Mi imán eres, tras tí voy,
que soy hierro.

VASCO.

Diera al diablo,
que ahora me conociese
algun mozo de caballos,
colgándome de la horca,
en fé de ser peso falso.

MELISA.

¡Ay Vasco! retírate.

VASCO.

¿Pues qué....?

MELISA.

¿No ves á nuesamo,
y al tuyo? Si aquí nos topa,
pendencia hay para dos años.

(*Tocan un tambor dentro.*)

VASCO.

Volvámonos ¿Mas qué es esto?

RUY.

¿Tan de mañana han tocado
cajas? ¿A qué fin será?

LAURO.

No lo sé.

RUY.

Si no me engaño,
sale el duque: algo hay de nuevo.

LAURO.

A esta parte retirados,
podremos saber lo que es;
que parece que echan bando.
(*Retíranse.*)

ESCENA XXVII.

EL DUQUE. EL CONDE. UN TAMBOR. GENTE.

DUQUE.

Conde, con ningunas nuevas
pudiera alegrarme tanto
como con estas: ya cesan
las desdichas, y trabajos
de don Pedro de Coimbra,
mi primo, si el cielo santo
le tiene vivo.

CONDE.

Sí hará;
que al cabo de tantos años
de males, querrá que goce
el premio de su descanso.

LAURO.

¡Qué es esto que escucho, cielos!
¿Soy yo de quien habla acaso
mi primo al duque de Avero?
Mas no, que soy desdichado.

DUQUE.

Antes que vais, don Duarte,
por el yerno, que ya aguardo,
quiero que oigais el pregon
que el rey manda.—Echad el bando.

TAMBOR.

El rey nuestro señor Alfonso el V, manda que en todos sus estados reales, con solemnes y públicos pregones, se publique el castigo que en Lisboa se hizo del traidor Vasco Fernandez, por las traiciones que á su tio el duque don Pedro de Coimbra ha levantado, á quien por leal vasallo y noble, en todos sus estados restituye; man-

dando, que en cualquier parte que asista, si es vivo, le respeten como á él mismo; y si es muerto, su imagen hecha al vivo pongan sobre un caballo, y una palma en la mano le lleven á su corte, saliendo á recebirle los lugares: y declara á los hijos que tuviere por herederos de su patrimonio, dando á Vasco Fernandez y á sus hijos por traidores, sembrándoles sus casas de sal, como es costumbre en estos reinos, desde el antiguo tiempo de los godos. Mándase pregonar para que venga á noticia de todos. (Vase.)

VASCO.

¡Larga arenga!

MELISA.

¡Buen garguero
tiene el que ha repiqueteado!

LAURO.

Gracias á vuestra piedad,
recto juez, clemente y sabio,
que volveis por mi justicia.

RUY.

El parabien quiero daros
con las lágrimas que vierto:
goceisle, duque, mil años.

DUQUE.

¿Qué labradores son estos,
que hacen estremos tantos?

CONDE.

¡Ah buena gente! Mirad
que os llama el duque.

LAURO.

Trabajos,
si me habeis tenido mudo,
ya es tiempo de hablar. ¿Qué aguardo?
Dadme aquesos brazos nobles,
duque ilustre, primo caro.
Don Pedro soy.

DUQUE.

¡Santos cielos,
dos mil gracias quiero daros!

CONDE.

¡Gran duque! ¡en aqueste trage!

LAURO.

En este me he conservado
con vida y honra hasta ahora.

MELISA.

¡Aho! ¿diz que es duque nueso amo?

VASCO.

Sí.

MELISA.

Démosle el parabien.

VASCO.

¿No le ves que está ocupado?
Tiempo habrá: déjalo agora,
no nos riña.

MELISA.

Pues dejallo.

DUQUE.

Es el conde Estremoz
á quien la palabra he dado
de casarle con mi hija
la menor; y agora aguardo
al conde de Vasconcelos,
sobrino vuestro.

LAURO.

Mi hermano
estará ya arrepentido,
si traidores le engañaron.

DUQUE.

Doile á doña Magdalena,
mi hija mayor.

LAURO.

Sois sabio
en escoger tales yernos.

DUQUE.

Y venturoso otro tanto,
en que sereis su padrino.

RUY, *aparte.*

Aunque el conde me ha mirado,
no me ha conocido. ¡Ay cielos!
¿quién vengará mis agravios!

DUQUE.

Hola, llamad á mis hijas,
que de suceso tan raro,

por la parte que les toca,
es bien darles cuenta.

MELISA.

Vasco,
verdad es, ven y lleguemos.—
Por muchos y buenos años
goce el duqencio.

LAURO.

¿Melisa
aquí?

MELISA.

Vine á ver á Tarso.

RUY.

No oso hablar, no me conozcan,
que está mi vida en mis labios.

ESCENA XXVIII.

DOÑA MAGDALENA. DOÑA SERAFINA. DOÑA JUANA.—DICHOS.

DOÑA MAGDALENA.

¿Qué manda vuestra escelencia?

DUQUE.

Que beseis, hija, las manos
al gran duque de Coimbra,
vuestro tio.

DOÑA MAGDALENA.

¡Caso raro!

LAURO.

Lloro de contento y gozo.

DOÑA SERAFINA, *aparte.*

Mi suerte y fortuna alabo:
ya segura gozaré
mi don Dionís, pues ha dado
fin el cielo á sus desdichas.

LAURO.

Goceis sobrinas, mil años
los esposos que os esperan.

DOÑA SERAFINA.

El cielo guarde otros tantos
la vida de vueselencia.

DOÑA MAGDALENA.

Si la mia estima en algo,
le suplico, así propicios
de aquí adelante los hados
le dejen ver reyes nietos,
y venguen de sus contrarios,
que este casamiento impida.

DUQUE.

¿Cómo es eso?

DOÑA MAGDALENA.

Aunque el recato
de la mugeril vergüenza
cerrarme intente los labios,
digo, señor, que ya estoy
casada.

DUQUE.

¿Qué aguardo?
¿Estás sin seso, atrevida?

DOÑA MAGDALENA.

El cielo y amor me han dado
esposo, aunque humilde y pobre,
discreto, mozo y gallardo.

DUQUE.

¿Qué dices, loca? ¿Pretendes
que te mate?

DOÑA MAGDALENA.

El secretario
que me diste por maestro,
es mi esposo.

DUQUE.

Cierra el labio.
¡Ay desdichada vejez!
Vil, ¿por un hombre tan bajo,
al conde de Vasconcelos
desprecias?

DOÑA MAGDALENA.

Ya le ha igualado
á mi calidad amor,
que sabe humillar los altos,
y ensalzar á los humildes.

DUQUE.

Daréte la muerte.

LAURO.

Paso,
que es mi hijo vuestro yerno.

DUQUE.

¿Cómo es eso?

LAURO.

El secretario
de mi sobrina, vuestra hija,
es Mireno, á quien ya llamo
don Dionís y mi heredero.

DUQUE.

Ya vuelvo en mí: por bien dado
doy mi agravio de ese modo.

DOÑA MAGDALENA.

¿Hijo es vuestro? ¡Ay Dios! ¿Qué aguardo,
que no beso vuestros pies?

DOÑA SERAFINA.

Eso no, porque es engaño:
don Dionís, hijo del duque
de Coimbra, es quien me ha dado
mano y palabra de esposo.

DUQUE.

¡Hay hombre mas desdichado!

DOÑA SERAFINA.

Doña Juana es buen testigo.

DOÑA MAGDALENA.

Don Dionís está en mi cuarto,
y mi cámara.

DOÑA SERAFINA.

¡Qué bueno!
En la mia está encerrado.

LAURO.

Yo no tengo mas de un hijo.

DUQUE.

Traiganlos luego. ¡En qué caos
de confusion estoy puesto!

MELISA.

¿En qué parará esto, Vasco?

VASCO.

No sé lo que te responda;
pues ni sé si estoy soñando,
ni si es verdad lo que veo.

MELISA.

¡Ay Dios! ¡si saliese Tarso!

ESCENA XXIX.

—

MIRENO.—DICHOS.

MIRENO.

Confuso vengo á tus pies.

LAURO.

Hijo mio, aquesos brazos
den nueva vida á estas canas.
Este es don Dionís.

DOÑA SERAFINA.

¿Qué engaños
son estos, cielos crueles?

DUQUE.

Abrazadme, ya que ha hallado
el mas gallardo heredero
de Portugal, este estado.

LAURO.

¿Qué miras, hijo, perplejo?
El nombre tosco ha cesado,
que de Mireno tuviste;
ni lo eres, ni soy Lauro,
sino el duque de Coimbra:
el rey está ya informado
de mi inocencia.

MIRENO.

¿Qué escucho?
¡Cielos! ¡amor! ¡bienes tantos!

ESCENA XXX.

—

DON ANTONIO.—DICHOS.

DON ANTONIO.

Dame, señor, esos pies.

DUQUE.

¿A qué venís, secretario?

DOÑA SERAFINA.

¿Conde, qué es de don Dionís
mi esposo?

DON ANTONIO.

Yo os he engañado:
en su nombre gocé anoche
la belleza y bien mas alto
que tiene el amor.

DUQUE.

¡O infame!

DOÑA SERAFINA.

Matadle.

CONDE.

Matadle.

DOÑA JUANA.

Paso,
que es el conde de Penela,
mi primo.

DON ANTONIO.

Perdon aguardo,
duque y señora á tus pies.

CONDE.

Los cielos lo han ordenado,
porque vuelven por Leonela,
á quien dí palabra y mano
de esposo, y la desprecié
gozada.

LAURO.

Aquí está su hermano,
que por vengar esa injuria,
aunque no con medio sabio,
vive pastor abatido.
Si á interceder por él basto,
reducilde á vuestra gracia.

RUY.

Perdon pido.

VASCO.

Y tambien Vasco.

DUQUE.

Basta que lo manda el duque.

CONDE.

Recebidme por cuñado,
que á Leonela he de cumplir
la palabra que la he dado,
luego que á mi estado vuelva
donde está.

RUY.

Tu pecho hidalgo
hace al fin como quien es.

DOÑA SERAFINA.

¿Y qué fué mio el retrato?

DUQUE.

Dadle, conde don Antonio,
á Serafina la mano:
que pues el de Vasconcelos
perdió la ocasion por tardo,
disculpado estoy con él.
¡Muy bien habeis enseñado
á escribir á Magdalena!
¿Erades vos el callado,
el cortés, el vergonzoso?
Pero ¿quién lo fué en palacio?

ESCENA XXXI.

TARSO.—DICHOS.

TARSO.

¿Duque Mireno? ¿Qué escucho?
Don Dionís, esos zapatos
te beso, y pido en albricias
de la esposa, y del ducado,
que me quites estas calzas,
y el dia de Jueves Santo
mandes ponerlas á un Judas.

MELISA.

¡Ah traidor, mudable, ingrato.
agora me pagarás
el amor, penas y llanto
que me debes! Señor duque

de rodillas se lo mando,
que mos case.

TARSO.

Esotro ¿es cura?

MELISA.

Mande que me quiera Tarso.

MIRENO.

Yo se lo mando; y le doy
por ello tres mil cruzados.

TARSO.

¿Por la cara ó por la bolsa?

MIRENO.

Y mi camarero le hago
para que asista conmigo.

DUQUE.

Doña Juana está á mi cargo;
yo la daré un noble esposo.
A recibir todos vamos
al conde de Vasconcelos;
porque viendo el desengaño
de su amor, sepa la historia
del *Vergonzoso en Palacio*;
y á pesar de maldicientes,
las faltas perdone el sabio.



EXAMEN

DE

EL VERGONZOSO EN PALACIO.

Parece que el Maestro Tirso de Molina al componer esta comedia, no trató de formar una intriga regular y ordenada, sino de pintar mas bien dos personages originales; esto lo hizo con estremado acierto. Quiso presentar al público el retrato de un joven humilde y vergonzoso, cuyo caracter no es comun en una edad en que sobresalen generalmente la impetuosidad, el orgullo y la osadía. Mireno, educado desde muy pequeño entre aldeanos inocentes y sencillos, y con un natural generoso, honrado y comedido, sabia sentir las pasiones, y amar con respeto y modestia. Así es que en cuantas situaciones se halla con la hija del duque de Avero, observa una moderacion que la juventud menos juiciosa pudiera llamar encogimiento. No tiene la audacia de un cortesano ejercitado en intrigas amorosas, que conoce perfectamente el corazon de la muger, y los medios de que puede valerse para conseguir el triunfo: ama, y teme. La distancia que le separa de doña Magdalena por su elevada clase, le acobarda; y á pesar de la vehemencia de su pasion guarda silencio. En efecto el vergonzoso, siempre que se presenta en la escena, manifiesta una delicadeza, una timidez, tan propias de un joven de sentimientos nobles, criado en la sencillez de la aldea, que interesa íntimamente al espectador.

El caracter de doña Magdalena es opuesto: enamorada de Mireno desde el momento en que le vé, é impaciente, porque conoce la pasion de su amante, busca cuantos medios puede sugerirle el ingenio para obligarle á que se declare: manifiesta una osadía poco decorosa á la clase á que pertenece, y no muy comun en su sexo. Esto, sin embargo, es verosimil, y su caracter, aunque atrevi-

do en demasía, puede ser verdadero, está en la naturaleza, y el poeta lo ha espresado magistralmente. Tirso conocia muy á fondo la sociedad, conocia el corazon humano, sabia pintarle con perfeccion, y aunque no tan decente como Lope, Calderon y otros poetas, no por eso es menos ingenioso é interesante. Tal vez aquellos imaginaron los mismos cuadros; pero su moderacion no les permitió darlos al público. En fin, los dos caracteres de Mireno y doña Magdalena nada dejan que desear, y Tirso supo inventar las situaciones mas propias para desenvolverlos. Las escenas en que se presentan estos personages son un modelo en esta parte. Ninguna citaremos particularmente, porque todas deben leerse con atencion.

Nada hemos dicho ni diremos de la conducta de la fábula. Como todo el mérito de esta comedia consiste en estos caracteres, cuya perfeccion nos ha obligado á presentarla al público, y en las situaciones en que se hallan los dos personages, es inútil hablar de los defectos del plan, y del modo de combinarlo y conducirlo.

Nuestros actores, ademas de algunos pasages que no son tolerables en el teatro, suprimen con mucho acierto en la representacion las cuatro primeras escenas, que son efectivamente inútiles. La accion debia empezar en la escena diez y seis, y si Tirso hubiera omitido la mayor parte de los personages, la comedia hubiera tenido mas interés y regularidad. Pero, lo repetimos, nuestros poetas antiguos querian presentarlo todo en accion, no solo los antecedentes esenciales para la inteligencia de la fábula, sino los pormenores mas inútiles, y multiplicaban los incidentes, aunque fuesen absolutamente estraños al argumento. Querian hablar á los ojos, querian sorprender y cautivar la atencion de sus oyentes.

Prescindiendo de estos defectos, deben estudiarse constantemente; y en verdad que si nuestros jóvenes lo hiciesen así, aprenderian por lo menos á manejar la lengua española con pureza y propiedad, á trasladar á ella las piezas estrangeras sin dejarlas á veces intactas en su original, y á versificar con elegancia y armonía: cosas que no son ciertamente muy comunes en estos tiempos.

Los diálogos de esta comedia son rápidos y vivos, y los de Mireno y doña Magdalena están llenos de verdad, sembrados de pensamientos felices, y manifiestan un co-

nocimiento profundo de la especie humana. Aun las escenas mas apartadas de la accion principal son muy bellas, consideradas aisladamente. ¡Qué interesante es y graciosa la escena en que doña Serafina representa vestida de hombre!

El lenguage es puro y correcto, el estilo elegante, y la versificacion esmerada y rica.

¡Qué lástima que unas prendas tan sobresalientes se hallen manchadas á veces con pensamientos atrevidos, que por mas verdaderos que sean, no pueden disculparse! Parece que Tirso de Molina tuvo la desgracia de tratar las mugeres menos modestas de la sociedad; parece que el amor no era en él mas que un vicio, cuando en Lope de Vega era una pasion. Así las damas que presenta el primero son atrevidas, resueltas, sin recato ni pudor: las de Lope, al contrario, tiernas, enamoradas y pundonorosas, pintan la pasion del amor en el bello sexo con tal decencia y delicadeza, que no puede ofenderse de sus retratos el moralista mas austero. Tirso pecó en esto contra el respeto debido al público, y faltó al decoro del teatro. Pudo sin duda corregir este defecto, tan reprensible, en el *Vergonzoso en Palacio.* ¿Qué necesidad tenia, para desenlazar la comedia, de hacer pasar la noche á los dos amantes con sus queridas? ¿No le bastaba que se hubiesen dado palabra de esposos, y hubiera sido mas decente? ¿No es una impudencia que diga doña Magdalena con una franqueza que asombra:

Ya le ha igualado
á mi calidad amor,
que sabe humillar los altos
y ensalzar á los humildes?

¿Puede sufrirse la indecorosa y atrevida declaracion de don Antonio?

Yo os he engañado:
en su nombre gocé anoche
la belleza y bien mas alto
que tiene el amor.

Es verdad que está dicho con elegancia: pero la pu-

reza de la diccion, las gracias del estilo y la riqueza de la versificacion no bastan para encubrir semejantes defectos. Estos pensamientos se admiran por la locucion; pero no se pueden tolerar por su osadía.

Sin embargo de esto, el Maestro Tirso de Molina es uno de los poetas dramáticos mas estimables que tenemos.



APOLOGÍA

DE

EL VERGONZOSO EN PALACIO.

Esta es una de las tres comedias publicadas con *Los Cigarrales de Toledo.* (Véanse las primeras líneas del examen hecho de *El Celoso prudente* en el tomo tercero de esta coleccion.) A título de pintar el efecto que causó la representacion de *El Vergonzoso* en el ánimo de los oyentes, hace Fray Gabriel una defensa de su obra y de su sistema dramático, que nos figuramos será leido con curiosidad y gusto, porque contiene la profesion de fé literaria de nuestro poeta. Dice así:

Con la apacible suspension de la referida comedia, la propiedad de los recitantes, las galas de las personas y la diversidad de sucesos, se les hizo el tiempo tan corto, que con haberse gastado cerca de tres horas, no hallaron otra falta, sino la brevedad de su discurso. Esto en los oyentes desapasionados, y que asistian allí mas para recrear el alma con el poético entretenimiento, que para censurarle; que los zánganos de la miel que ellos no saben labrar y hurtan á las artificiosas abejas, no pudieron dejar de hacer de las suyas, y con murmuradores susurros picar en los deleitosos panales del ingenio. Quien dijo que era demasiadamente larga, y quien impropia. Pedante húbo historial que afirmó merecer castigo el poeta, que contra la verdad de los anales portugueses, habia hecho pastor al duque de Coimbra don Pedro, siendo así que murió en una batalla que el rey don Alonso su sobrino le dió, sin que le quedase hijo sucesor, en ofensa de la casa de Avero y su gran duque, cuyas hijas pintó tan desenvueltas, que contra las leyes de su honestidad, hicieron teatro de su poco recato la inmunidad de su jardin. ¡Como si la licencia de Apolo se estrechase á la

recoleccion histórica, y no pudiese fabricar sobre cimientos de personas verdaderas, arquitecturas del ingenio fingidas! No faltaron protectores del ausente poeta, que volviendo por su honra, concluyeron los argumentos zoilos, si pueden entendimientos contumaces, Narcisos de sus mismos pareceres, y discretos mas por las censuras que dan en los trabajos agenos, que por lo que se desvelan en los propios, convencerse. «Entre los muchos desaciertos (dijo un presumido, natural de Toledo; que le negara la filiacion de buena gana, si no fuera porque entre tantos hijos sabios y bien intencionados que ilustran su benigno clima, no era mucho saliese un aborto malicioso), el que me acaba la paciencia es ver cuan licenciosamente salió el poeta de los límites y leyes con que los primeros inventores de la comedia dieron ingenioso principio á este poema; pues siendo así que este ha de ser una accion cuyo principio, medio y fin acaezca á lo mas largo en veinte y cuatro horas sin movernos de un lugar, nos ha encajado mes y medio por lo menos de sucesos amorosos; pues aun en este término parece imposible pudiese disponerse una dama ilustre y discreta á querer tan ciegamente á un pastor, hacerle su secretario, declararle por enigmas su voluntad, y últimamente arriesgar su fama á la arrojada determinacion de un hombre tan humilde, que en la opinion de entrambos, el mayor blason de su linage eran unas abarcas, su solar una cabaña, y sus vasallos un pobre hato de cabras y bueyes. Dejo de impugnar la ignorancia de doña Serafina, pintada en lo demas tan avisada, que enamorándose de su mismo retrato, sin mas certidumbre de su original que lo que don Antonio la dijo, se dispusiese á una bajeza indigna aun de la mas plebeya hermosura, como fue admitir á escuras á quien pudiera con la luz de una vela dejar castigado y corrido. Fuera de que no sé yo por que ha de tener nombre de comedia la que introduce sus personas entre duques y condes, siendo así que las que mas graves se permiten en semejantes acciones, no pasan de ciudadanos, patricios y damas de mediana condicion.» Iba á proseguir el malicioso arguyente, cuando atajándole don Alejo, le respondió: «Poca razon habeis tenido, pues fuera de la obligacion en que pone la cortesía á no decir mal el convidado de los platos que le ponen delante, por mal

sazonados que estén, en menosprecio del que convida, la comedia presente ha guardado las leyes de lo que ahora se usa; y á mi parecer, conformándome de los que sin pasion sienten, el lugar que merecen las que ahora se representan en nuestra España, comparadas con las antiguas, les hace conocidas ventajas, aunque vayan contra el instituto primero de sus inventores. Porque si aquellos establecieron que una comedia no representase sino la accion que moralmente puede suceder en veinte y cuatro horas, ¡cuánto mayor inconveniente será que en tan breve tiempo un galan discreto se enamore de una dama cuerda, la solicite, regale y festeje, y que sin pasarse siquiera un dia, la obligue y disponga de suerte sus amores, que comenzando á pretenderla por la mañana, se case con ella á la noche! ¿Qué lugar tiene para fundar celos, encarecer desesperaciones, consolarse con esperanzas, y pintar los demas afectos y accidentes, sin los cuales el amor no es de ninguna estima? ¿Ni cómo se podrá preciar un amante de firme y leal, si no pasan algunos dias, meses y aun años, en que se haga prueba de su constancia? Estos inconvenientes, mayores son en el juicio de cualquier mediano entendimiento, que el que se sigue de que los oyentes, sin levantarse de un lugar, vean y oigan cosas sucedidas en muchos dias; pues así como el que lee una historia en breves planas, sin pasar muchas horas se informa de casos sucedidos en largos tiempos y distintos lugares, la comedia que es una imagen y representacion de su argumento, es fuerza que cuando le toma de los sucesos de dos amantes, retrate al vivo lo que les pudo acaecer; y no siendo esto verisimil en un dia, tiene obligacion de fingir pasan los necesarios para que la tal accion sea perfecta; que no en vano se llamó la poesía pintura viva, pues imitando á la muerta, esta en el breve espacio de vara y media de lienzo pinta lejos y distancias, que persuaden á la vista á lo que significan; y no es justo que se niegue la licencia que conceden al pincel, á la pluma, siendo esta tanto mas significativa que esotro, cuanto se deja mejor entender el que habla articulando sílabas en nuestro idioma, que el que siendo mudo, esplica por señas sus conceptos. Y si me argüís que á los primeros inventores debemos los que profesamos sus facultades guardar sus preceptos, pena de ser

tenidos por ambiciosos y poco agradecidos á la luz que nos dieron para proseguir sus habilidades, os respondo que aunque á los tales se les debe la veneracion de haber salido con la dificultad que tienen todas las cosas en sus principios, con todo eso es cierto que añadiendo perfecciones á su invencion (cosa puesto que facil, necesaria) es fuerza que quedándose la sustancia en pie, se muden los accidentes, mejorándolos con la esperiencia. ¡Bueno seria que porque el primero músico sacó de la consonancia de los martillos en la yunque la diferencia de los agudos y graves y la armonía música, hubiesen los que agora la profesan de andar cargados de los instrumentos de Vulcano, y mereciesen castigo en vez de alabanza los que á la harpa fueron añadiendo cuerdas, y vituperando lo supérfluo é inútil de la antigüedad, la dejaron en la perfeccion que agora vemos! Esta diferencia hay de la naturaleza al arte, que lo que aquella desde su creacion constituyó, no se puede variar, y así siempre el peral producirá peras, y la encina su grosero fruto; y con todo eso la diversidad del terruño y la diferente influencia del cielo y clima á que están sujetos, los saca muchas veces de su misma especie, y casi constituye en otras diversas...:
fuera de que ya que no en todo pueda variar estas cosas el hortelano, á lo menos en parte, mediando la industria del ingerir, de dos diversas especies compone una tercera.
....
Pues si en lo artificial, cuyo ser consiste solo en la mudable imposicion de los hombres, puede el uso mudar.....
.... hasta la sustancia, y en lo natural se producen por medio de los ingertos cada dia diferentes frutos, ¿qué mucho que la comedia, á imitacion de entrambas cosas, varíe las leyes de sus antepasados, y ingiera industriosamente lo trágico con lo cómico, sacando una mezcla apacible de estos dos encontrados poemas, y que participando de entrambos, introduzga ya personages graves como la una, y ya jocosas y ridículas como la otra? Ademas, que si el ser tan escelentes en Grecia Esquilo y Enio (1), como entre los latinos Séneca y Terencio, bastó

(1) Querria decir *Menandro*.

para establecer las leyes tan defendidas de sus profesores, la escelencia de nuestra española VEGA, honra de Manzanares, Tulio de Castilla y fenix de nuestra nacion, los hace tan conocidas ventajas en entrambas materias, así en la cuantidad como en la cualidad de sus nunca bien conocidos aunque bien envidiados y mal mordidos estudios, que la autoridad con que se les adelanta es suficiente para derogar sus estatutos. Y habiendo él puesto la comedia en la perfeccion y sutileza que agora tiene, basta para hacer escuela de por sí, y para que los que nos preciamos de sus discípulos, nos tengamos por dichosos de tal maestro, y defendamos constantemente su dotrina contra quien con pasion la impugnare. Que si él en muchas partes de sus escritos dice que el no guardar el arte antiguo lo hace por conformarse con el gusto de la plebe, que nunca consintió el freno de las leyes y preceptos, dícelo por su natural modestia, y porque no atribuya la malicia ignorante á arrogancia lo que es política perfeccion; pero nosotros, lo uno por ser sus profesores, y lo otro por las razones que tengo alegadas, fuera de otras muchas que se quedan en la plaza de armas del entendimiento, es justo que á él, como reformador de la comedia nueva, y á ella como mas hermosa y entretenida, los estimemos, lisongeando al tiempo para que no borre su memoria.



LA VENGANZA DE TAMAR,

COMEDIA.

PERSONAS.

AMON.
TAMAR.
DAVID.
ABSALON.
ABIGAIL, *reina.*
BERSABÉ.
MICOL.
ADONIAS.
SALOMON.
ELIACER.
JONADAB.
DINA.
JOAB.
JOSEFO.
ELISA.
TIRSO, BRAULIO, ALISO, RISELO, ARDELIO, LAURETA, *ganaderos.*
UN CRIADO.
UN MAESTRO DE ARMAS.
MÚSICOS.
SOLDADOS.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es Jerusalen y en Baalhasor.

ACTO PRIMERO.

Vista esterior del palacio de David en Jerusalen.

ESCENA I.

AMON, *de camino.* ELIACER. JONADAB.

AMON.
Quitadme aquestas espuelas,
y descalzadme estas botas.

ELIACER.

Ya de ver murallas rotas,
por cuyas escalas vuelas,
debes de venir cansado.

AMON.

Es mi padre pertinaz;
ni viejo admite la paz,
ni mozo quita del lado
el acero que desciño.

JONADAB.

De eso, señor, no te espantes:
quien descabezó gigantes
y comenzó á vencer niño,
si es otra naturaleza
la poderosa costumbre,
viejo tendrá pesadumbre
con la paz.

ELIACER.

A la grandeza
del reino, que le corona
por sus hazañas, subió.

AMON.

No soy tan soldado yo
cual de él la fama pregona:
de los amonitas cerque
David la idólatra corte;
máquinas la industria corte
con que á sus muros se acerque;
que si en eso se halla bien
porque sus reinos mejora,
mas quiero, Eliacer, una hora
de nuestra Jerusalen,
que cuantas vitorias dan
á su nombre eterna fama.

ELIACER.

Si fueras de alguna dama
alambicado galan,
no me espanto que la ausencia
te hiciera la guerra odiosa;
que amor que en la paz reposa,
pierde armado la paciencia.
Mas no amando, aborrecer

las armas, que de pesadas
suelen ser desamoradas,
cosa es nueva.

AMON.

Sí, Eliacer;
nueva es, por eso la apruebo;
en todo soy singular;
que no es digno de estimar
el que no intenta algo nuevo.

ESCENA II.

ABSALON, ADONIAS *y* ACOMPAÑAMIENTO, *de camino.*—AMON. ELIACER. JONADAB.

ABSALON.

No gozaremos las treguas
que el rey da al contrario, bien,
no estando en Jerusalen.

ADONIAS.

Corrido habemos las leguas
que hay de Rábata hasta aquí,
volando.

ABSALON.

¡Qué bien pensó
quien las postas inventó!

ELIACER.

No, á lo menos, para mí:
dóilas á la maldicion;
que batanando jornadas,
me han puesto las dos lunadas
como ruedas de salmon.

ABSALON.

¡O Eliacer! ¿Tambien tú gozas
treguas acá?

ELIACER.

¿Qué querias?

AMON.

¡Oh! ¡mi Absalon, mi Adonias
aquí!

ABSALON.

Travesuras mozas
nunca, hermano, estan despacio:
troquemos en nuestra tierra
por las tiendas de la guerra
los salones de palacio.
Diez dias que han de durar
las treguas que al amonita
David da, el amor permita
sus murallas escalar.

AMON.

¿Murallas de amor?

ABSALON.

Bien puede
permitirles este nombre:
amando de noche un hombre,
¿no asalta tambien paredes?
¿ventanas altas no escala?
¿no ronda? ¿el nombre no da.
¿trazando ardides no está?
Luego amor á Marte iguala.

AMON.

No te quiero replicar;
ya sé que tiene gran parte
amor, que es hijo de Marte,
y lo que hay de Marte á amar.

ADONIAS.

En tí, príncipe, infinito,
pues con ser tan gran soldado,
nunca fuiste enamorado.

AMON.

Poco sus llamas permito:
no sé ser tan conversable
como mi hermano Absalon.

ABSALON.

La hermosura es perfeccion,
y lo perfeto es amable.
Hízome hermoso mi suerte,
y á todas me comunico.

AMON.

Estás de cabellos rico,
y ansí puedes atreverte;

que á guedeja que les des,
las que muertas por las tiendas
te porfian que los vendas,
tendrán en tí su interés;
pues si no miente la fama,
tanto tu cabeza vale,
que me afirman que te sale
á cabello cada dama.

ELIACER.

Si ansí sus defetos salvas,
¿qué mucho te quieran bien,
pues toda Jerusalen
te llama *Socorre-Calvas*?
Y las muchas que compones,
debiéndote sus bellezas,
hacen que haya en las cabezas
infinitos Absalones.
Ristros puedes hacer de ellas.

ABSALON.

Eliacer, conceptos bajos
dices.

ELIACER.

Fueran ristros de ajos,
sino es por tí, las mas bellas.

ABSALON.

En fin, ¿el príncipe da
en no querer á ninguna?

AMON.

Hasta encontrar con alguna
perfeta, no me verá
en su minuta el amor.

ABSALON.

Elisabet ¿no es hermosa?

AMON.

De cerca no, que es ojosa.

ADONIAS.

¿Y Ester?

AMON.

Tiene buen color,
pero mala dentadura.

ELIACER.

Délbora....

AMON.

Es grande de boca.

JONADAB.

Atalía....

AMON.

Esa es muy loca,
y pequeña de estatura.

ABSALON.

No tiene falta Maria.

AMON.

Ser melindrosa, ¿no es falta?

ADONIAS.

Dina....

AMON.

Enfádame por alta.

ELIACER.

Rut....

AMON.

Es negra.

JONADAB.

Raquel....

AMON.

Fria.

ABSALON.

Aristóbola....

AMON.

Es comun;
habla con ciento en un año.

ABSALON.

Judit....

AMON.

Tiene mucho paño,
y huele siempre á betun.

ADONIAS.

Marta....

AMON.

Encubre muchos granos.

ELIACER.

Alejandra....

AMON.

Es algo espesa.

JONADAB.

Jezabel....

AMON.

Dícenme que esa
trae juanetes en las manos.

ABSALON.

Cilene....

AMON.

Rostro bizarro,
mas flaca y impertinente.

ELIACER.

Pues no hallas quien te contente,
haz una dama de barro.

ABSALON.

¡Válgate Dios por Amon!
¡qué satírico que estás!

AMON.

No has de verme amar jamás;
tengo mala condicion.

ADONIAS.

¿Luego no querrás mañana
en la noche ir á la fiesta
y boda que á Elisa apresta
la mocedad cortesana?

AMON.

¿Con quién se casa?

ADONIAS.

¿Eso ignoras?
Con Josefo de Isacar.

AMON.

Bella muger le han de dar.

ABSALON.

Tú que nunca te enamoras,
no la tendrás por muy bella.
¿Piensas ir allá?

AMON.

No sé.

ADONIAS.

Hay bravo sarao.

AMON.

Iré
á danzar, mas que no á vella.

Pero ha de ser disfrazado,
si es que máscaras se admiten.

ADONIAS.

En los saraos se permiten.

AMON.

Lástima tengo al casado
con una muger acuestas.

ELIACER.

Poco en eso te pareces
á tu padre.

AMON.

Muchas veces
de ese modo me molestas.
Ya sé que á David mi padre
no le han parecido mal,
testigo la de Nabal,
y Bersabé, hermosa madre
del risueño Salomon.

ADONIAS.

Y las muchas concubinas
cuyas bellezas divinas
milagro del mundo son.

ABSALON.

Gana he tenido de vellas.

AMON.

Guárdalas el rey de suerte,
que aun no ha de poder la muerte
hallar por donde vencellas.

ABSALON.

El recato de palacio
y poca seguridad
de la femenil beldad
no las deja ver despacio;
mas por Dios que há pocos dias
que á una muchacha que vi
entre ellas, Amon, le dí
toda el alma.

AMON.

Oye, Adonías,
del modo que está Absalon.
¡A la muger de tu padre!

ABSALON.

Solo perdono á mi madre.
Tengo tal inclinacion,
que con quien celebra bodas,
envidiando su vejez,
me enamoro; y ya habrá vez
en que he de gozallas todas.

AMON.

La belleza y la locura
son hermanas; eres bello,
y estás loco.

ADONIAS.

A tu cabello
atribuye tu ventura,
y no digas desatinos.
Ya es de noche: ¿qué has de hacer?

ABSALON.

Cierta dama he de ir á ver,
en durmiendo sus vecinos.

ADONIAS.

Yo me pierdo por jugar.

AMON.

Yo que ni adoro ni juego,
lêré versos.

ABSALON.

¡Buen sosiego!

AMON.

En esto quiero imitar
á David, pues no le imito
en amar, ni quiero tanto.

ABSALON.

Serás poeta á lo santo.

ADONIAS.

Los salmos en verso ha escrito;
que es Dios la musa perfeta
que en él influyendo está.

ABSALON.

Misterios escribirá;
que es guêrrero y es profeta.

(Vanse Absalon, Adonias y el acompañamiento.)

ESCENA III.

AMON. ELIACER. JONADAB.

ELIACER.
¿Qué habemos de hacer agora?
AMON.
No sé qué se me ha antojado.
ELIACER.
¿Mas si estuvieses preñado?
AMON.
Tanta muger que enamora
á mi padre ausente y viejo,
¿qué puede hacer encerrada?
pues es cosa averiguada
que la que es de honor espejo
en la lealtad y opinion,
en fin, es fragil sugeto
y un animal imperfeto.
JONADAB.
Si toda la privacion
es del apetito madre,
deseará su liviandad
al hombre que es su mitad;
y no estando ya tu padre
para fiestas, ya lo ves....
ELIACER.
Iráseles en deseos
todo el tiempo sin empleos
de su gusto.
JONADAB.
Rigor es
digno de mirar despacio.
AMON.
Bien filosofais los dos.
ELIACER.
Lástima tengo, por Dios,
á las damas de palacio
encerradas como en hucha.

AMON.

El tiempo está algo pesado,
y con la noche y nublado,
la obscuridad que hace, es mucha.
¿Quién duda que en el jardin
pedirán limosna al fresco
las damas? Lo que apetezco
he de ejecutar, en fin.
Curioso tengo hoy de ser.

ELIACER.

Pues ¿qué intentas?

AMON.

¿Qué? Saltar
aqueste muro y entrar
dentro del parque, Eliacer,
y ver qué conversacion
á las damas entretiene
de palacio.

ELIACER.

Si el rey viene
á saberlo, no es razon
que le enojes; pues no ignoras
que al que aquí dentro cogiese,
por mas principal que fuese,
viviria pocas horas;
que las casas de los reyes
gozan de la inmunidad
que los templos.

AMON.

Es verdad;
mas no se entienden las leyes
con el príncipe heredero.
Príncipe soy de Israel,
el calor que hace es crüel,
y ansí divertirle quiero.
En dando yo en una cosa,
ya sabes que he de salir
con ella.

JONADAB.

Empieza á subir.
Mas siendo tan peligrosa,
y de tan poco provecho,

no me parece que es justo.

AMON.

Provecho es hacer mi gusto.

ELIACER.

¿Y despues que le hayas hecho?

AMON.

Esto ha de ser, vive Dios.
Vamos los tres á buscar
por donde poder entrar.

ELIACER.

¿Entrar? ¿Quién?

AMON.

Yo; que los dos
fuera me esperareis.

ELIACER.

Alto.

AMON.

Hácia allí he visto unas yedras,
que abrazadas á sus piedras,
aunque el muro está bien alto,
de escala me servirán.

ELIACER.

Vamos, y á subir empieza.
. (*Vase Amon.*)
En dándole en la cabeza
una cosa, no podrán
persuadille á lo contrario
catorce predicadores.

JONADAB.

¡Qué estraños son los señores!

ELIACER.

Y el nuestro ¡qué temerario! (*Vanse.*)

Jardin del palacio. Es de noche.

ESCENA IV.

DINA, *con guitarra.* TAMAR.

TAMAR.

¿Viste jamás tal calor?
Aunque tú mejor lo pasas
que yo.

DINA.

Pues ¿por qué mejor?

TAMAR.

Porque no juntas las brasas
del tiempo al fuego de amor;
mas yo que no puedo mas,
y á mi amor junto el bochorno
que hace....

DINA.

¡Donosa estás!

TAMAR.

¿Qué seré?

DINA.

Serás un horno
en que á Joab cocerás
pan de tiernos pensamientos,
á sustentarle bastantes
contra recelos violentos.

TAMAR.

Sí, que en eso á los amantes
paga amor en alimentos.

DINA.

¡Notable calma! no mueve
una hoja el viento siquiera.

TAMAR.

Si aquesta fuente se atreve

á aplacar su furia fiera,
que en la taza de oro bebe
de su arena aqueste prado,
dénos su márgen asiento.

DINA.

En cojines de brocado
sus flores de ciento en ciento
te ofrecen su real estrado;
que, en fin, como eres infanta,
no te contentas con menos.

TAMAR.

Pues traes instrumento, canta;
que en los jardines amenos
ansí amor su mal espanta.

DINA.

Yo no tengo que espantar;
que no estoy enamorada;
tú al viento puedes llamar;
pues siendo tan celebrada
en la música Tamar
como en la belleza, á oirte
correrá el céfiro manso,
alegre por divertirte.

TAMAR.

¿Lisonjéasme?

DINA.

Descanso
si amores llego á decirte.

ESCENA V.

AMON. — TAMAR. DINA.

AMON.

(*Para sí al salir.*)

La mocedad no repara
en cuanto intenta y procura:
la noche mi gusto ampara;
cuanto me entristece oscura,
me alegra esta fuente clara.

Como no sé donde voy,
en cuanto topo tropiezo.

DINA.

Cuando yo á cantar empiezo,
treguas á mis penas doy.

TAMAR.

Dame, pues, ese instrumento.

AMON, *aparte.*

Mi deseo se cumplió;
aquí hablar mugeres siento.

TAMAR.

La música se inventó
en alivio del tormento.

AMON, *aparte.*

Cantar quieren: no pudiera
venir á tiempo mejor.

TAMAR.

¡Ay si mi amante me oyera!

AMON, *aparte.*

No hay parte en que no entre amor;
hasta aquí llegó su esfera.

TAMAR, *canta.*

Ligero pensamiento,
de amor pájaro alegre,
que viste la esperanza
de plumas y alas verdes,
si fuente de tus gustos
es mi querido ausente,
donde amoroso asistes,
donde sediento bebes,
tu vuelta no dilates
cuando á su vista llegues;
que me darán tus dichas
envidia si no vuelves.
Pajarito que vas á la fuente,
bebe y vente.
Correo de mis quejas
serás cuando le lleves
en pliegos de suspiros
sospechas impacientes;
con tu amoroso pico,
si en mi memoria duerme,

del sueño de su olvido
es bien que le despiertes;
castígale descuidos,
amores le agradece,
preséntale firmezas,
favores le promete.
Pajarito que vas á la fuente,
bebe y vente.

AMON, *aparte.*

¡Qué voz tan apacible!
¡qué quejas tan ardientes!
¡qué acentos tan süaves!
¡Ay Dios! ¿qué hechizo es este?
A su melífluo canto
corrido el viento vuelve;
que en fé que se detuvo,
muy bien pudo correrse;
y por acompañarla,
su voz hace que templen
los tiples de estas hojas,
los bajos de estas fuentes.
Amor, no sé que os diga
si vuestro rigor viene
á escuras y de noche
porque los ojos cierre.
Como á la voz iguale
la belleza, que suele
ser ángel en acentos
y en rostro ser serpiente,
triunfad, niño absoluto,
de un corazon rebelde,
si rústico, ya noble,
si libre, ya obediente.

DINA.

Vuelve á cantar, señora;
que por oirte y verte
el sol, músico ilustre,
anticiparse quiere.

AMON, *aparte.*

Si por verla y oirla
sus rayos amanecen,
¿quién duda que es hermosa?

¿quién duda que conviene
su cara con su canto?
¡Ay Dios! ¡quién mereciese
atestiguar de vista
lo que de oidos siente!

TAMAR.

¿Qué he de cantar, si lloro?

AMON, *aparte.*

Entrad, celos crüeles,
servid de rudimentos
con que mi amor comience.
¡Muger ausente y firme!
¡celoso yo y presente!
¡sin ver, enamorado!
¡hoy libre y hoy con leyes!
¡Oh milagrosa fuerza
de un ciego dios que vence
sin ojos y con alas,
cuanto desnudo, fuerte!

DINA.

Ansí tu amante goces,
y de tus años cuentes
los lustros á millares
en primavera siempre,
que prosiguiendo, alivies
el calor que suspendes
y olvidas con oirte.

TAMAR.

Va, pues que tú lo quieres.
(Canta.) *¡Ay pensamiento mio!*
¡cuánto allá te detienes!
¡Qué leve que te partes!
¡con qué pereza vuelves!
Celosa estoy que goces
de mi adorado ausente
la vista con que aplacas
la ardiente sed de verle.
Si acaso de sus labios
el dulce néctar bebes
que labran sus palabras,
y hurtalle algunas puedes,
pajarito que vas á la fuente,

bebe y vente.

AMON, *aparte.*

¿Hay mas apacible rato?
Espíritus celestiales,
si entre músicas mortales
ver quereis vuestro retrato,
venid conmigo. Acercarme

(*Adelántase hácia donde están Tamar y Dina, tropieza y cae.*)

quiero un poco; mas caí.

TAMAR.

¡Ay cielos! ¿Quién está aquí?

AMON, *aparte.*

Ya es imposible ocultarme,
aunque la noche es de suerte,
que mentir mi nombre puedo,
pues con su obscuridad quedo
seguro que nadie acierte
ni vea el trage en que estoy.

TAMAR.

¿Qué es esto?

AMON.

Déme la mano:
hijo soy del hortelano,
que he caido: al diablo doy
la mosíca, que ella fué
ocasion que tropezase
en un tronco, y me quebrase
la espinilla. ¿No me vé?

DINA.

No veis vos por donde andais,
¿y os hemos de ver nosotras?

AMON.

Pardios, damas ó quillotras,
lindamente lo cantais.
Oyéraos yo doce dias
sin dormir.

TAMAR.

¿Haos contentado?

AMON.

Par Dios, que lo habeis cantado
como un gigante Golías.

Dadme la mano; que peso
(Tamar da la mano á Amon, que se la besa y se queda con el guante que Tamar tenia en ella.)
un monte. (*Aparte.* Tomeselá,
beséla, y juro en verdá
que á la miel me supo el beso.)

TAMAR.

Atrevido sois, villano.

AMON.

¿Qué quiere? Siempre se vido
ser dichoso el atrevido.

TAMAR.

Al fin, ¿sois el hortelano?

AMON.

Si pardiez, y inficionado
á mosícas.

DINA.

¡Buen modorro!

AMON.

Pardios, vos tenéis buen chorro;
si en la cara os ha ayudado
como en la voz, la ventura,
con todo os podeis alzar,
aunque no se suele hallar
con buena voz la hermosura.

TAMAR.

Tosco pensamiento es ese.

AMON.

¿No suele, aunque esto os espanta,
decirse á la que bien canta:
«¿quién te oyese y no te viese?»

TAMAR.

Cumpliráos ese deseo
la obscuridad que hace agora.

AMON.

Antes me aburro, señora,
pues ya que os oigo, no os veo.

TAMAR.

Pues ¿no me habeis conocido?

AMON.

Sois tantas las que aquí estais,
y de dia y noche andais

paseando el jardin florido,
que como no me espliqueis
vueso nombre, no me espanto
que no os conozca en el canto;
porque aunque tal vez llegueis
á retozarme, y me quejo
de mas de un pellizco y dos
que me dais (quizá, pardios,
porque el rey, que ya está viejo,
os cumple mal de josticia
tiniendo tanta muger),
soy rudo en el conocer.

TAMAR.

(*Hablando aparte con Dina.*)
¡Qué villano!

DINA.

¡Y qué malicia!

TAMAR.

Fiad burlas de esta gente.

AMON.

¿Quiéreme decir quién es,
y llevaréla despues
de flor y fruta un presente?

TAMAR.

Sois muy hablador.

AMON, *aparte.*

El guante
de la mano le quité
cuando á besarla llegué.

TAMAR.

Vamos.

AMON.

No se vaya, cante:
ansí la remoce el cielo
á David, si es su marido.

TAMAR.

Un guante se me ha caido.

AMON.

Debe de estar en el suelo.
Halléle: pardios, que gano
en hallazgos mucho ya.

TAMAR.

¿Qué es de él?

AMON.

Tome.

TAMAR.

Dalde acá.

AMON.

(*Bésala la mano.*)
(*Aparte.* Beséla otra vez la mano.)

TAMAR.

¿Quién tanta licencia os dió,
villano?

AMON.

Mi dicha sola.

TAMAR.

Dadme acá el guante.

AMON.

(*Vásele á dar y búrlala.*)
Mamóla.

TAMAR.

Luego, ¿no le hallastes?

AMON.

No.

TAMAR.

¿No gustas de lo que pasa?

DINA.

¡Buen jardinero!

AMON.

(*Aparte.* De amor.)
¿Qué pensais? Todo esto es flor.

TAMAR.

Yo haré que os echen de casa.
Vamos.

DINA.

¿Has de ver mañana
la boda de Elisa?

TAMAR.

Sí.

DINA.

¿Qué vestido....?

TAMAR.

Carmesí.

AMON.

Sereis un clavel de grana.
(*Aparte.* De aquí mis ventúras saco.)
¿Que sin cantar mas se van?
¿sus nombres no me dirán?

DINA.

No, que sois muy gran bellaco.
(*Vanse las dos.*)

ESCENA VI.

AMON.

Agora, noche, sí que á escuras quedo,
pues un sol hasta aquí tuve delante;
libre de amor entré, ya salgo amante;
reíame antes de él, ya llorar puedo.
¡Ay amorosa voz, obscuro enredo!
cifrad vuestra ventura en solo un guante;
que si iguala á su música el semblante,
victorioso quedais, yo os lo concedo.
¡Cuando mas descuidado, mas rendido!
¡Sin saber á quien quiero, enamorado,
asaltando murallas, y vencido!
Mas, ¡dichoso, rapaz, vuestro cuidado,
si sacando quien es por el vestido,
la suerte echais, no en blanco, en encarnado! (*Vase.*)

Sala del palacio.

ESCENA VII.

ABSALON. ADONIAS. ABIGAIL. BERSABÉ.

ABIGAIL.
¿Quedaba el rey mi señor
bueno?

ABSALON.
Alegre salud goza;
que en el bélico furor
parece que se remoza
y le da sangre el valor.

ABIGAIL.
Quitarále la memoria
de nosotras el deseo
del triunfo de esa vitoria.

ADONIAS.
Amaros es su trofeo,
conversaros es su gloria.

ABSALON.
Poca ocasion habrá dado
á que su olvido os espante,
pues no sé que se haya hallado
ni en guerra mas firme amante,
ni en paz mas diestro soldado.
En la mas árdua vitoria
es vuestro amor buen testigo
que tiene, en fé de su gloria,
la espada en el enemigo,
y en vosotras la memoria.

ADONIAS.
Bien sabe eso Bersabé,
y Abigail no lo ignora.

ABIGAIL.

Que estoy triste sin él, sé.

BERSABÉ.

Y yo que en su ausencia llora
quien vive cuando le vé.

ABIGAIL.

¿Pensais volveros tan presto
al cerco?

ADONIAS.

Las treguas son
tan breves que el rey ha puesto,
que no sufren dilacion.

ABSALON.

Yo mañana estoy dispuesto
á partirme.

ADONIAS.

Y yo tambien.

ABIGAIL.

Escribiré con los dos
al rey que si quiere bien,
dedique salmos á Dios
seguro en Jerusalen,
y en la guerra no consuma
la plata que peine helada;
que aunque en su esfuerzo presuma,
el viejo cuelga la espada,
y el sabio juega la pluma.

ABSALON.

A ambas cosas se acomoda
mi padre.

BERSABÉ.

Galan venís,
Absalon.

ABSALON.

Soy hoy de boda.

BERSABÉ.

Y vos, infante, salís
para que la corte toda
se vaya tras vos perdida.

ADONIAS.

Autorizamos la fiesta;
que es la novia conocida.

ESCENA VIII.

AMON, *muy triste*. JONADAB. ELIACER.—DICHOS.

ELIACER.
(*Hablando á la entrada de la sala con Amon.*)
¿Qué novedad será esta,
señor?

AMON.
Es mudar de vida.

JONADAB.
¿Qué te sucedió, que ansí,
desde que al jardin entraste,
ni duermes, ni estás en tí?

ELIACER.
¿Qué viste cuando llegaste?

AMON.
Triste estoy porque no ví.
Dejadme, que de opinion
y vida mudar pretendo;
no quiero conversacion,
porque ya con quien me entiendo,
sola es mi imaginacion.
(*Aparte*. ¡Ay encarnado vestido,
si á verme salieses ya!)

ABSALON.
¡Oh príncipe!

ADONIAS.
¡Amon querido!

AMON.
Las treguas que David da,
á veros nos han traido.

ADONIAS.
Y agora el casarse Elisa
nuevas fiestas ocasiona,
que dan á las galas prisa.

AMON.
Merécelo su persona.

ABSALON.

Para vos cosa de risa
son casamientos y amores.

AMON.

No sé lo que en eso os diga.

ESCENA IX.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

Josefo espera, señores,
que le honreis.

ADONIAS.

Y él nos obliga
á que le hagamos favores.

ABSALON.

¿Venís, príncipe?

AMON.

Despues;
que tengo que hacer agora.

ABSALON.

Adonias, vamos, pues.
(*Vanse todos, menos Amon.*)

ESCENA X.

AMON.

Salid ya, encarnada aurora,
postraréme á vuestros pies;
salid, celeste armonía,
que en la voz enamorais;
vea vuestro sol mi dia,
y sepa yo si igualais
la cara á la melodía.
¿Si mudará parecer?
¿si trocará la color

que mi remedio ha de ser?
¿si querrá vengarse amor
de mi libre proceder?
No lo permitais, dios ciego;
sepa yo, pues que me abraso,
quien es la que enciende el fuego;
no hagais de arrogancias caso,
pues las armas os entrego.
Ya salen acompañando
á los desposados todos.

(*Cruzan el teatro Josefo y Elisa, de novios, con grande acompañamiento, del cual forma parte Tamar, vestida de un rico trage carmesí.*)

Dudo alegre, temo amando.
¡Ay, amor! ¡por qué de modos
almas estais abrasando!
Quiero escondido de aquí
ver sin ser visto si pasa
quien me tiraniza ansí.
¡Ay Dios! ya el fuego me abrasa
de un vestido carmesí.
¿No es esta de lo encarnado
mi hermana? ¿No es esta, cielos,
Tamar? ¡Buena suerte he echado!
¡Ay imposibles desvelos!
¡De mi hermana enamorado!
¡Mal haya el jardin, amen,
la noche triste y oscura,
mi vuelta á Jerusalen,
mal haya, amen, mi locura,
que para mal de mi bien,
libre me obligó á asaltar
los muros de amor tirano!
Alma, morir y callar;
que siendo amante y hermano,
lo mejor es olvidar.
Mas vale, cielos, que muera
dentro mi pecho esta llama
sin que salga el fuego fuera;
ausente olvida quien ama,
amor es pasion ligera.
Al cerco quiero partirme;

que á los principios se aplaca
la pasion, que no es tan firme.
Eliacer.

ESCENA XI.

—

ELIACER. JONADAB.—AMON.

ELIACER.
Gran señor.
AMON.
Saca....
ELIACER.
¿Qué quieres?
AMON.
Quiero vestirme
de camino, y al campo ir;
preven tus botas y espuelas.
JONADAB.
Postas voy á prevenir.
AMON.
(*Aparte.* Pero ciego y con pigüelas,
¿como podrá el sacre huir?
Deja eso, dame un vaquero
de tela, sácame un rostro;
que hallarme en el sarao quiero.
(*Vanse Eliacer y Jonadab.*)
De imposibles soy un mostro;
esperando desespero.
Ame el delfin al cantor,
al plátano el persa adore,
á la estátua tenga amor
el otro, el bruto enamore
la asiria de mas valor;
que de mi locura vana
el tormento es mas atroz,
pues me enamoró una voz,
y adoro á mi misma hermana.
(*Salen Eliacer y Jonadab.*)

JONADAB.

Aquí estan rostro y disfraz.

AMON.

Vísteme, pues. Pero quita;
que este rigor pertinaz
con la razon precipita
de mi sosiego la paz.
Dejadme solo. ¿No os vais?

ELIACER, *aparte.*

¿Qué le habrá dado á este loco?
(*Vanse Eliacer y Jonadab.*)

AMON.

Penas, si esto amor llamais,
en distancia y tiempo poco
su infierno esperimentais.
No quiera Dios que un deseo
desatinado y crüel
venza con amor tan feo
á un príncipe de Israel;
morir es noble trofeo.
Incurable es mi dolor;
pues ya soy vuestro vasallo,
ciego dios, dadme favor,
porque adorar y callallo
son imposibles de amor. (*Vase.*)

Sala en casa de Josefo.

ESCENA XII.

JOSEFO, ELISA, TAMAR, CONVIDADOS Á LA BODA, *y* MÚSICOS.
Siéntanse.

TAMAR.

Goceis, Josefo, el estado
con Elisa años prolijos,
con la vejez coronado

de nobles y hermosos hijos,
fruto de amor sazonado.

JOSEFO.

Si vuestra alteza nos da
tan felices parabienes,
¿quién duda que gozará
nuestra ventura los bienes
que nos prometemos ya?

ELISA.

A lo menos desearemos
toda esa dicha, señora,
porque con ella paguemos
lo mucho que desde agora
á vuestra alteza debemos.

ESCENA XIII.

UN CRIADO, *y luego* AMON.—DICHOS.

CRIADO.

Máscaras quieren danzar.

TAMAR.

Dése principio á la fiesta.

(*Sale Amon de máscara.*)

JOSEFO.

El cielo juntó en Tamar
con una hermosura honesta
un donaire singular.

(*Danzan.*)

AMON, *aparte.*

¿De qué sirve entre los dos
mi rebelde resistencia,
amor, si en fuerza sois dios,
y tirais con tal violencia,
que al fin me llevais tras vos?
Desocupado está el puesto
de mi imposible tirana;
deudor os soy solo en esto:
¡qué de estorbos, crüel hermana,
en mi amor el cielo ha puesto!

(*Hinca la rodilla al lado de Tamar, y hablan los dos.*)

Por gozar tal coyuntura,
bien me holgara yo, señora,
que casara mi ventura
una dama cada hora,
puesto que la noche obscura
tambien voluntades casa,
hecho tálamo un jardin,
donde cuando el tiempo abrasa,
con voces de un serafin
hizo cielo vuestra casa.
Yo sé quien antes de veros,
enamorado de oiros,
los árboles lisongeros
movió anoche con suspiros,
y á vos no pudo moveros.
Yo sé quien besó una mano
dos veces (¡fueran dos mil!),
yo sé....

TAMAR.

Fingido hortelano,
para vuestro mal sutil,
y para mi honor villano,
ya el engaño he colegido
que en fé de su obscuridad
os hizo anoche atrevido.
La sagrada inmunidad
del palacio habeis rompido;
pero agradeced que intento
no dar á esta fiesta fin
que lastime su contento;
que hoy os sirviera el jardin
de castigo y escarmiento.

AMON.

De castigo, cosa es clara,
que vuestro gusto cumplió
mi fortuna siempre avara;
pero de escarmiento, no.
¡Ojalá que escarmentara
yo en mí mismo! Mas no temo
castigos; que el cielo me hizo
sin temor con tanto estremo,

que yo mismo el fuego atizo
y brasas en que me quemo.

TAMAR.

¿Quién sois vos que hablais ansí?

AMON.

Un compuesto de contrarios,
que desde el punto que os ví,
me atormentan temerarios,
y todos son contra mí;
una quimèra encantada,
una esfinge con quien lucho,
un volcan en nieve helada,
y, en fin, por ser con vos mucho,
no vengo, infanta, á ser nada.

TAMAR.

¿Vióse loco semejante?

AMON.

Yo sé que anoche perdistes,
porque yo ganase, un guante:
la mano que á un pastor distes,
dalda agora á un firme amante.

TAMAR.

Máscara desconocida,
levantaos luego de aquí;
que haré quitaros la vida.

AMON.

Esa anoche la perdí;
tarde vendrá quien la pida.
Mas pues no es bien que á un villano
mas favor de noche hagais
que á un ilustre cortesano,
què querais ó no querais,
os he de besar la mano.

(*Bésasela y vase.*)

TAMAR.

¡Hola! matadme ese hombre.

(*Levántanse todos.*)

Dejad la fiesta, seguilde.

JOSEFO.

¿Qué tienes? ¿qué hay que te asombre?

TAMAR.

No me repliqueis: herilde,

dalde muerte, ó dadme nombre
de desdichada.

ELISA.

Dejemos
el sarao; que hacer es justo
lo que manda.

JOSEFO.

Siempre vemos
que del mas cumplido gusto
son pesares los estremos.



ACTO SEGUNDO.

Cuarto de Amon en el palacio.

ESCENA I.

AMON, *muy melancólico, vistiéndose de ropa y montera.* ELIACER. JONADAB.

JONADAB.

No lo aciertas, gran señor,
en levantarte.

AMON.

Es la cama
potro para la paciencia.

ELIACER.

Un discreto la compara
á los celos.

AMON.

¿De qué modo?

ELIACER.

De la suerte que regalan
cuando pocos; si son muchos,
ó causan flaqueza, ó matan.

AMON.

Bien has dicho. Hola.

JONADAB.

Señor....

AMON.

Dalde cien escudos.

ELIACER.

Pagas
como príncipe, no solo
las obras, mas las palabras.

AMON.

¿Qué es esto?

JONADAB.

Darte aguamanos.

AMON.

Si con fuego me lavara,
pudiera ser que estuviera
mejor, pues me abrasa el agua.
Dime algo que me entretenga.
¿Qué es la causa de que callas
tanto, Eliacer?

ELIACER.

No sé como
darte gusto: ya te enfadas
con que hablando te diviertan;
ya darte música mandas;
ya á los que te hablan despides,
y riñes á quien te canta.

JONADAB.

Esta tu melancolía
tiene, señor, lastimada
á toda Jerusalen.

ELIACER.

No hay caballero ni dama
que á costa de alguna parte
de su salud, no comprara
la tuya.

AMON.

¿Quiérenme mucho?

ELIACER.

Como á su príncipe.

AMON.

Basta;
no me hableis mas en mugeres:
¡pluguiera á Dios que se hallara
medio con que conservar
la naturaleza humana,
sin haberlas menester!
¿Vino el médico?

JONADAB.

¿No mandas
que ninguno te visite?

AMON.

Si supieran como parlan,
no estuviera enfermo yo.

ELIACER.

No estudian, señor, palabra:
sangrar y purgar son polos
de su ciencia.

AMON.

Y su ganancia.

JONADAB.

Todo es seda, ambar y mulas:
si dos de ellos enviara
á Egipto ó Siria David,
con solas plumas mataran
mas que su ejército todo.

ELIACER.

Juntáronse ayer en casa
de Délbora seis dotores
(que há dias que está muy mala)
para consultar entre ellos
la enfermedad y aplicarla
algun remedio eficaz.
Apartáronse á una sala,
echando la gente de ella;
dióle gana á una criada
(que bastaba ser muger)
de escuchar lo que trataban;
y cuando tuvo por cierto
que del mal filosofaran
de la enferma, y esperiencias
acerca de él relataran,
oyó preguntar al uno:
«señor dotor, ¿qué ganancia,
sacará vuesa merced
una con otra semana?»
Respondió: «cincuenta escudos,
con que he comprado una granja,
veinte aranzadas de viñas,
y un soto en que tengo vacas;
pero no me descontenta
el buen gusto de las casas
que tuvo vuesa merced.»

Dijo otro: «son celebradas:
no sé que hacer del dinero
que gano. ¡Cosa estremada
es ver que sin ser verdugos,
porque matamos, nos pagan.»
«Dejad eso,» replicó
otro, «y decid de qué traza
os fue en el juego de anoche.—
Perdí; son suertes voltarias.—
Pero ¿teneis muchos libros?
¿Docientos cuerpos no bastan
con cuatro dedos de polvo,
que ni ellos hablan palabra,
ni yo las que encierran miro?
Ostentacion y ignorancia
nos han dado de comer:
mas há de cuatro semanas
que no ojeo si no son
pechugas de pavos blancas,
lomos de gazapos tiernos,
y con pimienta y naranja
perdiz, pichon y vaquita;
(ansí á la ternera llaman
los hipócritas al uso.)
Pero lo parlado basta;
vamos á ver nuestra enferma,
que estará muy confiada
en nuestra consulta.» Fueron,
y dijo el de mayor barba:
«lo que se saca de aquí
es que al momento se haga
una fricacion de piernas,
y por todas las espaldas
le echen catorce ventosas,
las tres ó cuatro sajadas;
pónganla en el corazon
un socrocio, y fomentada
con manteca de azahar,
tenga en el cielo esperanza
que la consulta de hoy
la ha de dar muy presto sana.
Diéronles docientos reales,

y volviéronse á su casa
tan medrados de la junta
como te he contado.

AMON.

Calla,
relator impertinente,
que me atormentas y cansas.
¿Es posible que hables tanto?

ELIACER.

Tú, señor, ¿no me lo mandas?
Si callo, te doy pesar;
en hablando, me amenazas:
Dios te dé sosiego y gusto.

AMON.

¿Qué es aquello? ¡Hola! ¿quién canta?

JONADAB.

Músicos que recebistes
para que sus consonancias
tu melancólico humor
alivien.

AMON.

¡Industria vana!
(*Cantan dentro.*)
Pajaricos que haceis al alba
con lisonjas alegre salva,
cantalde á Amon,
que tristezas le quitan la vida,
y no sabe si son de amor,
y no sabe si de amor son.

AMON.

Hola, Eliacer, Jonadab,
echaldos por las ventanas,
daldos muerte, sepultaldos
haciendo atahud las tablas
de sus necios instrumentos;
tendrán sepultura honrada,
como gusanos de seda
en sus capullos.

JONADAB.

¡Qué estraña
pasion de melancolía!

AMON.

¿No imitan en una casa
á su señor los criados?
¡Yo llorando, y ellos cantan!
Mi enfermedad los alegra.

ESCENA II.

UN MAESTRO DE ARMAS.—AMON. JONADAB. ELIACER.

ELIACER.

Aquí está el maestro de armas,
que viene á darte licion.

AMON.

Dadme, pues, la negra espada,
aunque, pues se queda en blanco
mi nunca verde esperanza,
mejor que la espada negra,
pudiera jugar la blanca.

MAESTRO.

Vuelva el cielo, gran señor,
los colores á tu cara,
que la tristeza marchita,
con la salud que te falta.

AMON.

Retórico impertinente,
el que es diestro, jamás habla;
jugad las armas callando;
ó no os precieis de las armas.

MAESTRO.

Perdóneme vuestra alteza.—
Dije en la licion pasada
que con estas dos posturas
al enemigo se gana
medio pie de tierra.

AMON.

Siete,
que son los que á un cuerpo bastan,
cuando os haya muerto á vos,
darán quietud á mis ansias.
(*Da tras el.*)

MAESTRO.

¿Qué es lo que hace vuestra alteza?

AMON.

Castigar vuestra arrogancia.
Necios, el mal que me aflige,
siendo de amor, no se saca
con bélicos instrumentos.
Morid todos, pues me matan
invisibles enemigos.

(*Da tras todos.*)

MAESTRO.

Huyamos, mientras se amansa
el frenesí de su furia.

(*Huyen todos.*)

AMON.

Si hubiera armas que mataran
la memoria que me aflige,
¡qué buenas fueran las armas!
¡Hola! Eliacer, Jonadab,
Josefo, Abiatar, Sisara,
¿no hay quien venga á dar alivio
al tormento que me abrasa?

ESCENA III.

—

ELIACER. JONADAB.—AMON.

JONADAB.

Gran señor, sosiegaté.

AMON.

¿Cómo, si es quimera mi alma,
de contrádicciones hecha,
de imposibles sustentada?
¿No estaba en la cama yo?
¿Quién me ha cubierto de galas?
Desnudadme presto, presto.

ELIACER.

Tú te vistes y levantas
contra la opinion de todos.

AMON.

Mentís.

JONADAB.

(*Aparte á Eliacer.*)
Desnúdale y calla.

AMON.

¿Yo sedas en vez de luto?
¡Ay libertad malograda!
¡muerta vos, y yo de fiestas!
Sayal negro, gerga basta
os tienen de hacer desde hoy
las obsequias lastimadas.
(*Suenan cajas dentro.*)
¿Qué es esto?

JONADAB.

Gran señor, viene
tu padre, rey y monarca
de los doce ilustres tribus,
entre clarines y cajas
triunfando á Jerusalen,
despues que por tierra iguala
del idólatra amonita
las ciudades rebeladas.
Sálenle con bendiciones,
músicas, himnos y danzas
á recebir á sus puertas
cubiertas de cedro y palma
los cortesanos alegres;
y la vitoria le cantan
con que triunfó de Golías,
sus agradecidas damas.
Sal á darle el parabien,
y con su célebre entrada
suspenderás tu tristeza.

AMON.

Al melancólico agravan
el mal contentos agenos.
Idos todos de mi casa;
dejadme á solas en ella
mientras veis que me acompañan
desesperacion, tristeza,
locura, imposibles, rabia,

pues cuando mi padre triunfe,
muerte me darán mis ansias. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ELIACER. JONADAB.

JONADAB.
¡Lastimoso frenesí!

ELIACER.
¡Que no se sepa la causa
de tanto mal!

JONADAB.
¿Si es de amor?

ELIACER.
A sello, ¿quién rehusara
á quien hereda este reino?

JONADAB.
No sé, por Dios; mas pues calla
la ocasion de su tristeza,
ó Amon está loco, ó ama. (*Vanse.*)

Salon del palacio.

ESCENA V.

Salen marchando con mucha música por una puerta JOAB, ABSALON, ADONIAS, *y tras ellos* DAVID, *coronado*; *por otra* TAMAR, BERSABÉ, MICOL *y* SALOMON; *dan vuelta*, *y dice*

DAVID.
Si para el triunfo es lícito, adquirido
despues de guerras, levantar trofeos,
premio, si muchas veces repetido,
aliento de mis bélicos deseos;
si tras desenterrar del viejo olvido

de asirios, madianitas, filisteos,
de Get y de Canân vitorias tantas,
inexhausta materia á plumas santas;
si despues que en los brazos guedejudos
del líbico leon, fuerzas bizarras
hipérboles venciendo, hicieron mudos
elogios que el laurel convierte en arras;
y en juvenil edad miembros desnudos,
galas haciendo las robustas garras
del oso informe entre el crespado bello,
como joyas sus brazos me eché al cuello;
en fin, si tras hazañas adquiridas
en la robusta edad que amor dilata,
grabada su memoria en las heridas,
ejecutoria de quien honras trata,
agora á esta pequeña reducidas,
cuando á mi edad el tiempo paga en plata
el oro que le dió juventud leda
(que pues se trueca y pasa, ya es moneda),
por sola una corona que he quitado
al amonita rey de los cabellos,
cuatro coronas mi valor premiado
en vuestros ocho brazos gana bellos:
quisiera, con sus círculos honrado,
que brotaran de aqueste otros tres cuellos,
y hecha Jerusalen de amor teatro,
viera un amante con coronas cuatro.
Ya Rábata, que corte incircuncisa
del amonita fue, rüinas solas
ofrece al tiempo, que caduco pisa
montes altivos de cerúleas olas;
ya la tristeza transformada en risa,
muerta Belona, cuatro laureolas
lisonjean mi gozo con sus lazos,
reduciendo mi cuello á vuestros brazos.
Micol querida, que por tantos años
á indigno posèdor distes trofeos,
dad á envidia venganza, á amor engaños,
al tiempo que contar, y á mí deseos:
dadme entre esos abrazos desengaños
como yo á vuestras aras filisteos,
sus prepucios al rey incircuncisos,

plumas al sabio, y á la fama avisos.
Discreta Abigail, á quien el cielo
gracias de aplacar cóleras ha dado,
del bárbaro pastor en el Carmelo
premio no merecido ni estimado,
en esos brazos, polos del consuelo,
en quien vive mi amor depositado,
descanse mi vejez; que pues los goza,
si largos años cuenta ya, está moza.
Hermosa Bersabé, ninfa del baño,
que sirviéndoos de espejo en fuentes frias,
brillando el sol en ellas de un engaño,
dieron causa á un pequé lágrimas mias,
ya se restaura en vos el mortal daño
del malogrado por leal Urías,
pues dais quien edifique templo al arca,
paz á los tiempos y á Israel monarca.
Y vos, mi Salomon, noble sugeto
en quien Dios ciencia infusa deposite,
de la fábrica célebre arquiteto
que la gloria de Dios en niebla imite,
el Líbano de Hiran grato y discreto
cedros os corta donde eterna habite
la incorrupcion que el tiempo no maltrata,
con oro os sirve Ofir, Tarsis con plata.
Bellísima Tamar, hija querida,
carcel del sol en vuestras hebras preso,
¡dichosa mi vitoria, reducida
al triunfo que con veros intereso!
¿Cómo estais?

TAMAR.

Dando albricias á la vida
que vos ausente, en contingencia al seso,
gran señor, puso.

ABIGAIL.

Y yo de mi deseo
pagando costas, pues que sano os veo.

DAVID.

¿Estais, mi Abigail, buena?

ABIGAIL.

A serviros
dispuesta, gran señor, eternamente.

DAVID.

¿Vos, hermosa Micol?

MICOL.

Tristes suspiros
en gozo trueco, pues os veo presente.

DAVID.

¿Y vos, mi Bersabé?

BERSABÉ.

De ver veniros
tierno en amores, si en valor valiente,
rindiéndoos toda el alma por despojos,
que á gozaros se asoma por los ojos.

DAVID.

Esta corona, peso de un talento,
ó veinte mil ducados, rica y bella,
lo fue del amonita, que os presento
alegre en ver que sois las piedras de ella.
Mi general Joab, merecimiento
de la fama que envidias atropella,
de mi vitoria la ocasion ha sido,
valiente capitan si comedido.
A Rábata redujo á tanto aprieto,
que cifrando su sed, asoló un pozo;
dejó su asalto de llegar á efeto
y ser ejecucion de su destrozo,
por avisarme, á la lealtad sujeto,
que á mis vitorias aplicase el gozo
de esta conquista, que su fe publica
las veces que Israel me la dedica.
Dalde las gracias de ella.

JOAB.

En esas plantas
puesta la boca, quedaré premiado,
pues á mayores glorias me levantas
con solo el nombre, o rey, de tu soldado:
cuelga ante el arca con tus armas santas
trofeos que á la envidia den cuidado;
y al arpa dulce, de tu gusto abismo,
cántate las vitorias á tí mismo.

DAVID.

Hablad á mi Absalon, á mi Adonías,
diestros en guerra, si en la paz galanes.

ABSALON.

A tu lado, señor, ¿qué valentías
podrán dar luz á ilustres capitanes?

SALOMON.

Dadnos los brazos.

ABIGAIL.

Vieron nuestros dias,
al tremolar hebreos tafetanes,
juntar en dos sugetos la ventura,
el esfuerzo abrazado á la hermosura.

DAVID.

Mi Amon, mi mayorazgo, el primer fruto
de mi amor, ¿cómo está?

ABIGAIL.

Dando á tu corte
tristeza en verle, á su pesar tributo,
prisa á la muerte que sus años corte,
llanto á sus ojos y á nosotras luto;
pues callando su mal, no hay quien reporte
la pálida tristeza, que enfadosa
gualdas siembra en su cara y hurta rosa.

SALOMON.

No hay médico tan célebre que acierte
la causa de tan gran melancolía;
ni con música ó juegos se divierte,
ni va á cazar, ni admite compañia.

BERSABÉ.

A los umbrales llama de la muerte
para dar á tu reino un triste dia.

ABIGAIL.

Háblale, y el dolor que le molesta
aliviarás: su cuadra es, señor, esta.

(Corren una cortina, y descubren á Amon sentado á una silla y muy triste.)

ESCENA VI.

AMON.—DICHOS.

DAVID.

¿Qué es esto, amado heredero?
Cuando tu padre dilata
reinos que ganarte trata,
por ser tú el hijo primero,
¡dejándote consumir
de tus imaginaciones,
luto al triunfo alegre pones,
que me sale á recebir!
Diviértante los despojos
que toda tu corte ha visto;
todo un reino te conquisto:
alza á mirarme los ojos.
Llega á enlazar á mi cuello
los brazos; tu gusto admita
esta corona que imita
el oro de tus cabellos.
Hijo, ¿no quieres hablarme?
Alza la triste cabeza,
si ya con esa tristeza
no pretendes acabarme.

ABSALON.

Hermano, la cortesía
¿cuándo no tuvo lugar
en vuestro pecho, á pesar
de cualquier melancolía?
Mirad que el rey, mi señor
y padre, hablando os está.

ADONIAS.

Si Adonías causa da
á conservar el amor
que en vos mostró la esperiencia,
por él os ruego que hableis
á un monarca que teneis
llorando en vuestra presencia.

SALOMON.

No agüeis tan alegre dia.

TODOS.

¡Ah príncipe! volvé en vos.

DAVID.

¡Amon!

AMON.

(*Alza la cabeza muy triste.*)
¡Oh! ¡Válgame Dios!
¡qué impertinente porfia!

DAVID.

¿Qué tienes, caro traslado
de este triste original?
que en alivio de tu mal
de todo el hebreo estado
la mitad darte prometo;
gózale y no estés ansí;
pon esos ojos en mí,
de todo mi gusto objeto.
No se obscurezca el Apolo
de tu cara, el mal despide.
¿Qué quieres? Háblame, pide.

AMON.

Que os vais, y me dejeis solo.

DAVID.

Si en eso tu gusto estriba,
no te quiero dar pesar;
tu tristeza ha de causar
que yo sin consuelo viva.
Aguado has el regocijo
con que Israel se señala;
pero ¿qué contento iguala
al dolor que causa un hijo?
¡Qué! ¿no mereciera yo,
aunque fingiéndolo fuera,
una palabra siquiera
de amor? Dirásme que no.
Príncipe, ¡un mirarme solo!
Crüel con mis canas eres.
¿Qué has? ¿qué sientes? ¿qué quieres?

AMON.

Que os vais, y me dejeis solo.

ABSALON.

El dejarle es lo mas cuerdo,
pues persuadirle es en vano.

DAVID.

¿Qué vale el reino que gano,
hijos, si al príncipe pierdo?

(Vanse, y al entrarse Tamar, llámala Amon, y levántase de la silla: Tamar se detiene.)

ESCENA VII.

TAMAR. AMON.

AMON.

¡Tamar! ¡ah Tamar! ¡señora!
¡ah hermana!

TAMAR.

Príncipe mio....

AMON.

Oye de mi desvarío
la causa que el rey ignora.
¿Quieres tú darme salud?

TAMAR.

A estar su aumento en mi mano,
sabe Dios, gallardo hermano,
con cuanta solicitud
yerbas y piedras buscara,
esperiencias aprendiera,
montes ásperos subiera,
filósofos consultara,
para volver á Israel
un príncipe que la muerte
quitalle pretende.

AMON.

Advierte
que no siendo tú crüel,
sin piedras, drogas ni yerbas,
metales, montes ó llanos,
está mi vida en tus manos,
y que en ellas la conservas.

Toma este pulso, en él pon
(*Tómale.*)
los dedos como instrumento,
á cuyo encendido acento
conceptos del corazon
entiendas.

TAMAR.

Desasosiego
muestra.

AMON.

Cáusanle mis penas;
sangre encierran otras venas:
en las mias todo es fuego.
¡Ay manos que el alma toca,
(*Tómalas y bésalas.*)
pagando en besos agravios!
¡Quién se hiciera todo labios
pàra gloria de esta boca!

TAMAR.

Por ser tu hermana, consiento
los favores que me háces.

AMON.

Y porque ansí satisfaces
la pena de mi tormento.

TAMAR.

Dime ya tu mal; acaba.

AMON.

¡Ay, hermana, qué no puedo!
Es freno del alma el miedo;
darte parte de él pensaba;
pero vete, que es mejor
morir mudo. ¿No te vas?

TAMAR.

Si determinado estás
en eso, sigo tu humor.
Voime. A Dios.

AMON.

¡Crueldad estraña
Oye.

TAMAR.

Vuelvo.

AMON.

Pero vete.

TAMAR.

Alto.

AMON.

Vuelve, y contaréte
el fiero mal que me engaña.

TAMAR.

Si de una hermana no fias
tu secreto, ¿qué he de hacer?

AMON.

(*Aparte.* De ser mi hermana y muger
nacen mis melancolías.)
¿Posible es que no has sacado
por el pulso mi dolor?

TAMAR.

No sé yo que haya dotor
que tal gracia haya alcanzado.
Si hablando no me lo enseñas,
mal tu enfermedad sabré.

AMON.

Pues yo del pulso bien sé
que es lengua que habla por señas.
Pero pues no conociste
por él tanto desvarío,
en tu nombre y en el mio,
hermana, mi mal consiste.
¿No te llamas tú Tamar?

TAMAR.

Ese apellido heredé.

AMON.

Quitale al Tamar la T,
y dirá *Tamar....*

TAMAR.

Amar.

AMON.

Ese es mi mal. Yo me llamo
Amon; quítale la N.

TAMAR.

Serás *amo.*

AMON.

Porque pene,

mi mal es amar: yo amo.
Si esto adviertes, ¿qué preguntas?
¡Ay bellísima Tamar!
amo, y es mi mal amar,
si á mi nombre el tuyo juntas.

TAMAR.

Si como hay similitud
entre los nombres, le hubiera
en las personas, yo hiciera
milagros en tu salud.

AMON.

Amor ¿no es correspondencia?

TAMAR.

Ansí le suelen llamar.

AMON.

Pues si entre *Amon* y *Tamar*
hay tan poca diferencia,
que dos letras solamente
nos distinguen, ¿por qué callo
mi mal, cuando medios hallo
que aplaquen mi fuego ardiente?
Yo, mi Tamar, cuando fuí
contra el amonita fiero,
y en el combate primero
del rey mi padre seguí
las banderas y el valor,
vi sobre el muro una tarde
un sol bello, haciendo alarde
de sus hazañas amor.
Quedé ciego en la conquista
de sus ojos soberanos;
y sin llegar á las manos,
me venció sola su vista.
Desde entonces me alistó
amor entre sus soldados;
supe lo que eran cuidados,
que hasta aquel instante no;
tiré sueldo de desvelos,
sospechas me acompañaron,
imposibles me animaron,
quilataron mi amor celos.
Y procurando saber

quien era la causa hermosa
de mi pasion amorosa,
en que me siento encender,
supe que era la princesa
hija del bárbaro rey,
contraria en sangre y en ley,
si una sola amor profesa.
Y como imposibilita
la nuestra el mezclarse, hermana,
sangre idólatra y pagana
con la nuestra israelita,
viendo mi amor imposible,
á la ausencia remití
mi salud, porque creí
que de su rostro apacible
huyendo el seso perdido,
á pesar de tal violencia,
ejecutara la ausencia
los milagros del olvido.
Volvime á Jerusalen,
dejé bélicos despojos,
quise divertir los ojos
que siempre en su daño ven;
pero ni conversaciones,
juegos, cazas ó ejercicios
fueron remedios ni indicios
de aplacarse mis pasiones.
Creció mi mal de dia en dia
con la ausencia; que quien ama,
espuela de amor la llama,
y en fin mi melancolía
ha llegado á tal estremo,
que aborrezco lo que pido,
lo que me da gusto olvido,
y me anima lo que temo.
Aguardé á mi padre el rey
para que cuando volviese,
por esposa me la diese;
que aunque de contraria ley,
la nuestra, hermana, dispensa
del Deuteronomio santo,
con que cuando amare tanto

como yo, y casarse piensa
con muger incircuncisa
ganada en lícita guerra,
la traiga á su casa y tierra,
donde en paz sus campos pisa,
le quite el gentil vestido,
y la adorne de otros bellos,
le corte uñas y cabellos,
y pueda ser su marido.
Esta esperanza en sosiego
hasta agora conservé;
pero ya, infanta, que sé
que mi padre á sangre y fuego
la ciudad de quien adoro
destruyó, quedando en ella
muerta mi idólatra bella,
sangre por lágrimas lloro.
Este es mi mal, imposible
de sanar, esta mi historia;
consérvala mi memoria
para hacerla mas terrible.
Ten piedad, hermana bella,
de mí.

TAMAR.

Dios, hermano, sabe
si cuanto es tu mal mas grave,
me aflige mas tu querella.
Mas yo ¿cómo puedo, Amon,
remediarte?

AMON.

Bien pudieras,
si tú, mi Tamar, quisieras.

TAMAR.

Ya espero la conclusion.

AMON.

Mira, hermana de mi vida,
aunque es mi pasion estraña,
como es niño amor, se engaña
con cualquier cosa fingida.
Llora un niño, y á su ama
pide leche, y dale el pecho
tal vez otra sin provecho,

donde creyendo que mama,
solamente se entretiene.
¿No has visto fingidas flores
que en apariencia y colores
la vista á engañarse viene?
Juega con la espada negra
en paz quien la guerra estima,
engañando con la esgrima
las armas con que se alegra.
Hambriento he yo conocido,
que de partir y trinchar,
suele mas harto quedar
que los otros que han comido.
Pues mi amor, en fin rapaz,
si á engañarle, hermana, llegas,
si amorosas tretas juegas,
si tocas cajas en paz,
si le das fingidas flores,
si el pecho toma á un engaño,
si esgrime seguro el daño,
si de aparentes favores
trincha el gusto que interesa,
podrá ser, bella Tamar,
que sin que llegue al manjar,
le satisfaga la mesa.
Mi princesa malograda
fue imagen de tu hermosura;
suspender mi mal procura,
en su nombre transformada.
Sé tú mi dama fingida;
consiente que te enamore,
que te ronde, escriba, llore,
cele, obligue, alabe, pida;
que el ser mi hermana asegura
á la malicia sospechas,
y, mis llamas satisfechas
al plato de tu hermosura,
mientras el tiempo las borre,
serás fuente artificial,
que alivia al enfermo el mal,
sin beber mientras que corre.

TAMAR.

Si en eso estriba no mas,
caro hermano, tu sosiego,
tu gusto ejecuta luego;
que en mí tu dama hallarás,
quizá mas correspondiente
que la que ansí te abrasó;
ya no soy tu hermana yo;
preténdeme diligente;
que con industrioso engaño,
mientras tu hermana no soy,
para que sanes te doy
de término todo este año.

AMON.

¡Oh lengua medicinal!
¡oh manos de mi ventura!
(Bésalas.)
¡oh cielo de la hermosura!
¡oh remedio de mi mal!
Ya vivo, ya puedo dar
salud á mi mortal llama.

TAMAR.

¿Dícesme eso como á dama,
ó solo como á Tamar?

AMON.

Como á Tamar hasta agora;
mas desde aquí como á espejo
de mi amor.

TAMAR.

¿Luego ya dejo
de ser Tamar?

AMON.

Sí, señora.

TAMAR.

¿Princesa soy amonita?

AMON.

Finge que en tu patria estoy,
y que á hablar contigo voy
al alcazar donde habita
tu padre el rey, que cercado
por el mio, está afligido;
y yo en tu amor encendido,

despues de haberte avisado
que esta noche te he de ver,
entro atrevido y seguro
por un portillo del muro;
y tú por corresponder
con mi amor, á recebirme
sales.

TAMAR.

¡Donosa aventura!
Comienzo á hacer mi figura.
(*Aparte*. No haré poco en no reirme.)

AMON.

Entro, pues.—Árboles bellos
de este jardin, cuyas hojas
son ojos, que mis congojas
llora amor por todos ellos,
¿habeis visto á quien adoro?
Pero sí visto la habeis,
pues el ambar que verteis
condensado en gotas de oro,
de su vista le heredais.

TAMAR.

¿Si habrá el príncipe venido?—
¿Sois vos, mi bien?

AMON.

¿Que he adquirido
el blason con que me honrais?
¡Dichoso mi amor mil veces.

TAMAR.

¿Venís solo?

AMON.

No es discreto
el amor que no es secreto.
¿Cómo, amores, no me ofreces
esos brazos amorosos
que con mis suspiros merco?
Pues que con los mios os cerco,
cielos de amor luminosos,
zona soy que se corona
con los signos de oro bellos
de esos hermosos cabellos;
estrellas son de esta zona

esos ojos; esas manos,
que al cristal envidia dan,
la via láctea serán
de mis gustos soberanos.
¡Ay, mis manos, que me abraso,
(*Bésalas.*)
si á los labios no os arrimo,
con que sus llamas reprimo!
Remediadme.

TAMAR.

Paso, paso;
que no os doy tanta licencia.

AMON.

¿Dícesme eso como á hermano,
ó como á amante que ufano,
estoy loco en tu presencia?

TAMAR.

Como á hermano y á galan;
que si de veras te abrasas,
las leyes de hermano pasas;
y si favores te dan
ocasion de que así estés,
la primera vez que vienes
á ver tu dama, no tienes
de medrar por descortés.
Basta por agora esto.
¿Cómo te sientes?

AMON.

Mejor.

TAMAR.

¡Donosas burlas!

AMON.

De amor.

TAMAR.

Ya es sospechoso este puesto.
Vete.

AMON.

¿No eres tú mi hermana?

TAMAR.

El serlo recato pide.

AMON.

Como á galan me despide.

TAMAR.

Vaya, pues esto te sana.

(*Sale Joab y quédase escuchando.*)

AMON.

A Dios, dulce prenda.

TAMAR.

A Dios.

AMON.

¿Queréisme mucho?

TAMAR.

Infinito.

AMON.

¿Y admitís mi amor?

TAMAR.

Sí admito.

AMON.

¿Quién es vuestro esposo?

TAMAR.

Vos.

AMON.

¿Vendré esta nche?

TAMAR.

A las once.

AMON.

¿Olvidareisme?

TAMAR.

En mi vida.

AMON.

¿Quedais triste?

TAMAR.

Enternecida.

AMON.

¿Mudareisos?

TAMAR.

Seré bronce.

AMON.

¿Dormireis?

TAMAR.

Soñando en vos.

AMON.

¡Qué dicha!

TAMAR.

¡Qué dulce sueño!

AMON.

¡Ay mi bien!

TAMAR.

¡Ay caro dueño!

AMON.

A Dios, mis ojos.

TAMAR.

A Dios. (*Vase Amon.*)

ESCENA VIII.

JOAB.—TAMAR.

JOAB.

Escuchando de aquí he estado,
aunque á mi pesar, finezas,
requiebros, gustos, ternezas
de un amor desatinado.
¿Úsase entre los hermanos,
aun de la gente perdida,
esto de «mi bien, mi vida?»
¿ceñir cuellos, besar manos?
«¡Ay mi esposa!—¡Ay caro dueño!—
¿Mudaráste?—Seré bronce.
—¿Vendré esta noche?—A las once.
Soñaré en tí: ¡dulce sueño!»
No sé yo que haya señales
de una hermanada aficion
como estas, si ya no son,
Tamar, de hermanos carnales.
En pago de mis hazañas
pedirte al rey pretendí;
por esta causa emprendí
dificultades estrañas.
El primero que asaltó
á vista del campo hebreo
con muerte del jebuseo
muros en Sion, fui yo.

Su capitan general
el rey profeta me hizo,
con que en parte satisfizo
mi pecho noble y leal.
En muestras de este deseo,
siempre que á la guerra fui,
partí, llegué, ví y vencí;
y agora llego, entro y veo
amores abominables,
ofensas de Dios, del rey,
de tu sangre, de tu ley,
y con efetos mudables
olvidados mis servicios,
menospreciado mi amor,
mal pagado mi valor,
y de tu deshonra indicios.
Mas, gracias á Dios, que ha sido
en tiempo que queda en pie
mi honra: desde hoy haré
altares al cuerdo olvido.
Al rey diré lo que pasa
como testigo de vista,
pues cuando estraños conquista,
afrentan propios su casa;
y mientras hace el olvido
en mi pecho habitacion,
en el incestuoso Amon
tendrás hermano y marido.

TAMAR.

Oye, espera, Joab valiente;
ansí alargue Dios tus años,
que escuches los desengaños
de un amor solo aparente.
Si á un loco que con furor
rey se finge, el que es discreto,
por librarse de un aprieto,
le va siguiendo el húmor,
le intitula magestad,
le habla hincada la rodilla,
cual vasallo se le humilla,
y teme su autoridad,
con que su furia sosiega;

á que adviertas te provoco
que está Amon de amores loco,
y que de esta pasion ciega
ha de morir brevemente,
con que á mi padre he de dar,
si no le mata el pesar,
vejez triste y inclemente.
Quiso á una dama amonita,
que con los demas murió
cuando á Rábata asaltó
la venganza israelita.
Tiénela en el alma impresa,
y la ama sin esperanza;
dice soy su semejanza,
y que si del mal me pesa
que le abrasa, finja ser
la que adora, y cuando venga
con amores, le entretenga:
es mi hermano, sé el poder
del ciego amor que le quema,
y para que poco á poco
aplaque el tiempo este loco,
seguí, como ves, su tema.
Mas pues resulta en tu daño,
y en riesgo de mi opinion,
muérase mi hermano Amon,
y cese desde hoy tu engaño.
Si él ama, yo amo tambien
las partes de un capitan
el mas valiente y galan
que ha visto Jerusalen.
Pídeme á mi padre luego;
que otras hijas ha casado
con vasallos que no han dado
las muestras que en tí á ver llego;
y no ofenda esta maraña
el valor de mi firmeza,
ni un amor en la corteza
que á un enfermo amante engaña.

JOAB.

Conozco tu discrecion,
y tus virtudes no ignoro;

tu honesta hermosura adoro,
y celebro tu opinion.
No haya mas celos, ni enojos;
perdone á Joab Tamar,
que desde hoy jura no dar
crédito ni fe á sus ojos.
Si ser tu esposo intereso,
será premio de mi amor;
en fe de aqueste favor,
la mano hermosa te beso.

(Bésale la mano al tiempo que sale Amon. Vase Joab.)

ESCENA IX.

AMON.—TAMAR.

AMON.

Besar la mano, donde el labio ha puesto
su príncipe, un vasallo, es hecho aleve;
que el vaso se reserva donde bebe,
el caballo, el vestido y el real puesto.
Como hermano, es mi agravio manifiesto;
como amante, á furor mi pecho mueve.
Ídolo de mi amor, hermana leve,
¡tan presto atormentar! ¡Celos tan presto!
Como amante ofendido y como hermano,
á locura y venganza me provócas.
Daré la muerte á tu Joab villano,
y cuando niegues tus mudanzas locas,
desmentiráte tu besada mano,
pues por tener con qué, buscó dos bocas.

TAMAR.

Ya sea, Amon, tu hermana, ya tu dama,
aquella verdadera, esta fingida,
quimeras deja, tu pasion olvida;
que enferma, porque tú sanes, mi fama.
Si una difunta en mí busca tu llama,
diré que estoy para tu amor sin vida;
si siendo hermana, soy de tí oprimida,
razon es que aborrezca á quien me infama.

No me hables mas palabras disfrazadas,
ni con engaños tu aficion reboces,
cuando Joab honesto amor pretenda;
que andamos yo y tu dama muy pegadas,
y no sé yo cómo tu intento goces,
sin que la una de las dos se ofenda. (*Vase.*)

ESCENA X.

AMON.

¿Ansí te vas, homicida?
¿Con palabras tan resueltas
la venda á la herida sueltas
para que pierda la vida?
Pues yo te daré venganza
crüel, mudable Tamar;
que en fin acabas en *mar*
por ser mar en la mudanza.
¡Que me abraso, ingratos cielos!
¡que me da muerte un rigor!

ESCENA XI.

JONADAB.—AMON.

JONADAB.
¿Qué es aquesto, gran señor?

AMON.
Mal de corazon, de celos.

JONADAB.
¿Celos? ¿No sabré yo acaso
de quién?

AMON.
Sí, que pues me muero,
ni puedo callar, ni quiero.
Por Tamar de amor me abraso.

JONADAB.
¡Qué dices!

AMON.

No me aconsejes:
dame muerte, que es mejor.

JONADAB.

Desatinado es tu amor;
mas para que no te quejes
de mi lealtad conocida,
tu pasion quiero aliviar:
pierda su honra Tamar,
y no pierdas tú la vida.
Fínjete malo en la cama.

AMON.

No es mi tormento ficcion.

JONADAB.

Disimula tu aficion,
y al rey, que te adora, llama;
pídele que venga á darte
Tamar tu hermana á comer;
y cuando esté en tu poder,
no tengo que aconsejarte.
Discreto eres: la ocasion
lo que has de hacer te dirá.

AMON.

En ese remedio está
mi vida, ó mi perdicion.
Ve por mi padre. ¿Qué aguardas?

JONADAB, *aparte.*

Como andas á tiento, amor,
no distingues de color,
ni á hermanos respetos guardas. (*Vase.*)

ESCENA XII.

AMON.

Si amor consiste solo en semejanza,
y tanto los hermanos se parecen,
que en sangre, en miembros y en valor merecen
igual correspondencia y alabanza,
¿Qué ley impide lo que amor alcanza?

De Adan los mayorazgos nos ofrecen,
siendo hermanos, ejemplos que apetecen
lo mismo que apetece mi esperanza.
Perdone, pues, la ley que mi amor priva,
vedando que entre hermanos se conserve;
que la ley natural en contra alego.
Amor, que es semejanza, venza y viva;
que si la sangre, en fin, sin fuego hierve,
¿qué hará sangre que tiene tanto fuego?

ESCENA XIII.

—

DAVID. JONADAB. ELIACER.—AMON.

DAVID.
De que envies á llamarme,
hijo, arrimo de mi vida,
ya mi tristeza se olvida,
ya vuelves á consolarme.
Habla, no repares, pide.

AMON.
Padre, mi flaqueza es tanta,
que la muerte se adelanta,
si tu favor no lo impide.
No puedo comer bocado,
ni hay manjar tan esquisito,
que alentando el apetito,
mi salud vuelva á su estado.
Como el mal todo es antojos,
paréceme, padre, á mí
que á venir Tamar aquí,
con solo poner los ojos
y las manos en un pisto,
una sustancia ó bebida,
términos diera á la vida,
que ya de camino has visto.
¿Quiere, señor, vuestra alteza
concederme este favor?

DAVID.
Poco pides á mi amor:

si ansí alivias tu tristeza.
Tamar vendrá diligente.

AMON.

Beso tus pies.

DAVID.

Eso es justo.

AMON.

Guisa Tamar á mi gusto,
y entiéndele solamente.

DAVID.

No le quiero dilatar.
Voy á llamar á la infanta. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

AMON. JONADAB. ELIACER.

AMON.

Eliacer, dime algo, canta,
si alivia á amor el cantar.

ELIACER. (*Canta.*)

Cuando el bien que adoro
los campos pisa,
madrugando el alba,
llora de risa.
Cuando los pies bellos
de mi niña hermosa
pisan juncia y rosa,
ambar cogen de ellos;
va el campo á prendellos
con grillos de flores,
y muerta de amores,
si el sol la avisa,
madrugando el alba,
llora de risa.

ESCENA XV.

TAMAR, *con una tohalla al hombro y trayendo una escudilla de plata entre dos platos de lo mismo.*—AMON. JONADAB. ELIACER.

TAMAR.

Mandóme el rey mi señor
que á vuestra alteza trujese
de mi mano que comiese,
porque conozco su humor;
ya no tendrá buen sabor
si de gusto no ha mudado,
porque aunque yo lo he guisado,
si llaman gracia á la sal,
yo vendré, príncipe, tal,
que no estará sazonado.

AMON.

Jonadab, salte allá fuera;
cierra la puerta, Eliacer;
(*Vanse los dos.*)
que á solas quiero comer
manjares que el alma espera.

TAMAR.

Lo que haces considera.

AMON.

No hay ya que considerar;
tú sola has de ser manjar
del alma, á quien avarienta
tanto há que tienes hambrienta,
pudiéndola sustentar.

TAMAR.

Caro hermano (que harto caro
me saldrás si eres crüel),
príncipe eres de Israel,
todos están en tu amparo;
mi honra es espejo claro,
donde me remiro y precio:
no sufrirá su desprecio,

si le procuras quebrar,
ni tú otro nombre ganar
que de amante torpe y necio.
Tu sangre soy.

AMON.

Así te amo.

TAMAR, *retirándose.*

Sosiega....

AMON.

No hay sosegar.

TAMAR.

¿Qué quieres?

AMON.

Tamar, amar.

TAMAR.

Detente.

AMON.

Soy, Amon, amo.

TAMAR.

¿Si llamo al rey?

AMON.

A amor llamo.

TAMAR.

¡A tu hermana!

AMON.

Amores gusto.

TAMAR.

¡Traidor!

AMON.

No hay amor injusto.

TAMAR.

Tu ley....

AMON.

Para amor no hay ley.

TAMAR.

Tu rey....

AMOR.

Amor es mi rey.

TAMAR.

Tu honor....

AMON.

Mi honor es mi gusto.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

AMON, *echando á empellones á* TAMAR: *Despues* ELIACER *y* JONADAB.

AMON.

Vete de aquí, salte fuera,
veneno en taza dorada,
sepulcro hermoso de fuera,
arpía que en rostro agrada,
siendo una asquerosa fiera.
Al basilisco retratas;
ponzoña mirando arrojas;
no me mires, que me matas;
vete, mónstruo, que me aojas,
y mi juventud maltratas.
¿Que yo te quise, es posible?
¿Que yo te tuve aficion,
fruta de Sodoma horrible,
en la médula carbon,
si en la corteza apacible?
Sal fuera, que eres horror
de mi vida, y su escarmiento;
vete, que me das temor:
mas es mi aborrecimiento,
que fué mi primero amor.
¡Hola! echádmela de aqui.

TAMAR.

Mayor ofensa y injuria
es la que haces contra mí,
que fue la amorosa furia
de tu torpe frenesí.
Tirano de aquese talle,

doblar mi agravio procura
hasta que pueda vengalle:
muger gozada es basura;
haz que me echen en la calle.
Ya que ansí me has deshonrado,
lama el plato en que has comido,
un perro, al suelo arrojado;
dí que se ponga el vestido
que has roto ya, algun criado;
honra con tales despojos
á quien se empleó en servirte,
y á mí dame mas enojos.

AMON.

¡Quién por no verte ni oirte,
sordo naciera y sin ojos!
¿No te quieres ir, muger?

TAMAR.

¿Dónde iré sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader sin trato
deshonrada una muger?
Haz de tu hermana mas cuenta,
ya que de tí no la has dado;
no añadas afrenta á afrenta;
que en cadenas del pecado
perece quien las aumenta.
Tahur de mi honor has sido;
ganado has por falso modo
joyas que en vano te pido;
quítame la vida y todo,
pues ya lo mas he perdido.
No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta;
que aunque el que pierde es molesto,
el noble no se levanta
mientras en la mesa hay resto.
Resto hay de la vida, ingrato;
pero es vida sin honor,
y ansí de perderla trato;
acaba el juego, traidor,
dame la muerte en barato.

AMON.

Infierno, ya no de fuego,
pues helando me atormentas,
sierpe, mónstruo, vete luego.

TAMAR.

El que pierde, sufre afrentas
porque le mantengan juego;
mantenme juego, tirano,
hasta acabar de perder
lo que queda; alza, villano,
la mano; quítame el ser,
y ganarás por la mano.

AMON.

¿Vióse tormento como este?
¡Hola! ¿no hay ninguno ahí?
¡Que esto un desatino cueste!

(*Salen Eliacer y Jonadab.*)

ELIACER.

¿Llamas?

AMON.

Echadme de aquí
esta vívora, esta peste.

ELIACER.

¡Vívora! ¡peste! ¿Qué es de ella?

AMON.

Llevadme aquesta muger;
cerrad la puerta tras ella.

JONADAB, *aparte.*

Carta Tamar viene á ser;
leyóla, y quiere rompella.

AMON.

Echalda en la calle.

TAMAR.

Ansí
estaré bien; que es razon,
ya que el delito fue aqui,
que por ellas dé un pregon
mi deshonra contra tí.

AMON.

Voime por no te escuchar. (*Vase.*)

JONADAB.

¡Estraño caso, Eliacer!

¡tal odio tras tanto amar!

TAMAR.

Presto, villano, has de ver
la venganza de Tamar. (*Vanse.*)

Salon del palacio.

ESCENA II.

ABSALON. ADONIAS.

ABSALON.

Si no fueras mi hermano, ó no estuvieras
en palacio, ambicioso, brevemente
hoy con la vida bárbara perdieras
el deseo atrevido y imprudente.

ADONIAS.

Si en tus venas la sangre no tuvieras
con que te honró mi padre indignamente,
yo hiciera que quedándose vacías,
de púrpura calzaran á Adonias.

ABSALON.

¿Tú pretendes reinar, loco villano?
¡tú, muerto Amon del mal que le consume,
subir al trono aspiras soberano
que en doce tribus su valor resume?
¿Que soy no sabes tu mayor hermano?
¿Quién competir con Absalon presume,
á cuyos pies ha puesto la ventura
el valor, la riqueza y la hermosura?

ADONIAS.

Si el reino israelita se heredara
por el mas delicado, tierno y bello,
aunque no soy yo móstruo en cuerpo y cara,
á tu yugo humillara el reino el cuello;
cada tribu hechizado se enhilara
en el oro de Ofir de tu cabello,
y convirtiendo hazañas en deleites,

te pecharan en cintas y en afeites.
Redujeras á damas tu consejo,
á trenzas tu corona, y á un estrado
el solio de tu ilustre padre viejo,
las armas á la holanda y al brocado;
por escudo tomaras un espejo,
y de tu misma vista enamorado,
en lugar de la espada á que me aplico,
esgrimieras tal vez el abanico.
Mayorazgo te dió naturaleza
con que los ojos de Israel suspendes;
el cielo ha puesto renta en tu cabeza,
pues sus madejas á las damas vendes:
cada año haciendo esquilmos tu belleza
cuando aliviarla de su peso entiendes,
repartiendo por tiendas tu tesoro,
se compran en docientos siclos de oro.
De tu belleza ser el rey procura;
déjame á mí á Israel; que haces agravio
á tu delicadeza, á tu blandura.

ABSALON.

Cierra, villano, el atrevido labio:
que el reino se debia á la hermosura,
á pesar de tu envidia, dijo un sabio;
señal que es noble el alma que está en ella;
que el huesped bello habita en casa bella.
Cuando mi padre al enemigo asalta,
no me quedo en la corte dando al ocio
lascivos años, ni el valor les falta,
que con mis hechos quilatar negocio;
mi acero incircuncisa sangre esmalta;
la guerra que jubila al sacerdocio,
en mí hazañas enseñar procura
cuan bien dice el valor con la hermosura.
Mas ¿para qué, lo que es tan cierto, he puesto
en duda con razones? Haga alarde
la espada contra quien te has descompuesto,
si porque soy hermoso, soy cobarde.

ADONIAS.

Por adorno no mas te la habrás puesto;
no la saques, ansí el amor te guarde;
que te desmayarás si la ves fuera.

ABSALON.

Si no saliera el rey....

ADONIAS.

Si no saliera....

ESCENA III.

—

DAVID. SALOMON.—ABSALON. ADONIAS.

DAVID.

Bersabé vuestra madre me ha pedido
por vos, mi Salomon; creced, sed hombre;
que si amado de Dios sois y querido,
conforme significa vuestro nombre,
yo espero en él que al trono real subido,
futuros siglos vuestra fama asombre.

SALOMON.

Vendráme, gran señor, esa alabanza
por ser de vos retrato y semejanza.

DAVID.

Príncipes....

ABSALON.

Gran señor....

DAVID.

¿En qué se entiende?

ADONIAS.

La paz ocupa el tiempo en novedades;
galas la mocedad al gusto vende,
si el desengaño á la vejez verdades.

ABSALON.

La caza, que del ocio nos defiende,
nos convida á correr sus soledades;
esta trazamos, y tras ella fiestas.—
¡Válgame Dios! ¿Qué voces serán estas?

ESCENA IV.

TAMAR, *descabellada y de luto.*—DICHOS.

TAMAR.

Gran monarca de Israel,
descendiente del Leon,
que para vengar injurias
dió á Judá el viejo Jacob,
si lágrimas, si suspiros,
si mi compasiva voz,
si lutos, si menosprecios
te mueven á compasion,
y cuando aquesto no baste,
si el ser hija tuya yo
á que castigues te incita
al que tu sangre afrentó,
por los ojos vierto el alma,
luto traigo por mi honor,
suspiros al cielo envio
de inocencias vengador.
Cubierta está mi cabeza
de ceniza; que un amor
desatinado, si es fuego,
solo deja en galardon
cenizas que lleva el aire;
mas aunque cenizas son,
no quitarán mancha de honra,
sangre sí que es buen jabon.
La mortal enfermedad
del torpe príncipe Amon
peste de la honra fue;
pegóme su contagion.
Que le guisase mandaste
alguna cosa á sabor
de su postrado apetito
(ponzoña fuera mejor);
sazonéle una sustancia;
mas las sustancias no son

de provecho, si se oponen
accidentes de aficion.
Estaba el hambre en el alma,
y en mi desdicha guisó
su desvergüenza mi agravio;
sazonólo la ocasion;
y sin advertir mis quejas,
ni el proponelle que soy
tu hija, rey, y su hermana,
su estado, su ley, su Dios,
echando la gente fuera,
á puerta cerrada entró
en el templo de la fama,
y sagrado del honor.
Aborrecióme ofendida:
no me espanto; que al fin son
enemigas declaradas
la esperanza y posesion.
Echóme injuriosamente
de su casa el violador,
oprobios por gustos dando:
¡paga en fin de tal señor!
Deshonrada, por sus calles
tu corte mi llanto oyó:
sus piedras se compadecen,
cubre sus rayos el sol
entre nubes por no ver
caso tan fiero y atroz;
todos te piden justicia,
justicia, invicto señor.
Dirás que es Amon tu sangre;
el vicio la corrompió:
sángrate de ella, si quieres
dejar vivo tu valor.
Hijos tienes herederos;
semejanza tuya son
en el esfuerzo y virtudes:
no dejes por sucesor
quien deshonrando á su hermana,
menoscabe tu opinion,
pues mejor afrentará
los que sus vasallos son.

Ea, sangre generosa
de Abraham, si su valor
contra el inocente hijo
el cuchillo levantó,
uno tuvo, muchos tienes;
inocente fue, Amon no:
á Dios sirvió ansí Abraham;
ansí servirás á Dios;
véncete, rey, á tí mismo;
la justicia á la pasion
se anteponga; que es mas gloria
que hacer piezas al leon.
Hermanos, pedid conmigo
justicia; bello Absalon,
un padre nos ha engendrado;
una madre nos parió;
á los demas no les cabe
de mi deshonra y baldon
sino sola la mitad;
mis medios hermanos son;
vos lo sois de padre y madre;
entera satisfaccion
tomad, ó en eterna afrenta
vivid sin fama desde hoy.
Padre, hermanos, israelitas,
calles, puertas, cielos, sol,
brutos, peces, aves, plantas,
elementos, campos, Dios,
justicia os pido á todos de un traidor,
de su ley y su hermana violador.

DAVID.

Alzad, infanta, del suelo.
Llamadme al príncipe Amon.
¿Esto es ¡cielos! tener hijos?
Mudo me deja el dolor:
hablad, ojos, si podeis;
sentid mi mal, lenguas sois;
lágrimas serán palabras
que espliquen al corazon.
Rey me llama la justicia;
padre me llama el amor;
uno obliga, y otro impele:

¿cuál vencerá de los dos?
(*Llora amurgamente en silencio.*)

ABSALON.

Hermana (¡nunca lo fueras!),
da lugar á la razon;
pues no le halla la venganza,
freno á tus lágrimas pon.
Amon es tu hermano y sangre;
á sí mismo se afrentó;
puertas adentro se quede
mi agravio y tu deshonor.
Mi hacienda está en Efrain,
granjas tengo en Bâlhasor;
casas fueron de placer,
ya son casas de dolor.
Vivirás conmigo en ellas;
que muger sin opinion
no es bien que en cortes habite,
muerta su reputacion.
Vamos á ver si los tiempos
tan sabios médicos son,
que con remedios de olvido
den alivio á tu dolor.

TAMAR.

Bien dices; viva entre fieras
quien entre hombres se perdió;
que á estar con ellas, yo sé
que no muriera mi honor. (*Vase.*)

ABSALON, *aparte.*

Incestüoso tirano,
presto cobrará Absalon,
quitándote vida y reino,
debida sàtisfaccion. (*Vase.*)

ADONIAS.

A tan portentoso caso
no hay palabras, no hay razon
que aconsejen y consuelen:
triste y confuso me voy. (*Vase.*)

SALOMON.

La infanta es hermana mia,
del príncipe hermano soy,
la afrenta de Tamar siento,

temo el peligro de Amon,
el rey es santo y prudente,
el suceso causa horror;
mas vale dar con el tiempo
lugar á la admiracion. (*Vase.*)

ESCENA V.

AMON, *que sale temeroso.* DAVID, *que está llorando.*

AMON.
(*Para sí.*)
El rey mi señor me llama:
¿iré ante el rey mi señor?
¿Su cara osaré mirar
sin vergüenza ni temor?
Temblando estoy á la nieve
de aquellas canas; que son
los pecados frias cenizas
del fuego que encendió amor.
¡Qué animoso antes del vicio
anda siempre el pecador!
cometido, ¡qué cobarde!

DAVID.
Príncipe....

AMON.
(*De rodillas lejos.*)
A tus pies estoy.

DAVID.
(*Aparte.* ¿No ha de poder la justicia
aquí mas que la aficion?
Soy padre, tambien soy rey;
es mi hijo, fue agresor;
piedad sus ojos me piden,
la infanta satisfaccion.
Prenderéle en escarmiento
de este insulto. Pero no:
levántase de la cama;
de su pálido color
sus temores conjeturo.

Pero ¿qué es de mi valor?
¿Qué dirá de mí Israel
con tan necia remision?
Viva la justicia, y muera
el príncipe violador.)
Amon.

AMON.

Amoroso padre.

DAVID.

(*Aparte.* El alma me traspasó.
Padre amoroso me llama,
socorro pide á mi amor.
Pero muera.)
(*Vuelve á él furioso, y en viéndole se enternece.*)
¿Cómo estás?

AMON.

Piadoso padre, mejor.

DAVID.

(*Aparte.* En mirándole, es de cera
mi enojo, y su cara es sol.
El adulterio homicida,
con ser rey, me perdonó
el justo juez, porque dije
un pequé de corazon.
Venció en él á la justicia
la piedad; su imagen soy;
el castigo es mano izquierda,
mano es derecha el perdon,
pues ser izquierdo es defeto.)
Mirad, príncipe, por vos;
cuidad de vuestro regalo.
(*Aparte.* ¡Ay prenda del corazon!) (*Vase.*)

ESCENA VI.

AMON.

(*Levantándose.*)

¡Oh poderosas hazañas
del amor, único dios,

que hoy á David ha vencido,
siendo rey y vencedor!
Que mirase por mí dijo:
blandamente me avisó;
el castigo del prudente
es la tácita objecion;
temió darme pesadumbre;
por entendido me doy;
yo pagaré amor tan grande
con no ofendelle desde hoy. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ABSALON.

¡Que una razon no le dijo
en señal de sus enojos!
¡ni un severo mirar de ojos!
Hija es Tamar, si él es hijo.
Mas no importa; que ya elijo
la justa satisfaccion;
que á mi padre la pasion
de amor ciega; pues no ve,
con su muerte cumpliré
la justicia y mi ambicion.
No es bien que reine en el mundo
quien no reina en su apetito:
en mi dicha y su delito
todo mi derecho fundo.
Hijo soy del rey, segundo,
ya por sus culpas primero;
hablar á mi padre quiero,
y del sueño despertalle
con que ha podido hechizalle
amor, siempre lisonjero.
(*Tira una cortina y descubre un bufete, sobre él una fuente y en ella una corona de oro de rey.*)
Aquí está. Pero ¿qué es esto?
La corona en una fuente
con que ciñe la real frente

mi padre grave y compuesto.
La mesa el plato me ha puesto
que há tanto que he deseado;
debo de ser convidado;
si el reinar es tan sabroso
como afirma el ambicioso,
no es de perder tal bocado.
Amon no os ha de gozar,
cerco en quien mi dicha encierro;
que sois vos de oro, y fue yerro
el que deshonró á Tamar.
Mi cabeza quiero honrar
con vuestro círculo bello;
mas rehusareis el hacello,
pues aunque en ella os encumbre,
temblareis de que os deslumbre
el oro de mi cabello.
(*Corónase.*)
Bien me estais; vendreisme ansí
nacida, y no digo mal,
pues nací de sangre real,
y vos naceis para mí.
¿Sabréos yo merecer? Sí.
¿Y conservaros? Tambien.
¿Quién hay en Jerusalen
que lo estorbe?—Amon.—Matalle.—
Mi padre que ha de vengalle.—
Matar á mi padre....
(*Saca la espada, sale al encuentro David, y hállale coronado.*)

ESCENA VIII.

—

DAVID.—ABSALON.

DAVID.

¿A quién?

ABSALON.

(*Aparte.* ¡Ay cielos!) A quien no es
(*De rodillas.*)

vasallo de vuestra alteza.

DAVID.

Coronada tu cabeza,
no dices bien á mis pies.

ABSALON.

Pienso heredarte despues;
que anda el príncipe indispuesto.

DAVID.

Hástela puesto muy presto:
no serás sucesor suyo;
que de esa corona arguyo,
que como llega á valer
un talento, ha menester
mayor talento que el tuyo.
En fin, ¿me quieres matar?

ABSALON.

¿Yo?

DAVID.

¿No acabas de decillo?

ABSALON.

Si llegaras bien á oillo,
mi fé habias de premiar.
Si vengo, dije, á reinar,
vivo tú, en Jerusalen,
mi enojo probará quien
fama por traidor adquiere,
y por ser tirano quiere
matar á mi padre.

DAVID.

Bien.
¿Pues quién hay á quien le cuadre
tal título?

ABSALON.

No sé yo.... (1)
Quien á su hermana forzó,
tambien matará á su padre.

---

(1) Este hemistiquio tal vez corresponde á David, y ha sido una errata el anteponerle el nombre de Absalon. Por lo menos en la misma columna hay otras dos erratas bien manifiestas: *tu* en lugar de *su* en el verso siguiente, y *mi* tambien en lugar de *su* en el sesto.

DAVID.

Por ser los dos de una madre,
contra Amon te has indignado;
pues ten por averiguado
que quien fuere su enemigo
no ha de tener paz conmigo.

ABSALON.

Sin razon te has enojado.
Solo yo te hallo crüel.

DAVID.

¿Qué mucho, si tú lo estás
con Amon?

ABSALON.

No le ama mas
que yo nadie en Israel;
antes, gran señor, con él
y los príncipes quisiera
que vuestra alteza viniera
al esquilmo que ha empezado
en Bâlhasor mi ganado,
y que esta merced me hiciera.
Tan lejos de desatinos,
y venganzas necias vengo,
que allí banquetes prevengo
de tales personas dînos.
Honre nuestros vellocinos
vuestra presencia, señor,
y divierta allí el dolor
que le causa este suceso;
conocerá que intereso
granjear solo su amor.

DAVID.

Tú fueras el fenix de él,
si estas cosas olvidaras,
y al príncipe perdonaras,
no vil Caín, sino Abel.

ABSALON.

Si hiciere venganza en él,
plegue á Dios que me haga guerra
cuanto el sol dora y encierra,
y contra tí rebelado,
de mis cabellos colgado,

muera entre el cielo y la tierra.

DAVID.

Si eso cumples, mi Absalon,
mocedades te perdono;
con los brazos te corono,
si mejor corona son.

ABSALON.

En mis labios los pies pon,
y añade á tantas mercedes,
porque satisfecho quedes,
señor, el venir á honrar
mi esquilmo, pues da lugar
la paz, y alegrarte puedes.

DAVID.

Harémoste mucho gasto;
no, hijo, goza tu hacienda;
al reino pide que atienda
la vejez que en canas gasto.

ABSALON.

Pues á obligarte no basto
á esta merced, da licencia
que supliendo tu presencia
Adonias, Salomon,
hagan, yendo con Amon,
de mi amor noble esperiencia.

DAVID.

¿Amon? Eso no, hijo mio.

ABSALON.

Si melancólico está,
sus penas divertirá
el ganado, el campo, el rio.

DAVID.

Temo que algun desvarío
dé nueva causa á mi llanto.

ABSALON.

De la poca fe me espanto
que tiene mi amor contigo.

DAVID.

La esperiencia en esto sigo;
que cuando con el disfraz
viene el agravio de paz,
es el mayor enemigo.

ABSALON.

Antes el gusto y regalo
que he de hacelle, ha de abonarme:
en esto pienso esmerarme.

DAVID.

Nunca el recelar fue malo.

ABSALON.

¡Plegue al cielo que sea un palo
alguacil que me suspenda
cuando yo al príncipe ofenda!
No me alzaré de tus pies,
padre, hasta que á Amon me des.

DAVID.

Del alma es la mejor prenda;
pero en fe de que me fio
de tí, yo te lo concedo.

ABSALON.

Cierto ya de tu amor quedo.

DAVID, *aparte.*

¿De qué dudais, temor frio?

ABSALON.

Voile á avisar.

DAVID.

Hijo mio,
en olvido agravios pon.

ABSALON.

No temas.

DAVID.

¡Ay mi Absalon!
lo mucho que te amo pruebas.

ABSALON.

A Dios.

DAVID.

Mira que me llevas
la mitad del corazon. (*Vanse.*)

Campo de Baalhasor delante de la quinta de Absalon.

ESCENA IX.

TIRSO. BRAULIO. ALISO. RISELO. ARDELIO. TAMAR, *de pastora, rebozada la cara con la toca.*

CANTAN UNOS.

Al esquilmo, ganaderos;
que balan las ovejas y los carneros.

OTROS.

Ganaderos, á esquilmar;
que llama los pastores el mayoral.

UNO.

El amor trasquila
la lana que dan
los amantes mansos
que á su aprisco van;
trasquila la dama
al pobre galan,
aunque no es su oficio
sino repelar;
trasquila el alcalde
al que preso está,
y si entró con lana,
en puribus *va;*
pela el escriben,
porque escribanar
con pluma con pelo
de comer le da;
pela el alguacil
hasta no dejar
vellon en la bolsa,
plata otro que tal;
el letrado pela,
pela el oficial,
que hay mil peladores,

si pelones hay.

TODOS.

Al esquilmo, ganaderos;
que balan las ovejas y los carneros:
ganaderos, á esquilmar;
que llama á los zagales el mayoral.

TIRSO.

Dichosas serán desde hoy
las reses que en el Jordan
cristales líquidos beben,
y en tomillos pacen sal.
Ya con vuesa hermosa vista
yerba el prado brotará,
por mas que la seque el sol,
pues vos sus campos pisais.
¿De qué estais melanconiosa,
hermosísima Tamar,
pues con vuesos ojos bellos
estos montes alegrais?
Si dicen que está la corte
do quiera que el rey está,
y vos sois reina en belleza,
la corte es esta, no hay mas.
La infantica, entreteneos;
vuesa hermosura mirad
en las aguas que os ofrecen
por espejo su cristal.

TAMAR.

Temo de mirarme á ellas.

BRAULIO.

Si es por no os enamorar
de vos misma, bien haceis;
que á la he que quillotrais
desde ell alma á la asadura
á cuantos viéndoos estan,
y que para mal de muchos
el dimuño os trujo acá.
Mas asomaos con todo eso;
vereis como os retratais
en la tabla de este rio,
si en ella á vos os mirais;
y hareis un cuadro valiente,

que porque le guarnezcais,
las flores de oro y azul
de marco le servirán.
Honralda, miraôs á ella.

TAMAR.

Aunque hermosa me llamáis,
tengo una mancha afrentosa:
si la veo, he de llorar.

ALISO.

¿Manchas teneis? Y aun por eso;
que aquí los espejos que hay,
si manchas muestran, las quitan,
enseñando al amistad.
Allá los espejos son
solo para señalar
faltas, que viéndose en vidrio,
con ellas en rostro dan:
acá son espejos de agua,
que á los que á mirarse van,
muestran manchas y las quitan,
en llegándose á lavar.

TAMAR.

Si agua esta mancha quitara,
harta agua mis ojos dan:
solo á borralla es bastante
la sangre de un desleal.

RISELO.

No ví en mi vida tal muda:
miel virgen afeita acá;
que ya hasta las caras venden
postiza virginidad.
¿Son pecas?

TAMAR.

Pecados son.

ARDELIO.

Cubrillas con soliman.

TAMAR.

No queda, pastor, por eso;
toda yo soy rejalgar.

TIRSO.

¿Es algun lunar acaso
que con la toca tapais?

TAMAR.

No se muda cual la luna,
ni es la deshonra lunar.

TIRSO.

Pues sea lo que se huere,
par diez que hemos de cantar
y aliviar la pesadumbre;
que es locura lo demas.

(*Cantan.*)

Que si estais triste, la infanta,
todo el tiempo lo acaba.
Desdenes de amor,
la ausencia los sana;
para desengaños,
buena es la mudanza;
si atormentan celos,
darlos á quien ama;
para la vejez,
arrimar las armas;
para muger pobre,
gastar lo que basta;
para mal de ausencia,
juegos hay y cazas;
para escusar penas,
estudiar en casa;
para agravios de honra,
perdon ó venganza;
que si triste estais, la infanta,
todo el tiempo lo acaba.

ESCENA X.

LAURETA, *con un tabaque de flores.*—DICHOS.

LAURETA.

Todas estas flores bellas
á la primavera he hurtado;
que pues de amor sois el prado,
competir podeis con ellas.
Lleno viene este cestillo

de las mas frescas y hermosas
yerbas, jazmines y rosas,
desde el clavel al tomillo.
Aquí está la manutisa,
la estrella mar turquesada
con la violeta morada,
que amor porque huela, pisa,
el sándalo, el pajarillo,
alelíes, siete-ramas,
azucenas y retamas,
madreselva y hisopillo.
Tomaldos; que son despojos
del campo, y juntad con ellos
labios, aliento y cabellos,
pechos, frente, cejas y ojos.

TAMAR.

Todas las que abril esmalta,
pierden en mí su valor,
Laureta, porque la flor
que mas me importa, me falta.

(Laureta le da unas violetas, y póneselas Tamar en el pecho.)

TIRSO.

Ya vendreis á adivinar
sueños ó cosas de risa;
que como sois fitonisa,
consolareis á Tamar.
Laureta, diz que tratais
con el diablo.

ARDELIO.

Ya han venido
los príncipes, que han querido
honrarnos hoy.

TIRSO.

¿Qué aguardais?

ARDELIO.

Mientras el convite pasa,
al soto apacible vamos,
y de flores, yerba y ramos
entapicemos la casa.

TIRSO.

Ardelio, teneis razon;

démonos prisa, pastores;
pero ¿qué ramos ni flores
hay como ver á Absalon?
(*Vanse los pastores.*)

ESCENA XI.

—

TAMAR. LAURETA.

TAMAR.
Vámonos de aquí, Laureta.
LAURETA.
¿Para qué? Bien disfrazada
estás.
TAMAR.
Dí mal injuriada.
LAURETA.
Olvida, si eres discreta.
TAMAR.
Bien dijo, aunque ese es buen medio,
un ingenio singular:
«el remedio era olvidar,
y olvidóseme el remedio.»

ESCENA XII.

—

AMON. ABSALON. ADONIAS. SALOMON.—TAMAR. LAURETA.

AMON.
Bello está el campo.
ABSALON.
Es el mayo
el mes galan, todo flor.
ADONIAS.
A lo menos, labrador,
segun agirona el sayo.
AMON.
Oid, que hay aquí serranas,

y no de mal aire y brio.

ABSALON.

De mi hacienda son, y os fio
que envidien las cortesanas
su no ayudada hermosura.

AMON.

¡Bien haya quien la belleza
debe á la naturaleza,
no al afeite y compostura!

ABSALON.

Esta es muger tan curiosa,
que de lo futuro avisa;
tiénenla por fitonisa
estos rústicos.

SALOMON.

¿Y es cosa
de importancia?

AMON.

De esta gente
hacer caso es vanidad;
tal vez dirá una verdad,
y despues mentirá veinte.
Mas ¿quién es la rebozada?

ABSALON.

Es una hermosa pastora
que injurias de su honra llora,
y espera verse vengada.

AMON.

Ella tiene buena flema.
¿No la veremos?

ABSALON.

No quiere,
mientras sin honra estuviere,
descubrirse.

AMON.

¡Linda tema!
Ahora bien, con vos me entiendo.
(*A Laureta.*)
Llegaos, mi serrana, acá.

LAURETA.

¿Su alteza? pretenderá,
y despues iráse huyendo.

AMON.

Bien pareceis adivina.
Llena de flores venís;
¿cómo no las repartís,
si el ser cortés os inclina?

LAURETA.

Estos prados son teatro
do representa Amaltea;
mas porque no os quejeis, ea,
á cada cual de los cuatro
tengo de dar una flor.

AMON.

Y esotra serrana ¿es muda?
Quitá el rebozo.

LAURETA.

Está en muda.

AMON.

¿Mudas hay acá?

LAURETA.

De honor.

AMON.

¿Y hay honor entre villanas?

LAURETA.

Y con mas firmeza está;
que no hay príncipes acá,
ni fáciles cortesanas.
Pero dejémonos de esto,
y va de flor.

AMON.

¿Cuál me cabe?

LAURETA.

(*Habla aparte á cada uno.*)
Esta azucena süave.
(*Dale una azucena y despues una espadaña.*)

AMON.

Eso es picarme de honesto.

LAURETA.

Yo sé que olella os agrada;
pero no la deshojeis;
que la espadaña que veis,
tiene la forma de espada,
y aquesos granillos de oro,

aunque á la vista recrean,
manchan si los manosean,
porque estriba su tesoro
en ser intactos: dejaos,
Amon, de deshojar flor
con espadañas de honor;
y si la ofendeis, guardaos.

AMON.

Yo estimo vuestro consejo.
(*Aparte.* Demonio es esta muger.)

SALOMON.

¿Qué os ha dicho?

AMON.

No hay que hacer
caso; por loca la dejo.

ADONIAS.

¿Qué flor me cabe á mí?

LAURETA.

Estraña:
espuela de caballero.

ADONIAS.

Bien por el nombre la quiero.

LAURETA.

A veces la espuela daña.

ADONIAS.

Diestro soy.

LAURETA.

Si lo sois, alto;
pero guardaos, si os agrada,
de una doncella casada;
no os perdais pór picar alto.

ADONIAS.

No os entiendo.

ABSALON.

Yo me quedo
postrero; id, hermano, vos.

SALOMON.

Confusos vienen los dos;
si acaso obligaros puedo,
mas conmigo os declarad.

LAURETA.

Esta es corona de rey,

flor de vista, olor y ley;
sus propiedades gozad;
que aunque rey sereis espejo,
y el mayor de los mejores,
temo que os perdais por flores
de amor, si sois mozo viejo.

AMON.

¿Buena flor?

SALOMON.

Con su pimienta.

ABSALON.

¿Cábeme á mí....?

LAURETA.

Este Narciso.

ABSALON.

Ese á sí mismo se quiso.

LAURETA.

Pues tened, Absalon, cuenta
con él, y no os querais tanto,
que de puro engrandeceros,
estimaros y quereros,
de Israel seais espanto.
Vuestra hermosura enloquece
á toda vuestra nacion:
Narciso sois, Absalon;
que tambien os desvanece.
Cortaos esos hilos bellos;
que si los dejais crecer,
os habeis presto de ver
en alto por los cabellos.

(*Vase Laureta.*)

ESCENA XIII.

AMON. ABSALON. ADONIAS. SALOMON. TAMAR.

ABSALON.

Espera.—Fuése. (*Aparte.* Si en alto
por los cabellos me veo,
cumpliráse mi deseo;

al reino he de dar asalto.
¡En alto por los cabellos!
Mi hermosura ha de obligar
á Israel que á coronar
me venga, loco por ellos.)

AMON.

Confuso os habeis quedado.

ABSALON.

Príncipes, alto, á comer.
(*Aparte.* Sobre el trono me han de ver
de mi padre, coronado.
Muera en el convite Amon,
quede vengada Tamar,
dé la corona lugar
á que la herede Absalon.)

ESCENA XIV.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

La comida que se enfria,
á vuestras altezas llama.

AMON.

De aquesta serrana dama
ver la cara gustaria:
idos, hermano, con ellos.

ABSALON.

No nos hagais esperar.
(*Aparte.* Reinando, vengo á quedar
en alto por los cabellos.)
(*Vanse Absalon, Adonias, Salomon y el criado.*)

ESCENA XV.

AMON. TAMAR.

AMON.

Yo, serrana, estoy picado
de esos ojos lisonjeros,
que deben de ser fulleros,
pues el alma me han ganado.
¿Quereisme vos despicar?

TAMAR.

Cansaráos el juego presto,
y en ganando el primer resto,
luego os querreis levantar.

AMON.

¡Buenas manos!

TAMAR.

De pastora.

AMON.

Dadme una.

TAMAR.

Será en vano
dar mano á quien da de mano,
y ya aborrece, ya adora.

AMON.

Llegaréosla yo á tomar,
pues su hermosura me esfuerza.

TAMAR.

¿A tomar? ¿cómo?

AMON.

Por fuerza.

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar!

AMON.

Basta; que aquí todas dais
en adivinas.

TAMAR.

Queremos
estudiar como sabremos

burlaros, pues nos burlais.

AMON.

¿Flores traeis vos tambien?

TAMAR.

Cada cual, humilde ó alta,
busca aquello que le falta.

AMON.

Serrana, yo os quiero bien:
dadme una flor.

TAMAR.

¡Buen floreo
os traeis! Creed, señor,
que á no perder yo una flor,
no sintiera el mal que veo.

AMON.

Una flor he de tomar.

TAMAR.

Flor de Tamar, direis bien.

AMON.

Forzaréos, dalda por bien.

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar!
Pero tomad, si os agrada.
(*Dale las violetas.*)

AMON.

¿Violetas?

TAMAR.

Para alegraros,
porque yo no puedo daros,
Amon, sino flor violada.

AMON.

Eso es mucho adivinar.
Destapaos.

TAMAR.

Apartesé.

AMON.

Por fuerza os descubriré.
(*Descúbrela.*)

TAMAR.

¡Qué amigo sois de forzar!

AMON.

¡Ay cielo! Monstruo, ¿tú eres?

¿Quién los ojos se sacara
primero que te mirara,
afrenta de las mugeres?
Voime, y pienso que sin vida;
que tu vista me mató.
No esperaba, cielos, yo
tal principio de comida. (*Vase.*)

TAMAR.

Peor postre te han de dar,
bárbaro crüel, ingrato,
pues será el último plato
la venganza de Tamar. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

LOS PASTORES, *que vuelven con ramos, cantando.*

CANTAN.

A las puertas de nuesos amos
vamos, vamos,
vamos á poner ramos.

UNO.

A Absalon el bello
alamico negro,
cinamomo y cedro,
y palma ofrezcamos.

TODOS.

Vamos, &c.

OTRO.

Al mozo Adonías,
de las maravillas
rosa y clavellinas
guirnaldas tejamos.

TODOS.

Vamos, &c.

UNO.

Al príncipe nueso
de cipres funesto,
y taray espeso
coronas tejamos.

TODOS.

Vamos, &c.

OTRO.

Salomon prudente
ceñirá su frente
del laurel valiente
que alegres cortamos.

TODOS.

Vamos, &c.

(*Suena grita dentro, ruido de golpes y de caerse mesas y vajillas.*)

ESCENA XVII.

ABSALON. AMON. ADONIAS. SALOMON.—PASTORES.

ABSALON, *dentro.*

La comida has de pagar
dándote muerte, villano.

AMON, *dentro.*

¿Por qué me matas, hermano?

ABSALON, *dentro.*

Por dar venganza á Tamar.

AMON, *dentro.*

¡Cielos, piedad! Muerto soy.
(*Salen huyendo Salomon y Adonias.*)

SALOMON.

Huye.

ADONIAS.

¡Oh bárbaro sin ley!
Todos los hijos del rey
por reinar perecen hoy. (*Vanse.*)

ESCENA XVIII.

LOS PASTORES.

TIRSO.

¡Oste, puto! Esto va malo.

ARDELIO.

Huyamos, no nos alcance
algun golpe de este lance.

BRAULIO.

¡Mirad qué negro regalo
de convite!

TIRSO.

¡O mi cebolla!
mas os quiero que Absalon
sus pavos.

ARDELIO.

Tirso, chiton,
que mos darán en la cholla. (*Vanse.*)

(*Descúbrese lo interior de la quinta, y vense unos aparadores de plata, caidas las vajillas, y una mesa llena de manjares y descompuesta, con los manteles ensangrentados, y Amon sobre la mesa, asentado y caido de espaldas en ella, con una taza en la una mano, y un cuchillo en la otra, atravesada por la garganta una daga. Delante Absalon y Tamar.*)

ESCENA XIX.

ABSALON. TAMAR.

ABSALON.

Para tí, hermana, se ha hecho
el convite; aqueste plato,
aunque de manjar ingrato,
nuestro agravio ha satisfecho;
hágate muy buen provecho;

bebe su sangre, Tamar;
procura en ella lavar
tu fama, hasta aquí manchada;
caliente está la colada,
facil la puedes sacar.
A Gesur huyendo voy,
que es su rey mi abuelo, y padre
de nuestra injuriada madre.

TAMAR.

Gracias á los cielos doy,
que no lloraré desde hoy
mi agravio, hermano valiente;
ya podré mirar la gente,
resucitando mi honor;
que la sangre del traidor
es blason del inocente.
Quédate, bárbaro, ingrato,
que en buen túmulo te han puesto:
sepulcro del deshonesto
es la mesa, taza y plato.

ABSALON.

Heredar el reino trato.

TAMAR.

Déntele los cielos bellos.

ABSALON.

Amigos tengo, y por ellos,
como dijo la muger,
todo Israel me ha de ver
en alto por los cabellos.
(*Vanse y encúbrese la apariencia.*)

Salon del palacio de David.

ESCENA XX.

DAVID.

(*Saliendo como quien despierta de un sueño agitado.*)
¡Amon, príncipe, hijo mio!
Si erés tú, pide al deseo
albricias, que los instantes
juzga por siglos eternos.
¡Gracias á Dios, que á pesar
de sospechas y recelos,
con tu vista restituyo
la vida que sin tí pierdo!
¿Cómo vienes? ¿cómo estás?
¿Podré, enlazando tu cuello,
imprimir lirios en rosas,
guarnecer oro en acero?
(*Tiende los brazos para abrazarle, como si le tuviese presente.*)
Dame los amados brazos.—
¡Ay engaño lisonjero!
¿por qué con burlas pesadas
me haces abrazar los vientos?
Como la madre acallando
al hijo que tiene al pecho,
¡me enseñas la joya de oro
para escondérmela luego!
Como en la navegacion
prolija, ¡en celages negros
fingidos montes me pintas,
siendo mentiras de lejos!
Como fruta de pincel,
como hermosura en espejo,
como tesoro soñado,
como la fuente al enfermo,

burladoras esperanzas,
¡engañais mis pensamientos
para acrecentar pesares,
para atormentar desvelos!
Amon mio, ¿dónde estás?
Deshaga al temor los celos
el sol de tu cara hermoso;
remoce tu vista un viejo.
¿Si se habrá Absalon vengado?
¿si habreis sido, como temo,
hijo caro de mis ojos,
de sus esquilmos cordero?
No, que es vuestro hermano, en fin;
la sangre hierve sin fuego.
Mas ¡ay! que es sangre heredada
de quien á su hermano mesmo
vendió, y llorará David
como Jacob, en sabiendo,
si á Josef mató la envidia,
que á Amon la venganza ha muerto.
Absalon ¿no me juró
no agraviarle? ¿De qué tiemblo?
Pero el amor y el agravio
nunca guardan juramentos.
La esperanza y el temor
en este confuso pleito
alegan en pro y en contra;
sentenciad en favor, cielos.
Caballos suenan. ¿Si son
mis amados hijos estos?
Alma, asomaos á los ojos;
ojos, abríos para verlos.
Grillos echa el temor frio
á los pies, cuando el deseo
se arroja por las ventanas.

ESCENA XXI.

ADONIAS *y* SALOMON, *muy tristes.*—DAVID.

DAVID.

¡Hijos!

ADONIAS.

¡Señor!

DAVID.

¿Venís buenos?
¿Qué es de vuestros dos hermanos?
¡Callais! Siempre fue el silencio
embajador de desgracias.
¡Llorais! Hartos mensageros
mi sospechas certifican.
¡Ay adivinos recelos!
¿Mató Absalon á su hermano?

SALOMON.

Sí señor.

DAVID.

Pierda el consuelo
la esperanza de volver
al alma, pues á Amon pierdo.
Tome eterna posesion
el llanto, porque sea eterno,
de mis infelices ojos,
hasta que los deje ciegos;
lástimas hable mi lengua;
no escuchen sino lamentos
mis oidos lastimosos.
¡Ay mi Amon! ¡ay mi heredero!
Llore tu padre con Jacob diciendo:
«hijo, una fiera pésima te ha muerto.»

ADONIAS.

Y de Tamar la historia prodigiosa
acaba aquí en tragedia lastimosa.

EXAMEN

DE

LA VENGANZA DE TAMAR.

«Y de Tamar la *historia* prodigiosa
acaba aquí en *tragedia* lastimosa.»

Estos dos versos, últimos de la fábula, descubren el fin que se propuso Tellez al escribirla; quiso hacer un drama histórico y trágico, y nuestros lectores no conocerian completamente al autor, si no les ofreciésemos una muestra donde viesen los talentos que alcanzaba para manejar la tragedia, y como entendia este género de drama. *La prudencia en la muger* mas bien pertenece á la comedia heróica que al género trágico, principalmente por su desenlace; y la historia en aquella composicion está mas alterada que en esta. No obsta que en la Jerusalen anterior á la ereccion del templo haya introducido Tellez saraos, máscaras, predicadores, postas, naipes, títulos de alteza, galanteos al terrero y telas de Holanda, ni que haya puesto en boca de los súbditos de David conceptos mitológicos y retruécanos gorgorinos: ya hemos dicho mas de una vez que los dramáticos españoles del siglo XVII no quisieron, no pudieron, ó no supieron hacer otra cosa que retratarse á sí mismos; ademas de que por mucho cuidado que se ponga al reproducir en un drama un hecho antiguo, solo se conseguirá evitar los anacronismos de la especie facil; pero la obra siempre llevará el sello de la época en que ha sido escrita, y no podrá gustar de otro modo, porque no habrá quien la entienda.

El asunto escogido esta vez por el Maestro Tellez es sumamente propio para escitar la compasion y el terror. ¡Qué impresion tan distinta deben hacer en un auditorio cristiano las calamidades que caen sobre la familia de David, comparadas con la fatalidad que persigue á Edipo y su descendencia! Indigna, horroriza ver á un rey virtuo-

so privado de la vista, lanzado de su reino y separado de sus hijos por haber manchado el tálamo de su padre, pues si fue parricida é incestuoso, sus desapiadados dioses le violentaron al delito; pero reconocemos con religioso respeto la mano del Justo Juez cuando vemos castigados el adulterio de David y la muerte de Urías con la deshonra de Tamar y la muerte del primogénito de la real casa, doble crímen que el sucesor de Saul hubo de llorar y dejar impune, por no tener corazon para castigarlo en los perpetradores que eran su misma sangre: ¡tremenda leccion dada á los reyes en el mas esclarecido de los que rigieron al pueblo de Dios! El asunto, pues, de esta tragedia (ó sea *comedia famosa*, si queremos hacer caso del impresor que la bautizó con el mismo nombre que á todas las que salian de sus prensas), es grande, útil y digno de Melpómene como el que mas.

Hay sin embargo aquí un hermano profanador de su hermana.—Un amor incestuoso puede ser muy teatral y no tener nada de obsceno: la *Fedra* de Racine y la *Mirra* de Alfieri se han representado con aplauso delante de espectadores harto mas delicados que los contemporáneos de Tellez; y aun aquellas espresiones de nuestro poeta que nos parecen ahora sucias y abominables, mas si cabe que el hecho á que se refieren, no debian de escandalizar mucho en su época, cuando leidas *atentamente* por uno de los censores en vista de cuyo parecer se espidió la licencia para que se imprimieran, y que era nada menos que canónigo y pabordc de la santa iglesia de Tortosa, declaró que estas comedias estaban escritas *con estilo casto y lenguage honesto.* Si la honestidad tiene ahora otro lengnage, no culpemos á Tellez de que no escribiese para nosotros. Sobre el desempeño de un asunto tan dramático como difícil, iremos haciendo algunos reparos siguiendo el curso de la fábula.

ACTO PRIMERO.

ESCENAS I Y II.

Desde el principio observamos ciertas intenciones dramáticas en estas escenas: Amon y Absalon son dos caracteres que aunque no tienen gran realce, están regular-

mente sostenidos; caprichoso y obstinado en sus caprichos el uno; vano, disoluto y ambicioso el otro. Tellez traslució sin duda una figura de gran efecto al trazar la de Amon. Un joven desamorado, un joven que se propone no amar á muger alguna mientras no halle á la mas cabal de todas, y que solamente por su aficion á singularidades, entra de noche en el jardin de palacio y se prenda de su medio-hermana, hubiera podido ser un personage muy nuevo en el teatro, por reunir en una las contrarias índoles de Hipólito y Fedra: por desgracia Tellez dejó esta figura en bosquejo. Absalon está algo mejor pintado, aunque ya para nosotros con un colorido que no por ser verdadero, deja de parecer repugnante. El joven cuya liviandad solo perdonaria á su madre, es ciertamente el hijo de aquella nacion llamada en la Escritura varias veces carnal y grosera; es el Absalon del libro segundo de los reyes, y porque lo es no desagradaria á los religiosos españoles del siglo XVII; pero hoy nadie se atreveria á poner esas palabras en su boca. ¿Habremos perdido en moralidad, en religiosidad, lo que hemos ganado en delicadeza? Lo segundo es evidente.

...... A guedeja que les des,
las que muertas por las tiendas
te porfian que las vendas,
tendrán en tí su interes
....
.... Toda Jerusalen
te llama *Socorre-Calvas.*

La idea de que ya en tiempo de David hubiese tiendas de peluqueria, ó de que se usase pelo postizo, no es invencion de Tellez, sino opinion de algunos espositores empeñados en oscurecer con sus cavilaciones la sencillez del testo sagrado que dice así: «Y cuando (*Absalon*) se cortaba el pelo (pues se trasquilaba una vez al año, porque la cabellera le molestaba), pesaban los cabellos de su cabeza doscientos siclos del peso público.» Parece que los doscientos siclos de la medida hebrea equivalian á cinco libras castellanas y siete onzas y media; y admirados los intérpretes al hallarse con cabellera de peso tan enorme, pretendieron salvar la dificultad imaginaria diciendo que

los doscientos siclos eran la cantidad que podia valer puesta en venta. «Otros, dice el obispo Scio, lo esplican del siclo babilónico, que venia á ser la tercera parte del hebreo, y por consiguiente segun esta opinion, el cabello de Absalon pesaba como unas treinta onzas escasas, ó menos de dos libras castellanas. Se fundan para esto en que el que reconoció los libros de los reyes, lo hizo despues que el pueblo hebreo volvió del cautiverio de Babilonia, y acostumbrados los hebreos por espacio de setenta años á los pesos de Babilonia, continuaron en usar de ellos, olvidando los propios. Pero si el cabello de Absalon no pesaba sino escasas treinta onzas, no podia esto mirarse como una cosa estraordinaria y singular, puesto que se hallan mugeres cuyo cabello pesa mas de treinta y dos onzas.» El señor Scio no hace alto en la notabilísima circunstancia de que Absalon se recortaba el pelo todos los años, porque le incomodaba, lo cual prueba ó que alguna vez su cabellera habia pesado mucho mas de las treinta y dos onzas entre lo cortado y lo que le quedaba, ó que le crecia tanto en un año, que á dejárselo por mas tiempo, llegaba á tener un peso mayor de las treinta y dos onzas y capaz de molestarle; lo cual constituye ciertamente una cabellera bien singular y estraordinaria.

ESCENA III.

Tanta muger que enamora
á mi padre ausente y viejo,
¿qué puede hacer encerrada?

Este es un rasgo del caracter caprichoso de Amon; se ha escandalizado de que Absalon haya visto á una concubina de su padre; pero el atrevimiento de su hermano le ha despertado la curiosidad; y la misma temeridad de la empresa le ha avivado el deseo de ponerla por obra. Caprichos de esta especie son mas propios de la comedia que de la tragedia, segun nosotros las concebimos; pero aquí sin duda aplicaba Tellez aquel principio que manifiesta en la apología de *El Vergonzoso* con el simil del injerto, el de formar un género nuevo producido por la mezcla de ambos.

ESCENA V.

No es inverosimil ni contradictorio que en esta escena oiga Amon hablar y cantar á su hermana y no la conozca, y que despues en la escena diez la conozca al verla; pues el que solamente la conociese de vista, era cosa muy conforme á las costumbres hebreas de aquel tiempo. Oigamos al ilustrísimo Scio. «Las hijas (de los reyes) que estaban aun bajo la patria potestad, vivian encerradas en habitaciones, adonde no era permitido entrar, ni aun á los parientes mas cercanos de otro sexo. Y así.... Ammon pudo haber visto á Thamar en alguna ocasion estraordinaria, porque salian de casa algunas veces, aunque siempre bien acompañadas.»

Tambien hace honor á Tellez el disponer que Amon se enamore perdidamente de su hermana sin conocerla: á lo menos su pasion de esta manera no es incestuosa en su origen.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Juntáronse ayer en casa
de Délbora seis dotores &c.

Tal vez Molière que leia á Tellez y refundió su *Convidado de Piedra*, haya sacado de este cuento las escenas tercera y cuarta del acto segundo en la comedia titulada *L' Amour Médecin*, cuyo fondo es el mismo; pero tambien pudo hallar en otros libros esa sátira contra los profesores de medicina.

Es inútil añadir que esta consulta es tan propia de las costumbres judáicas como el sarao del acto primero, y la leccion de espada negra que viene despues. Lo singular es que el mismo Tellez desaprobaba en otros los anacronismos que él cometia. Véase este trozo de *Los Cigarrales*. «Tres causas hallo yo, dijo don Melchor, que todas juntas y cada una de por sí echan á perder un estudio tan digno de no malograrse. (Lo dice por el de una obra dramática.) La primera es en vituperio del poeta que ó no sabe trazarla, ó escribe impropiedades tan indigestas,

que revolviendo el estómago al sufrimiento, provocan á silbos y vituperios. Yo conozco uno de los mas corpulentos, y no de los mas dignos, que en una comedia sacada de un *Flos Sanctorum* en romance, cuyo argumento fue la vida de uno de los jueces de Israel, se dejó decir entre ciertas promesas que el gracioso hacia á no sé quien, que le traeria *el turbante del gran Sofi.* ¡Mirad qué gentil necedad, profetizar un pastor los Sofíes que vinieron á Persia mas de mil años despues del nacimiento de Cristo!»

El poeta corpulento pudiera haber respondido: padre Tellez, ¿y el haber hablado de valonas en la comedia parabólica de *Lázaro* y *el Rico Avariento*? ¿Y el haber citado allí con sus títulos una porcion de entremeses que se representan ahora en los teatros de Madrid? ¿Y el haber hecho mencion de Don Quijote y Sancho Panza? ¡Buenos contemporáneos del Salvador!

ESCENAS II Y III.

El frenesí de Amon es un recurso dramático bien discurrido, no mal desempeñado, y que se deduce naturalmente de la historia, que dice que el príncipe enfermó de amor. Racine en el primer acto de *Fedra* nos la presenta en un estado análogo; y salva la diferencia de estilo, hay cierta correspondencia entre algunas espresiones de la esposa de Teseo y otras del hijo de David.

FEDRA dice:

Quelle importune main, en formant tous ces nœuds,
a pris soin sur mon front d' assembler mes cheveux?

ENONE.

Vous même, condamnant vos injustes desseins,
tantôt á vous parer vous excitiez nos mains.

Dice AMON.

¿No estaba en la cama yo?
¿Quién me ha cubierto de galas?
Desnudadme, presto, presto.

ELIACER.

Tú te vistes y levantas
contra la opinion de todos.

ESCENA V.

Las octavas de esta escena adolecen de oscuridad y afectacion, aunque en lo general sostengan el tono trágico.

> Esta corona, peso de un talento,
> *ó veinte mil ducados.......*

Considérese este hemistiquio como un aparte del cómico ó del autor, para que entendiese el público lo que decia David.

> Mi general Joab........
> ....
> dejó su asalto de llegar á efeto
> y ser ejecucion de su destrozo,
> por avisarme, á su lealtad sujeto,
> que á mis vitorias aplicase el gozo
> de esta conquista.

Para comprender lo que Tellez quiere espresar aquí, es necesario tener presente, como dice la Biblia, que teniendo Joab á Rábata próxima á rendirse, envió á decir á David que viniera en persona á dar el último ataque á la ciudad, para que fuera del rey, y no del vasallo, la gloria del triunfo.

ESCENA VII.

Este pasage, casi todo de galanteria española, es de lo mejor del drama, porque el autor se halla en él en su elemento propio.

> Yo me llamo
> Amon; quítale la N.

Amnon y no *Amon* se llamaba el primogénito de David. A Tellez convenia, para este juguete puramente castellano, no tener que quitar al nombre del príncipe sino la última letra; pero ya debia de correr entre nosotros modificado de aquella suerte, cuando lo habia empleado con anterioridad Vasco Diaz Tanco en la tragedia de *Amon* que se le atribuye, y de la que no queda mas que el título.

ESCENAS IX Y X.

El amor del príncipe se embravece con los celos que le inspira Joab, y raya en el delirio con el desvio de la hermana; esta gradacion está bien entendida: el resto del acto, muy histórico en verdad y muy animado, no es para nuestros tiempos sino una horrible indecencia.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Tambien es histórico este odio de Amon á Tamar, despues de saciado su bestial apetito; pero en un drama era necesario haberlo motivado de alguna manera, ingeniosa y decente si era posible, y si no, no emplearlo.

ESCENA IV.

La relacion de Tamar, á escepcion de los últimos versos y alguna metáfora estravagante, es un buen trozo de versificacion trágica, y tiene algunos rasgos de carácter hebreo, como el de recordar á David el sacrificio de Abrahan. Obsérvese la bellísima ocurrencia de que Tamar dé fin á sus quejas dirigiéndose á Absalon, su único hermano de padre y madre; esto es conocer el corazon humano. Absalon mientras David llora, consuela á Tamar, y se la lleva dejando dscubrir sus proyectos vengativos, que tan bien se avienen con su ambicion: el interés de la fábula va subiendo cada vez mas.

ESCENA V.

La bondad de David para con su primogénito es asimismo conforme á las sagradas letras; pero esta era la ocasion de presentar á David reconociendo en el amor incestuoso del príncipe el castigo de Dios por el amor adulterino del rey con la esposa de un fiel vasallo.

ESCENA VII.

No se colige de esta escena si ha mediado algun tiempo entre ella y la anterior: entre la deshonra de Tamar y el convite para el esquileo pasaron dos años.

ESCENA XV.

Amon, lejos de su padre, vuelve á mostrarse tan antojadizo y temerario como antes: va á descubrir á una aldeana, y se halla con la muger que aborrece porque le representa la enormidad de su crímen: ¡terrible anuncio de la catástrofe que le aguarda!

¡Qué amigo sois de forzar!

¡Qué amigo era el maestro Tellez de equívocos de este género! dirán nuestros lectores. Al fin aquí son hebreos los personajes; pero en este particular á todos los hace Tellez de una nacion cuando se le antoja, que es con mucha frecuencia.

ESCENA XIX.

Los alaridos del príncipe moribundo que se confunden con el cántico alegre de los pastores, la fuga de Adonías y Salomon, el cuadro de la sala del convite en que se vé bañado en su sangre al hermano violador, y á su lado á la hermana ofendida y al hermano ambicioso gozándose en su venganza, forman una catástrofe que compite con lo mas trágico del teatro griego, de cuyo caracter participa tambien el fin del drama que concluye con los tristes lamentos del amoroso padre, como el *Edipo* con los del monarca desterrado y ciego. La diccion no es tan bella como la traza del desenlace: á estos tres versos que dice Absalon llenos de energía,

Bebe su sangre, Tamar,
procura en ella lavar
tu fama hasta aquí manchada;

siguen estos dos que da ira verlos:

caliente está la colada;
facil la puedes sacar.

Es decir que en la locucion de la escena se echan de ver los mismos lunares que salpican el drama, el cual puede considerarse como un ensayo no despreciable en el género trágico; pero inferior á las obras cómicas de

Tellez, en las cuales hay bellezas de primer orden, escenas acabadas, situaciones de feliz invencion y desempeño, cuando en esta apenas hay poco mas que intenciones.

Despues de impreso el tomo 7.º de esta coleccion, que concluye con *La Firmeza en la hermosura*, hemos tropezado con una comedia titulada *La venganza de Tamar*, atribuida al doctor Felipe Godinez, la cual no es otra que la misma de Tellez, suprimidos una porcion de versos, alterado alguno que otro, y variado el desenlace para reunir innecesaria é intempestivamente la muerte de Absalon con la de Amon. Esto nos hace sospechar que alguno debió de suprimir tambien varios trozos en *La Firmeza en la hermosura* y alterar algunos versos, despojándola así en parte de su caracter original. Si añadió algunos, pocos debieron ser cuando dejó en el título el nombre de *Tirso*: no llegan á doscientos los que puso de su cosecha en *La venganza de Tamar* el doctor Godinez, é imprimió el drama como suyo, segun la práctica corriente en su tiempo.

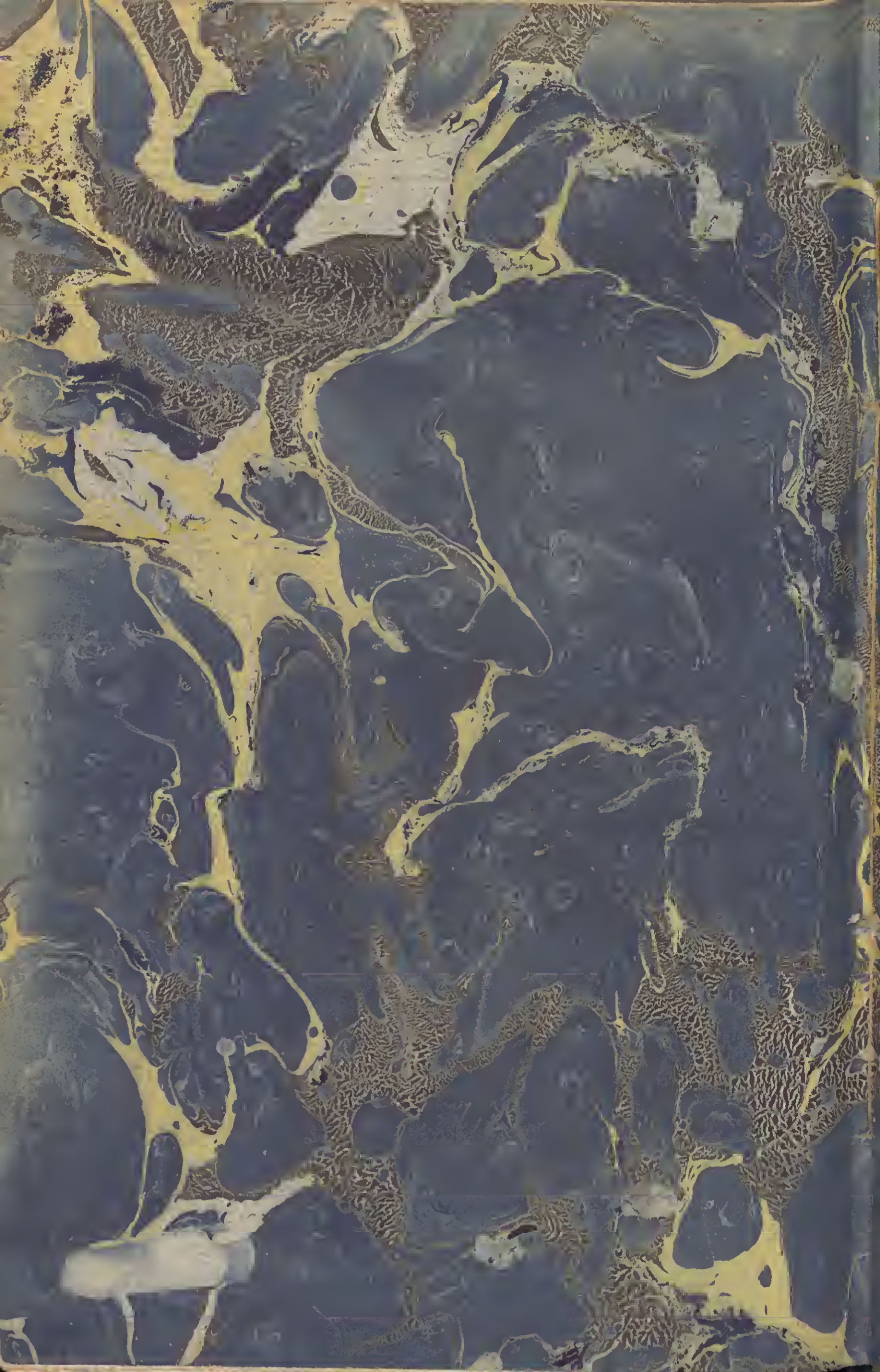


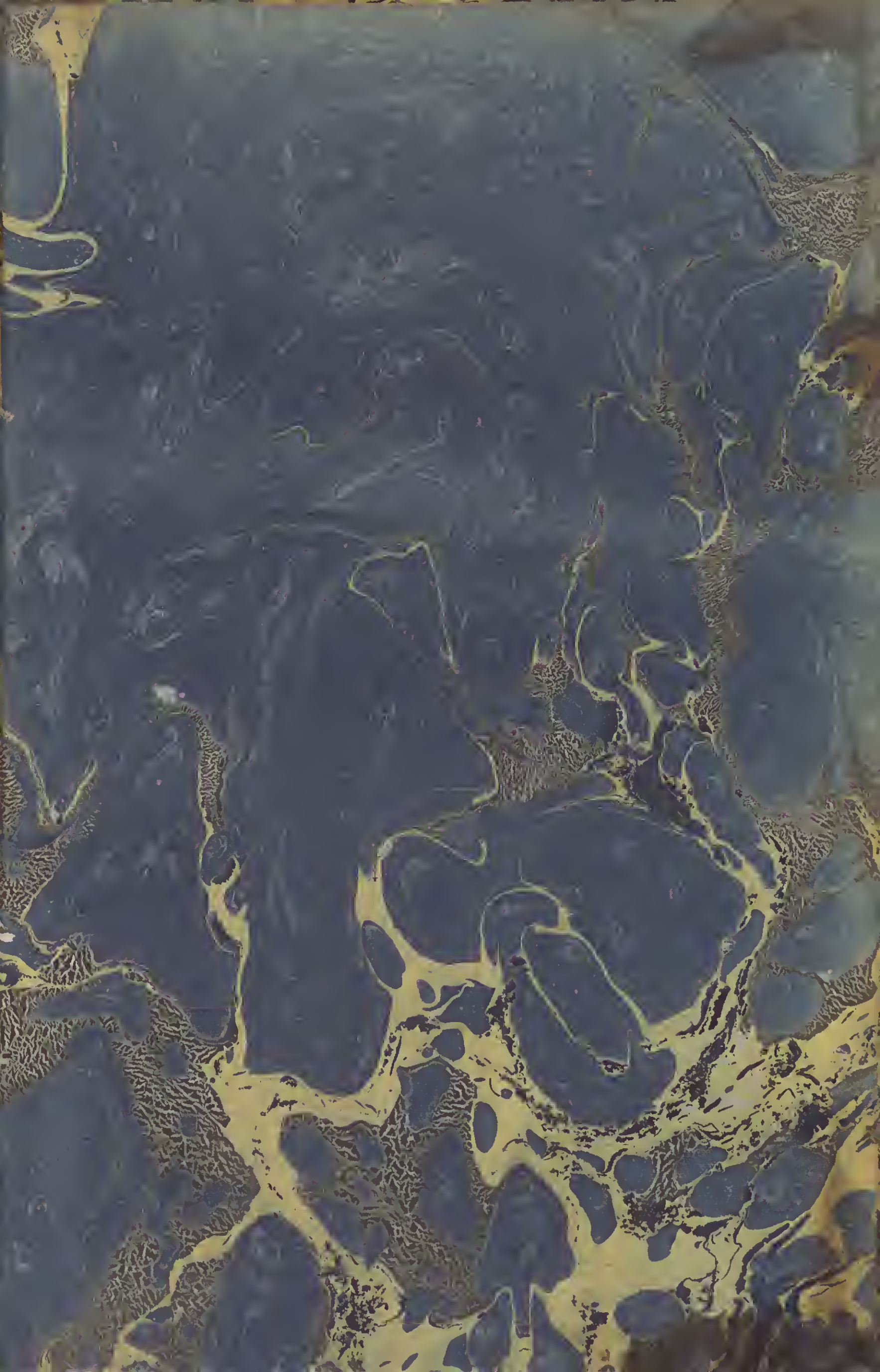
ÍNDICE.

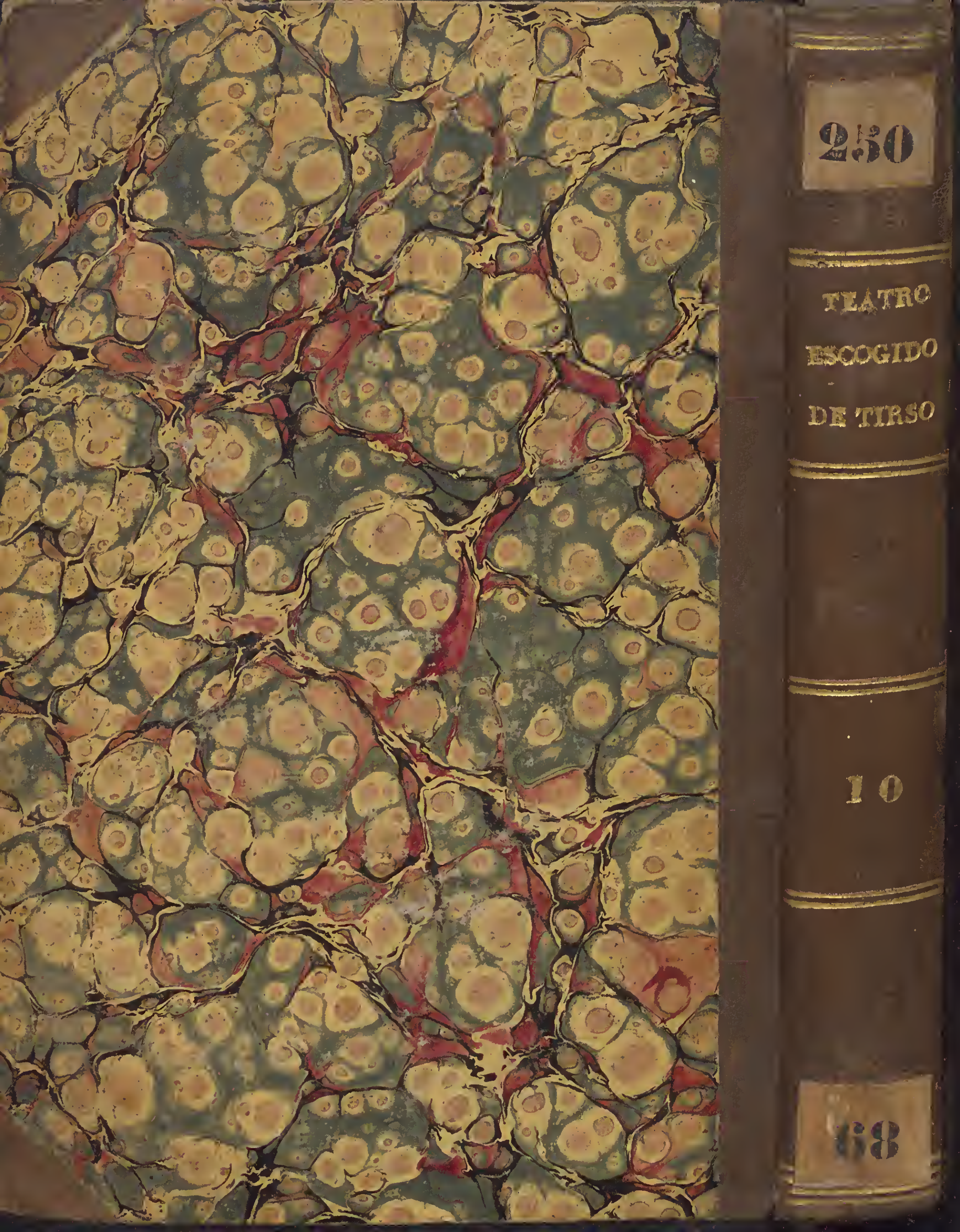
Página.

ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
5	6	tenme	tenme de
11	10	miedo;	miedo
72	37	Basta	Basta;
74	24	tambien	tan bien
87	18	al fin: «no lo quiero,	al fin, al fin, «no quiero,
103	10	DOA	DOÑA
123	última	4826	1826
156	6	BOÑA	DOÑA
173	última	dov	doy
177	7	deseo	Deseo
189	33	DON DUARTE.	CONDE.
ibi.	34	id.	id.
230	8	proferí	preferí
265	8	duqencio.	duquencio.
281	17	es	es en
283	10	intenta	inventa
317	penúltima	sana.	sana.»
350	última	Tirano de aques-te talle,	Tirano, de aqueste talle
354	34	mí	mis







250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
10
68